La guerrera

Maxine Hong Kingston



RBA

Título original inglés: *The Woman Warrior*.
Publicado originalmente por Alfred A. Knopf, Inc.
Los derechos de traducción se han negociado a través de Sandra Dijkstra Literary Agency y Sandra Bruna Agencia Literaria, S.L.
Todos los derechos reservados.

© del texto: Maxine Hong Kingston, 1975, 1976.
© de la traducción: Munir Hachemi, 2025.
© de esta edición: RBA Libros y Publicaciones, S. L. U., 2025.
Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.
rbalibros.com

Primera edición: febrero de 2025.

REF.: OBDO432
ISBN: 978-84-1098-090-7

Composición digital: www.acatia.es

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escritodel editor cualquier forma de reproducción, distribución,comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometidaa las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).Todos los derechos reservados.

Índice

Mujer sin nombre
Tigres blancos
La chamana
En el palacio del Oeste
Canción para flauta de caña entre los bárbaros
Nota

PARA MADRE Y PADRE

Mujer sin nombre

«Te voy a contar algo —empezó mi madre—, pero no se lo puedes decir a nadie. En China, tu padre tenía una hermana que se suicidó. Se tiró a un pozo. Por eso siempre decimos que, en la familia de tu padre, son todo hermanos, porque es como si no hubiera nacido.

»En 1924, días antes de que en nuestro pueblo se celebraran diecisiete bodas exprés —para asegurarse de que ninguno de los hombres que se iban se olvidara de volver a casa a atender sus responsabilidades—, tu abuelo, tu padre, tus hermanos y el marido de tu tía —acababan de casarse— zarparon rumbo a América, a la Gold Mountain.[1] Fue el último viaje de tu abuelo. Aquellos que habían tenido la suerte de conseguir un pasaje real agitaban el brazo desde cubierta. Durante la travesía, alimentaron y protegieron a los polizones y después los ayudaron a bajar en Cuba, Nueva York, Bali y Hawái. "Nos vemos el año que viene en California", les dijeron al despedirse. Todos cumplieron con su obligación de mandar dinero a casa.

»Recuerdo una mañana que me estaba vistiendo con tu tía y me fijé en que tenía un melón por estómago; aun así, en aquel momento no pensé que estuviera embarazada. Luego empezó a parecerlo, a llevar la camiseta tirante y el borde de los pantalones al aire. El caso era que no podía estar preñada porque su marido se había marchado años atrás. Nadie dijo nada, no se habló del tema. En verano, mucho después de lo que dictan las matemáticas, dio a luz.

»El resto del pueblo también había llevado las cuentas. La noche que nació el bebé asaltaron nuestra casa. Algunos lloraban. Eran

como una sierra iluminada en las puntas, filas de personas que caminaban en zigzag por nuestras tierras, arrancando las plantas de arroz. Las linternas se multiplicaban sobre el agua negra que se apresuraba a escapar por las grietas de los diques rotos. Cuando se acercaron, pudimos ver que algunos —seguramente gente a la que conocíamos bien— llevaban máscaras blancas. Quienes tenían el pelo largo se lo dejaban caer ante la cara. Las mujeres de pelo corto se lo habían peinado hacia arriba. Otros se habían atado bandas blancas en los brazos, la frente o las piernas.

»Empezaron tirando barro y piedras a la casa. Después siguieron con huevos y sacrificaron a parte de nuestros animales. Oíamos sus últimos chillidos. Gallos, cerdos. Nos llegó el gemido final del buey. En las ventanas veíamos destellos salvajes de rostros conocidos. Algunos se detenían a mirarnos con ojos rápidos como linternas. Apoyaban la mano en el quicio y sus caras quedaban enmarcadas por la ventana. Al irse, dejaban marcas rojas en la madera.

»Aunque no habíamos echado el cerrojo, entraron por la puerta principal y por la trasera. De sus cuchillos goteaba la sangre de nuestros animales. La esparcieron por puertas y paredes. Una mujer agitaba en el aire un pollo al que había degollado y lanzaba arcos de sangre a su alrededor. Nos quedamos juntos en el centro de la casa, en el salón donde estaban las imágenes y los altares de nuestros ancestros. Mirábamos fijamente a la nada.

»En aquella época, nuestra casa tenía solo dos alas. Cuando los hombres volvieron, construimos otras dos para delimitar un patio y una tercera para marcar el inicio de otro. Los intrusos recorrieron las dos alas y entraron en todas las habitaciones, también en la de tus abuelos. Buscaban la de tu tía, que en aquella época era, a la espera

de que volvieran los hombres, también la mía. De ese cuarto saldría después un ala en la que viviría la familia de uno de mis hermanos pequeños. A mi tía le arrancaron la ropa y los zapatos; le rompieron los peines y se los pisotearon. Desgarraron lo que había estado tejiendo. Patearon el fuego y echaron ahí las prendas en las que estaba trabajando. Desde la cocina nos llegaba el ruido de boles rotos y ollas abolladas. Tiraron los jarros de loza que quedaban a la altura de la cintura; de ellas salieron huevos de pato, frutas en conserva, verduras y un torrente de ácidos. La señora mayor de la parcela de al lado agitaba un cepillo y echaba a los "espíritus de la escoba". "Cerda". "Fantasma". "Cerda", sollozaban y regañaban mientras destruían nuestra casa.

»Cuando se fueron, se llevaron azúcar y naranjas como para bendecirse todos. También trincharon algunos de los animales muertos. Otros cargaron con los boles que no habían roto y la ropa que no habían desgarrado. En cuanto se marcharon, barrimos el arroz y lo volvimos a meter en sacos. No logramos quitar el olor de las conservas. Esa misma noche tu tía dio a luz en la pocilga. A la mañana siguiente, al ir a por agua, me encontré con que su cuerpo y el del bebé obturaban el pozo.

»No le digas a tu padre que te lo he contado. Él niega su existencia. Ahora que te ha bajado la regla, lo que le pasó a tu tía te puede pasar a ti. No nos humilles. No creo que quieras que todo el mundo te olvide, como si no hubieras nacido. La gente del pueblo siempre vigila».

Cuando quería advertirnos sobre los peligros de la vida, mi madre nos contaba historias como aquella, relatos que eran como cimientos. Ponía a prueba nuestra capacidad de establecer la

materia de la que está hecha cada realidad. Su generación de migrantes era así: aquellos que no se adaptaban a una forma cruel de supervivencia morían jóvenes y lejos de casa. Las generaciones siguientes hemos tenido que apañárnoslas para hacer que el mundo invisible que ellos construyeron en torno a nuestra infancia encaje en la sólida América.

Los primeros migrantes confundieron a sus dioses modificando las maldiciones, llevándolos por calles tortuosas y engañándolos con nombres falsos. Supongo que a nosotros, sus descendientes, también trataban de confundirnos porque constituíamos una amenaza similar a los dioses: siempre intentando enderezar lo torcido, siempre intentando nombrar lo innombrable. Los chinos que conozco ocultan sus nombres; cuando su vida cambia, cambian de nombre y guardan, en silencio, el original.

Chinoamericanos, os pregunto: cuando tratáis de entender qué tenéis de chinos, ¿cómo separáis lo que es propio de la infancia, de la pobreza? ¿Cómo separáis la locura, la familia, vuestras madres, que os marcaron con sus historias? ¿Cómo separáis todo eso de lo propiamente chino? ¿Qué son tradiciones chinas y qué hemos sacado de las películas?

Si quisiera enterarme de cómo vestía mi tía, de si le gustaba arreglarse o si iba como la mayoría, tendría que empezar así: «¿Sabéis la hermana de papá, la que se tiró a un pozo?». No puedo preguntar eso. Mi madre me ha contado de una vez y para siempre todo lo que necesito saber sobre esa historia. No añadirá nada que no considere necesario, pues la necesidad es el cauce de su vida. Ella planta huertos, no jardines; recolecta los tomates que tienen peor pinta y se come la comida que otros dejan para los dioses.

Al hacer algo superfluo, gastamos energía. De niños, volábamos las cometas demasiado alto, nos levantábamos del suelo para alcanzar los helados a medio derretir que nos traían nuestros padres del trabajo y para ver la película estadounidense del día de Año Nuevo (un año *Linda muñequita*, con Betty Grable, y al otro *La legión invencible*, con John Wayne). Cuando nos llevaban a la feria, pagábamos con la moneda de la culpa; nuestro padre, cansado, contaba el cambio de vuelta a casa.

El adulterio es una extravagancia. Hablamos de gente que incuba sus propios huevos, que considera que las cabezas y los embriones son una *delicatessen*, que hierve las patas en vinagre y las ofrece como tentempié en sus fiestas, que deja apenas las piedrecitas, que se come hasta la membrana de las mollejas. ¿Acaso gente así podría engendrar a una tía inmaculada? Ya era suficiente desperdicio ser mujer, tener una hija en tiempos de hambruna. Es imposible que mi tía fuera una romántica solitaria dispuesta a renunciar a todo a cambio de sexo. En la China de aquellos tiempos, las mujeres no elegían. Algún hombre tuvo que ordenarle que se acostara con él, que fuera su pecado secreto. Me pregunto si aquel hombre se puso una máscara cuando participó en el ataque a la casa.

A lo mejor se lo encontró en el campo o en la montaña, donde las nueras, las hijas políticas, iban a recoger leña. O a lo mejor él se fijó en ella en el mercado. No podía ser un desconocido, no había desconocidos en la aldea. Seguro que mantenían alguna relación. Aparte del sexo, digo. A lo mejor trabajaba en uno de los campos de los alrededores, a lo mejor le vendió la tela para un vestido que ella misma cosió. Su petición tuvo que sorprenderla al principio y aterrorizarla después. Obedeció; siempre hacía lo que le pedían.

Antes de aquello, cuando su familia encontró a un muchacho adecuado para ella en el pueblo vecino, mi tía se mostró obediente junto al apoderado y prometió, antes de conocer a mi tío, que sería suya para siempre. Tuvo la suerte de que tuvieran la misma edad y de ser su primera esposa: eso era como un seguro. Se acostaron la noche que se conocieron. Después, él se fue a Estados Unidos. Ella casi no se acordaba de su cara. Cuando trataba de imaginarla, solo veía el rostro en blanco y negro de la foto grupal que los hombres se habían tomado antes de zarpar.

El otro no era, entonces, muy diferente a su marido. Ambos mandaban y ella obedecía.

—Si se lo cuentas a tu familia, te mato a golpes. Quiero verte aquí mismo la semana que viene.

Nadie hablaba nunca de sexo; quizá ella habría sido capaz de separar las violaciones del resto de su vida si no hubiera tenido que comprarle aceite o ir a buscar leña al mismo bosque que él. Me gusta pensar que el miedo solo duraba lo que duraban las violaciones, que no había un excedente. Pero, para una mujer, el sexo conllevaba el peligro de engendrar, es decir, el peligro de una vida. Así que seguramente el miedo no se detuvo: lo empañó todo.

—Creo que estoy embarazada —le dijo al hombre.

Y él organizó el ataque.

Las noches en que mis padres hablaban de la vida que habían dejado atrás a veces mencionaban la «mesa de los apestados». Cuando lo hacían, en sus voces había algo tenso, algo no resuelto. Según la tradición, en las ocasiones especiales las personas mayores —las poderosas— mandaban a los que habían hecho algo mal a comer aparte. En vez de hacer como los japoneses, que permiten a

quienes han cometido un error empezar una nueva vida como *geishas* o samuráis, las familias chinas les vuelven la cara —aunque los miran de reojo— y los obligan a quedarse, a comerse las sobras. Mi tía vivió en casa de mis padres; seguramente comería en la mesa de los apestados. Mi madre habla del ataque como si lo hubiera visto, pero no salen las cuentas, no tendrían que haber convivido. Las mujeres viven con los padres del marido, no con los suyos. En chino, «adoptar a una nuera» es sinónimo de matrimonio. Los padres de su marido podrían haberla vendido, haberla hipotecado, haberla lapidado. Pero la mandaron de vuelta con sus padres, una decisión extraña que sugiere desgracias que no me han sido reveladas. A lo mejor la echaron para evitar que el ataque cayera sobre su propia casa.

Mi tía era la única hija de la familia. Sus cuatro hermanos se echaron al mar con su padre, su marido y sus tíos y adoptaron, durante unos años, un estilo de vida occidental. Cuando se hizo el reparto de bienes, las tierras se dividieron entre tres de los hermanos; el cuarto, mi padre, pidió que le pagaran los estudios. En cuanto sus padres entregaron a su hija a la familia del marido se quedaron sin nada que repartir. Esperaban que ella fuera la que mantuviera las tradiciones, ya que sus hermanos, que vivían entre bárbaros, podían desviarse del camino y ellos ni se enterarían. Aquellas mujeres sólidas y arraigadas tenían que salvar el pasado de las inundaciones, debían asegurarse de que fuera un lugar seguro al que volver. Pero una particular inclinación hacia el oeste había recaído sobre nuestra familia; mi tía cruzó una frontera que no era espacial.

Mantener el orden natural exige que las mariposas se queden para siempre en el estómago. Es mejor verlas nacer y morir, como las flores de los cerezos. Pero quizá mi tía, mi predecesora, atrapada en una vida lenta, dejó que sus sueños se inflamaran y se desvanecieran y luego se volvieran a inflamar. Tras meses o años así, quiso rescatar algo de todo aquello. El miedo a la desmesura de lo prohibido mantuvo su deseo en un estado delicado, rígido y flexible al mismo tiempo. Quizá miró a un hombre porque la atrajo la forma en que se recogía el pelo detrás de las orejas, quizá le gustó el signo de interrogación dibujado por un torso largo que se curva en los hombros y es recto en las caderas. Dejó a su familia por una mirada cálida o una voz suave o un paseo tranquilo o unos cabellos, una línea, un brillo, un sonido, un ritmo. Nos cambió por un encantamiento que acabó siendo pulido por el cansancio, una coleta que dejó de flotar cuando el viento declinó. La luz equivocada podía, en fin, eliminar en un instante el mayor de los encantos de aquel hombre.

Tampoco me extrañaría enterarme de que mi tía nunca sintió ese tipo de deseo delicado, de que —como la mujer salvaje que era— simplemente quisiera divertirse en compañía. Aunque me chirría imaginarla disfrutando de una sexualidad libre. No conozco a ninguna mujer así, ni a ningún hombre. Si no me fijo en aquellos puntos en que su vida se entrelaza con la mía, mi tía no me brinda ninguna clase de guía ancestral.

Para mantener el enamoramiento se miraba a menudo al espejo, pensaba en qué formas y colores suscitarían el interés de él, los cambiaba y los volvía a cambiar en busca de la combinación perfecta. Quería que la mirara.

En una granja junto al mar, una mujer que se preocupaba por su apariencia se consideraba una excéntrica. Todas las casadas llevaban el pelo corto tapando las orejas o, si no, recogido en un moño. Nada de tonterías. Ninguno de esos cortes era dado a provocar flechazos. De hecho, era en su boda cuando las mujeres llevaban el pelo largo por última vez.

—Me acariciaba la parte de atrás de las rodillas —me contaba mi madre—. Llevaba trenzas y aun así me llegaba por las rodillas.

Frente al espejo, mi tía se empeñaba en infundir algo de individualidad a su corte *bob*. Se puede llegar a forzar un moño para que se escapen algunos mechones negros y ondeen al viento o para que caigan sobre la cara. De todas formas, en el álbum familiar solo las mujeres mayores llevan moño. Mi tía se peinaba el pelo hacia atrás y se lo recogía detrás de las orejas. Se enrollaba un hilo en el pulgar y el índice y se lo llevaba a la frente. Luego hacía una pinza con los dedos, como si estuviera representando la forma de un ganso de sombras chinescas y los hilos atrapaban los pelos díscolos. Alejaba de nuevo el juego de hilos y cercenaba con un corte limpio. Le lloraban un poco los ojos por el dolor. Después abría los dedos, limpiaba el hilo y lo volvía a pasar por el nacimiento del pelo y las cejas. Mi madre nos hacía lo mismo a mis hermanas y a mí. También a sí misma. Durante mucho tiempo pensé que «estar cogido por los pelos» se refería a tener a alguien secuestrado con un hilo de depilar. En las sienes era donde más dolía. Cuando nos quejábamos, mi madre insistía en que teníamos suerte de que no nos hubieran vendado los pies a los siete años. Decía que los grupos de hermanas lloraban juntas, sentadas en la cama, mientras su madre o los esclavos les quitaban los vendajes unos minutos cada noche para

que el torrente sanguíneo volviera a los pies. Espero que el hombre al que mi tía amaba supiera apreciar unas cejas bien trabajadas, que no fuera uno de esos a los que solo les importan el culo y las tetas.

Una vez mi tía se dio cuenta de que tenía una peca en el mentón, concretamente en un sitio que, según su horóscopo chino, auguraba infelicidad. Se la sacó con una aguja caliente y se lavó la herida con agua oxigenada.

Hasta ahí podía cuidarse. Más habría empezado a despertar rumores entre la gente del pueblo. Mi tía, como todo el mundo, tenía ropa de trabajo y ropa para las ocasiones especiales, que comprendían sobre todo los cambios de estación. Pero como una mujer que se peina trae mala suerte para las cosas que empiezan, mi tía casi nunca tenía la oportunidad de arreglarse. Las mujeres eran como caracoles gigantes; los atados de leña, los bebés y la colada eran sus caparazones. En China, una espalda curva no es digna de admiración. Las diosas y las guerreras siempre van rectas. Una trabajadora que dejaba su carga en el suelo y se estiraba y se arqueaba hacia atrás debía ser un espectáculo digno de ver.

Ser encantadora, sin embargo, era un lugar común demasiado banal para mi tía, que soñaba con un amante para las dos semanas del Año Nuevo, cuando las familias se visitaban y se entregaban dinero y comida. Era entonces cuando se hacía su peinado secreto y, sin duda, maldecía el año, la familia, el pueblo y a sí misma.

Su peinado atraía a su amante inminente, claro, pero también hacía que muchos otros hombres la miraran. Si estaban en casa, descansando entre un viaje y otro, sus primos, sobrinos, tíos y hermanos también lo harían. Quizá se aguantaban la curiosidad y, si al final se dejaban llevar por ella, se marchaban con miedo de que

sus miradas fueran, como un gorrioncillo, descubiertas y capturadas. La pobreza es dolor; esa había sido siempre la principal razón para marcharse. La otra, la definitiva para abandonar aquella casa abarrotada, eran las cosas que no se decían.

Quizá aquella preciosa hija, única entre cuatro hombres, mimada y siempre mirándose al espejo debido a todo el afecto que se le prodigaba, fue depositaria de una forma especial de amor. Cuando su marido se marchó, la familia se mostró encantada ante la idea de que los padres de él se la devolvieran; podría vivir un tiempo más como su hijita. Según cuentan, mi abuelo era una persona muy peculiar. «Loco desde que los japos le metieron una bayoneta en la cabeza», decían. A veces ponía el pene en la mesa mientras cenaban y se reía. Un día llevó a casa una bebé entre los pliegues de su abrigo marrón de corte occidental. Había cambiado a uno de sus hijos, probablemente a mi padre, el pequeño, por aquella niña. Mi abuela lo obligó a deshacer el intercambio. Cuando por fin tuvo una hija, la mimó y la consintió. Seguro que todos la querían, quizá con la salvedad de mi padre, el único que jamás volvió a China, aquel a quien habían cambiado por una niña.

Hijos e hijas, una vez entraban en la edad adulta, debían eliminar cualquier colorido sensual y mostrarse planos. Unos cabellos o unos ojos perturbadores, una sonrisa única... todo eso amenazaba el ideal de cinco generaciones viviendo bajo un mismo techo. A veces se gritaban a la cara y a veces de una habitación a otra, en un juego de enfoque y desenfoque. Los migrantes que conozco hablan alto, no han modulado sus voces para adaptarlas al tono estadounidense, por más que lleven años viviendo fuera de aquellos pueblos en los que tenían que llamar a gritos a sus amigos por los campos. Nunca

he sido capaz de evitar que mi madre gritara en la biblioteca o al teléfono. Yo he mantenido la espalda recta (las rodillas sin doblar, los pulgares hacia delante, no como una paloma), he cumplido con el ideal chino de la feminidad y a la vez he hablado siempre muy bajito, tratando de adaptarme a otro ideal, el estadounidense. En China, toda comunicación es ruidosa, pública. Solo los enfermos susurran. Y a la hora de la cena, cuando la familia está más cerca que nunca, no se habla. Ni los parias ni nadie. Cada palabra dicha es una moneda perdida. Se da y se recibe la comida en silencio, con las dos manos. Un niño distraído que levanta el cuenco con una mano recibe una mirada de reprobación. En la comida se exige total atención por parte de todo el mundo. Los niños y los amantes pierden su singularidad en la mesa, pero mi tía tenía una voz secreta, una íntima forma de atención.

Se guardó para sí el nombre de aquel tipo mientras daba a luz, mientras moría. No lo acusó, no quiso que lo castigaran también a él. Parió en silencio para proteger al hombre que la inseminó.

Puede que fuera alguien de la familia o alguien de fuera; ninguna de las posibilidades excluía el horror. Al final, en el pueblo todo el mundo tenía algún grado de parentesco. La forma en que se llamaban unos a otros nunca excluía esa relación. Cualquier hombre susceptible de visitar la casa habría sido neutralizado al momento —hermano, hermano menor, hermano mayor—, descartado como amante. Había ciento quince formas de referirse a ese tipo de relaciones. Al nacer un niño, se investigaba con muchísimo ahínco su carta astral. En teoría, era para comprobar su buena suerte, pero es probable que también se hiciera para evitar el incesto en un lugar en el que no había más de cien apellidos. Cada persona tenía ocho

millones de parientes. Qué tontería, entonces, tanto recato sexual, tanto peligro.

Yo, como si atesorara un miedo atávico, muchas veces añadía en mi cabeza la palabra «hermano» a los nombres de los chicos. Era como un hechizo sobre los hombres que a veces me sacaban a bailar. Los hacía menos terroríficos, tan cercanos y dignos de amabilidad como las chicas.

Por supuesto, el hechizo también me afectaba a mí, aunque no salía nunca con nadie. Tendría que haberme levantado, haber agitado los brazos y haber gritado, de punta a punta de la biblioteca: «¡Eh, tú! Te quiero: ¡quiéreme!». Pero no tenía ni idea de cómo filtrar la atracción, de cómo controlar su potencia y trayectoria. Si me volvía guapa en el sentido americano para gustarles a los cinco o seis chicos chinos de la clase, también les gustaría a los demás (caucásicos, negros y japoneses). Comportarme como una hermana parecía una alternativa más digna y honorable.

La atracción es tan inasequible al control que no se logra canalizar ni en las sociedades estructuradas, ni siquiera cuando reúnen a los niños desde pequeños y los crían juntos. Pasa en las familias ricas y en las pobres: los hermanos se acaban casando con sus hermanas adoptivas. En nuestra casa se permitía cierta cuota de romance y se pagaba por encontrar novias y se aportaban dotes para que los hijos se pudieran casar. El matrimonio es la promesa de convertir a desconocidos en familiares que se llevan bien. Somos un país de parientes.

Nuestro pueblo se estructura como sigue: los espíritus titilan entre los vivos y el tiempo y la tierra mantienen el equilibrio. Alguien que tiene un estallido de violencia es un agujero negro, un torbellino que

llega hasta el cielo. Los habitantes del pueblo dependen los unos de los otros para mantener el tejido de lo real. Aquella vez, asustados, fueron a mostrarle a mi tía una representación material del desequilibrio que había provocado. Las parejas ilegítimas causaban una perturbación en el futuro que alteraba la pureza del linaje. La castigaron por comportarse como si le hubiera sido dado tener una vida privada, secreta, apartada de ellos.

Tal vez, si mi tía hubiera traicionado a la familia en tiempos de paz y abundancia, en una época en que nacían muchos hombres y se agregaban aleros a los tejados de las casas, el castigo habría sido menos duro. Pero los hombres —hambrientos, codiciosos, cansados de plantar en tierra estéril— se habían visto obligados a marcharse del pueblo para enviar dinero a casa. Había plagas de fantasmas y bandidos, guerra con los japoneses, inundaciones. Mi hermano y mi hermana habían muerto debido a enfermedades desconocidas. El adulterio, que en tiempos mejores tal vez no fuera más que un desliz, se convirtió en un crimen en época de hambre y escasez.

Los pasteles de luna eran redondos, las puertas eran redondas, había mesas redondas pensadas para acoger otra mesa redonda, las ventanas eran redondas, los cuencos eran redondos. Era la redondez de los talismanes que habían perdido el poder de evocar una ley perdida: una familia debe ser un todo, debe mantener debidamente la línea de sangre, tener hijos que alimenten a los ancianos y a los muertos que, a cambio, velarán por su bienestar. La gente del pueblo fue a enseñarles a mi tía y a su amante desconocido lo que era un hogar roto. Aceleraron el ciclo de los acontecimientos porque mi tía era tan corta de miras que no veía que su infidelidad ya había causado daño al pueblo, que el oleaje de las consecuencias

irremediablemente había de volver para herirla, a veces —como en esa ocasión— disfrazado de otra cosa. Tenían que reducir la redondez al tamaño de una moneda para que ella pudiera ver la circunferencia, debían castigarla cuando naciera el bebé. Despertarla a lo inexorable. Era gente que no creía en el fatalismo, sino en los pequeños rituales y, por lo tanto, en la culpa. Negaban lo accidental y se empeñaban en arrancarle un sentido a las estrellas.

La gente se fue, la luz de las linternas se alejó. La familia rompió el silencio y maldijo a mi tía.

—Aiaa, vamos a morir. La muerte acecha. La muerte nos acecha. Mira lo que has hecho. Nos has matado. ¡Fantasma! ¡Espíritu de la muerte! ¡Fantasma! Ni siquiera llegaste a nacer.

Mi tía se lanzó a los campos y corrió hasta que estuvo lo bastante lejos como para no oír sus voces. Se tiró al suelo y aplastó aquella tierra que ya no era suya. Cuando notó que llegaba el bebé, pensó que la habían herido sin que se diera cuenta. Su cuerpo se contrajo de golpe. «Me han hecho mucho daño —pensó—. Esto es bilis, me va a matar». Tenía la cabeza y las rodillas en tierra; su cuerpo convulsionó y volvió a relajarse. Se dio la vuelta y se quedó bocarriba, tumbada en el suelo. El pozo negro del cielo y las estrellas comenzó a alejarse mientras su cuerpo se desvanecía. Se convirtió en una estrella más, en un punto brillante en la negrura, un punto sin hogar, sin compañía, en el eterno silencio helado. Sintió agorafobia; no iba a poder contener aquello, no había por qué temer el final.

Desgarrada, desprotegida frente al espacio, sintió cómo volvía el dolor, cómo se concentraba en su cuerpo. Notó algo helado, una especie de dolor firme y superficial. Y otro más en su interior, uno

espasmódico, el dolor del niño que la calentaba. Pasó horas ahí tendida, a ratos era cuerpo y, a ratos, espacio. De vez en cuando una imagen consoladora opacaba la realidad: veía a su familia jugando a algo en la mesa después de cenar, veía a los jóvenes dando masajes a los mayores. Los veía felicitarse, la alegría de las mañanas en que aparecían los primeros brotes de arroz. Cuando esas escenas desaparecían, las estrellas se alejaban un poco más y el espacio negro abría sus fauces.

Se incorporó para tener más fuerza y recordó que las mujeres mayores daban a luz en la pocilga para engañar a los dioses que, celosos, querían hacerles daño. Los dioses no robaban cerditos. Antes de que la detuvieran las contracciones, corrió hasta la pocilga. Cada paso la precipitaba hacia la nada. Se encaramó a la valla y se arrodilló en el barro. Le gustó que la valla la rodeara; fue como si, aunque estuviera sola, perteneciera a una tribu.

Aquella mujer, que había llevado un niño dentro como se lleva un crecimiento anómalo que enferma a su portador, rompió aguas y, por fin, lo expulsó de su cuerpo. Se agachó para tocar esa masa húmeda y caliente que se movía. Era, sin duda, más pequeña que cualquier ser humano, pero aun así era humana. Tenía pies, dedos, uñas, nariz. La recogió y se la llevó al vientre y ahí se enroscó la criatura, con el culo al aire y los piececitos encajados el uno en el otro. Mi tía se abrió la camisa. Tapó a la criatura, que descansó un poco y luego empezó a retorcerse y a dar golpes hasta que le acercó el pecho. El bebé agitó la cabeza a un lado y al otro hasta dar con el pezón. Se puso a husmear y por fin hincó los dientes en mi tía; era adorable como un ternerillo, como un lechón, como un cachorro.

Quizá fue hasta la pocilga como último acto de responsabilidad, puede que quisiera proteger a ese bebé igual que había protegido a su padre. Tal vez así, cuando creciera, velaría por su alma, dejaría comida en su tumba. Bien pensado, ¿cómo iba aquella criatura huérfana a encontrar una tumba sin nombre, sin nada que le indicara que era la suya? Porque no iban a ponerla en el mausoleo familiar. Se había llevado al bebé consigo hasta aquella pila de desperdicios y había sentido lo mismo al nacer, el mismo dolor crudo de la separación, una clase de herida que solo cicatriza bajo la presión de la familia. Un niño sin linaje no iba a aliviar sus penas; apenas la seguiría a todas partes como un fantasma, suplicándole un propósito. Al amanecer, quienes se encaminaban a trabajar a los campos rodearon la valla y miraron dentro.

Aquel fantasmita dormía saciado. Su madre despertó e hizo un esfuerzo por contener la leche que se le escapaba al llorar. Ya era por la mañana cuando recogió al bebé y se encaminó hacia el pozo.

Llevarse al bebé al pozo era una forma de mostrar amor. Otra habría sido abandonarlo. O ahogarlo contra el fango. Las madres que aman a sus hijos se los llevan consigo. Seguramente fuera una niña; si hubiera sido un niño, mi tía habría albergado alguna esperanza.

—No le digas a nadie que tuviste una tía. Tu padre no quiere ni oír su nombre. Esa mujer nunca llegó a nacer.

Llegué a creer que no se podía hablar de sexo y que algunas palabras eran tan poderosas —y algunos padres tan frágiles— que con solo decir «tía» podía infligirle a mi padre una misteriosa forma

del dolor. Llegué a pensar que mi familia, que se había asentado entre otros inmigrantes que también habían sido sus vecinos en nuestro hogar ancestral, que mi familia, digo, tenía que limpiar su nombre, que aquí también bastaba una sola palabra equivocada para hacer enfadar a nuestros parientes. Pero había algo más en aquel silencio: querían que participara del castigo. Y lo hice.

En los veinte años que han pasado desde la primera vez que oí la historia de mi tía, no he pedido más detalles ni he dicho su nombre en voz alta, porque no lo conozco. Cualquiera capaz de reconfortar a los muertos puede, también, hacerles daño en el más allá. Es una especie de adoración de los ancestros invertida. El verdadero castigo no fue el asalto a la casa, fue el olvido consciente de la familia. Su traición les dolió tanto que se encargaron de que sufriera para siempre, incluso muerta. Me la imagino hambrienta, necesitada, mendigando comida al resto de los fantasmas, quitándosela, robándosela a aquellos a quienes sus descendientes sí les llevan regalos. Según los ritos antiguos, los aldeanos debían dejar panecillos en los cruces de caminos; eran carnada para que el espíritu de mi tía se alejara del pueblo, para que sus ancestros pudieran comer tranquilos. Me la imagino apiñada junto a otros fantasmas, luchando por coger algún panecillo. En cuanto a los ancestros de los que querían alejarla, me los figuro como dioses, no como espíritus. Sus descendientes les quemaban dinero de papel, trajes y vestidos de papel, casas de papel, coches de papel, carne, pollo, arroz que llegaban desde los cuencos en los que ardían hasta la eternidad en forma de cenizas, de llamaradas, de vapor y de incienso. Hoy, el presidente Mao, en un intento de hacer que la población china se preocupe también por la gente que no pertenece

a su núcleo familiar, nos anima a quemar ofrendas de papel para los soldados y trabajadores modelo, independientemente de quiénes sean sus descendientes. Pero mi tía sigue hambrienta. No existe el reparto igualitario, ni siquiera entre los muertos.

Me persigue. Su fantasma viene a mí porque, tras cincuenta años de ostracismo, soy la única que le dedica páginas de papel, aunque no estén dobladas en forma de casas o de ropa. No creo que siempre quiera lo mejor para mí. De algún modo, la estoy delatando; se suicidó para hacer daño, se ahogó en agua potable. En la cultura china, se teme a los ahogados. Se supone que sus espíritus dolientes aguardan, con el pelo mojado y la piel hinchada, en silencio junto al agua: esperan a alguien que tome su lugar.

Tigres blancos

De tanto oír las historias de nuestros padres, las chicas chinas terminamos por aprender que cualquier destino, salvo el de esclavas o esposas, conlleva un fracaso. Miento: también podíamos ser heroínas, maestras de la espada. Cruzar China llenas de ira para ajustar cuentas con quien hubiera agraviado a nuestra familia. A lo mejor por eso empezaron a vendarles los pies a las mujeres, porque se estaban volviendo peligrosas. Se dice que fue una mujer la que inventó el estilo de lucha de la grulla blanca hace solo doscientos años. Era una experta en el uso del bastón de combate, hija de un maestro que había sido entrenado en el templo Shaolin, hogar de una casta de monjes guerreros. Según cuenta la leyenda, una mañana la chica se estaba peinando cuando una grulla blanca se posó junto a su ventana. Se puso a tentarla con el bastón, pero el animal lo desvió con un suave movimiento del ala. Sorprendida, salió para tratar de echarla. La grulla partió el bastón en dos. La mujer entonces aceptó que estaba en presencia de un gran poder y le pidió al espíritu de la grulla blanca que le enseñara a pelear. El animal respondió con un graznido que, desde ese momento, se volvió distintivo de quienes practican su disciplina. Más adelante, la grulla volvió bajo la forma de un anciano y la entrenó durante años. Así, la mujer le entregó al mundo un nuevo arte marcial.

Esa historia era de las menos emocionantes, de las más modernas, y mi madre la usaba a modo de introducción para relatos en los que otras guerreras pasaban años en bosques y palacios, historias que nos contaba cada noche. Yo no era capaz de discernir dónde acababan aquellas fantasías y dónde empezaban los sueños;

en ellos, las heroínas hablaban con la voz de mi madre. Luego, los domingos pasaban, desde mediodía hasta medianoche, películas en la iglesia confuciana y en ellas veíamos a guerreras saltando de un tejado a otro sin siquiera tomar impulso.

Por fin, un día entendí que yo también estaba en presencia de un gran poder: el de las historias de mi madre. Ya de mayor oí la canción de Fa Mulán, la joven que sustituyó a su padre en la batalla. Recordé al instante una escena: un día, de niña, estaba siguiendo a mi madre por la casa mientras cantábamos la historia de cómo Fa Mulán había luchado gloriosamente y había vuelto, ya para quedarse, a su pueblo natal después de la guerra. Había olvidado que aquella canción una vez fue mía; que mi madre, que quizá desconocía su poder de evocación, me la había dado. Me decía que sería una mujer y una esclava, pero al mismo tiempo me enseñaba la canción de Fa Mulán, la guerrera. Así que me tocaría ser guerrera.

La idea era como sigue: recibiría una llamada de un pájaro que sobrevolaría nuestro tejado. En los dibujos a pincel, el pájaro se parece al ideograma de *persona*, que son dos alas negras. Cruzaría por delante del sol y se elevaría hacia las montañas (que se parecen al ideograma de *montaña*), donde, al cruzar la niebla, la partiría en dos por un instante. Yo tendría siete años el día que siguiera al ave hacia las montañas. Los zarzales me arrancarían los zapatos y las piedras me cortarían los pies y los dedos, pero seguiría subiendo, siempre con la mirada puesta en el pájaro. Rodearíamos una y otra vez, en espiral, la montaña más alta, siempre hacia arriba. Bebería de los ríos que me iría encontrando a cada rato. Ascenderíamos tanto que la vegetación empezaría a cambiar y el río, que abajo cruzaba el pueblo, sería allí una cascada. A la altura en que el pájaro

desapareciera, las nubes agrisarían el mundo como un borrón de tinta.

Acabé por acostumbrarme a aquel gris, pero seguía viendo las cimas como pintadas por un pincel, las rocas como dibujadas al carboncillo. Todo estaba turbio. Solo había dos trazos negros en la escena: los que dibujaban al pájaro. Desde las nubes —dentro del aliento del dragón— no se podía saber cuántas horas o días pasaban. De pronto, sin ruido alguno, emergí a un mundo cálido y amarillo. Árboles desconocidos se inclinaban hacia mí desde las laderas. Al mirar abajo en busca del pueblo, solo vi nubes.

El pájaro ahora era dorado, tan cerca del sol. Se posó a descansar en algo que al principio no reconocí, algo camuflado entre las laderas de la montaña y que al final entendí que era el tejadillo de una cabaña.

La puerta se abrió y una pareja de ancianos salieron con cuencos de sopa y arroz y una rama repleta de hojas y melocotones.

—¿Has comido, niña? —me dijeron a modo de bienvenida.

—Sí —respondí, educada—. Gracias.

(«No, no he comido —habría dicho en la vida real, enfadada por la costumbre china de mentir constantemente—. Me muero de hambre. ¿Tenéis galletas? Me encantan las galletas con pepitas de chocolate»).

—Estábamos a punto de sentarnos a comer —dijo la anciana—. ¿Te apetece unirte?

Qué casualidad: llevaban tres cuencos de arroz y tres pares de palillos de plata. Lo pusieron todo en un tablón, bajo los pinos. Me

dieron un huevo, como si fuera mi cumpleaños, y té. Eran mayores que yo, pero aun así les serví el té. La tetera y la arrocera parecían no tener fondo, pero quién sabe. Lo cierto es que la pareja comía muy poco de todo excepto de los melocotones.

Cuando las montañas y los pinos se convirtieron en bueyes azules, perros azules y gente azul, la pareja me invitó a pasar la noche en la cabaña. Pensé en lo que me quedaba de bajada y decidí aceptar. El interior de la cabaña parecía tan grande como el exterior. El suelo estaba densamente cubierto de agujas de pino. Habían sido separadas en amarillas, verdes y marrones, según el tiempo que tuvieran. En un momento pisé mal sin querer y quedaron revueltas, mostrando debajo la tierra mezclada en colores nuevos. Los ancianos caminaban ligeros, tanto que nunca alteraban el patrón de colores. No movían ni una aguja.

En mitad de la casa había una roca que hacía las veces de mesa. Las sillas eran troncos de árboles caídos. En una pared (que era la ladera de la propia montaña), crecían helechos y flores. Me metieron en una cama que se ajustaba a mi tamaño.

—Respira de forma regular o perderás el equilibrio y te caerás —dijo la mujer mientras me cubría con un edredón de seda relleno de hierbas y plumas—. Las cantantes de ópera empiezan a formarse a los cinco años y duermen en camas como esta.

Después de decir eso, los ancianos salieron. Los vi, por la ventana, tirar de una cuerda que había enrollada en una rama. Estaba atada al tejado y, al hacerlo, este se abrió como la tapa de una canasta. Dormí bajo la luna y las estrellas. Caí tan rápido que no vi dónde durmieron los ancianos, pero por la mañana me despertaron con más comida.

—Niña, ya has pasado aquí casi un día y una noche —dijo la mujer. Bajo la luz del sol pude ver que llevaba pendientes de oro—. ¿Qué te parecería quedarte quince años más? Podríamos entrenarte, convertirte en una guerrera.

—¿Y mis padres? —pregunté.

El hombre desató la calabaza que llevaba colgada a la espalda para beber. Le quitó la tapa y miró dentro, en el agua.

—Ahí... ahí —dijo.

Al principio solo vi agua, un agua tan clara que hacía de lupa y amplificaba las fibras de la calabaza. En la superficie encontré mi propio reflejo. El viejo tapó la abertura con el pulgar y el índice y agitó el recipiente. Mientras el agua volvía a la calma, las luces y los colores se convirtieron en una imagen que no reflejaba nada de lo que había a mi alrededor. Al fondo de la calabaza vi a mis padres mirando al cielo, hacia donde estaba yo.

—Pues ya está —dijo mi madre—, no esperaba que fuera a pasar tan pronto.

—Desde que nació —respondió mi padre—, sabíamos que se la llevarían.

—Este año —siguió mi madre— nos toca cosechar los boniatos sin su ayuda.

Se dieron la vuelta y caminaron hacia los campos con canastas en los brazos. El agua volvió a temblar y la imagen desapareció.

—Mamá, papá... —los llamé, pero no podían oírme. Estaban abajo, en el valle.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó el anciano—. Si quieres, puedes volver ahora mismo. Puedes ir a cosechar boniatos. O te puedes quedar aquí y aprender a luchar contra bárbaros y bandidos.

—Podrías vengar a los de tu aldea —dijo la mujer—. Podrías recuperar las cosechas que os roban los ladrones. Podrías hacer que todos los *han* te recordaran por tus hazañas.

—Me quedo —respondí.

Así es cómo la cabaña se convirtió en mi hogar y cómo descubrí que la anciana no distribuía las agujas de pino a mano. Abría el tejado, dejaba que entrase el viento otoñal y las agujas caían solas así, en trenzas marrones, verdes y amarillas. Lo que sí hacía la mujer era mover los brazos, como guiándolas, mientras soplaba con suavidad. Pensé que la naturaleza no funciona igual en las montañas que en los valles.

—Lo primero que aprenderás —me indicó— es a ser silenciosa.

Me empezaron a dejar junto a los arroyos cercanos: tenía que vigilar a los animales.

—Si haces ruido —me decían—, los ciervos huirán antes de beber.

Una vez fui capaz de pasar el día de rodillas sin alterar el ritmo de mi respiración y sin que se me durmieran las piernas, las ardillas empezaron a esconder su botín en el dobladillo de mi camisa. Después, plegaban la cola y hacían una danza de celebración. Por la noche, las ranas y los ratones me miraban. Sus ojos eran estrellas, a veces lentas, a veces rápidas. No vi ni una rana de tres patas, eso sí. Para atraerlas, hace falta tener una cuerda llena de monedas enhebradas.

Los ancianos empezaron a entrenarme con ejercicios que comenzaban al amanecer y terminaban al atardecer. Podía ver cómo nuestras sombras crecían y se encogían y volvían a crecer, arraigadas a la tierra. Aprendí a mover los dedos, las manos, los pies, la cabeza y el cuerpo entero en círculos. Caminaba apoyando

primero el talón, con los dedos apuntando hacia fuera en un ángulo de entre treinta y cuarenta grados. Mis pasos dibujaban el ideograma del ocho, el de humano. Doblaba las rodillas y me balanceaba según las reglas del lento y medido «paso del cuadrado», un poderoso movimiento para entrar en batalla. Tras cinco años, mi cuerpo se fortaleció de tal manera que podía controlar incluso el nivel de dilatación de mis pupilas. Podía imitar a búhos y murciélagos. En chino, las palabras para referirse a murciélago y bendición se pronuncian igual. Al sexto año, los ciervos me empezaron a dejar correr con ellos. Podía dar saltos de seis metros sin coger carrerilla, podía pasar por encima de la cabaña como un mono. Todas las criaturas del mundo animal tienen dos habilidades: una de ocultamiento y otra de combate. Un guerrero debe aprender ambas. Cuando se me posaban pajarillos en la palma, era capaz de hacer que cedieran los músculos de la mano para que no pudieran apoyarse y tuvieran que echar a volar.

Pero solo en sueños podía volar como el pájaro que me había guiado hasta aquel lugar.

El séptimo año (para entonces ya había cumplido los catorce), los ancianos me vendaron los ojos y me llevaron a las montañas de los tigres blancos. Se engancharon a mis codos y me gritaron al oído:

—¡Corre, corre, corre!

Corrí y, al ver que no me tropezaba en ninguna colina ni me golpeaba la cabeza con nada, apreté el paso. Una corriente me empujaba hacia arriba por las raíces, las rocas, las colinas. No tardamos en llegar al lugar de los tigres, la cima de una montaña que casi tocaba el cielo, hasta el punto de que tuvimos que agacharnos.

Los ancianos se despidieron con un gesto, se deslizaron montaña abajo y desaparecieron tras un árbol. La mujer, que era buena con el arco, lo había llevado consigo. El hombre llevaba su calabaza llena de agua. Yo debía sobrevivir usando solo las manos. El suelo estaba cubierto de nieve, que caía a ráfagas (es otra de las formas en las que respiran los dragones). Deshice un trecho del camino que habíamos seguido y, al llegar a los primeros árboles, recogí leña de un cerezo, de una peonía y de un nogal, que es el árbol de la vida. Según me habían enseñado los ancianos, el fuego vive dentro de los árboles que dan flores o bayas rojas en primavera, o de aquellos cuyas hojas se vuelven rojas en otoño. Recogí un poco de leña de la que había, caída, junto a los troncos, donde no llegaba la nieve, y la envolví en mi pañuelo para que se mantuviera seca. Donde vi huellas de ardilla, cavé y encontré un par de nueces en cada uno de sus escondites. También las metí en el pañuelo. Según los ancianos, un ser humano puede vivir cincuenta días solo con agua. Decidí guardar las raíces y las nueces para cuando tuviera que escalar por lugares donde nada crece, en caso de que no encontrara la cabaña. Esta vez no había pájaro al que seguir.

La primera noche quemé la mitad de la leña y dormí, hecha un ovillo, junto a una ladera. Sentía cómo los tigres blancos merodeaban al otro lado de la hoguera, pero no los distinguía de la nieve. La mañana llegó en toda su perfección. Me apresuré a ponerme en marcha, a buscar más alimento. No comí nada de lo que llevaba y solo bebí la nieve que mi fuego había derretido.

Los dos primeros días fueron un regalo. No me costó mantener el ayuno. Iba tan confiada en mi propia fuerza que el tercero, el de la subida más dura, me encontré sentada en el suelo, con el pañuelo

abierto y calculando las nueces y las raíces. En lugar de seguir caminando o de comer, dejé que mi mente se perdiera en los platos que mi madre me preparaba cuando era pequeña, muchas veces con carne, y olvidé mi alimento monacal. Aquella noche quemé casi toda la madera que llevaba. No podía dormir, me abrumaba la idea de la muerte, ya fuera inmediata o remota, que me habría de llegar. Los animales lunares que no estaban hibernando salieron a cazar, pero yo había dejado de ser carnívora durante mi estancia con los ancianos. No ataqué a ninguno de los ratones que se me acercaban ni a los búhos que se lanzaban en picado junto al fuego.

Los días cuatro y cinco la vista se me aguzó por el hambre. Vi ciervos y, cuando nuestros caminos coincidieron, seguí sus huellas. Empecé a recolectar las setas que ellos mordisqueaban, las setas de la inmortalidad.

Al atardecer del décimo día encontré un dedo de hielo que apuntaba hacia una roca. El centro estaba erosionado; lo llené de nieve y encendí un fuego alrededor de la roca. Cuando el agua estuvo caliente, eché las raíces, las nueces y las setas de la inmortalidad. Para variar un poco, un cuarto de las nueces y de las semillas me las comí crudas. Una sensación gozosa y verde me inundó la boca, la cabeza, el estómago, los dedos, el alma. Fue la mejor comida de mi vida.

Un día me di cuenta de que estaba haciendo largas caminatas sin dificultad. Sentía que mi carga se había aligerado. Había tan poca comida que ya ni siquiera tenía que detenerme a recogerla. Había llegado a una tierra muerta. Incluso la nieve dejó de caer. Decidí no volver a las zonas de abundancia, donde tampoco hubiera podido quedarme; resolví seguir ayunando hasta llegar al siguiente

bosquecillo. Me puse en camino por un terreno pedregoso. Como la leña me pesaba y las ramitas me pinchaban, la quemé casi toda, para no gastar tanta energía llevándola a cuestas.

En algún punto de la travesía por aquella tierra muerta perdí la cuenta de los días. Sentía que llevaba años caminando, que toda mi vida había sido así. Lo único que quería era que los ancianos me ayudaran. Tenía catorce años y estaba lejos de mi aldea. Caminaba en círculos. ¿Ya había conocido a los ancianos? ¿O eso estaba por pasar? Quería ver a mis padres. Los abuelos no eran más que una parte de aquella pérdida, de aquel hambre.

Una noche me comí lo último que me quedaba. Aún tenía leña para hacer un buen fuego. Miré las llamas. Me recordaron a cuando ayudaba a mi madre a cocinar y me rompí a llorar. Qué raro había sido ver a mi madre al fondo de la calabaza. Asentí, naranja y caliente, a la nada.

Un conejo blanco vino hasta mí dando saltitos. Por un momento pensé que era un copo de nieve que había caído del cielo. Nos miramos. La carne de conejo se parece a la del pollo. Mis padres me habían enseñado a matarlos de un golpe en la coronilla y a despellejarlos para hacer abrigos.

—Es una noche demasiado fría para ser un animal —dije—. Quieres acercarte al fuego, ¿verdad? Déjame que eche otra rama.

No le di con la rama. De los conejos había aprendido a golpear hacia atrás. Pensé que quizá estuviera enfermo, porque los animales no suelen acercarse a la lumbre. Parecía alerta, eso sí: me miraba fijo, se arrimaba a la hoguera. Cuando llegó al borde, no se detuvo: me miró y se lanzó al fuego. Las llamas declinaron un instante, como sorprendidas, y después crecieron aún más. Cuando el fuego volvió

a su estado natural, me fijé en que el conejo ahora era carne, carne dorada en su punto justo. Me la comí, consciente de que el conejo se había sacrificado por mí. Me había regalado su propia carne.

Cuando te pasas horas y horas caminando entre árboles —sí, después de la zona muerta llegué a otro bosque—, entre ramas y, por mucho que mires a un lado y a otro no ves más que árboles y troncos, tu cabeza empieza a imaginar cosas. El hambre también cambia el mundo; cuando se pierde la costumbre de comer, se pierde también la de ver. Vi a dos personas hechas de oro que bailaban la danza de la tierra. Giraban de una forma tan perfecta que parecían convertirse en el eje del planeta. Eran pura luz, oro fundido, cambiante. Eran bailarines de danzas chinas y africanas del león. Oí campanas de Java que, mientras tañían, se convertían en campanas indias, hindúes, indias americanas. Vi campanas de oro que se deshacían en borlas doradas que se desperdigaban por las capas de dos monarcas que, a su vez, se convertían en el pelaje de un león. Melenas que crecían hasta ser plumas que brillaban y se convertían en rayos de luz. Luego, los bailarines se entregaron a bailar el futuro, un futuro maquínico, vestidos con prendas que nunca había visto. Veo cómo pasan siglos en un momento porque de pronto he entendido el tiempo, que gira y está fijo como la estrella polar. Entiendo que trabajar, usar la azada, es también bailar; que la ropa de los campesinos es dorada como la de los reyes; que los que bailan son siempre un hombre y una mujer.

El hombre y la mujer crecen y crecen. Brillan. Son todo luz. Son dos columnas, dos ángeles enormes. Tienen alas blancas en la espalda. A lo mejor son infinitos ángeles, a lo mejor veo dos a través del tiempo. No soporto el brillo, me tapo los ojos, que me duelen al

parpadear. Cuando bajo la mano reconozco al anciano gris y a la anciana gris, que me están sacando del pinar.

Diría que no fue la magia de los ancianos, sino el hambre, lo que consiguió agrietar el hechizo. Después de aquello, siempre que me pasaba un tiempo sin comer —ya fuera por una hambruna o durante la batalla— empezaba a ver el oro y la luz de la gente común. Podía ver su baile. Cuando tengo el hambre suficiente, matar y caer también son formas de bailar.

Los ancianos me dieron una sopa de verduras y me pidieron que les contara qué había pasado en la montaña de los tigres blancos. Les dije que los tigres me habían seguido por la nieve y que me había enfrentado a ellos con ramas ardientes, que mis tatarabuelos habían acudido a mi rescate y me habían indicado la dirección a través del bosque. Que había conocido a un conejo que me había explicado qué era autoinmolarse y la forma de acelerar el ciclo de la reencarnación: no hacía falta ser un gusano primero, se puede saltar directamente a una persona. Que, en nuestra humanidad, nosotros también convertíamos cuencos de sopa en personas. Eso les hizo gracia.

—Cuentas buenas historias —dijeron—. Vete a dormir. Mañana empezamos con las lecciones del dragón.

«Una cosa más —quise añadir—, os he visto, he visto vuestra verdadera edad». Pero me quedé dormida y apenas emití un murmullo. Quería hablarles del último episodio de mi viaje; era solo un instante de las dos semanas que había estado fuera, pero contarlo me habría llevado toda la noche. De todas formas, era probable que ya lo supieran. En los años que siguieron, cuando me los encontraba por casualidad o los veía por el rabillo del ojo, el

anciano era joven, apuesto, alto y con el pelo largo y negro; ella era una preciosa muchacha que corría con las piernas desnudas entre los árboles. En primavera se vestía de novia, con hojas de enebro en el pelo y una chaqueta negra bordada. A veces practicábamos tiro al blanco. No era raro que, cuando apuntaba con una flecha, viera a aquellos dos jóvenes; al mirarlos de nuevo, sin embargo, volvían a ser dos ancianos. Con el tiempo entendí, fijándome en cómo se comportaban, que debían de ser hermanos o amigos, no pareja.

Cuando volví de aquella prueba de supervivencia me enseñaron el camino del dragón. Tardé ocho años en aprenderlo. Sentí un placer salvaje y sanguinario mientras me formaba para imitar a los tigres, su forma silenciosa de matar, su rabia. Encontrar tigres es fácil, pero necesitaba de la sabiduría de los ancianos para hallar dragones.

—Debes deducir el dragón de las partes que puedes ver y tocar —me indicaron.

Los dragones no son como los tigres, son inmensos, nunca pude ver uno entero. Pero podía explorar las montañas, que son la parte superior de su cabeza.

—Estas montañas también se parecen a las cabezas de otros dragones —decían.

Al trepar por un risco, entendía que estaba montada en la frente de un dragón, que lo acompañaba en sus viajes por el espacio, que su velocidad y la mía eran tan dispares que me parecía que estaba inmóvil. En las canteras, lo veía por estratos, distinguía sus venas y sus músculos. Los minerales son sus dientes y sus huesos. A veces tocaba las piedras que colgaban del cuello de la mujer; eran el tuétano del dragón. Trabajé el suelo, que es su piel; trepé a los árboles, que son su pelo. Oí su voz en los truenos, lo sentí respirar

en el aire y vi su aliento en las nubes. Su lengua son los rayos, que traen una luz roja al mundo, una luz poderosa y cargada de buena fortuna que está en la sangre, las amapolas, las rosas, los rubíes, las plumas de los pájaros, las carpas, los cerezos, las peonías, las líneas que rodean los ojos de los patos y las tortugas. En primavera, cuando el dragón se despertaba, veía sus circunvoluciones en el curso de los ríos.

Lo más cerca que estuve de ver un dragón completo fue una vez que los ancianos cortaron un trozo de corteza de un pino de más de tres mil años. La resina que había debajo fluía formando dragones.

—Si, cuando seas mayor, decides que quieres vivir quinientos años más, ven a este árbol y bebe cuatro litros y medio de su resina —me dijeron—. Pero no lo hagas ahora, aún eres demasiado joven como para decidir si quieres vivir para siempre.

Los ancianos me mandaban al vientre de las tormentas a recoger la hierba roja de las nubes, que solo crece en ese clima, en la unión entre el fuego y el agua del dragón. Les llevaba las hojas y se las comían y eso los hacía inmortales.

Aprendí a ensanchar mi mente, a ampliarla como amplio es el universo, para que hubiera en ella lugar para las paradojas. Las perlas son el tuétano de las ostras. El dragón vive en el cielo, los océanos, los pantanos y las montañas, que son a la vez su cráneo. Su voz retumba y repica como una olla de cobre. Respira fuego y agua; a veces es uno, a veces es muchos.

Trabajaba a diario. Cuando llovía, entrenaba bajo el aguacero, agradecida de no estar recogiendo boniatos. Me movía como los árboles se mueven en el viento, agradecida por no estar chapoteando entre heces de pollo. Ya no tenía tantas pesadillas.

Cada año nuevo, al amanecer, el hombre me dejaba ver a mi familia en la calabaza. Los veía sentados a la mesa en torno a la comida más fastuosa del año y los echaba mucho de menos. Con ellos me había sentido querida, había sentido el amor derramándose de sus manos cuando los adultos nos metían en el bolsillo sobres rojos con dinero. Los ancianos no me daban dinero, pero sí me habían dado, cada año durante los últimos quince, un abalorio. Cada vez que abría el sobre rojo y me ponía a juguetear con la bolita entre los dedos, me la quitaban para guardarla. Después comíamos, como siempre, comida monacal.

El agua también servía para vigilar a aquellos hombres a los que tendría que ejecutar. No sabían que los miraba, hombres gordos que comían carne; hombres gordos que bebían vino de arroz; hombres gordos montados en chicas desnudas muy jóvenes. Vi a hombres poderosos contar su dinero y a hombres hambrientos hacer lo mismo. Cuando los bandidos se repartían el botín, me quedaba mirando hasta que se quitaban la máscara para saber quiénes estaban robando a sus vecinos. Estudié la cara de los generales y sus insignias, que temblaban sobre su cabeza. También estudié las de los rebeldes, que llevaban juramentos atados a la frente.

El anciano repasaba conmigo las batallas clásicas y señalaba las fortalezas y las debilidades de cada héroe. La guerra, sin embargo, transforma los antiguos combates, hermosos en su simplicidad, en un caos informe. Vi a un luchador joven saludar a su oponente y luego a cinco campesinos que lo atacaban por detrás con martillos y guadañas. Su rival no lo previno.

—¡Tramposos! —grité—. ¿Cómo voy a derrotar a unos tramposos?

—No te preocupes —respondió el anciano—, a ti nunca te pillarán como a ese pobre aficionado. Tú puedes ver lo que hay detrás de ti, como un murciélago. Mantendrás a raya a los campesinos con una mano y derrotarás a tu oponente con la otra.

Cuando me bajaba la regla, seguía con mi entrenamiento. Me sentía tan fuerte como siempre.

—Ya eres adulta —me explicó la anciana cuando me bajó por primera vez, a medio camino de mi travesía por la montaña—. Ya puedes tener hijos.

Pensaba que me había cortado al saltar por encima de mis dos espadas, una de acero y la otra tallada de una sola pieza de jade.

—En cualquier caso —añadió—, te vamos a pedir que esperes unos años para tener hijos.

—¿Puedo usar las técnicas de control que me has enseñado para detener el sangrado? —pregunté.

—No —respondió—, no puedes dejar de cagar ni de mear. Con la sangre pasa lo mismo. Deja que corra. («Deja que ande», en chino).

Aquel día, para atenuar mi nostalgia, también me dejaron mirar en la calabaza. Mi familia visitaba a unos amigos al otro lado del río. Iban bien vestidos e intercambiaban pasteles. Era una boda. Mi madre hablaba con los anfitriones:

—Gracias por aceptar a nuestra hija, seguro que es feliz allá donde esté. Si está viva, sé que volverá y, si es un espíritu, le habéis concedido un linaje. Nos sentimos muy agradecidos.

Lo cierto es que habría sido feliz con ellos, habría disfrutado de todo el amor que me profesaban. Me habría casado con aquel niño con el que jugaba de pequeña, un compañero que me quería tanto como para convertirse en mi novio fantasma. Seríamos felices

cuando volviera al valle, fuerte y saludable y, lo más importante, en carne y hueso.

Miré, en el agua, la cara de mi marido de cerca. Lo vi palidecer cuando, de pronto, aparecieron unos caballeros armados acompañados del sonido de cascos y del tintineo de las espadas. Mi gente se armó de sartenes, de sopa hirviendo, de cuchillos, martillos, tijeras, lo que pudieron encontrar.

—Son demasiados —dijo mi padre, así que soltaron las armas improvisadas y esperaron, en silencio, junto a la puerta, que estaba abierta para que entraran los invitados.

Aquel ejército de caballeros se detuvo ante la casa. A lo lejos, la infantería se aproximaba. Uno de los jinetes llevaba una armadura de placas plateadas que brillaban al sol. Habló y sus palabras abrieron una grieta roja en el negro de su barba.

—El barón ha pedido cincuenta hombres de este distrito, uno de cada familia —dijo, leyendo el pergamino, y procedió a recitar una lista de apellidos.

—¡No! —grité, en la calabaza.

—Yo iré —dijeron mi reciente marido y mi hermano menor, cada uno a su padre.

—No —respondió mi padre—, iré yo.

Pero las mujeres no lo dejaron marchar, lo agarraron hasta que hubo pasado la infantería, llevándose a los dos jóvenes consigo.

El agua tembló como si la marcha militar llegara hasta la calabaza. Cuando se aquietó de nuevo («¡Espera! —grité—, ¡espera!»), solo vi a desconocidos. Eran el barón y su familia al completo. Arrodillados, se golpeaban la frente contra el suelo delante de sus ancestros y agradecían a los dioses por protegerlos del reclutamiento. Vi la cara

de cerdito del barón, vi su boca masticar la carne del cerdo que habían sacrificado. Metí la mano en la calabaza, tratando de agarrar su garganta fofa; esta se partió en pedazos que me salpicaron la cara y la ropa. Puse la calabaza boca abajo, pero dentro no había gente chiquitita.

—¿Por qué no puedo bajar a ayudarlos? —grité—. Me escaparé con los muchachos y nos ocultaremos en las cuevas.

—No —dijo el anciano—, no estás lista. Tienes catorce años. Te harían daño y no serviría de nada.

—Espera a cumplir los veintidós —me pidió la anciana—, crece y perfecciona tu técnica. Ningún ejército podrá impedirte que hagas lo que quieras. Si te vas ahora, te matarán y habríamos desperdiciado siete años y medio. Además, dejarías a tu gente sin una defensa que los proteja.

—Ya estoy lista para salvar a los chicos —repliqué.

—¿Crees que hemos hecho todo esto para que salves a dos chicos? —preguntó el anciano—. ¿O para salvar a familias enteras?

Por supuesto, lo que decía tenía sentido.

—¿Algún día —dije— seré capaz de derrotar a un ejército entero?

—Aunque tus enemigos sean militares bien entrenados —contestó la mujer—, tendrás ventaja: serán hombres rudos y pesados. No seas impaciente.

—Te dejaremos usar la calabaza de vez en cuando para seguir a tu hermano y a tu marido —concluyó el anciano.

En cuanto terminó de pronunciar aquellas palabras, ya estaba tranquila. Sentía que una puerta de madera se había cerrado en mi interior. En la granja había aprendido que podía dejar de querer a los animales a los que criábamos para la matanza. Del mismo modo, un

amor se me activaba dentro si me decían que era una mascota. No era la primera vez que mi familia perdía hombres, primos y tíos que habían sido reclutados o llevados como aprendices. Eran tan poca cosa como una esclava.

Pensé, sangrando, en quienes iban a morir; pensé, sangrando, en quienes iban a nacer.

Durante mis años en la montaña no había hablado con nadie más que con los ancianos, pero igualmente sentía que ellos dos eran muchas personas, que había un mundo entero en aquella calabaza y que la tierra era una perla verde y azul como esas con las que juegan los dragones.

Cuando fui capaz de señalar al cielo y hacer que apareciera una espada como un relámpago de plata bajo la luz del sol, cuando pude controlar su corte con la mente, dijeron que estaba lista para partir. El anciano abrió la calabaza por última vez. Vi al enviado del barón salir de mi casa.

—Esta vez debo ir —decía mi padre.

Decidí que bajaría corriendo la montaña e iría yo en su lugar. Los ancianos me ofrecieron las quince cuentas y me dijeron que las usara cuando estuviera en peligro de muerte. Me dieron también ropa de hombre y una armadura. Nos despedimos con una reverencia. El pájaro que me había llevado hasta allí me acompañó, sobrevolándome, en la bajada; cada vez que me volvía a mirarlo, veía a los ancianos diciéndome adiós con la mano. Los vi a través de la niebla, los vi en las nubes, los vi en la cima de la montaña, tan lejos que los pinos ya parecían diminutos. Seguramente habían desperdigado imágenes de sí mismos para que yo los saludara y habían vuelto a sus tareas.

Cuando llegué a mi aldea, me encontré con unos padres tan mayores como aquellos ancianos a los que ya no veía en ninguna parte. Los ayudé a cargar sus aperos de labranza. Caminaban muy rectos, cada uno con una canasta o una azada para que no tuviera que llevarlo todo yo. Lloraban en silencio. Mi familia me rodeó y en sus caras vi tanto amor que olvidé que nos faltaban algunos miembros. Bendije a los recién nacidos.

—La gente anda diciendo que los Ocho Sabios te adoptaron para enseñarte su magia —me dijo una prima, apenas una niña—. Dicen que te convertiste en pájaro y que volaste hasta ellos.

—También dicen —intervino, entre risitas, otro primo— que te fuiste a la ciudad a trabajar como prostituta.

—Diles que encontré a unos maestros que me enseñaron ciencia —respondí.

—Me han reclutado —intervino mi padre.

—No, padre —lo tranquilicé—, iré yo en tu lugar.

Mis padres mataron un pollo y lo hicieron entero al vapor, como es costumbre al dar la bienvenida a un hijo, pero yo ya no comía carne. Me dieron arroz y verduras y dormí varias horas; tenía que estar descansada para lo que me esperaba.

Por la mañana me despertaron y me pidieron que los acompañara al pabellón de la familia.

—No te vistas —dijo mi madre—, quédate en pijama.

Llevaba un barreño, una toalla y una tetera llena de agua caliente. Mi padre llevaba una botella de vino, un bloque de tinta sólida, pinceles y cuchillos de varios tamaños.

—Vamos —dijo.

Ya no lloraban. Noté el olor metálico de la sangre, el olor de un parto, del sacrificio de un animal, el olor de mi regla y de mis sueños rojos.

Mi madre puso una almohada en el suelo, frente a nuestros ancestros.

—Arrodíllate y quítate la blusa —me ordenó.

Seguí sus instrucciones de espaldas a ellos para no avergonzarlos. Mi madre se puso a lavarme la espalda como si todavía fuera un bebé, como si no hubiera estado fuera más de un día.

—Vamos a inscribirte la venganza en la espalda —me anunció mi padre—, vamos a escribir nombres y juramentos.

—Donde quiera que vayas —siguió mi madre—, pase lo que pase, todo el mundo podrá ver tu sacrificio. Y tú tampoco lo olvidarás.

Quería decir que, aunque me mataran, la gente podría usar mi cadáver como arma. No lo dijo así porque no nos gustaba hablar de la muerte en voz alta.

Mi padre comenzó a escribirme unos caracteres con tinta. Sus trazos flameaban en mi espalda. Después empezó con los cortes. Con los cuchillos pequeños, trazó las líneas más finas y los puntos; con los grandes, los trazos principales.

Mi madre recogía la sangre y me limpiaba las heridas con un paño empapado en vino. Dolía muchísimo. Los cuchillos estaban muy afilados, el aire ardía, el alcohol helaba y luego volvía el calor. Probé todas las variaciones del dolor. Me abracé las rodillas. Las solté. Ni la tensión ni la relajación me aliviaban. Quería llorar. De no ser por los quince años de entrenamiento, me habría tirado al suelo y habría empezado a retorcerme. No habría podido aguantar. La lista de

agravios parecía infinita. «Si algún día el enemigo me despelleja —pensé—, mi piel será transparente, como una tela finísima».

En cuanto mi padre terminó el último carácter, caí hacia delante. Cantaron juntos lo que habían escrito y me dejaron descansar. Mi madre me abanicó la espalda.

—Te quedarás con nosotros hasta que se te curen las heridas —dijo.

Cuando fui capaz de sentarme, mi madre trajo dos espejos y me dejó verme la espalda. La tenía toda cruzada de tajos rojos y negros. Parecían un ejército, mi ejército. Me cuidaron como si hubiera caído en batalla tras una serie de victorias. No tardé en recuperarme.

Una mañana, mientras pulía mi armadura, un caballo blanco entró en mi patio. Las puertas estaban cerradas, pero aquella montura egregia llegó hasta mí de todos modos. La silla y las bridas estaban decoradas con borlas negras, rojas y doradas. La silla, que era justo de mi talla, tenía tigres y dragones grabados con trazos ondulados. El caballo blanco pateó el suelo, como pidiéndome que lo montara. En las pezuñas llevaba inscrito el ideograma de volar.

Tanto mis padres como yo estábamos esperando una señal como aquella. Llenamos las alforjas de hierbas y de ungüentos. Echamos hierba azul para lavarme el pelo, ropa de abrigo, melocotones deshidratados. Me dejaron elegir entre palillos de plata o de marfil; elegí los de plata porque eran más ligeros. Fue como recibir mis regalos de boda. También vinieron mis primos y otros aldeanos, que trajeron mermelada de naranja, vestidos de seda, tijeras de plata. También me dieron cuencos de porcelana azul y blanca llenos de agua con carpas nadando en su interior; por fuera, les habían

pintado carpas con aletas de fuego naranja. Acepté todos los regalos, incluso las mesas y las jarras de cerámica, aunque sabía que no podría llevar todo aquello. Elegí echar en las alforjas una pequeña olla de cobre en la que podría cocinar y de la que podría comer directamente, para ahorrarme la molestia de tener que buscar piedras con forma de cuenco o caparazones de tortuga.

Me puse la ropa y la armadura de hombre, y me recogí el pelo.

—Estás preciosa —me decía la gente.

—Está preciosa —se decían entre ellos.

Un joven salió de entre la multitud. Me sonaba mucho, como si fuera el hijo del anciano o el propio anciano, si lo miraba de reojo.

—Quiero ir contigo —dijo.

—Serás el primer soldado de mi ejército —respondí.

Me subí al caballo y quedé maravillada de la altura a la que me situaba, del poder que me confería. En ese momento apareció un jinete en un caballo negro, como salido de la nada. Los aldeanos corrieron en todas direcciones; todos excepto mi soldado, que no se inmutó. Desenvainé la espada.

—¡Espera! —gritó el jinete, mostrándome las manos desnudas—. ¡Espera! He viajado hasta aquí para unirme a ti.

Fue entonces cuando la gente del pueblo me entregó sus verdaderos regalos: sus hijos. Los habían estado ocultando durante las rondas de reclutamiento y ahora me los ofrecían por voluntad propia. Elegí a aquellos que no eran imprescindibles para sus familias y a aquellos que llevaban en la mirada el fuego de los héroes. Evité llevarme a los que ya eran padres y a aquellos cuya partida dejaría atrás corazones rotos.

Íbamos mejor guarnecidos que muchos de los fundadores de algunas dinastías cuando se encaminaron al norte para destronar al emperador. Todos habían sido alguna vez campesinos, como nosotros. A lo largo de la historia habíamos sido millones los que habíamos agarrado nuestras azadas y habíamos emprendido el camino hacia el norte. Siempre era igual: se sentaban en campos que el dragón había secado y afilaban sus herramientas. Aunque tuvieran que caminar miles de kilómetros, marchaban hacia el palacio y se presentaban ante el emperador. El soberano, cuyo trono miraba hacia el sur, seguramente observaba con miedo a todos esos campesinos que caminaban día y noche hacia Beiping, el actual Beijing. Ninguno de aquellos emperadores debió de estar mirando en la dirección adecuada; si lo hubieran hecho, nos habrían visto y no habrían dejado que pasáramos tanta hambre. No habríamos tenido que gritar nuestras quejas. Al final del viaje, los aldeanos acababan nombrando emperador a un granjero que conociera la tierra o a un mendigo que conociera el hambre.

—Gracias, madre. Gracias, padre.

Eso fue lo último que dije antes de marcharme. Me habían grabado a fuego sus nombres, sus direcciones. Antes o después, volvería.

En el camino, solía ir desmontada para acompañar a mi ejército. Cuando queríamos parecer más intimidantes ante merodeadores, grupos de refugiados o chicos que seguían a sus maestros de artes marciales, montaba y me ponía al frente. Aquellos que tenían armas y caballos me flanqueaban. Si el grupo que nos encontrábamos era pequeño, no era raro que se nos uniera, pero, si eran tantos o más que nosotros, elegían luchar. En esas ocasiones, lanzaba un potente

grito, enarbolaba mis dos espadas y me lanzaba a por los líderes enemigos. Desataba la sed de sangre de mi ejército y mi caballo de batalla. Lo guiaba con las rodillas y llevaba las manos libres, que dibujaban círculos verdes y plateados a mi alrededor.

Yo servía de inspiración a mi ejército. También me encargaba de alimentarlos. Por la noche, les cantaba historias gloriosas que el cielo me hacía llegar. Abría la boca y las historias salían solas, con tal potencia que todos las oían a más de un kilómetro de distancia. Tejimos banderas rojas y atamos retales rojos a las colas y patas de los caballos. También vestíamos de rojo para que, al llegar a una aldea, los aldeanos sintieran la felicidad del Año Nuevo. Mucha gente nos pedía unirse a nuestras filas. Mi ejército no violaba a nadie y solo nos llevábamos comida si había en abundancia. A donde íbamos, imponíamos el orden.

Cuando tuve un buen número de guerreros, sentí que estaba lista para atacar a señores feudales y perseguir a aquellos que había visto en la calabaza.

Mi primer enemigo resultó ser gigante, mucho más grande que el muñequito que yo había visto en el agua. En el fragor de la batalla, nos enzarzamos, desmontados, uno a uno. Vi cómo crecía según corría hacia mí. No dejamos de mirarnos a los ojos hasta que estuvo cerca y tuve que levantar la cabeza. Como no quería dejar la garganta abierta a un tajo de su cuchillo, fijé la mirada en los puntos secretos, los puntos letales de su inmenso cuerpo. Primero le laceré la pierna con la espada, como Chen Luanfeng había hecho cuando luchó contra el dios del trueno. Cuando tropezó, le corté la cabeza y, de inmediato, volvió a su forma original, la de una serpiente, y se alejó siseando. La batalla se detuvo a mi alrededor, los guerreros me

miraban con los ojos como platos. Había roto el hechizo del gigante y sus soldados, al darse cuenta de que habían estado siguiendo a una serpiente, me juraron lealtad.

A la batalla le siguió la calma. Miré hacia las montañas; tal vez los ancianos me estuvieran observando y se alegraran de que yo lo supiera. Seguramente se reirían al ver, a través de la calabaza, cómo les guiñaba el ojo. En una cornisa, sobre el campo de batalla, vi a las viudas del gigante. Lloraban. Habían bajado de sus palanquines para verme luchar contra él y en ese instante se abrazaban, sollozando. Eran dos hermanas, dos hadas recortadas contra el cielo. Ahora eran también viudas. Las mangas de sus camisas, con las que se secaban las lágrimas, ondeaban, transidas de dolor, al viento. Al rato volvieron a sus asientos y los sirvientes se las llevaron.

Me encaminé hacia el norte. Casi no tuve que desviarme, porque el emperador mandaba enemigos a los que quería enfrentarme a encontrarse conmigo en el camino. A veces nos atacaban por los flancos o por la retaguardia y a veces me tendían emboscadas cuando cabalgaba sola, alejada de mi ejército. Siempre vencíamos: Guang Gong, el dios de la guerra y la literatura, cabalgaba conmigo. Lo sabía por las leyendas que el cielo me infundía. Algunos soldados, cuando creían que no los oía, decían que, en cuanto parecía que íbamos a salir derrotados, yo hacía un gesto como de lanzar algo y así vencía al ejército enemigo, que se desperdigaba por el campo de batalla. Rayos y piedras de granizo del tamaño de cabezas humanas bajaban del cielo y golpeaban, decían, a mis enemigos, atravesándolos. Pero nunca a mis aliados.

—Estamos a salvo con él —decían.

Nunca les conté la verdad. En China, una mujer que se disfrazaba de soldado o de estudiante era ejecutada sin importar lo bien que luchara o las notas que sacara.

Una mañana de primavera, mientras remendaba mi ropa, reparaba mi equipo y estudiaba unos mapas, me llegó una voz de fuera:

—General, ¿me permitiría entrar en su tienda?

Nunca franqueaba el paso a ningún extraño; para mí era mi casa y, como en el ejército no tenía familia, nadie entraba. China está llena de riachuelos, colinas y lugares cómodos a la sombra de los pinos; ya proporcionaba a sus habitantes suficientes lugares de reunión. Corrí la cortina y vi, bajo la luz del sol, a mi marido, que abrazaba un montón de flores silvestres que había recogido para mí.

—Eres hermosa —dijo, y supe que de verdad lo creía—. Te he buscado por todas partes, te he buscado desde el día en que te fuiste, siguiendo a aquel pájaro.

Estábamos exultantes de encontrarnos por fin con nuestro amigo de la infancia, ahora convertido en adulto.

—Te seguí aquel día, pero volaste por las piedras de tal manera que te perdí la pista —añadió.

—Yo también te he buscado —dije.

Entró en la tienda, que nos acogió como aquel refugio secreto que teníamos de pequeños.

—Cada vez que oía hablar de un gran luchador, iba a ver si eras tú —le conté—. Vi cómo te casaban conmigo mientras yo estaba en la montaña. Me hace feliz que estemos casados.

Cuando me quitó la camisa y vio las cicatrices de mi espalda, lloró. Me desató el pelo y lo dejó caer para que cubriera las inscripciones.

Me di la vuelta y le acaricié la cara. Quise, primero, el amor familiar.

Así que, durante un tiempo, tuve un compañero: mi marido y yo juntos otra vez, como cuando éramos pequeños y jugábamos a los soldaditos en el pueblo. Cargábamos juntos en el frente. Me quedé embarazada y, los últimos cuatro meses, llevé una armadura modificada que me hacía parecer un hombre grande y poderoso. Caminé junto a la infantería bajo la forma de un hombre gordo para que los botes del caballo no afectaran a la gestación. Cuando estaba desnuda parecía, sin duda, una rara variedad de ser humano, con toda la espalda tatuada y el inmenso bebé en el vientre.

Solo una vez me aparté de la batalla, el día que di a luz. Había visto cómo el bebé caía en picado del cielo en sueños de plata y oscuridad. Cada noche aparecía más cerca de la tierra, su alma era una estrella. Cuando me puse de parto, sus rayos se hundieron en mi vientre. Por más que insistí en que volviera al campo de batalla, mi marido se quedó conmigo. Sacó al bebé, un niño, y me lo acercó al pecho.

—¿Qué haremos con esto? —preguntó, sosteniendo la parte del cordón umbilical que había quedado unida al bebé.

—Lo colgaremos del poste de una bandera hasta que se seque —respondí.

Tanto él como yo habíamos visto las cajitas en las que nuestros padres guardaban los cordones umbilicales de sus hijos. «Este fue el tuyo; este, el tuyo», nos explicaba mi madre a mis hermanos y a mí. Nos parecía increíble que fuera capaz de recordar de quién era cada uno.

Tras el parto, montamos juntos una hamaquita para el bebé dentro de mi enorme armadura y volvimos al fragor de la batalla. El

cordón umbilical pendía junto a la bandera y nos hacía reír. De noche, ya de vuelta a la tienda, me colgaba el bebé a la espalda. El fular con el que habíamos hecho la hamaca era de satén rojo y seda morada. Cuatro cordones de cachemira me cruzaban el pecho y la cintura y terminaban en unos bolsillos interiores en los que llevaba una moneda, una semilla, una nuez y una hoja de enebro. En la parte de atrás del fular bordé un triángulo acolchado, rojo en el centro y con dos sombras verdes. Quedaba a la altura de la nuca del bebé; le traería suerte. Caminé inclinada y sentí cómo el niño se calentaba con mi cuerpo, cómo acompasaba su respiración a la mía, su latido al mío.

Cuando cumplió un mes, le pusimos nombre y le afeitamos la cabeza. Mi marido consiguió dos huevos para la ceremonia de la luna llena; los teñimos de rojo hirviéndolos junto a una bandera. Pelé uno y lo hice rodar por la cabeza del bebé: sus ojos, sus labios, su naricita, sus mejillas, su cabecita pelada y su fontanela. También hervimos cáscara de melocotón seco del que llevaba en las alforjas. En la misma agua, nos lavamos las manos y la cara y echamos unas gotas en la frente y las manos del bebé. Después se lo di a mi marido y le dije que lo llevara con su familia. Le di todo el dinero que habíamos conseguido para el viaje.

—Vete —le dije—, antes de que sea lo bastante mayor como para reconocerme.

Alejé a mi hijo de mí cuando sus ojos todavía estaban empañados y sus puños eran dos pequeños capullos. Trabajé en mis pertrechos y volví a ser la joven delgada que había sido. La única diferencia era que en ese momento me sentía tan sola en la tienda que prefería dormir fuera.

Mi caballo blanco era capaz de bailar sobre cubos bocabajo y levantar jarras llenas de vino usando los dientes. Los soldados lo alzaban sobre una estructura de madera y él bailaba al son de las flautas y los tambores. Yo a veces jugaba con los soldados a tirar flechas e intentar que cayeran en una olla de bronce. Pero ninguno de esos jueguecitos me divertía tanto como al principio de nuestra marcha.

Fue una época solitaria. Oía un sonido de llanto y se me derramaba la leche de los senos. Me volví descuidada. Una vez me distraje mirando flores silvestres. Me puse a seguirlas y a recogerlas hasta que me perdí en el bosque. Entonces vi a mis enemigos; cayeron de las ramas y salieron de detrás de los árboles. Su líder apareció como un genio que sale de una calabaza. Me defendí a patadas y puñetazos, pero eran tantos que acabaron por inmovilizarme contra el suelo. Su líder desenvainó la espada. Mi miedo salió disparado y se convirtió en una espada que empezó a dar furiosos tajos plateados allá donde dirigía mi atención. El cabecilla miró aquella arma que laceraba a sus hombres y soltó una carcajada que invocó otras dos espadas en el aire. Se encontraron con la mía y sentí la vibración del metal en mi cerebro. Me concentré en los movimientos de mi espada, en alcanzar la cabeza del líder, pero se defendía bien, me hacía daño en mi mente. Sus espadas se abrían y se cerraban en el aire como tijeras, el metal reverberaba contra el metal. Como no podía perder la concentración, solo pude asistir a cómo el genio me tiraba del pelo hacia atrás y me ponía una daga en la garganta.

—¡Ajá! —dijo—. ¿Qué tenemos aquí?

Tiró de la bolsa de cuentas y me la arrancó de la camisa. Traté de sujetarle el brazo, pero una de sus espadas se lanzó a por mí y me obligó a rodar para esquivarla. Un caballo apareció de la nada y mi enemigo montó de un salto. Lo vi escapar por el bosque con la bolsa en la mano. Sus espadas siguieron luchando en el aire hasta que gritó «¡Estoy aquí!», y volaron junto a él. Al parecer, me había enfrentado con aquel príncipe que había fundido la sangre de sus dos hijos con el metal con el que había forjado sus espadas.

Corrí hasta mi campamento y reuní a mis jinetes más rápidos. Galopamos tan ligero como las crestas de las olas en el mar. Por fin avistamos a mi enemigo al otro lado de una llanura. Era un demonio de polvo que corría hacia el horizonte. Enfoqué la vista como me habían enseñado las águilas y vi que el genio sacaba una de las cuentas de la bolsa y la lanzaba hacia nosotros. No pasó nada, no nos cayó un rayo, ningún terremoto abrió la tierra ante nosotros, no empezaron a granizar piedras del tamaño de cabezas humanas.

—¡Alto! —ordené—. Los caballos están agotados y no quiero aventurarme más hacia el sur.

Decidí que el resto de las batallas las ganaría sola, sin trucos.

Por fin llegamos a la última colina antes de Beiping. Abajo, los caminos discurrían como si fueran ríos. Los bosques y las llanuras también parecían moverse; la tierra estaba habitada por los *han*, el Pueblo de los Cien Apellidos. Marchaban al unísono y el retumbar de sus pasos hacía que nuestros harapos ondearan. Esa era, para mí, la cifra de la alegría: la de la población de China. Por fin, tras pasar muchas penurias, varios millones habíamos llegado a la capital. Nos enfrentamos al emperador, lo decapitamos, limpiamos el palacio y pusimos en el trono a un campesino, que sería el encargado de

construir el nuevo orden. Se sentó, con su ropa ajada, en el trono, mirando al sur. Nosotros, una inmensa multitud roja, hicimos tres reverencias. A algunos nos nombró generales.

A quienes me habían acompañado les dije que eran libres de marcharse, aunque les recomendé que antes visitaran la Gran Muralla, pues estábamos cerca. Organicé una excursión; juntos, recelosos ante la idea de separarnos tras tantas aventuras, llegamos al extremo norte del mundo. De camino, atacamos a algunos grupos de mongoles.

Posé los dedos en la Gran Muralla, acaricié el hueco entre las piedras con el dorso de la mano, buscando las oquedades que habían dejado las manos de los constructores. Apoyamos la frente y las mejillas contra la muralla y lloramos como lloraron las mujeres que antaño acudieron en busca de sus amados, los constructores de aquella enorme estructura. Había sido un largo viaje, pero no me había reunido con mi hermano.

Volví a casa llevando las noticias del nuevo emperador. Allí me esperaba otra batalla. El barón que había reclutado a mi hermano seguía controlando el pueblo. Había ido dejando atrás a mis soldados, así que ataqué su fortaleza yo sola. Salté la muralla doble y caí con las espadas desenvainadas y las rodillas dobladas, lista para volver a saltar. Pero nadie se me acercó, así que volví a envainar y caminé, como una invitada, hasta que encontré al barón. Estaba contando dinero, pasando sus dedos rechonchos por el ábaco.

—¿Quién eres y qué quieres? —dijo, protegiendo su botín con los brazos.

Estaba sentado muy recto y era muy gordo, parecía un dios.

—Quiero cobrarme tu vida como pago por los crímenes que has cometido contra la aldea —dije.

—A ti no te he hecho nada —se defendió—. Todo esto es mío. Me lo he ganado. A ti no te he robado. De hecho, es la primera vez que te veo. ¿Quién eres?

—Soy la venganza —dije.

Entonces —que el cielo lo asista— probó con una estrategia de seducción, apelando a mí de hombre a hombre.

—Anda, anda. Todos nos llevamos a alguna muchacha, cuando podemos. Las familias lo agradecen. «Las chicas son como gusanos en el arroz». «Los gansos son más rentables que las hijas».

Me citó los dichos que más odiaba.

—Arrepiéntete antes de morir —dije.

—No he hecho nada que otro hombre no hubiera hecho —replicó —. Incluso tú.

—Te llevaste a mi hermano —le reproché.

—Mis aprendices son libres —respondió.

Pero mi hermano no era un aprendiz.

—China necesita soldados en tiempos de guerra —continuó.

—Me robaste la infancia —le espeté.

—No sé de qué estás hablando. No nos hemos visto antes. No te he hecho nada.

—¡Me hiciste esto! —grité, y me quité la camisa para que me viera la espalda—. Tú eres el responsable.

Cuando vi sus ojos clavados en mis pechos, le di un tajo en la cara. Con el segundo, le corté la cabeza.

Me volví a poner la camisa y abrí la casa para que entraran los aldeanos. Los sirvientes del barón y su familia se escondieron en los

armarios y bajo las camas, pero la gente los arrastró al patio y los juzgó junto a la máquina de decapitar.

—Os llevasteis el fruto de mi cosecha. ¿Queríais que mis hijos comieran hierbajos? —preguntó un granjero entre sollozos.

—A ese lo he visto robar cereal —dijo otro—. Cuando los bandidos atacaron nuestra casa, mi familia estaba escondida bajo la paja del techo y vimos a este quitarse la máscara.

Los que mostraron propósito de enmienda fueron perdonados; los demás, decapitados. Los colocaron en la estructura, el cuello entre dos maderos, y vimos cómo se cerraba lentamente alrededor de su cuello. Una de las ejecuciones se detuvo en el último segundo, cuando un testigo dio un grito, justo en el momento en que aparecían las primeras gotas de sangre. Iban a matar a un guardaespaldas que acababa de llegar como intercambio por un niño al que habían cogido como rehén. Una muerte lenta le da a un criminal tiempo suficiente para arrepentirse de sus delitos y para pensar en las palabras que demuestren que puede cambiar.

Peiné toda la casa en busca de gente a la que juzgar hasta que llegué a una habitación cerrada. Eché la puerta abajo y encontré a un montón de mujeres que lloraban asustadas. Oí a algún insecto chillar y escabullirse. Las mujeres parpadeaban como parpadean los faisanes que han sido criados en la oscuridad para que su carne se mantenga blanda. Los sirvientes que las sacaban a pasear se habían marchado. Ellas no podían caminar: tenían los pies vendados. Algunas se arrastraron con los codos y se alejaron de mí tanto como pudieron. Aquellas mujeres no servían para nada. Llamé a los aldeanos para que me dijeran si alguna era hija suya y si se la querían llevar a casa, pero nadie las reclamó. Le di a cada una un

saco de arroz para que se sentara encima. Se pusieron a rodar usando los sacos y así llegaron hasta el camino que llevaba a casa del barón. Se fueron como fantasmas. Años después se empezó a decir que se habían convertido en una banda de mercenarias. No llevaban, como yo, ropa de hombre, sino que montaban a caballo con vestidos rojos y negros. Empezaron a comprar niñas, por lo que muchas familias pobres las recibían como una bendición. Cuando una esclava o una nuera se escapaban, se decía que se había unido a las amazonas. Mataban a hombres adultos y jóvenes. Nunca me las encontré; no puedo dar fe de su existencia.

Después de los juicios nos dedicamos a destruir las tablas en las que estaba registrado el linaje del barón.

—Usaremos esta estancia para las reuniones de la aldea —anuncié —. Aquí se representará ópera y cantaremos y nos contaremos historias.

Lavamos el patio y exorcizamos la casa con humo y papel rojo.

—Esto es como un año nuevo —le dije a la gente—. El año uno.

Fui a ver a mis suegros, a mi marido y a mi hijo, que me miró con los ojos como platos, helado ante el general que había visto desfilar por el pueblo, hasta que su padre le dijo:

—Es tu madre. Ve con ella.

A mi hijo le encantó saber que aquel majestuoso general era su madre. Dejé que se probara mi casco y que sostuviera las espadas.

Me puse la chaqueta negra que me habían bordado para la boda y me arrodillé ante mis suegros, como hacen las novias.

—Ya he cumplido mis deberes para con la gente —dije—. Me quedaré con vosotros, trabajaré en la casa y en la granja y os daré más hijos.

—Antes ve a ver a tus padres —añadió mi suegra, una mujer generosa—. Quieren darte la bienvenida.

Me encontré a mis padres y al resto de mi familia viviendo felizmente con el dinero que les había hecho llegar. Ya habían comprado sus ataúdes. Sacrificaron un cerdo a los dioses por mi regreso. La gente del pueblo usó las palabras de mi espalda y el modo en que había cumplido mis promesas para escribir una leyenda sobre mi perfecta lealtad filial.

Mi vida americana ha sido una enorme decepción.

—He sacado todo dieces, mamá —le decía a mi madre.

Y ella respondía:

—Ven, te voy a contar una historia real de una chica que salvó a su aldea.

Yo no terminaba de imaginarme cómo era nuestro pueblo, pero sabía que era importante que hiciera algo grande para que mis padres no me vendieran cuando volviéramos a China; allí tienen claro qué hay que hacer con las niñas que se comen todo lo que les ponen por delante y arman jaleo. Los dieces no se comen.

Cuando mis padres o alguno de los otros inmigrantes de nuestra aldea decían eso de «dar de comer a una hija es como alimentar a un tordo», me tiraba al suelo y gritaba, incapaz de hablar. No podía evitarlo.

—¿Qué le pasa? —decía alguien.

Y otro respondía:

—Ni idea, supongo que es mala. Ya sabes cómo son las niñas, criarlas es tirar el dinero. Es mejor criar gansos —respondía otro.

—Si fuera mía —apuntaba alguien—, le daría un bofetón. Aunque para qué perder el tiempo en enseñarle disciplina a una niña... «Criar a una niña es criar a alguien para que se la lleve un desconocido».

—¡Deja de llorar! —gritaba entonces mi madre—. Cállate o te pego. ¡Niña mala! ¡Para ya!

Yo pensaba para mis adentros que nunca pegaría a mis hijos ni les regañaría, porque lo único que conseguiría sería que lloraran aún más.

—¡No soy una niña mala! —gritaba yo—, no soy mala, no soy mala...

Y era como si estuviera diciendo: «No soy una niña».

—Cuando eras pequeña —me cuenta mi madre—, decías «No soy una niña mala» y te ponías a llorar.

Me molestaba que los otros inmigrantes chinos nos miraran a mi hermana y a mí y negaran con la cabeza.

—Una niña... otra niña... —decían, y mis padres se avergonzaban de que nos vieran juntas.

Al menos, cuando nacieron mis hermanos, la gente dejó de decir «Solo niñas». Pero entonces descubrí otros agravios y me puse a hacer preguntas:

—¿A mí también me pasaste un huevo por la cara cuando nací? ¿Me hicisteis una fiesta de la luna llena? ¿Encendisteis todas las luces? ¿Le mandaste a la abuela una foto mía? ¿Por qué no? ¿Porque soy una niña? ¿Por eso? ¿Por qué no me enseñaste inglés? Te gustaba que me pegaran en la escuela, ¿no?

—Tiene mal genio, ¿no? —decían nuestros paisanos.

—Vamos, niños. ¿Quién quiere ir a pasear con el tío abuelo?

Los sábados por la tarde, mi tío abuelo, que había sido pirata fluvial, hacía la compra.

—Quien quiera venir, que coja su abrigo —decía.

—Yo voy, yo voy, espera —respondía yo.

Pero cuando él oía mi voz, se volvía y rugía:

—¡Nada de niñas! —y nos dejaba a mis hermanas y a mí atrás, con el abrigo en la mano.

Ni nos miraba. Los niños volvían a casa con chucherías y juguetes nuevos. Supongo que, cuando paseaban por el barrio chino, la gente diría: «Un niño... y otro... ¡y otro!». En el funeral de mi tío abuelo, me sentí bien en secreto al ver aquel metro ochenta de masculinidad muerta, rígida.

Cuando llegó el momento, fui a la facultad —Berkeley en los sesenta—. Estudié y fui a manifestaciones para cambiar el mundo, pero no me convertí en chico. Me habría gustado volver a casa siendo un chico y que mis padres me recibieran con cerdos y pollos. Eso es lo que le hicieron a mi hermano cuando volvió vivo de Vietnam.

Si yo me hubiera ido a Vietnam, seguramente no habría vuelto. Las mujeres abandonan a sus familias. «Las mujeres tienen tendencia a alejarse», se decía. La traducción era que yo estaba sacando dieces para la familia de mi futuro marido, no para mí. Pero yo ni siquiera pensaba en casarme. Quería demostrarles a mis padres y a nuestros paisanos metomentodo que las mujeres no tendemos a alejarnos. Luego dejé de sacar dieces.

Mientras tanto, cultivaba una versión estadounidense de la feminidad. Era la única forma de salir con alguien.

En chino, el término *yo* tiene una variante femenina que significa 'esclava'. Es una forma de destrozar a las mujeres con su propia lengua.

Me negaba a cocinar. Cuando me tocaba lavar los platos, rompía uno o dos. «¡Mala!», gritaba mi madre, y a veces eso me hacía sentir más orgullo que enfado. Una chica mala... ¿no es, acaso, casi un chico?

Cuando me preguntaban qué quería ser de mayor, decía:

—Leñadora en Oregón.

Aún hoy, a no ser que esté muy feliz, quemo la comida cuando cocino. No hago de comer para nadie. Dejo que los platos sucios cojan hongos. Como en las mesas de los demás, pero no invito a nadie a la mía. En la mía, la comida se pudre.

Si pudiera no comer, quizá llegaría a convertirme en una guerrera, como la que tanto me inspiraba. Y podría ponerme a trabajar los campos nada más dar a luz.

Me preguntaba qué pájaro me guiaría, qué caballo montaría cuando por fin me fuera de casa. El matrimonio y la maternidad hacen más fuerte a la guerrera, que no es, como Juana de Arco, soltera. Hace el trabajo de las mujeres y luego sigue trabajando. A mí ningún marido me iba a decir algo como «Podría haber sido baterista, pero tuve que ocuparme de mi mujer y mis hijos, ya sabes cómo son las cosas». Y no he permitido que nadie me apoye a costa de su propia aventura. A veces me asalta el resentimiento; nadie me apoya, nadie me quiere lo suficiente como para estar a mi lado. Cuando veo a una mujer a la que quieren lo suficiente siento envidia y, para soportarla, tengo que agarrarme al hecho de que no soy una carga para nadie. China, según parece, sigue vendándome los pies.

Cuando la reforma urbanística se llevó por delante la lavandería de mis padres y convirtió buena parte de nuestro barrio en un aparcamiento, me dediqué a fantasear con pistolas y cuchillos, pero no hice nada útil.

Los cuentos de hadas me habían enseñado a identificar con claridad al enemigo. Eran fáciles de reconocer: hombres trajeados según el manual del ejecutivo moderno, jefes que me sacaban dos cabezas a los que no podía mirar a los ojos.

Durante un tiempo trabajé en una tienda que vendía pintura para artistas.

—Pide al almacén más de ese amarillo chinita, ¿vale? —me dijo un día el jefe—. «Amarillo chinita», ¿no te ha hecho gracia?

—No me gusta esa palabra —tuve que decir con mi vocecilla de persona pequeña.

Mi jefe ni se dignó a responder.

También trabajé un tiempo en una promotora. Íbamos a ofrecer un banquete para constructores y agentes inmobiliarios.

—¿Sabías que al restaurante que has elegido le están haciendo piquetes los del Congreso por la Igualdad Racial y los de la Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color? —le pregunté a mi jefe.

—Por supuesto —se rio—, si lo elegí por eso.

—Pues me niego a redactar las invitaciones —susurré apenas.

Se reclinó en su sillón de cuero, haciendo notar su barriga prominente. Cogió el calendario, buscó una fecha y, muy despacio, rodeó el día con un boli.

—Vas a recibir tu sueldo hasta este día —dijo—. Te mandaremos el cheque por correo.

Si en ese momento hubiera hecho aparecer una espada en el aire —y no me cabe duda de que me sobraba odio para lograrlo— y le hubiera rebanado el pescuezo, al menos habría conseguido que las manchitas de sangre le dieran un poco de alegría a su camisa.

Ya no es que tuviera que aguantar a tanto racista imbécil, es que además eran los mismos tiranos que, a saber por qué, tenían la potestad de negarle a mi familia el trabajo y la comida. El trabajo era mi único territorio.

Para vengar a mi familia, tendría que atravesar toda China y recuperar nuestra granja de las manos de los comunistas; cruzar Estados Unidos para recuperar nuestras lavanderías de Nueva York y California. Nadie nunca ha conquistado y unificado Asia y Norteamérica. Como descendiente de ochenta guerreros diestros en el bastón, se suponía que podía echar a andar por nuestra calle con la cabeza bien alta, de ponerme en marcha en cualquier momento. Había mucho trabajo que hacer. Sin duda, los ochenta guerreros invisibles me seguirían, me protegerían y me indicarían el camino. Eso es lo que hacen los ancestros.

O a lo mejor estaban felices en China, descansando. A lo mejor sus fantasmas vagaban entre los auténticos chinos y no se iban a molestar en venir a empujarme con sus bastones. No tenía que sentirme mal por no haber conseguido lo que logró la guerrera de la leyenda; ningún pájaro me había reclamado, ningún anciano me había entrenado. No tenía las cuentas mágicas ni las visiones en la calabaza, ni un conejo que se inmolara para darme de comer. Y no me gustan los ejércitos.

Nunca he dejado de buscar al pájaro. Alguna vez he visto pasar al atardecer nubes que parecían alas de ángel, pero terminaban por

deshilacharse. Una vez, en la playa, después de una larga caminata, vi una gaviota pequeña como un insecto. Di un salto, sorprendida, y quise contar el milagro que había presenciado, pero antes de encontrar las palabras me di cuenta de que lo que pasaba era que la gaviota estaba muy lejos. De tantas ganas como tenía de encontrar a mi pájaro, por un momento mi cerebro había perdido la percepción de la profundidad.

Las noticias que llegaban sobre China siempre eran confusas. Y muchas veces estaban relacionadas con los pájaros. Cuando tenía nueve años, llegaron unas cartas que hicieron que mis padres, que normalmente eran duros como rocas, lloraran. Entre lágrimas, mi madre las arrugó y les prendió fuego, una por una, sobre el cenicero. En aquella época llegaban cartas casi a diario. Las únicas que mis padres abrían sin miedo eran las de bordes rojos, felicitaciones que no podían contener malas noticias. Las otras decían que a mis tíos los habían obligado a arrodillarse sobre cristales rotos y a confesar que poseían tierras. Los ejecutaron a todos. Aquella tía mía de los pulgares torcidos se suicidó ahogándose. Otras tías, suegras y primos desaparecieron; algunos volvieron a escribir, sin previo aviso, desde comunas agrícolas o desde Hong Kong. Nos pedían dinero. Los de las comunas nos contaban que les daban algo más de cien gramos de grasa y un vaso de aceite a la semana y que les hacían trabajar de cuatro de la mañana a nueve de la noche. Tuvieron que aprender a hacer unos bailes en los que agitaban pañuelos rojos y a cantar sílabas sin sentido. Los comunistas les daban hachas a las mujeres mayores y les decían: «Mejor mataos. No servís para nada». Si los chinos que vivíamos en el extranjero les mandábamos algo de dinero, decían,

los bancos comunistas tal vez dejarían que les llegara algo a ellos. Nuestras tías de Hong Kong nos pedían premura: sus hijos mendigaban en las calles y alguna gente mala les echaba barro en los cuencos.

Cuando siento que mi cuerpo es una cosa ajena a mí, veo una carta escrita en papel azul que flota sobre la noche oceánica que separa mi casa y China. Siento que debe llegar a su destino; de lo contrario, mi abuela y yo nos perderemos la una a la otra.

Si no enviaban dinero, mis padres se sentían mal; si lo hacían, también. A veces se enfadaban con sus hermanos y hermanas por pedirles. Y por contarles lo que estaban viviendo. Los revolucionarios habían expropiado la casa, la tienda y las tierras de mi cuarta tía y de su marido. Habían atacado su casa y habían matado a su abuelo y a su hija mayor. La abuela había logrado escapar con el dinero y no había vuelto. Mi tía se había echado a los niños en brazos y se había escondido en las pocilgas. Durmieron ahí con su ropa de algodón. Al día siguiente encontró a su marido, que había escapado milagrosamente. Se pusieron a recoger boniatos y ramitas para venderlas. Mientras tanto, los niños tuvieron que mendigar. Cada mañana, los padres se ataban los haces de leña a la espalda. Nadie les compraba nada. Se comían los boniatos y un poco del arroz que les daban a sus hijos. Un día, la cuarta tía se dio cuenta de lo que pasaba.

—Tenemos que ir gritando: «¡Se vende leña!», «¡Se venden boniatos!» —dijo—. No vale con que nos dediquemos a pasear cargando con la mercancía.

—Tienes razón —aceptó mi tío, pero, como era vergonzoso, se limitó a seguirla.

—Grita —le ordenó ella, pero no podía—. ¿No ves que piensan que llevamos esta leña a la espalda para encender nuestro propio fuego? —insistió—, ¡grita!

Caminaron tristes, en silencio, hasta el atardecer. Ninguno gritó. La cuarta tía, que se había quedado huérfana a los diez años y tenía el mismo mal carácter que mi madre, tiró el haz de leña al suelo y regañó al cuarto tío.

—Su mujer y sus hijos se mueren de hambre... se mueren de hambre y él es demasiado tímido para gritar.

Lo dejó solo y temeroso de volver a buscarla con las manos vacías. Se sentó a pensar bajo un árbol y ahí vio un par de palomas en un nido. Dejó la leña en el suelo, trepó y las cogió. Allí lo pillaron los comunistas. Le echaron en cara su egoísmo, que estuviera buscando comida para su familia, y lo mataron. Dejaron el cuerpo en el árbol para que sirviera de ejemplo y se llevaron los pájaros a una de las cocinas comunitarias para compartirlos.

Me resultaba muy confuso que, en aquella historia, mi familia no fueran los pobres a los que yo tenía que defender. Eran como la familia del barón, aunque no poseyeran ningún título. Me resultaba confuso que un pájaro pudiera engañarme.

El combate y los asesinatos resultaron ser sucios en vez de gloriosos. Cuando me peleaba en el instituto, siempre acababa llorando. Y tampoco quedaba claro quién había ganado. En cuanto a los cadáveres, veía cómo los enrollaban y se deshacían de ellos: pequeños cuerpos tristes, cuerpos sucios que la policía había cubierto con una sábana. Mi madre nos encerraba en casa para que no viéramos a los muertos de los barrios bajos, pero yo siempre encontraba la forma de escaparme: tenía que aprender algo sobre la

muerte si quería ser una guerrera. Una vez apuñalaron a un vecino asiático, el de la casa de al lado, y le clavaron unas palabras al cuerpo. Cuando la policía vino a casa a preguntar, mi padre dijo:

—No leer japonés, palabra japonés, yo China.

También busqué a unos ancianos que me pudieran servir de gurús. Una médium pelirroja me dijo una vez que una chica que había muerto en un país lejano me seguía a todas partes. Me explicó que, si abrazaba su presencia, me ayudaría. También dijo que tenía la cruz mística entre las líneas de la mano de la cabeza y del corazón. Que podría ser médium. Pero no quería. No quería ser una friki que aceptaba «ofrendas» de una audiencia asustada en una cestita de mimbre. No quería ver cómo les pedían a los espíritus que les enseñaran a ganar dinero para pagar el alquiler, cómo curarse la tos o la piel, cómo encontrar trabajo. Y las artes marciales son para chavales inseguros que dan pataditas bajo luces fluorescentes.

Donde vivo ahora también hay chinos y japoneses, pero no hay nadie de mi pueblo de origen que me mire como si le hubiera fallado. Vivir con los paisanos puede ser una fuente de gloria y paz para un buen inmigrante chino.

—Ese pinche de cocina es todo un guerrero —susurrábamos al verlo pasar—, ha matado a cincuenta, tiene un hacha *tong* en el armario.

Pero yo soy una inútil, una chica más a la que no se puede vender. Ahora, cuando visito a mi familia, escondo mis logros estadounidenses, los cubro con un chal. Merezco comer en su mesa. Cuando estoy lejos, me creo lo de que mi familia me quiere profundamente. Si dicen cosas como «Cuidado al pescar en busca de tesoros después de una inundación, podrías sacar una niña», solo

es porque eso es lo que se dice de las hijas. Lo que pasa es que he visto que mis padres decían esas cosas, he visto mojar los pinceles en tinta y dibujar a gente pobre que rebusca entre los restos de las casas de sus vecinos, he visto cómo apartaban a las niñas para que se las llevara la corriente. No me podía poner al alcance de su odio. En un libro de antropología leí que en China se dice: «Las niñas también son necesarias». Jamás he oído a nadie hacer esa concesión. A lo mejor se dice en otra aldea. Ahora me niego a cruzar el barrio chino con mi vergüenza a cuestas, me niego a escuchar los viejos dichos y las historias.

La guerrera y yo no somos muy distintas. Ojalá mi gente entienda lo antes posible en qué sentido nos parecemos para que pueda volver a su lado. Ambas llevamos palabras en la espalda. Hay dos dichos que hablan de la venganza: «denunciar un crimen» y «denunciar ante las cinco familias». La denuncia es la venganza; no la decapitación, no el degollamiento, las palabras. Y yo tengo muchísimas: palabras como «chinita» o «chochín», tantas palabras que no me caben en la piel.

La chamana

Una vez cada tanto —hasta ahora ha pasado cuatro veces—, mi madre aparece con el tubo metálico en el que guarda su diploma de Medicina. Tiene varios círculos dorados, cada uno atravesado por siete líneas rojas. Es una forma abstracta de representar el carácter de «alegría». También hay unas florecitas que parecen los engranajes de una máquina de oro. Algunos restos de etiquetas con direcciones chinas y estadounidenses, así como de sellos y matasellos postales, indican que su familia se lo envió desde Hong Kong en 1950. En el viaje sufrió varias abolladuras. Algunas veces, al tratar de retirar las etiquetas, el pegamento se llevó parte de la pintura roja y dorada y quedaron unos rasguños plateados que acabaron por coger óxido. De modo que las dejaron así, a medio quitar. Se ve que alguien intentó abrir el tubo haciendo palanca y luego se dio cuenta de que bastaba con tirar, que solo estaba encajado en uno más pequeño.

Lo abro y me llega el aroma de China. Es un murciélago milenario que emerge, amodorrado, de una de esas cuevas chinas en las que los murciélagos son blancos como el polvo. Es un olor que viene de lejos, de la parte más profunda de mi cerebro. Las cajas que llegan de Cantón, Hong Kong, Singapur y Taiwán tienen ese mismo olor, pero más fuerte, porque han llegado hace menos tiempo.

En el tubo hay tres rollos, uno dentro del otro. El más grande dice que, en el vigésimo tercer año de la república, la Escuela de Matronas To Keung hace entrega de ese diploma a mi madre, que ha recibido dos años de instrucción y prácticas hospitalarias y ha demostrado, en un examen oral y escrito, sus conocimientos en

asistencia al parto, pediatría, ginecología, *medecina*, *cirrugía*, fisioterapia, oftalmología, bacteriología, dermatología, enfermería y vendajes. En el documento hay ocho sellos: los nombres de la escuela en chino e inglés grabados juntos en un círculo; una cigüeña y un enorme bebé en tinta color lavanda; el sello chino de la escuela; un sello de papel pegado en el borde; el sello rojo del Dr. Wu Pak-liang, Lyon, Berlín, presidente y «*ex-assistant étranger à la clinique chirurgicale et d'accouchement de l'université de Lyon*»; el sello rojo de la decana Woo Yin-Kam; el sello de mi madre, más grande que los dos anteriores; el número 1279 en la parte de atrás. Después de la firma de la decana Woo, pone «(Hackett)». Recuerdo haber leído en un libro de historia que la Escuela de Medicina Hackett para Mujeres, en Cantón, fue fundada en el siglo XIX por doctoras europeas.

El diploma dice que mi madre se graduó a los veintisiete, pero el sello de la escuela está impreso encima de una foto suya a los treinta y siete. Parece más joven que yo ahora, tiene las cejas más pobladas y los labios más carnosos, lleva el pelo rizado y la raya a la izquierda; se ha dejado un mechón suelto que cae hacia la derecha, dibujando bucles en el aire. Lleva una bata blanca y se nota que no le preocupa su aspecto. Está mirando al frente, muy fijo, como si pudiera verme y, detrás de mí, a sus nietos y a los nietos de sus nietos. Tiene cierto aturdimiento en la mirada, el aturdimiento de todos los recién llegados de Asia. No mira a la cámara, no sonríe. Los chinos no sonríen en las fotos, ponen caras que son como órdenes para sus parientes en el extranjero —«Mandad dinero»— o para la posteridad —«Poned comida ante esta fotografía»—. Mi

madre no entiende las instantáneas de los chinos estadounidenses. «¿De qué os reís?», les pregunta.

El segundo rollo es una foto grupal de toda la clase. Los directores de la escuela y el resto de los profesores están sentados en la primera fila. Encuentro a mi madre al instante. Tiene la misma cara que ahora, solo que cuarenta años más joven. Es parte de mí hasta tal punto que solo puedo saber si es guapa o feliz o lista si la comparo con las demás. Para esa foto de graduación se alisó el pelo usando aceites para conseguir un *bob* que le llegara por la barbilla, como las demás. En el resto soy capaz de reconocer un mohín de desdén, una mirada de soslayo, unos hombros tensos. Mi madre no muestra suavidad; la chica con la nariz pequeña y hoyuelos bajo los labios, sí. Mi madre no es juguetona; la chica del fondo que levanta la barbilla para realzar su pose de chica graduada, sí. Mi madre no sonríe con la mirada; a la profesora mayor (¿la decana Woo?) de la primera fila se le forman arrugas al sonreír; por otra parte, la única que lleva un traje de estilo occidental sonríe como una occidental. La mayoría de las graduadas son jóvenes y sus caras no han terminado de formarse; la cara de mi madre ya no cambiará más, salvo por las marcas de la edad. Es inteligente, despierta, guapa. No sé si es feliz.

Llevan vestidos negros y delicados en los que han prendido, como al descuido, rosas, cinias y crisantemos. Hay una chica delgada que lleva una flor en el centro del pecho. Algunas se las han puesto sobre un pezón. Mi madre lleva la suya, un crisantemo, bajo el pecho izquierdo. Los vestidos chinos de aquella época estaban cortados como si las mujeres no tuvieran pecho. Quizá aquellas chicas, poco acostumbradas a acicalarse, vieran su pecho como una vasta llanura negra sin puntos de referencia que indicaran dónde

colocar una flor. Quizá no supieran cómo acortar su mirada de larga distancia, su mirada china, esa que, aun cuando un chino migra, tarda unos años en desaparecer. En esa foto se nota que los ojos de mi madre son grandes de tanto como contienen: océanos más allá de su país y continentes más allá de esos océanos. La mayoría de los migrantes terminan por acostumbrarse a los modales bárbaros, aprenden a controlarse y a mirar directamente a sus interlocutores, como tratando de adivinar si mienten. En Estados Unidos, los ojos de mi madre son duros como piedras, jamás se escabullen ante una mirada. Pero sigue sin saber cómo colocar los adornos o poner un disco en un fonógrafo. Ahora, en sus ojos viven también sus parientes chinos, igual que antes vivió mi padre en todas aquellas fotos en las que salía sonriendo con sus trajes occidentales, uno nuevo en cada foto que enviaba desde el otro lado del mar.

Se hacía, con sus amigos, fotos en bañador en la playa de Coney Island. El viento salado del Atlántico les revolvía el pelo. En una, él está en el centro y rodea el cuello de sus amigos con los brazos. En otras posan en la cabina de una avioneta, en una moto, en un jardín, junto al cartel de NO PISAR EL CÉSPED. En todas se ríen. En una está arremangado y sonríe frente a una lavandería. En primavera se ponía un sombrero de paja nuevo, ladeado a lo Fred Astaire. En una foto baja, medio bailando, unas escaleras: desciende un escalón y luego sube el pie otra vez. Lleva la mano en el bolsillo. En una carta le habla a mi madre de la costumbre de pisotear los sombreros de paja al llegar el otoño. «Si quieres guardarlo para el año siguiente —explica—, tienes que hacerlo antes de que llegue el otoño. Si no, un día, en el metro o caminando por la Quinta Avenida, se te acerca un desconocido, te lo quita y lo pisa. Así celebran aquí el cambio de

estación». En invierno se ponía un sombrero de felpa a juego con su gabardina gris. En una foto va vestido así y está sentado en una piedra de Central Park. En otra no sonríe. Alguien se la tomó mientras estudiaba, se lo ve un poco desenfocado a la luz de su lámpara de escritorio.

De mi madre no hay fotos de ese tipo, aunque sí dos pequeños retratos. Por algún motivo, en ambos hay una huella dactilar que le cubre la frente, como si alguien la hubiera querido marcar, como si llevara un flequillo de tinta.

—Madre, ¿los flequillos ya estaban de moda cuando tomaron esa foto? —le pregunté una vez.

—No —respondió.

En otra ocasión le pregunté por qué tenía huellas dactilares en la frente.

—Fue cosa de tu tío, el mayor —me dijo.

No me gustó cómo lo dijo, había inseguridad en su voz.

El último rollo consiste en una serie de columnas de caracteres chinos. Lo único que pone en inglés es «*Department of Health, Canton*», impreso sobre la cara de mi madre. La foto es la misma que la del diploma. La miro y la miro e intento discernir si está asustada. Pasaban los años y mi padre no volvía a buscarla ni mandaba a nadie para que se la llevara a Estados Unidos. Sus dos hijos habían muerto hacía diez años y, si no se reunían, no iban a tener más. («Tres y dos años, un niño y una niña. Ya hablaban»). Lo que sí hacía mi padre era mandar dinero con regularidad. Mi madre no tenía a nadie en quien gastarlo, más que en ella misma. Se compró ropa y zapatos buenos. Luego decidió estudiar Medicina, irse a vivir a Guangzhou, aunque no lo hizo nada más morir los niños. En

China había tiempo para dejar que las emociones maduraran. Así que mi madre hizo lo mismo que mi padre, se marchó del pueblo en barco. En el casco había un pájaro marino que lo protegía de naufragios y tempestades. La suerte estaba con ella: la siguiente nave en zarpar fue atacada por unos piratas fluviales que secuestraron a todo el mundo, incluso a las señoras mayores (pedían sesenta dólares por cada una).

—Navegué sola —contaba mi madre—, hasta la mismísima capital de la provincia.

Se llevó una maleta de cuero y una bolsa con dos mantas.

La metieron en un dormitorio con otras cinco mujeres. Cuando llegó, estaban deshaciendo las maletas. Se saludaron, pero nadie quería ponerse a trabar amistades antes de terminar de guardarlo todo. Iban colocando sus cosas en lugares precisos que definían el espacio de cada una. Mi madre vio el nombre que había usado para inscribirse en un cabecero y se le pasó el enfado que tenía por no haber llegado a tiempo para elegir la primera. Su maleta se abrió con dos clics reconfortantes; disfrutó, una vez más, del modo en que había organizado sus pertenencias, de lo bien que encajaba todo. Volvió a doblar la ropa antes de ponerla en el único cajón que le habían asignado. Sacó las plumas y el tintero; un atlas; un bote de té y sus enseres correspondientes; un costurero; su regla, que tenía marquitas de oro auténtico; papel; sobres cruzados por una banda roja que indicaba que no llevaban malas noticias; un cuenco y sus palillos de plata. Fue colocando las cosas una por una en una balda. Extendió las dos mantas sobre la cama y puso las chanclas a los pies. Tenía más cosas —muebles, joyas de cuando se casó, telas,

fotos...—, pero las había dejado a cargo de su familia. Nunca las volvió a ver.

Las otras alumnas no se ofrecieron a ayudarla, no querían interferir en aquel acto privado y placentero. Aquello era un sueño reservado para pocas mujeres: el sueño de tener una habitación, incluso aunque fuera una parte, un espacio que solo se desordenaba cuando eran ellas las que lo desordenaban. Los libros se quedaban abiertos por la página exacta que habían presionado, nadie se quejaba de que no hubieran arado el campo o de la gotera del techo. Mi madre se encargaría de limpiar su cuenco y la zona que le habían designado. Solo tendría que ordenar un cajón, solo tendría que hacer una cama.

Cerrar la puerta después de un día de trabajo y que el día de trabajo quede al otro lado. Deshacerse de los libros después de leerlos para no tener que quitarles el polvo. Abrir las cajas de Año Nuevo y tirar la mitad de lo que contienen. Coger, a veces, porque sí, un ramo de flores y ponerlo en una mesa. Estoy segura de que no soy la única mujer que ha soñado con una vida sin preocupaciones. He visto fotos de la época comunista que aparece una mujer contenta, sentada en su catre, cosiendo. Sobre la cabeza, en una balda, hay una caja con todas sus pertenencias. Las palabras estampadas en la caja significan 'frágil', pero, si se leen los caracteres por separado, lo que pone literalmente es «Use un poco de corazón». La mujer parece feliz de verdad. La Revolución acabó con la prostitución y les dio a las mujeres lo que querían: un trabajo y un cuarto propio.

Libre de las cargas familiares, mi madre vivió dos años lejos de la servidumbre. No tenía que hacer recados para la tirana de su

suegra, a la que le habían vendado los pies; no tenía que enhebrar para las señoras mayores; tampoco tenía esclavas o sobrinas preguntándole si necesitaba algo. En la escuela, para conseguir agua caliente, tenía que sobornar al conserje. Cuando empecé la facultad, mi madre me dijo:

—Toma, naranjas. Para que se las des al conserje.

Una vez terminaron de organizar sus respectivos rincones, dos de sus compañeras de habitación prepararon té y lo sirvieron en una mesita, junto a lo que les había sobrado de la comida del viaje.

—¿Ha comido usted, querida estudiante? —invitaron a mi madre —. Queridas estudiantes, vengan a tomar el té —dijeron a las demás —, traigan sus tazas.

Su generosidad conmovió a mi madre: compartir el té era un acto de humildad. Sacó de la maleta carne en salazón e higos que había traído de la granja. Las demás alabaron su buen gusto. Se contaron de dónde venían y los nombres por los que querían que las llamaran. Mi madre no contó que había tenido dos hijos ni que alguna de las chicas podía, por edad, ser su hija.

Después de instalarse, fueron al auditorio a escuchar dos horas de discursos. Les dijeron que empezarían por un texto tan antiguo como el imperio Han, de la época en que aún no se había perdido la receta de la inmortalidad. Zhang Zhong Jing, padre de la Medicina, había mostrado cómo los dos grandes vientos, el yin y el yang, soplan por el cuerpo humano. Dijeron que las estudiantes que quisieran mostrar diligencia harían bien en empezar a estudiar el libro sobre la fiebre y los resfriados aquella misma noche. Una vez dominaran los antiguos remedios que habían demostrado ser eficaces, aprenderían los modernos descubrimientos occidentales.

Cuando las estudiantes se graduasen, si perseveraban, sabrían más que cualquier otro médico de la historia. Una profesora dijo que las mujeres ya llevaban cincuenta años practicando la medicina. Las felicitó por formar parte de ese grupo de doctoras y por elegir una escuela que enseñaba medicina moderna.

—Llevaréis la ciencia a los pueblos —dijo.

Al final de la charla, les dieron la espalda y todo el mundo hizo tres reverencias ante la foto del doctor Sun Yat-sen, que había estudiado cirugía occidental antes de convertirse en revolucionario. Después fueron a comer; mi madre se puso a estudiar en cuanto terminó la cena.

Había dos zonas habilitadas para el estudio: la mesa de la habitación y el comedor, donde se recitaban las lecciones en común. La mayoría de las estudiantes iban al comedor porque allí estaban acompañadas. Mi madre normalmente se quedaba en la habitación o, si una de sus compañeras quería estar sola, se iba a un rincón secreto que había encontrado durante la primera semana de clases. De vez en cuando también iba al comedor, recitaba un rato con el grupo más avanzado sin fallar una sola sílaba, bostezaba y daba las buenas noches. No tardó en hacerse conocida por lo brillante que era, una estudiante nata a la que le bastaba con ojear un libro para aprenderse su contenido.

—Se peleaban por ver quién se sentaba a mi lado en los exámenes —me cuenta mi madre—. Les valía con echar un vistazo al mío cuando se atascaban para seguir escribiendo.

—¿Alguna vez intentaste que no lo hicieran? —pregunto.

—Claro que no —responde ella—. Solo necesitaban un par de palabras, con eso ya se acordaban del resto. Eso no es copiar.

Cuando te enfrentas a un diagnóstico real, tienes toda esa información y más. Los pacientes hablan de lo que les pasa. Cuando les tomas el pulso, lo ves mucho más claro que al leerlo en un libro. Si digo en voz alta una serie de síntomas, mi cerebro me devuelve de inmediato un conjunto de remedios posibles. Eso, a la mayoría de la gente, no le pasa.

Señala la foto con las treinta y siete graduadas.

—Cuando empezamos, éramos ciento doce.

Mi madre tenía la intuición de que su cerebro no funcionaba tan bien como el de mi padre, que era capaz de recitar poemas de memoria. Para compensarlo, estudiaba en secreto. Además, les sacaba veinte años a las chicas, por más que les dijera que solo se llevaban diez. Se daba por hecho que alguien mayor era más inteligente: estaba más cerca de los dioses. No quería oír nunca a nadie diciendo: «Debe de ser muy tonta, lo hace igual que las demás y es de la generación anterior. Es tan idiota que tiene que pasarse el día y la noche estudiando».

—Iba muy adelantada —dice mi madre—. Estudiaba cuando oía que la respiración de mis compañeras se volvía más profunda. La noche antes de los exámenes, todas se quedaban despiertas y yo me iba a dormir pronto. «¿No te quedas?», me preguntaban, y yo decía que no, que iba a remendar algo o que quería escribir cartas. Y luego les dejaba que se sentaran a mi lado en los exámenes.

El sudor del trabajo no debe mostrarse. Es mejor que parezca que los dioses te favorecen.

Calculo que el rincón secreto de mi madre debía ser aquel dormitorio maldito del que me hablaba. Nadie dormía ahí, aunque por ello tuvieran que apelotonarse en los cuartos. Estaban

acostumbradas a dormir rodeadas de parientes y de abuelas y preferían eso antes que intentar quitarles a los fantasmas su territorio. Cuando llegó mi madre, la habitación llevaba cinco años vacía. Había habido una serie de apariciones; las chicas que dormían ahí por aquel entonces acabaron tan aterrorizadas que perdieron la capacidad de estudiar. Señalaban al aire en cualquier momento, se volvía más denso, como niebla, y gritaban. Luego se daban la vuelta y se iban por donde habían venido. Cuando doblaban una esquina, se pegaban a la pared para intentar pillar desprevenido a aquello que las perseguía. Una de las chicas rompió las fotos que les había hecho a sus amigas en aquella habitación: al fondo había un desconocido cuyos brazos colgaban, inertes, de los hombros. La chica estaba segura de que no había nadie ahí cuando hizo la foto.

—Eso es un fantasma de las fotos —explicaba mi madre—, no hay que tenerles miedo. La mayoría no son más que pesadillas. Tendrían que haberle masajeado las orejas a la chica para que se despertara.

Mi madre se deleitaba en aquellas orgías del terror. Se le daba bien poner nombres: el Fantasma de la Pared, el Espíritu Rana (las ranas son «pollos celestiales», en chino), el Comensal. Encontraba, en los textos antiguos, descripciones de aquellos fenómenos. Las historias del Fénix Verde, «Los siete relatos extraordinarios de la botella dorada», «Aquello de lo que Confucio nunca habló». Era una autoridad en fantasmas.

—Pero un fantasma no puede ser solo una pesadilla —protestó una de las chicas—. Entran de verdad en la habitación. Una vez, mi familia y yo vimos cómo unas copas de vino y unos palos de incienso danzaban por los aires. Llamamos a un monje que sabía de magia para que vigilara la casa. Él también vio las puntas candentes del

incienso; trazaban ideogramas en el aire. Apoyó un pincel en un papel rojo y se puso a seguir los movimientos. Era un mensaje de nuestro bisabuelo. Decía que teníamos que poner más ofrendas y un Ford en su altar. Cuando lo hicimos, pararon las visitas.

—Quiero pensar —dijo mi madre— que los ancestros están demasiado ocupados para eso. O demasiado tranquilos. Sí, quizá demasiado tranquilos. A lo mejor era un espíritu animal el que os visitaba y tu bisabuelo lo expulsó. —Hizo una pausa para mostrar cierto tacto y continuó—: ¿Cómo sabemos qué continuidad hay entre los fantasmas y las personas vivas? ¿Y si los fantasmas son un tipo de criatura completamente diferente? A lo mejor las personas morimos y ese es el final. No me importaría que fuera así, creo. ¿Qué preferirías, ser un fantasma que necesita que lo alimenten todo el tiempo o no ser nada?

Mi madre era capaz de agarrar cualquier historia, por fantasiosa e imaginativa que fuera, y contarla con el aplomo de quien narra un hecho comprobable. Cuando lo hacía, las chicas trataban de calmarse unas a otras usando términos científicos. Mi madre era una mujer práctica, no podía ser que se inventara nada, todo lo que contaba debía ser verdad. Pero aquella noche las chicas se estaban abrazando bajo las mantas y la habitación fantasma estaba a solo unos pasos de distancia.

—¿Habéis oído eso? —preguntó alguien.

Y, por supuesto, en cuanto se callaron, se oyó un golpe o un crujido en el edificio. Se sobresaltaron y se amontonaron entre risitas.

—Ha sido el viento —dijo mi madre— o alguien se ha quedado dormida y se le ha caído el libro.

Ella nunca se sobresaltaba ni se reía.

—Si tan segura estás —repuso una chica impertinente, quizá la que levantaba la barbilla en la foto de graduación—, ¿por qué no vas y echas un vistazo?

—Claro que sí —contestó mi madre—. Justo es lo que estaba pensando.

Cogió una lámpara y salió, dejándolas a todas impresionadas en la habitación, en ese instante un poco más oscura. Caminó con seguridad, invocando sombras angulares por el pasillo. Lo recorrió entero y después se fue a explorar otro. Se detuvo ante la habitación encantada, ante su puerta abierta como una boca. Entró y la estancia se quedó iluminada. Vio montones de bolsas de tela que parecían gnomos. Pero no lo eran. Había también maletas y cajas cuyas sombras se extendían por el suelo y las paredes. Pero no vio nada que se escabullera o se le acercara. Ni sintió cambios de temperatura. Ni ningún olor raro.

Salió y se fue a recorrer otro pasillo. No quería volver tan pronto. Sus amigas —aunque, por supuesto, no les debía nada— se alegrarían de que hubiera buscado bien. Cuando estimó que ya había pasado el tiempo suficiente como para demostrar su valor, volvió.

—No he visto nada —aseguró—, no hay nada que temer en todo el piso. Tampoco en la habitación fantasma. He mirado, acabo de entrar.

—Las visitas empiezan a medianoche —dijo la de la barbilla—. No son ni las once.

Tal vez mi madre se pusiera nerviosa, pero era una dragona («mi tótem, tu tótem»). Podía suprimir su propia debilidad. Desplegaba

las garras ante el peligro, agitaba las escamas y hacía ondular las líneas verdes que le recorrían el cuerpo. Aprovechaba los momentos de peligro para demostrar quién era. Era como los dragones de los techos de los templos; miraba con suficiencia a la gente común, tan sola y asustada.

—Tengo sueño —les informó mi madre—, no quiero esperar a medianoche. Me voy a dormir a la habitación de los fantasmas; así, si pasa algo, no me lo pierdo. Espero ser capaz de reconocer al fantasma cuando lo vea. A veces se disfrazan tan bien que pierden todo el interés.

—¡Aiaa, aiaa! —exclamaron las chicas.

Mi madre se rio, satisfecha, ante sus gritos.

—Si os necesito, os llamaré —dijo—. Si venís corriendo juntas es probable que asustéis al fantasma.

Algunas se ofrecieron a acompañarla, otras le quisieron dar sus talismanes: una rama de melocotonero, una cruz cristiana, un papel rojo cubierto de buenas palabras. Mi madre los rechazó.

—Si me llevo los amuletos, el fantasma se esconderá y no descubriré de qué tipo es ni, de hecho, si hay o no un fantasma. Me llevaré un cuchillo por si tengo que defenderme y una novela por si me aburro y no puedo dormir. Quedaos los amuletos; traedlos solo si os llamo.

Dicho eso, se fue a su parte del cuarto y cogió el arma y el libro (aunque no eligió una novela, sino un libro de texto).

Dos de las chicas la acompañaron a la habitación encantada.

—¿No tienes miedo? —preguntaron.

—¿De qué? —dijo ella—, ¿qué me puede hacer un fantasma?

Se detuvo un momento ante la puerta.

—Mirad —añadió—, si cuando vengáis estoy aterrorizada, no olvidéis pellizcarme las orejas. Decid mi nombre e indicadme cómo volver a casa.

Y les dijo cuál era su verdadero nombre.

Entró directamente a la parte de atrás de la habitación. Las cajas estaban dispuestas de modo que hacían las veces de sillas junto a la ventana. Se sentó, encendió la lámpara y miró su reflejo en el cristal, negro y amarillo. «Soy guapísima», pensó. Se puso las manos a los lados de los ojos para mirar fuera. Un jirón de luna asomaba entre las nubes, la hierba alta ondeaba al viento. «Es la misma luna que ven en el pueblo —pensó—, las mismas estrellas». («Es la misma luna que ven en China, las mismas estrellas, aunque un tanto desplazadas»).

Cuando colocó la lámpara junto a la cama, la habitación pareció oscurecerse. La noche entraba por la ventana. Se envolvió bien en la manta que su madre, mi abuela, le había tejido, aún joven, antes de morir. En uno de los bordes, a la altura del cuello, había bordado un pequeño triángulo de satén, un corazoncito rojo para proteger a mi madre, como si fuera a ser para siempre su bebé.

Leyó en voz alta. Tal vez a las otras les llegaba la tranquilidad de su voz. Quizá el fantasma también la escuchara; mi madre no sabía si eso lo atraería o lo alejaría. Los caracteres no tardaron en soltarse del papel, en desplegar las alas y volar como mirlos. Los puntos eran sus ojos. Le empezaron a pesar los párpados. Cerró el libro y apagó la luz.

La habitación se sumió en una oscuridad nueva, una de carne negra como la tinta y contornos de huesos. Mi madre, de nuevo, estaba totalmente despierta. De pronto volvió a ser ella misma —

hueso, alambre, antena—, pero no estaba asustada. No era la primera vez que menguaba de aquella manera, ya había viajado por las montañas hasta encontrar la nieve virgen. Pero estar sola en el blanco no era lo mismo que estar sola en el negro. También había navegado entre dos tierras.

Empezó a oír algo que se movía bajo la cama y no supo si seguía despierta. Sintió que el pánico la invadía: algo vivo trepó a los pies de la cama, rodó sobre su cuerpo y se sentó en su pecho. Respiraba sin aire, le apretaba, la drenaba. «¡Oh, no, el Fantasma Sentado!», pensó. Trató de empujar a la criatura para salir de la presa, pero esta absorbió su energía y se volvió aún más pesada. Notó que tenía las manos húmedas, que se encogían al tocar aquel pelaje corto y duro, como el de un animal. La sólida calidez de sus manos resbalaba sobre aquello como la piel humana se desliza sobre huesos y músculos. Agarró un par de mechones y tiró con fuerza. Pellizcó la piel que quedó al descubierto y clavó las uñas. Se obligó a buscar los ojos de la criatura, pero no los encontró. Levantó la cabeza para morder, pero estaba agotada. La masa era cada vez más densa.

Vio el cuchillo reverberar a la luz de la luna. Estaba junto a la lámpara. Mover el brazo era una tarea inmensa. Trató de llevarlo al menos hasta el borde de la cama con la esperanza de que colgara, de alcanzar el cuchillo. Como si le leyera la mente, el fantasma se extendió por su antebrazo.

Desde alguna parte le llegó un zumbido cada vez más fuerte. Mi madre entendió que venía de un rincón de su cerebro, que había empezado a sonar antes de que apareciera el fantasma. Respiraba de forma entrecortada, jadeaba como en un parto, no podía gritar.

La habitación entera cantaba, el aire acompañaba al zumbido, como si fuera eléctrico. Seguro que alguien lo oiría y acudiría en su auxilio.

Un rato antes, tras el zumbido podía oír a unas mujeres que hablaban. En algún momento se habían callado. La escuela entera dormía. Sentía las almas que viajaban, notaba una ligereza que no estaba durante el día. Mi madre siempre había sido capaz de saber cuándo los bebés se dormían sin necesidad de mirarlos. Les cantaba, los mecía y les contaba historias para dormir y de pronto se quedaba muy callada para no despertarlos. Podía notar algo que se soltaba de su cuerpo, de la casa incluso. Notó ese soltarse en todas partes salvo en la habitación. Nadie iría a ver cómo estaba.

—No me vas a vencer, criatura —dijo—, este no es tu lugar. Me encargaré de expulsarte. Cuando amanezca, solo uno de los dos va a controlar la habitación, y seré yo. Pasearé arriba y abajo, bailaré; no me deslizaré ni gatearé como haces tú. Saldré por esa puerta, pero volveré. Y... ¿sabes lo que te traeré? Fuego. Has cometido un error al venir a una escuela de medicina. Tenemos armarios llenos de alcohol. También lo hay en los laboratorios. Tenemos una cocina común con recipientes del tamaño de una persona llenos de aceite y grasa. Podemos freír todos los días en ellos y, aun así, duran un mes entero. Llenaré mi palangana de alcohol y le prenderé fuego. Arderás, fantasma. Pasaré la palangana por todas partes, hasta por el techo. Y mis amigas vendrán de la cocina y traerán grasa. Cuando la prendamos, el humo entrará por cada rendija, por cada grieta. ¿Dónde te esconderás? Limpiaré esta habitación de tal manera que ningún fantasma se atreverá a entrar en ella de nuevo. Y no me pienso rendir. No hay dolor que tú puedas causar que yo no pueda soportar. Si piensas que te tengo miedo, te equivocas. He oído

hablar de ti; eso significa que la gente sobrevive a tus visitas y a las de los tuyos. Matáis bebés, sois unos cobardes, pero no podéis hacer nada contra una mujer fuerte. No eres más peligroso que un gatito. Mi perro se me sienta en los pies y pesa más que tú. ¿Crees que esto me hace sufrir? Si me tomo una aspirina, me zumban más los oídos. ¿Esto es todo lo que tienes, fantasma? ¿Sentarte y zumbar? Eso no es nada. Hasta un Fantasma de las Escobas es más peligroso que tú. Ni siquiera tienes una forma interesante, eres un peso muerto. Un peso muerto con el culo peludo. No llegas ni a fantasma, de hecho. Los fantasmas no existen. Mira, deja que te lo explique. Una vez, al profesor Yen también se le apareció uno de los tuyos en el escritorio. Le había tocado de corrector en los exámenes provinciales. (Tenía el pelo tan feo como el tuyo, pero le brillaban los ojos; no era, como tú, ciego y estúpido). Yen agarró la regla y lo golpeó como si fuera una estudiante. Lo persiguió por toda la habitación (no se trataba de una criatura débil y perezosa) y desapareció. «Al morir —nos explicó Yen—, el alma racional asciende al dragón; la concupiscente desciende del dragón. Por eso no puede haber fantasmas en nuestro mundo. Aquello debía ser un Espíritu Zorro». Y eso mismo debes de ser tú: un Espíritu Zorro. Tienes mucho pelo, debes de ser un zorro que ni siquiera sabe transformarse. No eres un espíritu muy avispado, la verdad. No te sabes ningún truco, no veo sangre... ¿dónde está tu nudo corredizo de ajusticiado?, ¿dónde tu respiración helada? ¿No tiras zapatos a las vigas? ¿No te conviertes en una joven triste y hermosa? ¿No te haces pasar por alguien de mi familia? ¿O por una ahogada que tiene algas en vez de pelo? ¿Y los acertijos? ¿Y los jueguecitos para

torturarme? Eres un pesito muerto lamentable, la verdad. En cuanto consiga el aceite, te freiré para desayunar.

Dicho aquello, procedió a ignorar al fantasma y a recitar las lecciones del día siguiente. La luna fue pasando de una ventana a otra y, al llegar el amanecer, aquella cosa se escabulló a los pies de la cama. Mi madre se durmió y no se despertó hasta la hora de empezar las clases. Dijo que iba a dormir en aquella habitación y eso hizo.

Sus compañeras entraron, atropelladas, y la despertaron.

—¿Qué ha pasado? —preguntaron, mientras se metían con ella bajo la manta en busca de un poco de calor—. ¿Ha pasado algo?

—Tiradme de los lóbulos, por favor —respondió mi madre—. He pasado miedo, un miedo que quizá me haya expulsado de mi mente y de mi cuerpo. Necesito que me llaméis. Después os contaré la historia.

Dos de las chicas le inmovilizaron las manos mientras una tercera le agarraba los lóbulos entre el pulgar y el índice, los movía y cantaba:

—Vuelve, vuelve, Orquídea Valiente que ha luchado contra los fantasmas y ha ganado. Vuelve a la escuela To Keung, a la ciudad de Guangzhou, en la provincia de Guangdong. Tus compañeras te esperan aquí, Orquídea, vuelve, vuelve, vuelve y ayúdanos a estudiar. Vuelve, hija del pueblo llamado «Nueva Sociedad», en la provincia de Guangdong. Tu hermano y tus hermanas te reclaman. Tus amigos te reclaman. Te necesitamos. Vuelve. Vuelve a la escuela To Keung, tenemos cosas que hacer. Vuelve, doctora Orquídea Valiente, no temas, no temas. Estás a salvo en la escuela To Keung. Estás a salvo. Vuelve.

Aquellas oleadas de ánimo le llegaban a mi madre en tandas largas y cálidas. Su alma volvió a ella y se cobijó bajo su piel, agradecida por aquel momento lejos del pasado, aquel en el que sus hijos no viajaron a Estados Unidos a reunirse con su padre. Volvía a estar acompañada. Descansaba tras la batalla. Dejaba que sus amigas la cuidaran.

—Eso es —dijo una de las compañeras, dándole un último tirón del lóbulo—, estás curada. Cuéntanos qué pasó.

Mi madre respondió:

—Había terminado ya la novela y no había pasado nada. Escuché a los perros ladrar a lo lejos. De pronto, un Fantasma Sentado adulto se arrastró por el techo y se me echó encima. Tenía montones de pelo y no se le veían las garras ni los dientes. Ni la cabeza, ni los ojos, ni la cara... Su nivel de encarnación era tan bajo que ni siquiera tenía forma de animal, al menos no de ninguno que reconociera. Me tiró al suelo y me empezó a estrangular. Era mayor que un lobo, mayor que un mono... y seguía creciendo. Lo habría apuñalado, lo habría abierto de lado a lado y ahora estaríamos fregando sangre, pero tenía un brazo extra, una especie de mutación con la que mantuvo mi mano lejos del cuchillo. Sobre las tres de la madrugada conocí la muerte. Vagué por el espacio y todo lo que toqué se convirtió en arena. Oía el silbido del viento, pero todo estaba inmóvil. Pasé diez años perdida. Casi os olvidé, tenía tareas que me llevaban a otras tareas y a otra vida... Era como recoger monedas en un sueño. Pero volví. Caminé desde el desierto de Gobi hasta esta habitación en la escuela To Keung. Eso me llevó dos años y tuve que esquivar por el camino a los Fantasmas de la Pared. (Se hace de la siguiente forma: hay que caminar recto, evitar

sus juegos de ir de lado a lado. Confusos, vuelven a su estado original, a su triste y débil humanidad. Pase lo que pase, no hay que suicidarse, o él tomará tu lugar y tú el suyo. Si soportáis la visión de las lenguas de casi un metro colgando y los ojos de los ahorcados y las venas abiertas y la piel hinchada y el pelo de algas (y no deberíais tener miedo, sois doctoras) podéis ser llamadas a la luz con un cántico. No hubo murciélagos blancos o negros que me guiaran, volando, hacia mi muerte natural. Si no iba a morir con mi vida entera, no iba a morir. Y no morí. Soy valiente, soy buena, soy fuerte y sé cómo mantener el control. La gente buena no se deja ganar por un fantasma. En total estuve fuera doce años, pero en este cuarto no pasó más que una hora. La luna apenas se movió; bajo su luz plateada vi cómo aquella cosa atraía las sombras, como creando remolinos magnéticos. No tardó en devorar toda la habitación y empezó a absorber las de alrededor. Iba a comernos. Me lanzaba piedras y había un sonido como de viento de montaña, un sonido de un volumen tan alto que casi me vuelve loca. ¿No lo oísteis?

Sí que lo habían oído. ¿No se parecía al sonido eléctrico que se oye a veces en la ciudad? Sí, era el sonido de la energía acumulándose.

—Tenéis suerte de no haberos despertado —continuó mi madre—, porque es un sonido que parte el corazón. Contiene llantos de bebés, de personas torturadas y de sus familiares, que vieron cómo las torturaban.

—Sí, sé de lo que hablas —dijo una—, debe ser lo que oí en sueños, como un cántico.

—Puede ser —acotó mi madre— que esté sonando ahora mismo, que no lo oigamos de día. Aunque barriéramos bajo la cama, no tocaríamos al fantasma. Crece de noche, pero sus sacos de oscuridad se vacían de día. Menos mal que no permití que se alimentara de mí; la sangre y la carne le habrían dado la fuerza necesaria para llegar hasta vosotras. Hice de mi fuerza de voluntad un cascarón que cubrió al monstruo para que su pelaje hueco no pudiera absorber nada. No me rendí: seguí haciendo que menguara a fuerza de voluntad, que sus pelos se retrajeran. Por la mañana, desapareció. Durante un tiempo. Pero el peligro no ha pasado. Ahora mismo nos está oyendo y esta noche volverá a salir, esta vez más fuerte. Es posible que escape a mi control si no me ayudáis a acabar con él antes de que anochezca. El Fantasma Sentado tiene muchas bocas negras y anchas. Es peligroso. Es real. La mayoría de los monstruos apenas se dejan ver, surgen tan brevemente que después los testigos dudan de lo que han visto. Este es capaz de invocar la sustancia suficiente como para pasar una noche sentado. Es de los serios. No se dedica a agitar varillas de incienso ni a tirar platos y zapatos. No juega al escondite ni se pone máscaras para dar miedo. No se dedica a hacer truquitos, quiere vidas. Estoy segura de que ya se ha hartado de comer bebés, que por eso ahora busca adultos. Está creciendo. Es misterioso, no es solo una copia de nosotros, como pueden ser los ahorcados y las mujeres de pelo de algas. Ahora puede que esté en un trozo de madera o en una de vuestras muñecas. A lo mejor —dijo, señalando una bolsa— ahora nos parece que eso no es más que una bolsa y en realidad es un fantasma.

Las otras estudiantes se alejaron de la bolsa, que contenía retales, y subieron los pies a la cama.

—Tenéis que ayudarme a eliminar esta enfermedad del mundo. Es invisible y letal como una bacteria. Cuando acaben las clases, volved. Traed cubos, alcohol y aceite. Si encontráis también sangre de perro, aceleraremos el trabajo. No mostréis miedo; las cazadoras de fantasmas debemos ser valientes. No creo que os ataque durante el día, pero, si lo llega a hacer, escupidle, burlaos de él. El héroe de las historias de fantasmas se ríe con astucia, está tan lleno de vida que salpica de rojo y dorado a las criaturas que lo rodean.

Sus compañeras, aquellas jóvenes que algún día, en caso de que algún paciente no se curara después de aplicarle el tratamiento científico, tendrían que recurrir a conjuros y sortilegios, en aquel momento salieron corriendo para no llegar tarde a clase. La historia de la aparición del fantasma y de la cacería cundió y muchas estudiantes recogieron alcohol y cerillas de los laboratorios.

Mi madre organizó la disposición de los cubos y quemadores en filas y repartió el combustible.

—Vamos a encenderlos a la vez... —dijo—: ¡Ahora! Chac, chac. —Mi madre imitaba el sonido del fuego encendiéndose para que yo lo recordara—. Chac, chac.

Las llamas del alcohol prendieron en un azul flotante. Alguien había aportado un poco de brea que le había dado la bruja de su pueblo y que, al prenderse, humeó en volutas negras. Mi madre paseó, sobre la cabeza, un cubo por el cuarto. El humo iba formando bucles, como boas en torno a las chicas en uniforme. Aquellas pequeñas mujeres negras caminaban por la habitación llenándola de fuego y humo hasta el último rincón, hasta las esquinas del techo y del suelo, hasta las rendijas de las paredes y bajo la cama.

—Te lo dije, fantasma —lo amenazó mi madre, como recitando—. Te dije que vendríamos a por ti.

—Te dijimos, fantasma, que vendríamos a por ti —cantaron las chicas.

—El día ha llegado vestido de rojo y amarillo —siguió mi madre— y estamos ganando. Corre, fantasma, huye de esta escuela. Aquí solo hay gente buena dedicada a la medicina. Vuelve, ser de oscuridad, a tu lugar de origen. Márchate, márchate.

—Márchate —repitieron las demás.

Creo que mi madre me contó que, cuando el humo se disolvió, encontraron un trozo de madera ensangrentado al pie de la cama. Lo quemaron en uno de los cuencos y el olor que despidió fue como el de un cadáver exhumado antes de tiempo. Se rieron.

Aquellas estudiantes de la escuela de matronas To Keung eran mujeres nuevas, científicas que renegaban de los viejos rituales. Una vez, de pequeña, a mi madre se le metió el miedo en el cuerpo y una de sus tres madres la cogió en brazos y le cantó su árbol genealógico, lo que trajo de vuelta a su espíritu desde desiertos lejanos. Los parientes de alguien conocen su verdadero nombre y todos los secretos que conciernen a maridos, bebés y renegados y deciden, así, la suerte de cada uno a través del canto. Aquellas mujeres tenían que reconstruir el camino a base de despojos. Las amigas no están unidas por un vínculo como el familiar —fuera de ahí, solo se les debía algo a los monjes y los mendigos—, y las chicas tuvieron que apañárselas para hacer que el espíritu de mi madre reconociera la Escuela To Keung como su casa. Si hubieran

recitado su árbol genealógico, habría acabado en el lugar equivocado, en su pueblo, así que entonaron sus propios nombres, bonitos nombres de mujer, nombres al azar, nombres horizontales de una misma generación. Hicieron un *collage* de indicaciones y el espíritu de mi madre lo siguió, en vez de recorrer las antiguas huellas. Quizá por eso perdió su pueblo natal y tardó quince años en reencontrarse con su marido.

Cuando mi madre nos sacaba el miedo del cuerpo porque habíamos tenido una pesadilla o visto una película de terror, me sentía querida. Oír cómo cantaba mi nombre junto al suyo, al de mi padre, al de mis hermanos, me reconfortaba. Cantaba y parecía que ya no estaba enfadada porque nos hiciéramos daño. Una mujer chapada a la antigua se habría puesto a gritar en la calle, a preguntar por su hijito enfermo. Habría llevado en los brazos su abriguito desabotonado: «Ven a ponerte el abrigo, niño travieso». Cuando el abrigo se hinchara, lo habría abotonado a toda velocidad para que el espíritu no se escapara y lo habría llevado hasta la cama en la que yacía el cuerpo de su hijo. Pero mi madre era una mujer moderna, recitaba los conjuros en privado.

—En China, las ancianas creen en muchas supersticiones sin sentido —decía—. Yo sé que tú volverás; no hace falta que me ponga a hacer el payaso en la calle.

A veces, cuando no estábamos asustados, mi madre nos hablaba de China al oído: la provincia de Guangdong, el pueblo de la «Nueva Sociedad», el río Ku, que cruza el pueblo. «Deshaced el camino por el que vinimos y llegaréis a casa. No os olvidéis, vale con que digáis el nombre de vuestro padre y cualquier paisano os traerá a casa». Debo volver a China, ese lugar en el que nunca he estado.

Tras dos años en la academia, mi madre volvió al pueblo. Los campesinos pensaban que la gente que hacía cursos de un mes era más digna de admiración, que aprendía más rápido; aun así, la recibieron con guirnaldas y música, como hoy se recibe a los «médicos descalzos», doctores comunistas que solo llevan, encima de la ropa azul, una insignia roja con la cara de Mao. Mi madre, en cambio, vestía una blusa de seda y tacones al estilo occidental y llegó sobre un palanquín. Se fue como una más y volvió como un milagro, como los antiguos magos que bajaban de las montañas.

—Cuando bajé del palanquín —contaba mi madre— y la gente vio mis zapatos de buena calidad y mi larga bata soltaron un «Aaah...». Siempre vestí bien para pasar consulta. Algunos paisanos sacaron sus disfraces de león y bailaron ante mí, encabezando la comitiva. No imagináis todo lo que dejé atrás al venir a Estados Unidos.

Mi madre se dedicó a traer bebés al mundo en camas y porquerizas hasta que mi padre la mandó llamar para que se fuera a vivir al Bronx. Durante las epidemias, hacía guardia cada noche; durante los ataques aéreos, se quedaba despierta entonando cánticos. Asistía a paisanos que eran discapacitados desde hacía mucho y les arreglaba los huesos de un tirón. Nunca, en el transcurso de aquellos años, dejó de vestir con la misma elegancia con la que llegó el primer día.

Tampoco se cambió el nombre: Orquídea Valiente. Las mujeres que ostentan una profesión pueden mantener, si quieren, el apellido de soltera. Tampoco lo perdió al emigrar: no se puso uno inglés. Ni siquiera escogió uno para las posibles emergencias.

Tras el palanquín caminaba una chica callada que pasaba desapercibida entre la gente del pueblo. Llevaba en brazos un

cachorro blanco y, en la boca, una bolsita de arroz. Sus coletas, así como la cola del perro, estaban rematadas por un hilo rojo. O era la hija de alguien o era una esclava.

Antes de volver al pueblo, aún en Guangzhou, mi madre fue al mercado y a su cartera le salieron alas. Ya tenía su diploma: había llegado el momento de celebrarlo. Recorrió las tiendas de semillas, probó todo tipo de lichis, tan variados y únicos como los vinos, y acabó comprando un saco del tamaño de un niño para dejar pasmados a sus sobrinos. Uno de los mercaderes le dio una ramita de hojas prietas de la que aún pendía un lichi. Mi madre lo cascó sobre la palma de la mano. La fruta blanca, un ojo sin iris, rezumó su jugo como un río de primavera en su boca. Escupió el huesecito marrón; al final, aquel ojo sí que tenía iris.

A mi abuelo le compró una tortuga porque alargan la vida. Para encontrarla, tuvo que hurgar entre montones de telas y recorrer las sombras de los toldos. Daba arroz a los mendigos y monedas a los que se dedicaban a escribir cartas, para que le contaran historias. («Algunos no tenían nada: solo lo que yo les daba y sus cuentos»). Dejó que un adivino le leyera las huellas dactilares y el hombre le dijo que se iría de China y que tendría seis hijos más.

—Seis —añadió— es el número de todo. Eres una mujer con suerte. Seis es el número del universo. Los cuatro puntos cardinales son seis, si les sumas el cénit y el nadir. El fénix tiene seis notas altas y seis bajas, en el mundo hay seis biomas, seis sentidos, seis virtudes, seis obligaciones, seis tipos de ideograma, seis animales domésticos, seis artes y seis caminos para la metempsicosis. Hace más de dos mil años que seis estados se unieron para derrocar a los

Qin. Y, por supuesto, el I Ching está compuesto por hexagramas. Y el Gran Seis, que es China.

A mi madre todo aquello le resultaba fascinante, pero no se quiso detener: había ido a aquel mercado a por una esclava.

Los que lograban reclamar un espacio entre las tiendas y las casetas —un mago que convertía el barro en oro, veinticinco acróbatas en un monociclo, uno que sabía nadar— exhibían sus habilidades a cambio de dinero. La gente que llegaba desde los pueblos también llevaba de todo: extrañas prendas moradas, muñecas de pies grandes, gansos con pompones marrones en la cabeza, pollos con plumas blancas y piel negra, juegos de azar, marionetas, pasteles doblados en formas imposibles, dinero para los ancestros y una nueva postura de boxeo.

Los pastores cercaban los callejones para acorralar a sus cabras, que los miraban desde la sombra con pupilas rectangulares. Mi madre agarró un puñado de forraje, condujo a los animales hacia la luz y vio cómo las ventanas de sus párpados se abrían y se cerraban mientras se sumergían de nuevo en la penumbra. Dos granjeros que llevaban las respectivas vacas que venderían ese año pasaron junto a ella berreando el precio. En circunstancias normales, mi madre se habría entregado al placer de formar parte de una multitud, habría disfrutado del juego comercial de los pastores, que se dedicaban a hablar de las vacas de los demás —«hombros escuálidos», «patas flojas», «pelaje débil», «cara de ogro»—, pero aquel día ni siquiera se detuvo a mirar las jaulas de monos que pendían sobre su cabeza. Apenas hizo una pausa ante unos patos que se pusieron a graznar como locos cuando alguien tropezó con su jaula. Le gustaba mirarlos y pensar en el estanque que haría para ellos junto al batatal, en

cómo prepararía montoncitos de paja para que incubaran en ellos. Valoró que un pato macho de cabeza verde sería una compra ideal; le parecía un animal noble, pero no lo compraría a no ser que le sobrara dinero. Ya tenía un pato aún más noble en la granja.

Entre los comerciantes, entre sus cuerdas, jaulas y bidones de agua, estaban los vendedores de niñas. Por todas partes había algún hombre solo que vendía a una sola niña. También había padres y madres que vendían a sus hijas, a las que daban empujoncitos para después atraerlas de nuevo hacia sí. Mi madre volvía la cabeza; prefería ver bordados o cerámicas que mirar a aquellas familias miserables que no habían tenido ni siquiera la delicadeza de dejar al resto de sus hijos e hijas, a los que no iban a vender, en casa. Eran criaturas con la mirada vacía. Mi madre había resuelto que no compraría a nadie que vendiera a sus hijos, por más que gritaran o la agarraran. Las familias tendían a hablar con los clientes hasta enterarse de cómo trataban a sus esclavos. Si les decían, por ejemplo, que tenían una silla en la cocina, después se pasaban años contándole a todo el mundo que su hija tenía una silla en la que descansar. Se consideraba una muestra de compasión hablar a esos padres de un jardín, una abuelita cariñosa, la comida.

Mi madre compró su esclava a un profesional. El hombre tenía a las niñas en fila. Cuando un cliente miraba hacia ellas, todas hacían una reverencia al mismo tiempo.

—¿Cómo le va, caballero? —canturreaban—, ¿cómo le va, señora?

—Deje que una esclava haga la compra por usted —entonaban las mayores—. Sabemos regatear y coser, podemos cocinar y hacer punto.

Algunos mercaderes las instruían para que no hicieran más que una reverencia en silencio. Otros, para que cantaran una alegre canción sobre las flores.

Mi madre despreciaba la ostentación, así que, a no ser que algún grupo de niñas canturreara algún acertijo especialmente ingenioso, siempre iba directa hacia las mayores, las que hacían las reverencias con más dignidad. «Aquellos comerciantes que anunciaban "Pesajes fiables" eran, sin duda, los que manipulaban el peso —nos contaba —. Como aquellos que tenían un cartel que decía "No se engaña a niños ni a ancianos"».

Había niñas que apenas habían empezado a andar y ya llevaban a otras más pequeñas atadas a la espalda. En los grupos menos disciplinados, las mayores metían a las pequeñas en una zanja y fingían que estaban solas, que eran una hija de verdad entre esclavas. Las que tenían entre uno y dos años no valían nada.

—Saluda a la señora —decían los vendedores, como se lo habría dicho una madre a una hijita bien educada.

—¿Cómo le va, señora? —preguntaban, siempre, las niñas.

Mi madre no tenía por qué devolver la reverencia y, en efecto, no lo hacía. Ignoraba a las jóvenes y hablaba con las mayores.

—Abre la boca —decía, y les miraba los dientes.

Les bajaba los párpados para buscar signos de anemia. Les tomaba el pulso y con eso averiguaba todo lo que necesitaba saber.

Se detuvo ante una niña cuyo corazón tenía la fuerza del trueno que impacta contra la tierra. «Yo no habría vendido a una hija así», nos decía mi madre. El latido era perfecto, como el suyo. La gente nerviosa tiene ritmos irregulares. Hay ritmos rotos, ritmos ladinos,

ritmos que no siguen los sonidos de la tierra ni del cielo ni de la lengua china.

Mi madre sacó el cuaderno verde que mi padre le había regalado antes de irse. En la cara interior de las tapas tenía esquemas de ambos hemisferios del cuerpo. También tenía un mecanismo que, al cerrarse, hacía que pareciera una carterita.

—Mira, fíjate bien —le dijo a la niña.

Con un bolígrafo estadounidense, se dispuso a escribir una palabra de buenaventura como *longevidad* o *doble alegría*, que en chino es simétrica.

—Mira, fíjate —le indicó—. Si eres capaz de escribir esta palabra de memoria, te vienes conmigo. Concéntrate.

Escribió con trazos claros, esperó un segundo y dobló la hoja. La niña cogió el bolígrafo y dibujó el carácter con seguridad. No se le olvidó ni un solo trazo.

—¿Qué harías —le preguntó mi madre— si perdieras un reloj de oro en un campo de cultivo?

—Me sé un cántico —respondió ella— que se hace con huesecillos. Si lo hago y me sale el hueso que indica que debo dejar de buscar, yo busco igual: me voy al centro del campo y lo peino entero, haciendo una espiral hasta llegar al borde.

Dibujó el campo de cultivo y el camino en espiral.

—¿Cómo tejerías con aguja e hilo?

La niña hizo el gesto en el aire. Tenía las manos grandes.

—¿Cuánta agua se pone en la arrocera para dar de comer a una familia de cinco? ¿Qué haces al terminar de tejer para que no se deshilache lo que has cosido?

Mi madre intentaba que la niña se equivocara para tener algo con lo que regatear con el mercader. La niña dudó.

—Eh... creo que remetería los hilos que quedaran sueltos y tiraría. O los cortaría.

Ofreció al hombre la mitad de lo que pedía.

—Mi suegra me ha encargado que le encuentre a alguien que sepa tejer. Y vamos a tener que invertir meses en enseñar a esta niña.

—Pero también cocina y hace punto —se quejó el vendedor—, y encuentra relojes perdidos.

Propuso un precio a medio camino.

—Yo también hago punto, cocino y encuentro cosas —dijo mi madre—. ¿Cómo te crees que se me han ocurrido esas preguntas? ¿Crees que compraría una esclava que trabajara mejor que yo a ojos de mi suegra?

Mi madre echó a andar y se fue a ver a un grupo de niñas hambrientas al otro lado de la calle. Cuando volvió, el comerciante se la vendió al precio que mi madre quería.

—Soy médica —le comentó a su nueva esclava cuando estuvieron lo bastante lejos del vendedor—. Te voy a educar para que me acompañes como enfermera.

—Doctora —dijo la niña—, sabes que sé qué hacer al terminar de coser, ¿verdad?

—Sí, lo hemos engañado completamente —respondió mi madre.

Me imagino a las niñas a las que nadie había comprado mirándolas con envidia. Yo las miro con envidia. Mi madre muestra menos entusiasmo por mí que por su esclava; tampoco llegué a servir nunca de reemplazo a aquel hermano y aquella hermana que murieron de bebés. Cuando era niña, mi hermana pequeña decía

«Cuando sea mayor, quiero ser una esclava», y mis padres se reían y la animaban. Mi madre se enfadaba conmigo cuando íbamos de compras porque me daba vergüenza regatear. Era la vergüenza del pobre. Se ponía detrás de mí y me pellizcaba para que tradujera, palabra por palabra, sus ofertas, sus regateos.

El día que compró a la esclava se llevó también un cachorrito blanco para entrenarlo como guardaespaldas y que lo acompañara cuando tuviera que ir a visitar pacientes de noche. Le ató una cinta roja en la cola para ahuyentar la mala suerte. Cortarle el rabo no valía la pena: cortara por donde cortara, la punta iba a quedar blanca, que es el color del duelo.

El perrito agitó la cinta roja ante la niña, que lo cogió en brazos y se puso a seguir a mi madre. Nunca más le faltó de comer. Mi madre llegó a ser una doctora importante. Era capaz de curar las enfermedades más aparatosas y de saber cuándo moriría alguien solo con mirar, un año antes, a las nueras de la casa a los ojos. Decía que se les posaba un velo negro en la cara y que, incluso cuando se reían, aquella negrura se reía con ellas. Miraba a las nueras a la cara cuando le abrían la puerta y a veces decía:

—Buscad a otro médico.

Se cuidaba de no tocar la muerte y así, inmaculada, llevaba la salud de casa en casa.

—Debe de ser Jesús redivivo —decía la gente en los pueblos lejanos—, todos sus pacientes se curan.

Cuanto más lejos llegaban los rumores, mayores distancias recorría ella. Tenía pacientes por todas partes.

A veces se desplazaba a pie. Su enfermera-esclava llevaba un paraguas cuando mi madre predecía lluvia y un parasol cuando decía que estaría despejado.

—Daba igual cuándo volviera —decía mi madre—, mi perro blanco siempre me esperaba en la puerta.

En ocasiones, cuando se le antojaba, dejaba a la enfermeraesclava a cargo de la clínica y se iba a pasear con el perro.

—¿Qué hiciste con él cuando te viniste, madre? —preguntamos una vez.

—No lo sé —respondió ella.

—¿Y con la esclava? —insistimos.

—Le encontré un marido.

—¿Cuánto te costó? —quisimos saber, curiosas.

—Ciento ochenta dólares —replicó.

—Y —quise saber—, ¿cuánto tuviste que pagar cuando nací yo?

—Doscientos dólares —me contó.

—Ah —dije.

—Doscientos dólares americanos —me aclaró.

—Y la niña —pregunté—, ¿costó ciento ochenta dólares americanos?

Mi madre negó y yo quise saber cuánto había pagado.

—Cincuenta dólares —dijo—, porque tenía dieciséis años. Los de ocho valían unos veinte. Los de cinco, unos diez. Los de dos, unos cinco. Los bebés eran gratis. De hecho, durante la guerra, cuando tú naciste, mucha gente regalaba a sus hijas mayores. Y mírame a mí, que acabé en Estados Unidos pagando doscientos dólares por ti.

Cuando mi madre iba a recorrer los pueblos, había espíritus, monos y homúnculos que la acechaban desde los árboles. Emergían del agua que corría bajo los puentes. También salían de los úteros. La ciencia médica no sella la tierra; las criaturas subterráneas siguen siendo capaces de asomarse, pelo a pelo, disfrazadas entre el humo que se usa para dispersarlas. Mi madre había vencido a un fantasma, pero al parecer había muchos y tenían diversas formas. Algunos comparten espacio con el mundo físico. Entran en el grano de la madera, en la piedra, en el metal. Animálculos que hacen volteretas en nuestra cara cuando respiramos. Hay que construir cuernos en los tejados para que esas criaturas, que alguna vez fueron gente, puedan trepar y tal vez ascender a las estrellas, que son la fuente del amor y el perdón.

Un lindo día de primavera, la gente de un pueblo que mi madre no había visitado nunca agitó ante ella ramas de melocotonero y abanicos, el emblema de Zhongli Quan, líder de los Ocho Sabios y guardián del elixir de la vida. Los pétalos rosados se derramaron sobre la bata de mi madre y su pelo negro. Encendieron petardos como si fuera Año Nuevo, aunque si hubiese sido esa fecha mi madre no hubiera podido salir de casa. Nadie quiere ver a un doctor los primeros días del año.

Por la noche mi madre caminaba ligero. Fuera de casa, solo quedaban ella y los bandidos. No había palanquines que alquilar. Hubo una época en que una criatura fantástica estuvo acechando los caminos. Era mitad hombre mitad simio, un espécimen que un viajero que había ido a Occidente había capturado y lo había llevado a China en una jaula. El tipo usó el dinero que había ganado para construir un ala más a su casa, la cuarta. En el patio, plantó un

bosque de bambúes. Desde su jaula, el hombre mono era capaz, si se estiraba, de tocar las hojas que le daban sombra.

La criatura debió de roer las barras, o tal vez convenció a su dueño para que la dejara jugar en el patio y, en cuanto pudo, se escapó saltando por el ala nueva de la casa. Vagaba por el bosque y comía ardillas, ratones y, de vez en cuando, un pato o un lechón. Una noche, mi madre vio una sombra más oscura en la penumbra y supo que la seguían. Agarró un bastón del suelo; el perro blanco la acompañaba. El hombre mono ya había atacado antes; mi madre había tenido que curar heridas de garras y mordiscos. La criatura saltó de entre los árboles y le bloqueó el paso casi sin hacer ruido, apenas un rumor de hojas. El perro ladró. El engendro, que era del tamaño de una persona, saltaba a la pata coja y llevaba el otro pie, que se había torcido, agarrado entre las dos manos. Era pelirrojo, de pelo largo y barba. Su dueño lo había vestido con un saco de arroz al que le había hecho agujeros para la cabeza y los brazos. Miró a mi madre con ojos humanos y balanceó la cabeza de hombro a hombro, como ponderando la situación.

—¡Vete a casa! —gritó mi madre, y agitó el bastón en el aire.

La cosa la imitó; alzó una mano y, con la otra, gesticuló. Sin embargo, en cuanto ella se abalanzó sobre él, se dio la vuelta y se alejó cojeando.

—¡No te atrevas a asustarme! —profirió, mientras la cosa escapaba.

Desde atrás vio que no tenía cola ni pelo en la parte posterior. Estaba claro que no era un gorila (tiempo después, mi madre vería uno en el zoo del Bronx y no se parecían en nada a esa criatura). Años atrás, su padre había traído de sus viajes a su tercera esposa,

que no era china. Por eso mi madre supo que aquella criatura de nariz enorme no era más que eso, un bárbaro occidental. Se parecía a ella: era de piel negra y tenía el pelo tan fino que no caía colgando, sino que se convertía, sobre su cabeza, en una especie de hongo marrón. (Al principio no paraba de hablar, pero nadie la entendía. Después se calló. Tuvo un hijo). Finalmente, el dueño recuperó a su criatura, a aquel hombre, tendiéndole una trampa con cerdo a la plancha y vino. Mi madre a veces iba y lo examinaba. Parecía reconocerla: sonreía cuando le daba caramelos. Tal vez no fuera un hombre mono, sino un hombre tigre, una raza salvaje del norte.

Mi madre hacía de matrona para cualquier criatura arrojada al mundo; a diferencia de lo que ocurría con los enfermos y los ancianos, ahí no podía elegir. En cualquier caso, no era quisquillosa y asistía con destreza todos los partos, a veces de niños y a veces de monstruos. Cuando ayudaba a mujeres del campo —insistían en dar a luz en las pocilgas— no discernía, a la luz de la luna y las estrellas, qué clase de criatura había nacido, y tenía que meterla en la casa para averiguarlo. «Bebé de la pocilga, cerdito mío»... lo acunaba junto a la madre para engañar a los fantasmas que buscaban a un recién nacido. «Cerdo feo, cerdo sucio»... así engañaban a los dioses envidiosos de la alegría humana. Contaban los dedos de las manos y los pies, palpaban a ver si tenía o no pene, pero debían esperar para saber si los dioses les dejarían quedarse con aquella criatura.

Una vez nació un bebé perfecto, redondo en el frío amanecer opalino. Sin embargo, cuando mi madre lo examinó dentro de la casa, el niño abrió los ojos: los tenía azules. Quizá había mirado hacia arriba sin protección y se le habían llenado los ojos de cielo.

Su madre dijo que lo habitaba un fantasma; mi madre, que le parecía precioso.

No todos los defectos tenían explicaciones tan bonitas. Una vez, una familia dejó en un baño exterior a un bebé que había nacido sin ano para no oírlo llorar. Iban de vez en cuando para ver si ya se había muerto, pero sobrevivió un tiempo. Cada vez que lo visitaban, lo encontraban sollozando y haciendo un esfuerzo, como tratando de defecar. Aquella familia pasó días sin ir al baño; en vez de eso, iban al campo o usaban los cubos de estiércol.

De niña me imaginaba la escena así: un bebé desnudo, sentado en un inodoro moderno, tratando de hacer de vientre hasta que moría por el atasco. Siempre que entraba al baño, encendía la luz a toda prisa para evitar que alguna sombra tomara la forma de un bebé. A veces lo veía sentado al borde de la bañera, deseoso de que las entrañas de alguien más se removieran. Otras veces me despertaba en mitad de la noche y me llegaban, desde el baño, jadeos y sollozos de bebé. Nunca fui a ayudarlo, solo quería que parara.

Quiero pensar que la historia del bebé sin agujeros es prueba suficiente de que mi madre no hacía aquello de preparar una caja con cenizas junto al lecho por si lo que venía era una niña.

—La matrona o un familiar agarra al bebé por la parte posterior de la cabeza y le sostiene la cara contra las cenizas —decía—, es muy fácil.

Nunca nos contó que ella hubiera matado a un bebé. Aunque, quién sabe, tal vez el bebé sin ano fuera un niño.

Ahora, aquí, en Gold Mountain, sigue habiendo parejas agradecidas que le traen regalos a mi madre a cambio de una sopa

que, al parecer, cura la infertilidad, e incluso propicia el nacimiento de varones.

Mi madre me ha dado imágenes para soñar, bebés de pesadilla que vuelven a visitarme, que se encogen hasta caber en mi palma. Cierro los dedos para hacerles una cunita y con la otra mano les hago una jaima. Protejo al bebé del sueño, no dejo que sufra, no lo pierdo de vista. Pero basta un parpadeo para que desaparezca. Dejo de moverme, no quiero pisarlo. Otras veces se me escurre entre los dedos; no puedo tejer mis redes lo bastante rápido. O lo baño y, al abrir el grifo, me equivoco y el agua caliente le quema la piel, se la curte y la cara se le convierte en un agujero rojo que grita. El agujero se reduce a un puntito cuando el bebé se aleja de mí.

Para que mi vida en vigilia sea normal —en el sentido americano —, siempre enciendo la luz antes de que aparezca algo no deseado. Lo deforme lo confino a los sueños, que siempre son en chino, el idioma de las historias imposibles. Nuestros padres, antes de que podamos abandonarlos, nos atiborran la cabeza como llenan, hasta reventar, sus maletas de ropa interior hecha a mano.

Cuando, en las tardes de verano, el termómetro de la lavandería alcanzaba los cuarenta y cuatro grados, mis padres decían que tocaba escuchar una historia de fantasmas para que, al menos, nos refrescáramos con el sudor de los escalofríos. Mis padres, mis hermanos, mi hermana, mi tío abuelo y la «tercera tía» —que no era nuestra tía, sino una señora del pueblo: la tercera tía de alguien que no era yo— se afanaban con las planchas mientras gritaban, sobre los silbidos y golpes, una historia de terror. Eran días buenos, con

mucho trabajo, tanto que mi madre no tenía que ir a recoger tomates. Para descansar, dejábamos de planchar un rato y nos poníamos a doblar ropa.

—Un atardecer —empezó un día mi madre; nada más oír su voz sentí un escalofrío en la espalda y los hombros y se me erizó el vello de las piernas y el cogote—, un día, digo, volvía a casa después de ir a visitar a una familia. Tenía que cruzar un puentecito; los puentes de China no se parecen en nada a los de Brooklyn o los de San Francisco. Este estaba hecho de sogas, de nudos, como si lo hubiera urdido una urraca. De hecho, lo habían armado hombres que habían vuelto de recolectar nidos de golondrina de mar en la península de Malasia. Tenían que meterse en cestas que ellos mismos tejían y columpiarse en los acantilados malayos. El puente se balanceaba cuando había corriente, pero nadie había caído nunca al río, que era apenas un arañazo brillante al fondo del cañón, como si la Reina de los Cielos lo hubiera recorrido con su gran prendedor de plata.

Aquel atardecer, en cuanto mi madre puso un pie en el puente, aparecieron dos columnas de humo más altas que ella elevándose en espiral. La parte de arriba zigzagueaba como dos cobras blancas, una en cada barandilla. Un viento surgió de la nada entre las columnas de humo y un potente sonido se instaló en sus sienes. A través de las espirales veía el sol y el río, que giraba y giraba, y los árboles bocabajo. El puente se movía como un barco en una tormenta. La tierra se inclinó. Mi madre cayó sobre los listones de madera; estaba en una escalera que subía hacia el cielo y sus dedos no tenían suficiente fuerza para mantenerse agarrados a los peldaños. El viento le lanzó el pelo hacia atrás y luego de nuevo hacia delante, dándole un latigazo en la cara. De pronto, las

columnas desaparecieron, el mundo se enderezó y mi madre cruzó. Miró hacia atrás, pero no vio nada. Siguió usando el puente con la misma frecuencia, aunque no volvió a ver a los fantasmas.

—Eran Sit Dom Kuei —dijo mi tío abuelo—, Sit Dom Kuei.

—Evidentemente —asintió mi madre—: Sit Dom Kuei.

Aún hoy busco esas sílabas en el diccionario. *Kuei* o *gui* significa 'fantasma', pero no he podido encontrar el resto. Solo oigo la voz de mi tío abuelo, su voz de pirata fluvial, su voz de hombre grande que una vez mató a alguien en Cuba o en Nueva York, esa voz que emite tres sílabas: «Sit Dom Kuei». Pero no sé traducirlas.

Cuando los comunistas empezaron a publicar textos con técnicas para combatir a los fantasmas, busqué «Sit Dom Kuei». No lo encontré, pero entendí por qué mi madre siempre vencía a los fantasmas: porque es capaz de comerse cualquier cosa («Venga, sácale los ojos a la carpa, uno para mamá y otro para papá»). No hay héroe que se amilane ante la comida. La Academia China de Ciencias publicó un estudio en contra de las supersticiones; allí se habla de Gao Zhong, el sirviente de un magistrado que, en 1683, se comió cinco pollos asados y se bebió diez botellas de vino que pertenecían a un monstruo marino. Este, un ser de dentadura ramificada, guardaba la comida en la playa, junto a un fuego. Acababa de empezar a comer cuando Gao Zhong lo atacó. Tras derrotarlo, se llevó su espada de plumas de cisne; aún hoy se exhibe en la armería del distrito de Wendeng, en Sandong.

Otro buen comedor fue Zhou Yi-han, de Changzhou, que se comió un fantasma frito. Cuando lo cocinó, era apenas una salchicha, pero antes de eso había sido una mujer que vagaba por las noches.

Chen Luanfeng, que vivió durante la era Yuan He de la dinastía Tang (806-820 d. C.) comió corvina amarilla con cerdo, ignorando la prohibición del dios del trueno. Chen quería convocar los truenos en tiempo de sequía. La primera vez que comió aquello, el dios del trueno bajó del cielo con sus enormes piernas, que eran como árboles centenarios. Chen le cortó la izquierda, el dios cayó al suelo y los aldeanos descubrieron que era un cerdo o un oso azul con cuernos y alas carnosas. Chen se abalanzó sobre él para cortarle la cabeza y morderle el cuello, pero los lugareños lo detuvieron. Después de aquello, Chen vivió alejado de la gente; se había convertido en un hacedor de lluvia y ni los monjes ni sus familiares querían acercarse al rayo. Vivió en una cueva y, desde entonces, siempre que había sequía, la gente iba a pedirle que comiera cerdo con corvina amarilla. Y él lo hacía.

El comedor más maravilloso fue Wei Bang, un académico y cazador de la era Da Li de la dinastía Tang (766-779 d. C.). Cazaba y cocinaba conejos y pájaros; también escorpiones, serpientes, cucarachas, gusanos, babosas, grillos y escarabajos. Una vez pasó la noche en una casa cuyos moradores habían abandonado por miedo a que los contaminara un vecino muerto. Una vez allí, Wei vio una esfera brillante que cruzaba la oscuridad hacia él. La derribó con tres flechas certeras (la primera la hizo crujir y llamear; la segunda atenuó su brillo; la tercera provocó que se apagara entre espasmos de luz). El sirviente de Wei acudió corriendo con una lámpara y así pudieron ver que su amo había disparado a una bola de carne completamente cubierta de ojos. Algunos miraban hacia arriba, estaban en blanco. Wei y su sirviente sacaron las flechas y trincharon la bola. El sirviente cocinó los pedazos en aceite de

sésamo; despedían un olor tan maravilloso que Wei se echó a reír. Se comieron la mitad y guardaron el resto para cuando la familia volviera a habitar la casa.

Los que comen bien, ganan. Un estudiante anónimo de Hangzhou se fijó en un hatillo de seda blanca que había en el suelo. La gente pasaba y nadie le prestaba atención. El muchacho se lo llevó a casa. Lo abrió y encontró tres lingotes de plata y, encima, algo maligno con forma de rana. Aquella noche aparecieron en su habitación dos ranas del tamaño de dos bebés. Las apaleó, las cocinó y se las comió con vino blanco. La noche siguiente apareció una docena. Juntas, tenían el tamaño de dos bebés. Cayeron del techo. Se las comió todas para cenar. La tercera noche se encontró treinta ranitas en el colchón. Lo miraban. Se las comió. Así pasó un mes; cada vez aparecían ranas más pequeñas y numerosas. Juntas, siempre constituían la misma cantidad de comida. El suelo de su habitación acabó pareciendo uno de esos estanques bien cuidados en los que, al llegar la primavera, los renacuajos, recién convertidos en ranitas, saltan sobre la hierba húmeda. Su familia le suplicó que buscara un erizo para que lo ayudara a comer, pero él respondió: «Yo soy tan bueno comiendo como un erizo», y se rio. Al cabo de un mes las ranas desaparecieron y el estudiante pudo quedarse con la seda y los lingotes.

Mi madre nos cocinaba mapaches, mofetas, halcones, palomas, patos y gansos salvajes, gallinas negras de Bantam, serpientes, caracoles del jardín, tortugas (a veces se escapaban por el suelo de la cocina y se metían bajo la nevera o la hornilla), siluros (que guardaba en la bañera).

—Los emperadores solían comer joroba de dromedario púrpura —decía—, usaban palillos de cuerno de rinoceronte y comían lengua de pato y labios de mono.

Ponía a hervir hierbajos que arrancábamos del jardín. Había una planta de flores tiernas con forma de estrellita que se escondían bajo las hojas; eran iguales pero verdes. No he vuelto a encontrarla. Recuerdo que no tenían sabor. Una noche —ya había alcanzado la estatura de la lavadora— salí al porche trasero y algo pesado y con garras, algo ondulante como el viento, se abalanzó sobre mí. Me aplicaron cánticos hasta que volví en mí. Después de aquello, siempre que pensaba en los búhos de hombros anchos y cejas amarillas que había posados alrededor de la casa, me volvían a entrar los temblores. Mi padre se los había regalado a mi madre, fue una sorpresa. Los niños nos metíamos debajo de la cama y nos tapábamos los oídos para no oír el ulular de los pájaros y los golpes de caparazón de las tortugas que trataban de escapar del agua hirviendo. Una vez mi madre se puso a despiezar una mofeta sobre la tabla de la cocina; la tercera tía nos trajo a escondidas caramelos y chucherías para que los pusiéramos bajo la nariz. A través del olor dulce, me llegaba la peste gomosa del guiso.

En un estante, mi madre tenía un bote de cristal con una inmensa mano marrón con garras, conservada en alcohol y hierbas. Imagino que la traería de China, porque no recuerdo mi cocina sin aquel bote. Decía que era una mano de oso; por eso pasé años creyendo que los osos no tenían pelaje. Mi madre usaba las hojas de tabaco, el apio y las hierbas del bote para frotarnos las heridas y las torceduras.

Cada vez que me encaramaba a algo para mirar la mano, mi madre me contaba la historia del mono. Yo me sacaba los dedos de los oídos y dejaba que aquella narración simiesca entrara en mi cerebro. Aunque no siempre la escuchaba voluntariamente; a veces se la contaba a alguien que venía a que lo atendiera y a mí me llegaba a través de la pared. Aquella historia me inquietaba, hacía que algo se soltara en mi mente, algo como una cortina que flameaba al viento. Quería decir «Para, basta», pero nunca lo dije.

—¿Sabes lo que come la gente en China para celebrar las épocas de bonanza? —empezaba—. Se pagan un banquete de mono. Los comensales se sientan alrededor de una mesa ancha de madera con un agujero en el centro. Los mozos traen al mono; viene con una soga al cuello, atado al extremo de un bastón largo, y chilla. Tiene las manos amarradas a la espalda. Lo sujetan a la mesa, que encaja como otra soga alrededor del cuello. Los cocineros se acercan con un bisturí y hacen un corte limpio alrededor del cráneo. Usan un martillito y una gubia de plata aquí y allá para que el hueso se suelte. Entonces, una mujer mayor lleva la mano hacia la cara del mono, luego hacia la coronilla, lo coge por los pelos y levanta la tapa del cráneo. Los comensales se comen los sesos a cucharadas.

Decía cosas como «Tendrías que haber visto las caras que ponían los monos» o «La gente se reía de los gritos del mono». Entonces, ¿estaba vivo? El telón caía como dos piadosas alas negras.

—¡Comed! ¡Comed! —nos gritaba mi madre mientras inclinábamos la cabeza sobre el tembloroso cuenco de pudin de sangre.

Solo tenía una norma, que servía para mantenernos a salvo de cosas como las setas venenosas: «Si sabe bien, es malo; si sabe mal, es bueno».

Nos obligaba a enfrentarnos una y otra vez a sobras de cuatro o cinco días hasta que nos lo terminábamos todo. El ojo de calamar reaparecía en el desayuno y luego en la cena hasta que nos lo comíamos. A veces, los platos eran una masa marrón. Alguna vez vi el asco pintado en la cara de algún visitante que llegaba a la hora de comer.

—¿Has comido? —se saludan los chinos.

—Sí —responden, hayan comido o no—, ¿y tú?

Yo preferiría vivir de comer plástico.

Mi madre era capaz de enfrentarse a bestias y fantasmas porque se las podía comer; al mismo tiempo, los días en que la gente buena guarda ayuno, podía no comérselas. El hecho de que viera fantasmas no la convertía en una loca. Tampoco era una de esas a las que otras mujeres criticaban por andar detrás de los hombres. Era una exorcista capaz, no le interesaban esas cosas. La loca del pueblo era otra, una indecente a la que lapidaron.

Poco después de aquella lapidación, mi madre se fue de China. Mi padre había reunido por fin el dinero para el pasaje, pero, en vez de regresar, mandó llamar a mi madre. Posponía su vuelta una vez más, esta vez debido a los japoneses. En 1939, ya habían tomado buena parte del territorio que regaba el río Ku y mi madre vivía en la montaña con otros refugiados. (De pequeña, veía a mis padres jugar a los refugiados, dormir sentados, apoyando la cabeza en el hombro del otro y sujetando, con una mano, su fuerte hecho de sábanas. «¡Aiaa...!», sollozaba uno, y la otra hacía lo mismo: «¡Aiaa! Madre, padre, ¿qué es un refugiado?»). A los japoneses, aunque fueran

«pequeños» y extranjeros, en China no se los consideraba demonios, ya que quizá descendieran de aquellos remotos exploradores chinos a los que el primer emperador de la dinastía Qin (221210 a. C.) había encargado la búsqueda del elixir de la longevidad. Debían encontrar una isla más allá del mar del Este, más allá de vientos y nieblas intransitables, una isla poblada por fénix, unicornios, monos negros y ciervos blancos. Se decía que en Penglai —una montaña encantada que quizá se correspondiera con el monte Fuji— crecían orquídeas mágicas, árboles maravillosos y plantas de jaspe. Si volvían sin las hierbas de la inmortalidad, el emperador les cortaría la cabeza. Según otra teoría, los japoneses descienden de un simio que violó a una princesa china; la princesa habría escapado a las islas orientales para dar a luz al primer niño japonés. En ninguna versión, los japoneses son del todo ajenos a los chinos; en ambas tienen un vínculo con la realeza. No era raro que los chinos sin descendencia se quedaran con los hijos varones de los colonos japoneses, que dejaban a los críos envueltos en una tela junto a algún patatal.

En aquella época, los vecinos de la aldea se pasaban el día mirando al cielo en busca de los aviones japoneses que ametrallaban a diario la falda de las montañas. «Si veis solo un avión, no os preocupéis —nos aleccionaba mi madre—, pero si van de tres en tres, cuidado. Se separan antes de iniciar el bombardeo. A veces había tantos que cubrían el cielo y no veíamos ni oíamos nada». Nos contaba aquellas cosas porque seguía siendo la misma guerra, aunque ella hubiera cruzado el océano y nos hubiera tenido a nosotros. Cuando los aviones de Pan Am y United Air Lines

sobrevolaban nuestra casa, me metía bajo las sábanas. Al principio sonaban como un insecto; luego, el zumbido iba en aumento.

Mi madre improvisó un hospital en una cueva, en las montañas, y llevaba allí a los heridos. Algunos no habían visto una avioneta en su vida. Las madres tapaban la boca a los bebés para que su llanto no atrajera a los aviones. Las bombas enloquecían a la gente, que se tiraba al suelo y hacía fuerza como si la tierra fuera a abrir una puerta para ellos. Los que no podían dejar de temblar ni siquiera después de que el peligro hubiera pasado, dormían en la cueva. Mi madre les explicaba qué era un avión mientras les masajeaba las orejas.

Una tarde de verano la paz descansaba en el valle. Los bebés dormitaban entre las hierbas altas y cubrían, con las flores bordadas de sus mantitas, las otras flores silvestres del campo. Todo estaba tranquilo. Se oía el zumbido de las abejas y el juguetear del agua del río con los guijarros, las piedras y las grutas. Bajo los árboles, las vacas movían la cola; cabras y patos seguían a los niños; los pollos escarbaban en la tierra. Los aldeanos se sonreían bajo el sol, contentos de estar juntos y ociosos en sus campos; nadie trabajaba con la azada, nadie arrancaba la maleza. Era como un año nuevo estival. Mi madre hablaba con las mujeres de su edad de lo mucho que aquel día le recordaba a los viejos tiempos, a cuando subían a la montaña a por leña. La única diferencia era que en ese momento podían estar sin hacer nada sin que por eso sus suegras las regañaran.

La loca del pueblo se puso su tocado de espejitos. Ondeaban frenéticos, prendidos de tallos rojos. Saludó a los animales y a las ramas que se agitaban al viento vestida con su locura verde y roja.

Se acercó al río con una taza de porcelana. Aunque se le habían aflojado los vendajes, sus piececitos hacían que caminara con un bamboleo agradable. Sus zapatos eran pequeños puentes. Se arrodilló, canturreando, junto al agua y llenó la taza hasta que rebosó. La llevó con cuidado hasta un claro en el que parecía concentrarse la luz de la tarde. La gente se volvió para mirarla. Metió en el agua la punta de los dedos y empezó a salpicar el aire y la hierba. Después apoyó la taza en el suelo y tiró de las blancas mangas interiores de su viejo vestido. Empezó a moverse en círculos. Agitaba las mangas al aire o acariciaba la hierba con ellas. Bailaba bañada por la luz. Los espejitos lanzaban arcoíris a los árboles y al agua, centelleaban. Mi madre se sintió como si se asomara a la calabaza mágica de Li Dieguai para vigilar los devenires de un pícaro mortal.

Alguien rompió el hechizo:

—Está haciendo señales a los aviones.

El rumor empezó a cundir.

—Está haciendo señales —repetía la gente.

—¡Paradla, detenedla!

—No —dijo mi madre—, es una loca inofensiva.

—Es una espía —le respondieron—, una espía de los japoneses.

La gente del pueblo se armó de piedras y fue hacia ella.

—¡Quitadle el tocado y ya está! —gritó mi madre—, quitadle solo los espejitos.

Pero ya volaban las primeras piedras. La mujer las esquivó al principio y luego trató de cazarlas al vuelo, riendo. Por fin tenía gente con la que jugar.

Los impactos empeoraron cuando los aldeanos estuvieron más cerca.

—Ya vale, basta ya, le voy a quitar los espejos —dijo mi madre, que había bajado corriendo al claro—. Dame el tocado —le pidió, pero la mujer se limitó a negar, juguetona, con la cabeza.

—¿Veis? Es una espía. Apártese, doctora. Todos hemos visto las señales. Viene al río todos los días antes de que lleguen los aviones.

—Solo viene a buscar agua potable —repitió mi madre—. Los locos también necesitan beber.

Alguien agarró la taza de la mujer y la tiró al suelo. Se rompió a sus pies.

—Eres una espía, ¿eh? —le preguntaron.

Un destello de astucia le cruzó los ojos.

—Sí —contestó—, tengo grandes poderes. Puedo hacer que llueva fuego. Yo. Yo lo hice. Dejadme en paz o lo volveré a hacer.

Se inclinó hacia el río como si fuera a salir corriendo, pero era imposible que corriera con esos piececitos.

Una piedra grande le dio en la cabeza y la mujer cayó al suelo entre un aleteo de mangas. Los adornos saltaron por los aires; le habían abierto la cabeza. La gente empezó a acercarse. Alguien le puso un pedazo de cristal bajo la nariz. Al ver que se empañaba, fueron a darle con una piedra en las sienes hasta que la mataron. Algunos siguieron aun después de muerta. Reventaron los espejitos; al final no quedó más que un montón de astillas plateadas.

Mi madre se dio la vuelta y regresó al pueblo. Nunca trataba casos perdidos. Se volvió a mirar la masa de carne, piedras, mangas y sangre. Los aviones, claro, siguieron llegando cada tarde y la gente del pueblo enterró a la loca junto al resto de los muertos.

Mi madre se fue de China en el invierno de 1939, casi seis meses después de la lapidación. Llegó al puerto de Nueva York en enero de 1940. Llevaba la misma maleta que se había llevado a Guangzhou, solo que esa vez llena de semillas y bulbos. En Ellis Island, unos policías le preguntaron en qué año se había cortado su marido la coleta y ella sintió terror al ser incapaz de recordarlo. Después nos dijo que seguramente fue mejor así, que quizá le estuvieran tendiendo una trampa política. Los hombres chinos que se cortaron la coleta eran aquellos que se habían enfrentado a los manchúes y habían apoyado a Sun Yat-sen, también cantonés.

Yo nací durante la Segunda Guerra Mundial. He estado mirando al cielo, alerta, desde que tengo memoria, en busca de grupos de tres aviones. Sigo soñando con bebés menguantes, con un cielo cubierto de avionetas, dirigibles, misiles, bombarderos en formaciones tan regulares como un patrón de costura. Cuando sueño que vuelo por un cielo despejado, veo, si me fijo, difuminadas en la distancia, máquinas brillantes y plateadas, algunas que ni siquiera se han inventado aún, flotas enteras que se mueven entre continentes, entre planetas. Tengo que encontrar la manera de volar con ellas.

Estados Unidos también está lleno de máquinas y fantasmas. Fantasmas taxistas, fantasmas autobuseros, fantasmas policías, fantasmas del fuego, fantasmas de los contadores de la luz, fantasmas podadores, fantasmas de los bazares. Hubo un tiempo en que el mundo estaba tan poblado de fantasmas que casi no podía respirar. Casi no podía andar, iba cojeando entre los fantasmas blancos y sus coches. También había fantasmas negros, pero eran distintos a los blancos, eran fantasmas de ojos abiertos y llenos de risa.

El que más miedo me daba era el fantasma repartidor de periódicos, que aparecía entre los coches a la luz de la tarde. En lugar de llevar a cuestas a su hermano bebé, cargaba un morral lleno de periódicos y caminaba solo, sin sus padres, por mitad de la calle. Gritaba por las calles vacías en la lengua de los fantasmas. Su voz llegaba a los niños de las casas, a sus pechos, y acudían corriendo con monedas en la mano. Seguían al fantasma de los periódicos a la siguiente esquina y a la siguiente y a la siguiente, siempre una esquina más lejos de lo que es prudente. Al final se perdían y, cuando se acercaban a una casa para pedir indicaciones, los fantasmas gitanos los tentaban con anillos de oro, hervían a aquellos chicos perdidos y los embotellaban. El ungüento que salía de ahí era bueno para tratar las heridas de los niños.

Nosotros jugábamos a que éramos fantasmas repartidores de periódicos. Juntábamos viejos diarios chinos (el auténtico fantasma no nos daba sus periódicos fantasma) y merodeábamos por la casa y el patio. Los agitábamos y cantábamos: «¡Periódicos, vendemos periódicos, compre uno!». Aquellos capaces de oír lo que realmente dicen las palabras sabían que lo que vendíamos era un ungüento hecho de niños hervidos. Llevábamos las botellas verdes ocultas entre los diarios. Inventamos nuestro propio inglés, cuyas palabras yo escribía y que hoy, con el paso del tiempo, solo parecen decir «Eeeeee». Cuando oíamos llegar al verdadero chico de los periódicos nos escondíamos y metíamos los nuestros bajo las escaleras. O en el sótano, en cuyas aguas negras vivía, bajo una trampilla, el Fantasma del Pozo. Nos agachábamos sobre los periódicos en inglés que teníamos, el *Gold Mountain News* de San Francisco, y nos tapábamos las orejas hasta que se iba.

Para conseguir comida, teníamos que traficar con el Fantasma del Supermercado. Los pasillos estaban llenos de clientes fantasma. El Fantasma de la Leche pasaba por casa día sí, día no. Nos escondíamos hasta que el camión, lleno de botellas temblorosas, doblaba la esquina. Solo entonces abríamos la puerta principal y la mosquitera y cogíamos la leche. También pasaban a menudo el Fantasma del Correo, el de los Contadores, el de la Basura... Nos alejábamos de las ventanas, pero no era suficiente: se acercaban a fisgonear. Eran fantasmas del trabajo social, fantasmas enfermeras del sistema público, fantasmas de las fábricas que buscaban trabajadores en tiempos de guerra (prometían cobertura médica infantil y mi madre se negaba), dos fantasmas Jesucristo que en otro tiempo trabajaron en China... Nos escondíamos bajo las ventanas, justo debajo del quicio, hasta que el fantasma de turno, que nos llamaba en lengua fantasma para tentarnos a responder, se rendía. Salvo los fantasmas ladrones, ninguno trataba de entrar. Los fantasmas indigentes y los fantasmas borrachos se llevaban melocotones del jardín y bebían agua de la manguera cuando no les respondíamos.

Pensábamos que los fantasmas tenían problemas para ver y oír. Una mañana nos quedamos embelesados ante sus quehaceres fantasmales y nos olvidamos de bajar las ventanas cuando llegó el Fantasma de la Basura. Hablamos de él en voz alta, le señalamos los brazos peludos y nos reímos de cómo se sujetaba los pantalones sucios antes de echarse las provisiones al hombro.

—¡Venid a ver cómo el Fantasma de la Basura recoge la comida! —gritábamos—. El Fantasma de la Basura —nos decíamos, y asentíamos.

El fantasma nos miró. Se aseguró la carga a la espalda con una mano y se acercó a la ventana. Tenía unos orificios nasales cavernosos, llenos de pelos rubios y amarillos. Abrió la boca muy despacio:

—El... Fantasma... de la Basura —dijo, imitando el lenguaje humano—: ¿Fantasma... de la Basura?

Corrimos y gritamos en busca de nuestra madre, que cerró la ventana.

—Estamos a salvo —confirmó—. Los fantasmas blancos entienden el chino. Lo han aprendido. No volváis a hablar delante de ellos. Algún día, pronto, volveremos a casa y solo habrá *han* a nuestro alrededor. Entonces compraremos muebles, mesas y sillas de verdad. Y oleréis por primera vez las flores.

—¡Madre, madre! —gritó una vez mi hermano—. Me ha vuelto a pasar: no tengo nada en la boca, pero noto un sabor.

—Yo también, madre —dije—. No estoy comiendo nada. Solo tengo saliva en la boca, pero me sabe dulce.

—Es vuestra abuela —explicó ella—, que os manda caramelos desde China otra vez.

Los humanos no necesitan fantasmas del correo para mandarse mensajes.

Pasé muchas horas dándole vueltas a cómo podía ser que mi remota abuela, que no sabía escribir y dependía de que otros le tomaran las cartas al dictado, nos mandara caramelos gratis. Crecí, me volví más racional y sus regalos dejaron de llegarme. Murió antes de que me diera tiempo a volver a «casa» para preguntarle cómo hacía lo de los caramelos. Cuando mis padres decían «casa» no hablaban de nada que tuviera que ver con Estados Unidos. Aun así,

yo no quería ir a China: allí nos venderían a mis hermanas y a mí. Mi padre se casaría con otras dos o tres mujeres que nos rociarían los pies con aceite hirviendo y luego dirían que llorábamos sin motivo. Les darían comida a sus hijos y, a nosotros, piedras. No quería ir a un lugar en el que los fantasmas adoptaban formas tan alejadas de las nuestras.

De pequeña temía el tamaño del mundo. Cuanto más lejos oía aullar a los perros, cuanto más lejos oía los trenes, más me enroscaba bajo la manta. Los trenes sonaban profundos en la noche. No los dejaba de oír hasta que no alcanzaban el fin del mundo. Su último gemido se iba apagando en cuanto llegaban a China. Lo grande que debía ser el mundo para que mi abuela, al llegar hasta mí, no fuera más que un sabor.

La última vez que fui a ver a mis padres me costó mucho dormir; había crecido, ya no encajaba en los valles y montañas que mi cuerpo de niña había excavado años atrás en el colchón. Una noche, oí a mi madre entrar en mi cuarto y dejé de moverme. ¿Qué quería? Sin abrir los ojos, intenté imaginármela: su pelo blanco encrespado a contraluz, frente a la puerta. Ahora mi pelo también es blanco, madre. La oí moverse, rebuscar algo en los muebles. Me echó encima una tercera manta; la más gruesa, hecha a mano en China. Ahí dejé de ser capaz de seguirla con la imaginación. Abrí una rendija en los párpados y tuve que contenerme para no dar un salto. Había arrimado una silla a la cama y estaba sentada a mi lado. Vi sus manos fuertes apoyadas en su regazo, esas manos que normalmente habrían estado manejando catorce pares de agujas. Mi

madre está muy orgullosa de sus manos, de que sigan siendo rosas y suaves a pesar del trabajo duro, mientras que las de mi padre parecen talladas en madera. Sus líneas de la mano no se ramifican, como las de todo el mundo, en las de la cabeza, el corazón y la vida, sino que se arrugan en un solo pliegue primordial. Aquella noche era una osa abatida, una inmensa oveja vestida con un chal de lana. Hacía poco que había empezado a llevar chales y gafas de abuelita según la moda estadounidense. ¿Qué hacía ahí, sentada junto a mí? ¿Qué quería? Podía sentir su mirada clavada en mí; sus ojos eran como dos rayos de luz que me calentaban el pelo (que ya por entonces empezaba a blanquear), las arrugas junto a la boca, el cuello delgado, mis escasas mejillas, mis bracitos. Sentí que ese calor recorría mis hombros huesudos y fingí que me movía, dormida, para apartarlos de su mirada. Entonces noté que el rayo me impactaba en los párpados con toda su fuerza y tuve que abrir los ojos.

—¿Qué pasa, mamá? ¿Qué haces ahí sentada? —pregunté.

Ella estiró el brazo y encendió una lámpara que había puesto en el suelo, a su lado.

—Me he tomado la pastilla de LSD que te has dejado en la cocina —dijo.

—Eso no era LSD, mamá —le aclaré—, era una pastilla para el resfriado. Estoy enferma.

—Siempre te pones enferma cuando vienes a casa —respondió—, debe ser que comes cosas con mucho *yin*. Voy a por otra manta.

—No, no —dije—, no quiero más mantas. No deberías tomarte pastillas que no te han recetado a ti. Tú siempre nos decías que no nos tomáramos ninguna pastilla que encontráramos en la calle.

Mi madre cerró los ojos, como si le doliera la cabeza:

—Niños, nunca me decís en qué andáis. ¿Se puede saber cómo voy a enterarme, si no me lo decís? Aiaa... —suspiró y se agarró la cabeza con las manos—. ¿Cómo voy a soportar que vuelvas a dejarme?

¿Cómo iba a soportar yo apartarme otra vez de ella? Que cerrara esa habitación que había abierto solo para mí. Que vagara, limpiando, por aquella casa menguante, aquella casa que llevaba limpia desde que nos fuimos. Ahora cada silla tenía su sitio, los lavabos de las habitaciones funcionaban, el cuarto de mis padres no estaba lleno de ropa tendida. Mi madre guarda la ropa y el calzado en cajas para que no los desgaste el paso del tiempo. Los lavabos eran de mármol gris, así los habían hecho los ancianos chinos que habían vivido en la casa antes que nosotros. De pequeña, me imaginaba hombrecillos que se lavaban por las mañanas y se vestían antes de salir. Salir de allí era, para mí, salir de nuevo a un mundo sin repisas de mármol en las que poner la ropa, sin mantas hechas de plumas de nuestros propios patos y pavos, sin fantasmas de ancianitos limpios.

La luz de la lámpara titilaba, parecía la de un televisor; hacía que el alto techo desapareciera y volviera, de pronto, a su lugar. Sentía la presión del ambiente. Me fijé en que mi madre había bajado tanto las persianas que ya se veían los tambores desnudos. Ningún transeúnte podía saber que esa casa albergaba a una hija. Mi madre a veces podía ser un animal grande, apenas real en la oscuridad. Luego volvía a ser una madre. Vi las arrugas que le rodeaban los ojos; vi cómo, en ausencia de los dientes superiores, sus mejillas se hundían.

—Volveré pronto —le aseguré—, sabes que siempre lo hago. Y que pienso en ti cuando estoy fuera.

—Sí —respondió—, te conozco. Ahora te conozco. Siempre te he conocido. Eres la de las palabras amables. Nunca vuelves. «Volveré el día del pavo», dijiste. Mmm...

Apreté los dientes. Me dolía como si me hubieran cortado las cuerdas vocales. No quería decir nada que la hiriera. No hay hijo que no rechine los dientes.

—La última vez que te vi —continuó— eras joven. Ahora eres vieja.

—Solo hace un año de mi última visita —repliqué.

Pero eso no la detuvo:

—Pues este año te ha vuelto vieja. Mírate, tienes el pelo gris y todavía no has engordado. Sé lo que dicen los chinos de nosotros: «Son tan pobres, dicen, que no hay manera de que sus hijas engorden», «Llevan años en Estados Unidos, afirman, y no comen». Ah, qué vergüenza, una familia de niños escuálidos. Y tu padre... está tan delgado que un día va a desaparecer.

—No te preocupes por papá, mamá —intenté reconfortarla—, los médicos dicen que la gente delgada vive más. A papá le quedan muchos años.

—¡Ah! —exclamó—, ya sabía yo que no me quedaban muchos años. ¿Sabes por qué he engordado tanto? Por comerme tus sobras. Aiaa... me estoy haciendo mayor. Falta poco para que te quedes sin madre.

—Mamá —respondí—, llevas toda la vida diciendo eso.

—Pero esta vez es verdad —insistió—, tengo casi ochenta años.

Hice el cálculo:

—Pensaba que tenías setenta y seis.

—No —replicó—, los papeles están mal. Tengo ochenta.

—Pero pensaba que el error de los papeles era al revés —dije—, que tienes setenta y dos o setenta y tres años chinos.

—Los papeles están mal —repitió—, tengo ochenta u ochenta y un años chinos. O setenta. Ochenta. ¿Qué más da la cifra? La cosa es que cualquier día de estos me voy a morir. ¿Sabes lo que le pasó a la vecina, la de la última casa de la calle? Estaba tomando el fresco en los escalones de la entrada. Ya había preparado la cena y esperaba a que su marido llegara a casa. Cerró un momento los ojos y murió. ¿No te parece una forma magnífica de morir?

La miré y dije:

—Pero en nuestra familia la gente suele llegar a los noventa y nueve.

Mi madre tenía respuestas para todo:

—Eso es por el lado paterno. Mis padres murieron jóvenes. Mi hermana menor se quedó huérfana a los diez, poco después de que nuestros padres cumplieran los cincuenta.

—Entonces deberías alegrarte de haber vivido tantos años de más —razoné.

—Ay —suspiró—, estaba tan convencida de que tú también te ibas a quedar huérfana... La verdad es que me sorprende que hayas llegado a tener el pelo blanco. ¿Por qué no te lo tiñes?

—Mamá —dije—, el color de pelo no es una medida de la edad. El blanco es otra pigmentación, como el marrón o el negro.

—Te pasas la vida escuchando a los fantasmas profesores —respondió—, fantasmas de la ciencia, doctores fantasmales.

—De algo tengo que vivir —dije.

—Nunca te llamo «primogénita», ¿te has dado cuenta? —preguntó —. Siempre digo «mi hija, la mayor».

—Entonces —aproveché para indagar—, ¿es verdad que mi hermano y mi hermana mayor murieron en China? ¿No me dijiste, cuando cumplí los diez, que mi hermana tendría veinte? Y, cuando tenía veinte, que ella tendría treinta. ¿Por eso me has negado el título que me corresponde?

—No —concluyó mi madre—, lo habrás soñado. Te lo has inventado. Sois los que estáis.

(¿Cómo era aquella historia? La de los padres que les tiran dinero a sus hijos, la de los hijos que no lo recogen porque no pueden dejar de llorar. Se retuercen de dolor, cubiertos de monedas. Los padres salen por la puerta, se van a Estados Unidos y tiran más puñados de monedas hacia atrás).

Mi madre se inclinó hacia mí. Le brillaban los ojos.

—Trabajo muy duro —dijo.

No sé qué miraba. Empecé a frotarme un pie contra el otro como si quisiera despellejármelos. Volvió a hablar:

—Las tomateras me pinchan las manos. Noto que los pelillos, que son como alambres, me atraviesan los guantes. Chapoteo sobre tomates podridos, chapoteo en un cieno de tomates que otros pies ya han pisado. ¿Sabes cuál es la mejor forma de quitarse el picor de las tomateras? Abres un tomate fresco y te frotas con él. Te lavas la cara con jugo de tomate. Pero lo que de verdad me destroza las manos son las patatas. Tengo reúma de lavar patatas, de agacharme a recogerlas.

De noche, se quitaba las vendas de las piernas. Se le veían las varices.

—Mamá —quise saber—, ¿por qué no dejas de trabajar? No hace falta, ya. ¿O sí? ¿Necesitas trabajar tanto? ¿Andar agachada entre tomateras?

Su pelo negro ondulado dejaba entrever las raíces. Se había teñido para que los granjeros la contrataran. Se iba a la parte más pobre del barrio y hacía fila con los vagabundos, los borrachos, los yonquis y los mexicanos hasta que llegaban los autobuses de las granjas y elegían a los trabajadores que se iban a llevar ese día.

—Tienes casa —dije—. Los servicios sociales reparten comida. Y los de urbanismo te habrán dado algo, ¿no? En cierto modo, nos vino bien que demolieran la lavandería. Te lo digo en serio, mamá. En caso contrario, papá no se habría jubilado nunca. Y tú también deberías jubilarte.

—Pero —empezó— ¿tú crees que tu padre quería jubilarse? Míralo a los ojos: está perdiendo el marrón de las pupilas. Ya no habla. Cuando me voy a trabajar, se come las sobras. No cocina.

Mi madre confesaba y a mí sus confesiones me quemaban por dentro.

—Los de urbanismo nos dieron dinero, pero nos costó diecisiete años afianzar nuestra clientela. ¿Cómo podríamos volver a empezar a construir sobre dinero líquido? Somos viejos, ya no tenemos diecisiete años. Ah... —Hizo un gesto como de apartar algo—, los fantasmas blancos no saben calcular la edad de los chinos.

Cerré los ojos y respiré hondo. Mi madre sabía que no me había dormido.

—Vivimos en un país fantasma, un país terrible en el que la gente gasta la vida en trabajar —siguió—. Hasta los fantasmas trabajan, no hay tiempo para tonterías. No he dejado de trabajar desde el día

en que el barco que me trajo atracó en el puerto. Cada vez que tenía un bebé, debía levantarme de inmediato para seguir trabajando. En China nunca tuve que tender mi propia colada. Me tendría que haber quedado allí... pero vuestro padre no os habría podido criar solo. En este matrimonio, soy yo la de músculos fuertes.

—Mamá —dije—, si no te hubieras ido de China, yo no existiría, no habría hecho falta que me criaras. Tengo sueño, mamá. ¿Me dejas dormir?

No creo en la edad. No creo en el cansancio.

—En China no tenía que usar los músculos —concluyó—, yo era pequeña, en China.

Y era cierto. Los vestidos de seda que me fue dando con los años eran minúsculos. Parecía imposible que hubieran entrado en ese cuerpo. Mi madre era capaz de subir cincuenta kilos de arroz por las escaleras. Podía trabajar en la lavandería desde las seis y media de la mañana hasta medianoche. Cuando éramos bebés, nos trasladaba de la tabla de planchar a los estantes. O al escaparate, donde los fantasmas daban golpecitos al cristal.

—Cuando erais bebés, os ponía en sitios limpios, lejos de los gérmenes que emanaban de la ropa de los fantasmas. Ah, me ahogaba con sus calcetines y sus pañuelos. Sigo tosiendo por aquellos diecisiete años de respirar polvo. Pañuelos de tuberculosos. Calcetines de leprosos.

Y yo que pensaba que ponía a mi hermana en el escaparate porque quería presumir de hija...

Por un momento abandonamos aquella medianoche temblorosa y nos trasladamos de nuevo a la lavandería. Mi madre estaba sentada en una caja naranja y organizaba la ropa sucia en montones: uno de

sábanas, otro de camisas blancas, otro de camisas oscuras, otro de pantalones de trabajo, otro de ropa interior larga, otro de ropa interior corta, otro de calcetines reunidos en pares, otro de pañuelos, cada uno con su etiqueta prendida con alfileres. A su alrededor seguían prendidas las velas que había encendido durante el día. Eran como diamantes limpios y amarillos, candilejas que proyectaban anillos de luz sobre mi misteriosa madre enmascarada (un pañuelo de vaquero le cubría la boca y la nariz). Antes de deshacer los montones, encendía una vela más. Era un lujo que se daba. Bajo las velas ponía unos moldes de horno para tartas que estaban llenos de cera vieja y pabilos, de los que a veces saltaba una gota azul. De pequeña, yo pensaba que eran los gérmenes calcinándose.

—¿«Ese no ticket» igual «ese no lava», mama san? —dijo una vez un fantasma ridículo.

«Fantasma cotilla de boca roja», escribió mi madre en su bolsa de ropa, bautizándolo y marcando su ropa con su nuevo nombre.

Volví de golpe a la habitación. Dije:

—Seguro que las velas ayudaron. Fue una buena idea, lo de las velas.

—No creas —respondió mi madre—. En cuanto pienso en el polvo de la ropa o en la turba que vuela sobre el campo o en el pienso para los pollos cayendo de una pala, me pongo a toser. —Tosió—. ¿Ves lo que te digo? He trabajado demasiado. La gente en China no trabaja de esta manera. Allí el tiempo pasa más despacio; aquí siempre tenemos prisa, prisa por dar de comer a los niños antes de

que seamos demasiado mayores como para trabajar. Me siento como una gata que caza para sus cachorros, una gata que tiene prisa porque, en el lapso de unas horas, olvidará cómo contar e incluso que tiene cachorros. En este país no puedo dormir, las cosas no paran por la noche. Las fábricas, las plantas de enlatado, los restaurantes. Siempre hay alguien trabajando, siempre. Aquí nada termina. En China el tiempo es diferente: un año equivale a todos los que he pasado aquí. Las tardes eran tan largas que daba tiempo a visitar a las amigas, beber té, echar una partida en cada casa... y al terminar apenas se estaba poniendo el sol. A veces era hasta aburrido. Aquí dan las doce y todavía hay que barrer, planchar, ganarse la vida. Si viviera en China, aún sería joven.

—El tiempo pasa igual en todas partes —dije, insensible—. Lo único que existe es un presente perpetuo. Y la biología. Sientes así el peso del tiempo porque tuviste seis hijos, el último con cuarenta y cinco años, y te entregaste en cuerpo y alma a criarnos. Ya no tienes nada de lo que preocuparte, mamá, tendrías que sentirte feliz de tener tantos hijos alrededor. No hay muchas madres que puedan decirlo. ¿No te parece que es una forma de alargar la juventud? ¿No lo hiciste por eso? No te preocupes más. Hemos crecido. Puedes dejar de trabajar.

—No puedo —respondió—. Cuando paro de trabajar, me duele todo. Me duele la cabeza, la espalda, las piernas. Me mareo. No puedo parar.

—A mí me pasa lo mismo, mamá —dije—. Trabajo todo el tiempo. No te preocupes, no paso hambre ni la voy a pasar. Soy trabajadora. Sé cómo matar lo que me voy a comer, sé despellejar y desplumar.

Sé calentarme a base de barrer y fregar. Sé lo que tengo que hacer si las cosas se tuercen.

Mi madre me miró.

—Me alegro mucho de haberos enseñado a valeros por vosotros mismos. Ya está claro: no volveremos a China.

—Mamá —la interrumpí—, llevas diciendo eso desde el cuarenta y nueve.

—Esta vez es definitivo —sentenció—. Ayer nos llegó una carta del pueblo. Nos preguntaban si nos parecía bien que se quedaran con nuestras tierras. Han asesinado a tus tíos, así que solo queda tu padre para decir que sí. Ya ves cómo están las cosas. Y lo ha hecho, les ha dado permiso. Así que eso es lo que hay. Ya no hay China a la que volver.

Entonces ya estaba. Mis padres se habían pasado cuarenta años pinchándose, acrecentando la indignación del otro, contándose historias de peleas por las tierras, de tíos, cuñados, abuelos. Cada semana, el correo traía noticias que reafirmaban sus puntos de vista. Hasta aquel día en que ejecutaron a nuestros tíos sobre un lecho de cristales rotos para quedarse con sus tierras. Así de fácil, así terminó todo, con mi padre escribiendo una carta, dándoles permiso. Habían pasado veinticinco años desde la Revolución.

—Ahora somos ciudadanos del mundo, mamá —dije—. ¿No te parece lógico? Si no estamos atadas a un pedazo de tierra, somos de todo el planeta. Da igual dónde estemos, un lugar nos pertenece tanto como cualquier otro. ¿Podremos gastarnos, entonces, los ahorros de ese viaje que ya no haremos en muebles y coches? ¿Olerán bien ahora las flores estadounidenses?

—De todas formas —repuso—, ya no quiero volver. Me he acostumbrado a comer. Y los comunistas son malos. Tendrías que haber visto a los que conocí en el campo. Llevaban bolsitas bajo la ropa para robar uvas y tomates a los agricultores. Los domingos venían con camiones. Y se están matando en San Francisco.

Se refería a un hombre mayor que había pillado a un visitante, otro anciano, robándole una gallina. Se dio cuenta porque las patitas asomaban tras el jersey del otro. Nos pasó algo parecido: una mañana nos dimos cuenta de que nos faltaba el níspero del jardín. En su lugar, había un agujero en la tierra. Días después encontramos un árbol muy parecido al nuestro en el jardín de un vecino chino. Otra familia de la calle había puesto un cartel en su huertecito: «Como esto no es un huerto comunista sino uno cultivado por iniciativa privada, por favor, no nos roben». Lo habían escrito a mano, con buena letra. Estaba firmado y fechado.

—Los que llegan ahora no son comunistas, madre —dije—, sino fugitivos que huyen de los comunistas.

—Da igual —replicó ella—, son chinos, y los chinos no son de fiar. Soy muy mayor para seguirles el ritmo. Son demasiado pillos para mí, he perdido el ingenio. Me he acostumbrado a comer, ¿sabes? Ya solo quiero una cosa: que te quedes aquí, conmigo, que dejes de vagar por el mundo como un fantasma romaní. Quiero que vengáis todos a vivir conmigo. Cuando estéis aquí los seis, con vuestras mujeres, maridos e hijos, seremos más de veinte en casa. Entonces seré feliz. Y tu padre también. Siempre que entre en una habitación, me encontraré a mis nietos, a mis yernos, a mi familia. No podré darme la vuelta sin tocar a alguien. Así es como debería ser una casa.

Me miró con ojos grandes e inconsolables. Noté cómo la migraña se me empezaba a extender por la cabeza como una tarántula, cómo extendía sus patas por mi cráneo helado, cómo me cascaba la cabeza y los puños y los llenaba de la responsabilidad del tiempo y de los océanos.

Los dioses castigaban a mis padres por haber abandonado a los suyos. Mi abuela les mandó cartas suplicándoles que volvieran y ellos la ignoraron. Ahora ya saben lo que se siente.

—Cuando me voy de aquí —tuve que decirle—, no me pongo mala. No paso las vacaciones en el hospital. No me da neumonía, las manchas negras desaparecen de mis radiografías. No me duele el pecho al respirar. Respiro. Y no me dan migrañas a las tres de la madrugada. No ando yendo al médico y tomando medicamentos. No tengo que echar el pestillo y comprobar que he cerrado bien las puertas. No me dedico a mirar por la ventana, a buscar algo que se mueva, a encontrarlo en la oscuridad.

—¿Cómo? —preguntó ella—. ¿No echas el pestillo?

—Sí, sí —maticé—, pero no es lo mismo. No oigo fantasmas. No me paso la noche en vela en busca del sonido de pasos en la cocina. No oigo los goznes de las puertas y las ventanas.

—Seguramente —explicó mi madre—, no eran más que fantasmas borrachos o vagabundos que buscaban un lugar donde dormir.

—Es que no quiero oír a los fantasmas borrachos y vagabundos —me quejé—. En este país hay lugares sin fantasmas, los he encontrado. Y creo que esos son mis lugares, lugares donde no me pongo mala y apenas hago uso de mi seguro médico. Aquí estoy siempre enferma, casi ni puedo trabajar. No es algo que haya elegido, mamá.

Bostezó.

—Entonces es mejor que te quedes lejos. Debe ser que el clima de California no te conviene. Puedes venir cuando quieras. —Se levantó y apagó la luz—. Claro que tienes que marcharte, cachorrita.

Sentí como si me quitaran un peso de encima. Las mantas debían de estar inflándose de aire: el mundo se volvió más ligero. Hacía años que mi madre no usaba esa forma cariñosa de referirse a mí. Es un nombre para engañar a los dioses. En realidad soy un dragón, como ella. Ambas nacimos en el año del dragón. Soy casi la primogénita de una primogénita.

—Buenas noches, cachorrita.

—Buenas noches, mamá.

Así me desea buen viaje, siempre trabajando, aunque ahora anciana, una anciana que sueña con bebés que menguan y con un cielo cubierto de avionetas y con un Chinatown más grande que cualquiera de los que hay en este país.

En el palacio del Oeste

Orquídea Valiente tendría unos sesenta y ocho años cuando se pidió un día libre en el trabajo para ir al aeropuerto internacional de San Francisco a recoger a su hermana, Orquídea Lunar, que llegaba a Estados Unidos. Hacía treinta años que no se veían. En cierto modo, llevaba esperándola desde que se había despertado en casa, media hora antes de que el avión despegara de Hong Kong. Orquídea Valiente sumó su fuerza de voluntad a las fuerzas que mantenían el aparato en el aire. Se concentró tanto que le dolía la cabeza. El objetivo era que el avión fuera lo más ligero posible; Orquídea Valiente llegó a la extenuación, pero en ningún momento se permitió descansar sobre un ala, no dejó de empujar el vientre de la máquina. Para cuando aterrizó el vuelo, llevaba nueve horas en el aeropuerto y tenía la cabeza despejada.

A su lado tenía a la única hija de Orquídea Lunar, que la acompañaba en la espera. Orquídea Valiente también se había llevado a dos de sus hijos porque sabían conducir, pero no estaban sentados con ellas: habían cedido al magnetismo de las cafeterías, los quioscos y las tiendas de regalos. Sus hijos estadounidenses no eran capaces de pasar mucho tiempo quietos en el mismo lugar. No entendían la idea de sentarse, tenían pies de trotamundos. Ella atesoraba la esperanza de que volvieran de las televisiones de pago o de los baños de pago o de dondequiera que estuvieran gastándose el dinero antes de que el avión aterrizara. Si no volvían pronto, iría a buscarlos. Y si su hijo creía que se iba a esconder en el baño de hombres, lo llevaba claro.

—¿Estás bien, tía? —le preguntó su sobrina.

—No —dijo—, en esta silla me duele la espalda. Ayúdame a juntar varias para que pueda poner los pies en alto.

Desenrolló una manta y la puso de tal manera que hiciera las veces de cama. En el suelo había dos bolsas de la compra llenas de melocotones en almíbar y frescos, alubias envueltas en hojas de ñame, galletas, termos... comida más que de sobra, aunque la única que comía con ella era su sobrina. Su hijo y su hija, niños malos, estarían tirando el dinero en hamburguesas. Luego los regañaría.

En la terminal había muchos soldados y marineros. Estaban extrañamente tranquilos. Parecían niños vestidos de *cowboy* (mi madre creía que *cowboy* significaba '*boy scout*'). Iban de camino a Vietnam, lo esperable era que hubieran estado llorando, aterrorizados.

—Si veo alguno que parezca chino —pensó en voz alta—, me acercaré y le daré un consejo.

Se incorporó de golpe: se había olvidado de su hijo, que seguía en Vietnam. Se concentró todo lo que pudo en dividir su atención: la mitad para el avión, la mitad para el océano, para mantener a su hijo a flote. Navegaba por aguas vietnamitas, estaba segura. De eso y de que sus otros hijos le mentían. Le decían que estaba en Japón, luego que en Filipinas... pero cuando ella le mandó ayuda pudo sentir que estaba en un barco en Da Nang. También había visto a sus hijos esconder las cartas que llegaban a casa.

—¿Crees que mi hijo estará en Vietnam? —preguntó a su sobrina, que comía a su lado.

—No —respondió—. ¿No han dicho mis primos que está en Filipinas?

Mi madre la miró.

—¿Has visto que alguna de sus cartas lleve sello de Filipinas?

—Sí —dijo—, tus hijos me enseñaron una.

—Los veo capaces de mandárselas a algún filipino que conozcan para que les ponga sellos de Manila y engañarme —replicó Orquídea Valiente.

—Sí, me los imagino haciendo eso —coincidió—, pero no te preocupes. Tu hijo es capaz de valerse por sí mismo. Todos tus hijos lo son.

Mi madre negó con la cabeza.

—Él no. No es como los demás. No es normal. Se mete gomas de borrar en las orejas, de esas que van en la punta de un lápiz. El capitán dirá cosas como «Abandonen el barco» o «Nos bombardean», y él no oirá nada. No es capaz de obedecer. Le dije que escapara, que se fuera a Canadá, pero no me hizo caso.

Cerró los ojos. Pasó un rato hasta que volvió a tener el avión y el barco bajo control y pudo mirar a los chicos de uniforme de nuevo. Los rubios parecían pollitos; el corte militar les dejaba el pelo mullido y amarillo como el de un pollito. Daban pena, por más que fueran fantasmas del ejército y la armada.

De repente, su hijo y su hija llegaron corriendo.

—Vamos, mamá, el avión ha aterrizado antes de tiempo. Ya está aquí.

Recogieron el campamento a toda prisa. Se alegró de que sus hijos no fueran del todo inútiles. Al parecer, sí que sabían para qué habían ido a San Francisco. «Me alegro de haberos hecho venir con tiempo», dijo.

Orquídea Valiente se abrió paso hasta la primera fila de la multitud. Tenía que estar delante. Había unas paredes y puertas de

vidrio que separaban a los pasajeros de la gente que había ido a esperarlos. Los fantasmas de inmigración sellaban papeles. Los viajeros iban poniendo las maletas sobre unas cintas transportadoras para que las registraran. Orquídea Valiente no veía a su hermana. Se pasó así cuatro horas. Sus hijos se fueron, luego volvieron.

—¿Por qué no te sientas? —le preguntaron.

—Las sillas están muy lejos —respondió.

—Bueno, ¿y en el suelo? —insistieron.

Pero ella se quedó de pie, como de pie estaría su hermana en alguna cola que no alcanzaba a ver. Sus hijos estadounidenses no tenían ni memoria ni sentimientos.

Para pasar el tiempo, se puso a hablar con su sobrina de los viajeros chinos. Los que iban por primera vez lo tenían fácil: después de cuarenta días en el mar, estaban todos delgados y apenas llevaban equipaje.

—Esa se parece a ella —decía Orquídea Valiente de vez en cuando.

—No, no es —respondía su sobrina.

Ellis Island estaba hecha de hierro y madera. Allí, en cambio, todo era de plástico, todo era nuevo. Era un truco de los fantasmas para que los inmigrantes se sintieran a salvo y revelasen sus secretos. Para que la Oficina de Extranjería los mandara de vuelta a casa. Si no, ¿por qué no la dejaban pasar a ayudar a su hermana a responder a las preguntas y deletrear su nombre? Cuando Orquídea Valiente llegó a Ellis Island y le preguntaron en qué año se había cortado la coleta su esposo, un chino que estaba de cuclillas le hizo un gesto para que no respondiera. «No lo sé», contestó ella. Si no hubiera sido por aquel hombre, tal vez no estaría donde estaba, tal

vez su marido tampoco. Tenía la esperanza de que hubiera otra persona china, un conserje, un dependiente, que le echara una mano a Orquídea Lunar. Las cintas transportadoras engañaban a los inmigrantes, les hacían creer que sería fácil escalar la Gold Mountain.

Orquídea Valiente sintió que el corazón le daba un vuelco.

—¡Ahí está! —gritó.

«No es mi madre», pensó su sobrina, sorprendida. Aquella chica era más joven que su madre, aproximadamente de la edad que tenía cuando se separaron.

—Habrá cambiado, claro —dijo Orquídea Valiente—, habrá aprendido a vestir como los occidentales.

La mujer llevaba un traje azul marino con unas cerezas estampadas en el hombro.

—Tía —dijo su sobrina—, esa no es mi madre.

—A lo mejor no... —dudó—, han pasado muchos años. Sí, sí, es tu madre. Tiene que serlo. Espérate a que se acerque. ¿Crees que no la distingo desde tan lejos? ¿Me falla la vista?

—Han pasado muchos años —respondió su sobrina.

Orquídea Valiente se volvió de pronto. Era otra Orquídea Lunar, en esa ocasión una mujer pequeña con un moño. Se reía de algo que había dicho la persona que tenía delante en la cola. Orquídea Lunar era así, se reía sin motivo.

—Si se acercaran un poquito —dijo llorando Orquídea Valiente—, sabría con seguridad si es alguna de ellas.

No se secó las lágrimas. Dos niños se acercaron a la mujer de las cerezas, que los tomó de la mano. La otra se acercó a un joven; se miraron con cariño y se fueron caminando.

De cerca, ninguna de esas mujeres se parecía su hermana.

—Tranquila, tía —dijo su sobrina—, yo la reconoceré.

—Yo también —añadió ella—, la conocí antes que tú.

Su sobrina había visto a su madre hacía cinco años, pero no dijo nada. A su tía le gustaba tener la última palabra.

Por fin, los hijos de Orquídea Valiente dejaron de dar vueltas y se apoyaron, cansados, en una barandilla. En qué andarían pensando... De pronto, la sobrina exclamó:

—¡La veo! ¡La veo! ¡Madre! ¡Madre!

Se abrieron las puertas y se puso a chillar, tal vez avergonzando a sus primos estadounidenses. Le daba igual. Llamó a su madre hasta que las puertas volvieron a cerrarse y su voz no pudo traspasarlas.

—¡Mamá, mamá!

Mamá, qué palabra tan extraña en la voz de un adulto... Mucha gente se volvió a ver quién gritaba, como una niña, en busca de su madre. Orquídea Valiente se fijó en una mujer mayor que levantaba la cabeza y parpadeaba confusa, una mujer cuyo sistema nervioso parecía reaccionar ante aquella palabra: mamá. La señora bajó la cabeza y se concentró de nuevo en sus asuntos. Era pequeña, muy delgada, de manos temblorosas y con el pelo gris recogido en un moño. Vestía un traje de lana gris y llevaba un collar y unos pendientes de perlas. Quizá fuera ella: desde luego, Orquídea Lunar habría viajado haciendo ostentación de sus joyas. En un instante, el halo de familiaridad se disipó y dejó tras de sí una mujer muy vieja y muy gris. Tan vieja... Orquídea Valiente acercó la cara al cristal. ¿Esa anciana? Sí, esa anciana que miraba al fantasma que le estaba sellando los papeles sin interrogarla era su hermana. No se fijó en su familia; caminó, sonriendo, hasta el fantasma inspector de maletas, que abrió las cajas que le pasaba la mujer y se puso a sacar de ellas

paquetitos envueltos en papel de seda. Desde el otro lado de la puerta, Orquídea Valiente no alcanzaba a ver qué había seleccionado su hermana para el viaje. Deseó que la mirara. Orquídea Valiente pensó que, si fuera ella la recién llegada, se acercaría a los cristales. Pero Orquídea Lunar estaba concentrada en abrir los paquetes, en sorprenderse con el contenido de cada uno como si fueran regalos en una fiesta de cumpleaños.

—¡Mamá! —seguía gritando la hija de Orquídea Lunar.

—¿Por qué no llamáis a vuestra tía? —preguntó Orquídea Valiente a sus hijos—. A lo mejor, si la llamamos todos juntos, nos oye.

Pero sus hijos se alejaron de allí. Pusieron la cara de vergüenza que solían tener. Quizá solo fueran sus modales estadounidenses.

—¡Mamá! —volvió a gritar la sobrina, y esa vez su madre la miró.

Dejó caer los paquetitos en una pila y echó a correr hacia ella.

—¡Eh! —gritó el Fantasma de Aduanas.

Orquídea Lunar se dio la vuelta para recoger lo que había dejado tirado y volvió a ponerse en marcha mientras le decía cosas a su hija, cosas que nadie oía. La muchacha señaló a Orquídea Valiente y, por fin, Orquídea Lunar miró a su hermana. Aquellas ancianas se miraban como si la otra fuera un espejo. Extendieron las manos en el aire, como para tocarse, y, al no encontrar a la otra, las dirigieron hacia su propia cara y se exploraron las hendiduras que tenían en la frente y a los lados de la boca. Orquídea Lunar, que nunca entendió bien la gravedad de las cosas, se echó a reír, señalando a su hermana. Al fin, recogió sus cajas —aunque quedaron algunas cuerdas colgando y unos papeles perdidos— y se reunió con su hermana en la puerta, donde se tomaron de la mano sin darse cuenta de que bloqueaban el paso.

—Eres una señora mayor —dijo Orquídea Valiente.

—¡Aiaa! Tú eres una señora mayor —respondió su hermana.

—Pero tú eres muy mayor, no puedes decir que yo soy mayor. Yo no soy mayor en el mismo sentido que tú —se quejó Orquídea Valiente.

—De hecho —dijo su hermana—, tú eres más mayor. Eres un año mayor que yo.

Orquídea Valiente la miró a la cara.

—Tienes el pelo blanco y la cara llena de arrugas.

—Y tú estás muy delgada.

—Y tú muy gorda —siguieron con el intercambio.

—Las mujeres gordas son más bonitas que las delgadas.

La hija de Orquídea Lunar las apartó de la puerta. Uno de los hijos de Orquídea Valiente fue al aparcamiento a por el coche y la otra metió el equipaje en el maletero. Sentaron a las dos mujeres y a la sobrina en la parte de atrás. Las hermanas se pasaron todo el camino —por Bay Bridge, las Colinas del Diablo, el río San Joaquín, el valle, con su luna blanca al atardecer— exclamando, cada vez que se miraban:

—¡Aiaa! ¡Qué vieja!

Orquídea Valiente se olvidó de que siempre se mareaba en los coches, que todo vehículo que no fuera un palanquín la mareaba.

—Eres muy vieja —repetía—. ¿Cómo has envejecido tanto?

Tenía lágrimas en los ojos. Pero su hermana respondía:

—Tú pareces mayor. Eres mayor —y se reía una y otra vez.

—Llevas una máscara de vieja para pincharme —decía.

A su hermana le sorprendió darse cuenta de que, treinta años después, las tonterías de Orquídea Lunar le siguieran molestando.

El marido de Orquídea Valiente las esperaba bajo el mandarino. Orquídea Lunar reconoció a su cuñado por las fotos, no al joven que abandonó su país en barco. Su hermana se había casado con el ideal de belleza masculina, el estudiante delgadito de pómulos marcados y dedos largos. Ahora tenía ante sí a un hombre mayor que abría una puerta que había construido con sus propias manos. Su pelo brillaba, plateado, a la luz del crepúsculo.

—*Hello* —dijo, como diría un inglés de Hong Kong.

—*Hello* —respondió ella, como si fuera una operadora telefónica inglesa.

Él fue a ayudar a sus hijos a descargar. Sujetaba las maletas con sus dedos huesudos, bloqueando sus huesudas muñecas.

Juntos, lo metieron todo en el comedor. El montón de provisiones parecía inagotable. Orquídea Valiente quería celebrar una ceremonia para atraer la buena suerte y luego poner cada cosa en su sitio, pero su hermana dijo:

—Traigo regalos para todos. Voy por ellos.

Se puso a abrir cajas. Las maletas se abrían y se cerraban como enormes bocas. Si Orquídea Valiente quería atraer la suerte, más le valía darse prisa.

—Antes que nada —dijo Orquídea Lunar—, he traído zapatos para todos de parte de Orquídea Amable.

Se los fue pasando a su hija y sus sobrinos, que se dedicaron muecas unos a otros. Orquídea Amable, su tía más joven, tenía una tienda de zapatos en Hong Kong. O una fábrica, algo así. Cada Navidad les mandaba doce pares que brillaban con sus puntas de plástico rosa o amarillo, lentejuelas y flores turquesas.

—Nos manda las sobras —se dijeron, en inglés, los hijos de Orquídea Valiente.

Ella, que corría de un lado para otro encendiendo las luces —tanto las de techo como las de pie o de sobremesa— los miró de reojo. Ya se arrepentirían cuando tuvieran que caminar descalzos por rocas y nieve por no haber aceptado los zapatos que les daban, aunque no fueran de su talla. En invierno, ella colocaba las chanclas junto a la bañera, sobre el suelo de linóleo, y engañaba a sus hijos para que se las pusieran.

—¿Alguien me pasa unas tijeras? Ay, ¿y mis tijeras? —comentó Orquídea Lunar.

Cortó el tacón de una zapatilla con un bordado negro y sacó el algodón de relleno, en cuyo interior había guardado unas joyas.

—Me vais a tener que dejar que os perfore las orejas —les dijo a sus sobrinos mientras les acariciaba los lóbulos—. Así podréis poneros esto.

Eran pendientes de oro con forma de kris. También había un corazón de jade y un ópalo. Orquídea Valiente detuvo su paseo por el salón, cogió las piedras y las usó para frotarse la piel.

Orquídea Lunar rio suavemente, contenta.

—Y mirad, mirad —dijo, sosteniendo un santo guerrero de papel que era todo luz y detalles.

Algún comunista había convertido un pedazo de papel negro en un héroe. Sus mangas parecían alas de mariposa y tenía borlas y banderas que aleteaban al soplar en su interior.

—¿Esto lo ha hecho una persona a mano? —preguntaron los niños —, ¿en serio?

Las cejas y el bigote, las arrugas de ira entre los ojos, la cara... Era como una telaraña negra muy fina. La mano abierta había sido recortada dedo a dedo. Entre ellos había luz y espacio vacío, y más dedos.

—¡Y hay más, hay más! —exclamó alegre Orquídea Lunar.

Agarró otro trozo de papel y sopló sobre él. Era un estudiante con su sempiterno abanico; al hacerlo, sus plumas azules se agitaron. Llevaba un pincel, una pluma y pergaminos amarrados entre sí que sobresalían de un jarrón.

—Y hay aún más —dijo, y mostró un poeta guerrero naranja con una espada y un pergamino; un caballero morado con una armadura de papel cuyos agujeros eran escamas; un magnífico arquero en un caballo rojo con una melena de fuego; un obrero comunista moderno con un orgulloso martillo dorado; una soldado comunista con coletas rosas y un fusil también rosa—. Y esta es Fa Mulán —dijo—, una guerrera. Es una historia real.

Fa Mulán era verde y hermosa y su toga ondeaba mientras desenvainaba la espada.

—Muñecos de papel... —comentó Orquídea Valiente—. Pensaba que ya no teníais edad para andar jugando con muñecos.

Qué codicia, jugar con los regalos delante de quien te los da. Qué falta de educación («poca tradición», en chino), la de sus hijos. Cogió un cuchillo de carnicero y, de un golpe, partió un gran caramelo en trozos.

—Tomad, tomad —les dijo—, comed.

Puso los cristales amarillos en una bandeja de papel rojo y se los fue ofreciendo uno a uno. Era muy importante que los comienzos

fueran dulces. Pero, a sus hijos, comer parecía resultarles un engorro.

—Ay, vale... —dijeron mientras cogían los fragmentos más pequeños.

¿Cómo no les iba a gustar el caramelo? No era normal, era inhumano, antinatural.

—Coged un trozo grande —los reprendió.

Si era necesario, les haría tragárselos como si fueran medicina. Eran idiotas, claramente aún no eran adultos. Iban a dejar un regusto amargo en el primer día de su tía en Estados Unidos. Hacía falta endulzar sus bárbaras bocas. Se fue a la puerta de la entrada, la abrió y musitó algo; luego hizo lo mismo con la trasera. Cuando sus hijos eran más pequeños y Orquídea Valiente hacía eso, le preguntaban qué murmuraba.

—Nada, nada —respondía siempre.

—¿Son espíritus, mamá? —preguntaban—, ¿hablas con los espíritus? ¿Les estás pidiendo que entren o que salgan?

—No tiene importancia —decía.

Siempre respondía eso a las preguntas importantes. En algún momento, dejaron de preguntar.

Cuando volvió de hablar con los seres invisibles, vio que su hermana estaba colgando las figuras de papel por toda la habitación. Las había prendido de las lámparas, las sillas, los manteles. De los pomos de las puertas colgó abanicos cerrados y dragones con cuerpos de acordeón. Luego se puso a desenrollar un rollo de seda blanca.

—A los hombres se les da bien bordar gallos —dijo señalando unos pájaros.

Era increíble que una persona pudiera llegar a envejecer sin haber aprendido a recoger las cosas que había usado.

—Vamos a guardarlo todo —dijo Orquídea Valiente.

—Ay, hermana —añadió Orquídea Lunar—, mira lo que tengo para ti.

Desplegó un vestido de seda verde claro forrado de lana.

—En invierno te parecerás al verano y darás calor.

Lo desabotonó para mostrarle el forro, grueso y a cuadros como una manta.

—¿A dónde voy a ir yo con un vestido tan elegante? —dijo Orquídea Valiente—. Mejor dáselo a los niños.

—A ellos les he traído pendientes y pulseras —replicó su hermana.

—Son muy jóvenes para llevar joyas, las van a perder —dijo ella.

—Son bastante mayores, ya no son niños —insistió la hermana.

—Las niñas rompieron seis brazaletes de jade jugando al béisbol —arrancó Orquídea Valiente—. Y no soportan el dolor. Gritan cuando les aprieto las muñecas para que les entren. Y lo rompen el mismo día. Es mejor meter las joyas en el banco y comprar marcos de madera negra para los pergaminos de seda.

Se puso a recoger unos palitos que se abrían como flores por la punta.

—¿Para qué has cargado con todas estas baratijas a través del océano?

Se llevó todo lo que pareció útil al cuarto de atrás. Orquídea Valiente se quedó donde estaba, esperando a que decidieran dónde la iban a acomodar. Se puso a recoger pedacitos de hilo, pero se distraía con cualquier cosa que se moviera o brillara.

—Ay, mira —dijo—, mira, mira, tenéis carpas.

Se puso a encender y apagar la luz de la pecera, que reposaba sobre un escritorio que el marido de Orquídea Valiente se había llevado de una casa de apuestas que había cerrado durante la Segunda Guerra Mundial. Encima había fotos de los abuelos y se puso a mirarlas. Luego se dio la vuelta; en la pared de enfrente había fotos de Orquídea Valiente y su marido, igual de grandes que las de los abuelos. Habían tenido que poner sus propias fotos porque no confiaban en que sus hijos fueran a hacerlo cuando llegara el momento.

—Anda —dijo—, también tenéis fotos vuestras. ¿Y eso?

—Porque sí —respondió su hermana—. No tiene importancia. En Estados Unidos puedes poner fotos de quien quieras.

El escritorio era de esos con tapa enrollable y estantes. En uno había boles de mandarinas y naranjas de mentira, flores de papel, jarrones de plástico y otros de porcelana llenos de arena y varas de incienso. El conjunto hacía las veces de altar para los abuelos. Sobre un camino de mesa blanco tejido a crochet descansaba un reloj; en el tapete había dibujados fénix rojos y palabras rojas sobre lo hermosa que era la vida. Orquídea Lunar levantó los pliegues para mirar en los cajoncitos. Había suficientes bolígrafos en bandejas y cajones como para que los niños pudieran tener uno o dos para cada uno. La pecera ocupaba la mitad del escritorio, pero aún quedaba sitio para escribir. La tapa enrollable para cerrarlo no estaba, los niños lo habían ido rompiendo listón a listón al bajarlo para esconderse dentro. En el espacio para las piernas había cajas con los juguetes de los hijos de los hijos de Orquídea Valiente. Su marido había cerrado con candado un compartimento y uno de los cajones.

—¿Por qué los has cerrado? —preguntó Orquídea Valiente.

—Nada, por nada —respondió él.

—Si quieres fisgar —dijo su mujer—, ¿por qué no rebuscas en los cajones de la cocina y ya de paso me ayudas a cocinar?

Se pusieron a ello. Prepararon tanta comida que llenaron las mesas del comedor y la cocina de platos.

—¡A comer! —ordenó Orquídea Valiente—, ¡a comer!

Tenían prohibido hablar durante la comida. En algunas familias, los niños se inventan una lengua de signos; en esta hablaban en inglés, que parecía ser inaudible para sus padres.

Después de comer y fregar los platos, Orquídea Valiente dijo:

—Bueno... ahora tenemos que ponernos manos a la obra.

—¿Qué quieres decir? —preguntó su hermana, cogiendo a su hija de la mano.

—Ah, no —dijo su marido—, yo no quiero oír esto —y se fue a la cama a leer.

Las tres mujeres se sentaron en la inmensa cocina, que tenía dos neveras y una tabla para cortar carne. Orquídea Valiente guardaba una cocina de gas dentro y otra fuera, en el porche trasero. La de fuera se pasaba el día encendida, transformando las cáscaras y cartílagos en pienso para pollos, lo que horrorizaba a los niños. En ese momento era de noche, las dos cocinas estaban apagadas y empezaba a refrescar.

—Espera a mañana, tía —dijo la hija de Orquídea Lunar—, déjala que duerma un poco.

—La verdad es que necesito descansar después del viaje desde China —asintió su madre—, y lo has conseguido: me has traído hasta aquí.

Lo que quería decir era que tendrían que conformarse con lo que habían conseguido. Se tumbó; parecía feliz de estar allí.

—Me gustaría no irme tarde a dormir, tengo *jet lag* —dijo, pero Orquídea Valiente, que no había cogido un avión en su vida, no dejó que se fuera.

—¿Qué hacemos con tu marido? —preguntó.

Esperaba que aquella cuestión espabilara a su hermana.

—No lo sé. ¿Tenemos que hacer algo? —dijo ella.

—No sabe que estás aquí —sentenció Orquídea Valiente.

Orquídea Lunar no dijo nada. Llevaba treinta años recibiendo el dinero que su marido le mandaba desde Estados Unidos, pero nunca le había dicho que quería reunirse con él. Pasó décadas esperando a que él se lo propusiera, pero nunca lo hizo. Tampoco le contó que su hermana había movido cielo y tierra para meterla en el país. Lo primero que hizo fue encontrarle un marido chino-estadounidense a su hija; esta, en cuanto se casó, firmó el papeleo para que su madre pudiera ir también.

—Tenemos que decirle que estás aquí —añadió Orquídea Valiente.

Los ojos de su hermana se abrieron como los de un niño.

—Es que no tendría que estar aquí —respondió.

—Déjate de tonterías —negó su hermana—, yo quiero que estés aquí y tu hija también.

—Y ya —dijo Orquídea Lunar.

—Tu marido no se puede negar a verte —replicó su hermana—. Haremos que te reconozca. Será gracioso ver qué cara pone, ¿no? Irás a su casa y, cuando su segunda mujer salga a abrirte, le dirás «Quiero hablar con mi marido» y pronunciarás su nombre de pila. «Dile que le espero en el salón». Pasa a su lado como si fuera la

sirvienta. Ya le regañará a él cuando vuelva del trabajo, se lo tendrá merecido. Y tú grítale también.

—Tengo miedo —dijo Orquídea Lunar—, quiero volver a Hong Kong.

—Pues no puedes —sentenció su hermana—, demasiado tarde. Has vendido tu apartamento. Mira, mira. Tenemos su dirección. Vive en Los Ángeles con su otra mujer, tienen tres hijos. Reclama tus derechos. Son tus hijos. Tiene dos hijos y una hija. Esos son tus dos hijos. Quítaselos. Conviértete en su madre.

—¿De verdad crees que puedo ser su madre? —preguntó—. ¿No crees que se mantendrán leales a ella, a la madre que los parió?

—No —dijo Orquídea Valiente—, se irán con su verdadera madre, contigo. Así deben ser las cosas entre una madre y sus hijos.

—¿Y no crees que él se enfadará por aparecer sin previo aviso? —insistió su hermana.

—Eres tú la que debería enfadarse con él —dijo ella—, por abandonaros a tu hija y a ti.

—A mí no me abandonó —negó Orquídea Lunar—, me ha mandado muchísimo dinero. He tenido toda la comida, la ropa y los sirvientes que he necesitado. Y a nuestra hija también la ha ayudado, a pesar de que es una niña. Le pagó la universidad. No puedo molestarlo. No quiero molestarlo.

—¿Cómo vas a dejar que se salga con la suya? Tienes que molestarlo, se merece que lo molestes. ¿Cómo se atreve a casarse con otra cuando te tiene a ti? ¿Cómo puedes estar tan tranquila? Si por él fuera, te habrías quedado en China para siempre. Tuve que ser yo la que os hiciera venir a tu hija y a ti. —Se volvió hacia su sobrina—: Insiste, dile que vaya a buscarlo.

—Creo que tendrías que hacerlo —dijo—, me gustaría conocerle. Me gustaría saber cómo es mi padre.

—¿Qué más da cómo sea? —preguntó Orquídea Lunar—. Eres mayor, estás casada, tienes hijos. No necesitas un padre; de hecho, ni siquiera una madre. Solo te mueve la curiosidad.

—En este país —intervino Orquídea Valiente—, mucha gente designa a sus hijas como herederas. Si no vas a verle, les dejará todo lo que tiene a los hijos de su segunda mujer.

—Pero si ya nos da todo lo que necesitamos... —protestó Orquídea Lunar—, ¿qué más quiero? Cuando lo tenga delante, ¿qué le voy a decir?

—A mí se me ocurren cientos de cosas —respondió su hermana—. No sabes lo que me gustaría estar en tu lugar. Le diría tantas cosas... No sabes la escena que montaría. Eres una pusilánime.

—Sí —dijo Orquídea Lunar—, lo soy.

—Tienes que preguntarle por qué nunca volvió a casa. Por qué se convirtió en un bárbaro. Debes hacerle sentir mal por abandonar a sus padres. Asústalo. Preséntate con las cajas y las maletas. Métete directamente en su dormitorio. Tira las cosas de la otra y pon las tuyas en los cajones. «Soy tu primera esposa», deberías decirle: «Ella es nuestra sirvienta».

—No puedo hacer eso. De ninguna manera. Es horrible, eso que dices.

—Claro que puedes —insistió su hermana—. «Soy tu primera esposa, ella es nuestra sirvienta». Y luego instruyes a los niños para que te llamen «madre».

—Son jóvenes —protestó Orquídea Lunar—, no soy buena con los niños. Niños estadounidenses, además. El único niño al que he

conocido es nuestro hermano. ¿No se supone que son brutos y despiadados?

—Sí —convino su hermana—, pero son tuyos. Otra cosa que haría yo en tu lugar es buscar un trabajo, para ayudarle, para demostrarle que le puedes hacer la vida más fácil, que no necesitas su dinero.

—Tiene mucho dinero, ¿verdad? —quiso saber Orquídea Lunar.

—Sí —respondió su hermana—, los bárbaros valoran mucho el trabajo que hace.

—¿Y yo podría conseguir un trabajo así? —preguntó Orquídea Lunar—. Nunca he tenido uno.

—Podrías trabajar en un hotel —le aconsejó su hermana—. Así empiezan muchos migrantes hoy en día. Además, te dejan llevarte el jabón y la ropa que se deja la gente.

—Entonces... —dudó Orquídea Lunar—, ¿yo limpiaría lo que la gente ensucia?

Orquídea Valiente sopesó a su delicada hermana. Era una señora. Tenía dedos largos y delgados y manos suaves. Y acento de clase alta de Hong Kong. No le quedaba ni rastro del acento de su pueblo; llevaba fuera mucho tiempo. Pero eso no la iba a disuadir de su tarea de curtir a su hermanita.

—También hay inmigrantes que trabajan en las plantas de conservas, donde hay tanto ruido que da igual si los trabajadores hablan chino o en cualquier otro idioma. De todas formas, lo más fácil es trabajar en Chinatown. Se cobran veinticinco centavos la hora y, si trabajas en un restaurante, comes gratis.

Si hubiera estado en el lugar de su hermana, Orquídea Valiente habría llamado de inmediato para pedir uno de esos trabajos. Habría convencido al dueño de algún negocio para empezar a trabajar al día

siguiente, justo en cuanto levantaran la persiana. En aquellos tiempos, los inmigrantes ya se habían convertido en bandidos, daban palizas a los comerciantes y les robaban en lugar de trabajar. Seguramente habrían aprendido de los comunistas.

Orquídea Lunar se masajeó la frente. La cálida luz de la cocina brilló sobre los anillos de oro y jade que aportaban plenitud a sus manos. Uno era el de la boda. Ella, aunque llevaba casi cincuenta años casada, no llevaba anillos. Costaba trabajar con anillos. No quería que el oro perdiera su lustre con el agua de los lavavajillas, las lavadoras, el campo. Miró a su hermana. Hasta sus arrugas eran delicadas.

—Olvídate del trabajo —dijo con un gesto de indulgencia—. No hace falta que trabajes. Ve a casa de tu marido y reclama tus derechos. Cuando lo veas, pregúntale si se acuerda de ti.

—¿Y si me dice que no? —preguntó la hermana.

—Pues le empiezas a dar detalles de vuestra vida en China —respondió Orquídea Valiente—. Como si fueras adivina. Verás la sorpresa que se lleva.

—¿Crees que se alegrará de verme? —dijo la hermana.

—Más le vale —sentenció ella.

Ya casi era medianoche. Habían pasado veintidós horas desde que Orquídea Lunar saliera de Hong Kong y empezaba a aceptar la idea de enfrentarse a su marido.

—No voy a gustarle —dijo.

—A lo mejor tendrías que teñirte el pelo de negro —respondió su hermana— para que no te vea tan mayor. Si quieres, te dejo mi peluca. Por otra parte, estaría bien que viera que has sufrido. Sí,

mejor que vea lo que te ha hecho, que entienda que él es el motivo de que se te haya puesto el pelo blanco.

Durante aquellas horas de conversación, la hija de Orquídea Lunar no le había soltado la mano a su madre. Habían pasado cinco años separadas. Para que pudiera ir a Estados Unidos, Orquídea Valiente le había mandado una foto de la joven a un hombre rico y furioso que tenía la ciudadanía: un tirano. La madre y la hija sentían, respectivamente, pena por la otra.

—Dejemos el tema —dijo Orquídea Lunar—, mañana haremos planes. Quiero que me hables de mis nietos. Cuéntame. Son tres, ¿no? —le preguntó a su hija.

Orquídea Valiente pensó que su hermana y su sobrina eran el mismo tipo de persona, gente amable e inútil. Había dedicado demasiado tiempo a tratar de curtirlas.

—Mis primos son muy listos, madre —le llegó la voz de su sobrina —, los profesores dicen que son brillantes. Hablan inglés y chino, puedes comunicarte con ellos.

—Y mis hijos también pueden hablar contigo —interrumpió Orquídea Valiente—. Venid, hablad con vuestra tía —ordenó.

Sus hijos e hijas musitaron algo y desaparecieron en el baño, en el sótano, en el resto de los escondrijos que tenían por la casa. Una se encerró en la alacena, donde había retirado la comida de una balda para montarse un escritorio. Eran reservados, antisociales. Llevaban haciéndose niditos desde que eran bebés. Buscaban huecos en los armarios o debajo de las escaleras; armaban tiendas de campaña bajo las mesas o detrás de las puertas.

—Mis hijos también son brillantes —dijo Orquídea Valiente—, deja que te los presente antes de irte a dormir.

Condujo a su hermana hasta el salón, donde tenía una vitrina que había improvisado a partir de una enorme pecera invertida. Dentro había trofeos deportivos o de estudios. Había también uno de belleza. Los había decorado con mantelitos que tenían inscritos símbolos de la buena suerte.

—¡Madre mía, qué maravilla! —exclamó su hermana—. Debes de sentirte muy orgullosa de ellos, tienen que ser listísimos.

Los que estaban en el salón emitieron una especie de gruñido y se marcharon. Orquídea Valiente no entendía por qué se avergonzaban de sus logros. No era fácil creer que fueran capaces de todo aquello. A lo mejor les habían robado los trofeos a los ganadores. Quizá habían comprado las copas y las medallas y se habían inventado que las habían ganado. Tendría que acusarlos y estudiar su reacción. Tal vez pudieran engañar a los fantasmas profesores y a los fantasmas entrenadores, que no sabían distinguir a un chino listo de uno idiota. La verdad era que sus hijos no le parecían sobresalientes.

Mandó a algunos a dormir al suelo y ella misma cedió su habitación a su hermana y su sobrina.

—¿Mi madre vivirá contigo o conmigo? —preguntó esta última.

—Con su marido —sentenció Orquídea Valiente. No se olvidaría de ese tema por la mañana.

Al día siguiente, en cuanto terminaron de desayunar, se puso a hablar del viaje a Los Ángeles. Dijo que no tomarían la carretera de la costa, siguiendo la línea de las cordilleras que acababa en el mar. Ese era el camino que les gustaba a sus hijos, porque parecía una montaña rusa. Tomarían la carretera del interior, llana y directa.

—Lo primero que le vas a preguntar a tu marido —dijo— es por qué no volvió a China cuando se hizo rico.

Orquídea Lunar aceptó. Andaba husmeando por la casa, pegándose latas al oído, buscando a sus sobrinos.

—Imagino que tendrá coche —continuó Orquídea Valiente—. Te podrá llevar a algún lado. Si te dice que te largues, camina hasta la puerta, vuélvete y pregúntale si puedes ir a ver la tele de vez en cuando. Sí, eso será lo bastante patético. De todas formas, no te echará. No, no. Ve directa al dormitorio, abre el armario de su mujer. Elige la ropa que te guste. Así empezarás a tener ropa estadounidense.

—¿Cómo voy a hacer eso? —se sorprendió su hermana.

—¡Pues haciéndolo! —exclamó Orquídea Valiente—. Mira a nuestra cuñada, la mayor.

Su único hermano se había casado en el pueblo y luego se había vuelto a casar en Singapur, adonde había ido a hacer dinero. La Gran Esposa lo pasó mal durante la Revolución. «Los comunistas me van a matar —le escribió a su marido— y mientras tanto tú pasándotelo bien en Singapur». La Pequeña Esposa se sintió mal, tanto que le recordó a su marido que tenía la obligación de sacar a su mujer de China antes de que fuera tarde. Ella misma ahorró para el pasaje e hizo todo el papeleo, pero cuando la Gran Esposa llegó, la echó de la casa. Su marido solo tenía una opción: construir otra casa y que cada una de sus familias viviera en una. Solo se juntaban para las fotos familiares, una vez al año. En esas fotos también salían las primeras y segundas esposas de sus hijos; las primeras con ellos y las segundas con los niños.

—Haz como tu cuñada —insistió Orquídea Valiente—, hazle la vida imposible a la otra y se marchará. Y él tendrá que construirle una segunda casa.

—Me da igual que se quede —dijo su hermana—. Puede peinarme y encargarse de la casa, lavar los platos, servirnos la comida... y ocuparse de los niños.

Se rio. Orquídea Valiente volvió a pensar que su hermana nunca había sido muy lista y que, al parecer, no había ganado en inteligencia en los últimos treinta años.

—A tu marido le tienes que dejar claro desde el principio lo que esperas de él —dijo—. Para eso sirve una esposa, para regañar a su marido hasta convertirlo en un buen hombre. Dile que se olvide de una tercera esposa. Que irás cada vez que quieras y que yo, tu hermana mayor, también. Dile exactamente cuánto te tiene que pasar de pensión.

—Ahora que estoy aquí... —dudó Orquídea Lunar—, ¿le tengo que pedir más? ¿O menos?

—Más, por supuesto —dijo su hermana—. Aquí la comida es más cara. Dile que tu hija es también su hija mayor, que le tiene que dejar la casa en herencia. Y todo esto desde el principio; no seas sumisa.

A ratos, Orquídea Lunar parecía prestar poca atención, como si lo que su hermana decía no fuera más que un cuento. En un momento dado, preguntó:

—¿Tú lo has visto en estos años?

—No —respondió su hermana—, la última vez que lo vi fue en China. Contigo. Qué tipo feo y horrible debe ser para no haberte mandado a buscar. Seguro que tiene la esperanza de que su dinero te satisfaga. Cuánta maldad. Has tenido que vivir treinta años como si fueras viuda. Tienes suerte de que no le haya pedido a su otra mujer que te escribiera y te dijera que había muerto.

—No, él no haría algo así —dijo Orquídea Lunar.

—Claro que no —replicó su hermana—, le daría miedo echarse una maldición a sí mismo.

—Pero... —empezó Orquídea Lunar—, si es tan feo y malo, a lo mejor no debería perder el tiempo con él.

—Yo lo recuerdo —dijo su hija—, me escribió una carta muy bonita.

—Tú no lo puedes recordar —la contradijo su madre—, no eras más que una niña cuando se fue. Nunca escribe cartas, solo manda giros.

Orquídea Lunar tenía la esperanza de que su hermana hablara tanto que el verano pasara y que el otoño, cuando llegara, fuera demasiado frío como para emprender un viaje. Lo cierto era que a Orquídea Valiente no le gustaba viajar. Se mareaba tanto en coche que aún se estaba recuperando del viaje a San Francisco. Muchos niños volvían a casa en verano; en el aeropuerto, Orquídea Lunar había jugado a adivinar cuál de sus sobrinos era cuál. Había leído sobre ellos en las cartas de su hermana y trataba de emparejarlos con su descripción. Allí estaba aquella niña mayor, distraída y torpe. Su nombre sonaba como «tinta» en chino. «¡Tinta!», la llamó, y una chica manchada de tinta se volvió: «¿Sí?». Recordó que Orquídea Valiente le había escrito consternada por una niña que llevaba una marca de mala fortuna. Orquídea Lunar reconoció también a la niña que tenía el labio superior de Brigitte Bardot y le frotó las manos y los piececitos, que estaban fríos. Su hermana le había hablado también de un niño cabezón. Le había contado por carta que, de bebé, al gatear, tenía la cabeza tan grande que todo el rato cedía a su peso y acababa en el suelo. Orquídea Lunar vio a un chico así;

tenía el pelo rizado, lo que hacía que su cabeza destacara aún más, cejas gruesas y pose de guerrero de ópera. Pero no le parecía más lento que los demás. No eran habladores ni se mostraban amables. Su hermana también le había hablado de uno que se metía lápices en las orejas, así que fue levantándoles el pelo uno a uno para buscar trozos de lápiz. «Se cuelga boca abajo de los muebles como un murciélago —le había escrito su hermana—, no obedece». Orquídea Lunar no vio a ninguno que pareciera un murciélago, ni tampoco encontró trocitos de lápiz en las orejas, así que imaginó que aquel sería el que estaba en Vietnam. Y el de la cara y los ojos redondos sería el que era un «acantilado inaccesible». A la más joven, «el huracán», la reconoció de inmediato.

—¡Deja de seguirme! —le gritaba—, ¡pareces mi sombra!

—¿Qué haces? —le preguntaba su tía—, ¿qué lees?

—¡Nada! —gritaba ella—. Me estás agobiando. No me agobies.

Tardó varias semanas en determinar cuántos eran, porque algunos no vivían allí y solo iban de visita. Parecía que había algunos casados, incluso con hijos. Imaginó que los bebés que no hablaban nada de chino serían los nietos.

Ninguno de los hijos de su hermana era tan feliz como los dos que habían muerto en China. A lo mejor eso era lo que les pasaba, que no tenían hermanos mayores para guiarlos. «No sé si podrán salir adelante solos —decía Orquídea Valiente en sus cartas—, no creo que nadie quiera casarse con ellos». Aun así, algunos estaban casados y sus maridos o mujeres los encontraban soportables.

—Nunca aprenderán a trabajar —se quejó Orquídea Valiente.

—A lo mejor siguen jugando —dijo su hermana, aunque la actitud de sus sobrinos no indicaba eso.

—Saludad a vuestra tía —ordenaba Orquídea Valiente a aquellos niños, de entre los cuales algunos eran adultos—. Dadle los buenos días —repetía cada mañana.

—Buenos días, tía —canturreaban ellos, mirándola.

Las chicas también la miraban fijamente, eran como pájaros con cabeza de gato. Cuando se encontraba con sus ojos, Orquídea Lunar daba un saltito y hacía una mueca. Era un gesto de mala educación, parecía que la estuvieran acusando, escrutándola en busca de mentiras. Nunca bajaban la mirada; apenas parpadeaban.

—¿Por qué no les has enseñado a ser recatadas? —se atrevió a preguntar un día.

—¡Recatadas! —gritó su hermana—. Son muy recatadas. ¡Si casi no hablan!

Era cierto que eran impermeables a la conversación. Orquídea Lunar intentaba tirarles de la lengua. Eran niñas criadas entre salvajes, debían tener muchas cosas salvajes que decir. Hacían movimientos bruscos y su acento no era americano, sino como de campesino, como el de su madre, como si se hubieran criado en una remota aldea china. Nunca se ponían los vestidos que les había regalado. La más pequeña, el huracán, gruñía en sueños: «¡Déjame tranquila!». A veces, cuando estaban leyendo o viendo la tele, se les acercaba a gatas con un peine y trataba de quitarles los enredos del pelo. Ellas agitaban la cabeza, se volvían y la miraban fijamente con aquellos ojos que tenían. Orquídea Lunar se preguntaba qué pensaban, qué veían cuando la miraban así. Le gustaba acercarse desde atrás para que no la vieran. Tenían mirada de animal, aquellas niñas.

Un día se encorvó sobre uno de los niños, que estaba leyendo, y empezó a señalar palabras.

—¿Qué es eso? —preguntó, refiriéndose a una parte subrayada.

Con paciencia, el niño le explicó:

—Es una parte importante.

—Y... ¿por qué es importante? —quiso saber ella.

—Porque ahí está la idea principal —respondió el niño.

Ella quiso saber cuál era la idea principal.

—No sé explicártelo en chino —dijo su sobrino.

—¡Sois tan listos! —exclamó Orquídea Lunar—. Sois listísimos. ¿No es increíble que sepáis cosas que no se pueden decir en chino?

—Gracias —dijo el niño.

¡Aceptaban los cumplidos! No los había visto rechazar uno ni una sola vez.

—Eres muy guapo, eres muy guapa —decía de vez en cuando, y los niños le daban las gracias.

Qué vanidad. Le fascinaba su vanidad.

—Tocáis muy bien la radio —les picaba, y ellos se miraban extrañados.

Les dedicaba todo tipo de cumplidos y ellos nunca dijeron:

—No, no, eres muy buena, tía. Yo no sé tocar, soy idiota, soy feísimo.

Eran jóvenes hábiles, aptos para el trabajo de sirvientes. Pero no eran modestos.

—¿Qué hora es? —preguntaba para comprobar la clase de mentalidad que tenían aquellos niños criados lejos de la civilización.

Descubrió que sabían dar bien la hora. Y se sabían las palabras en chino para «termómetro» y «biblioteca».

Comían la carne medio cruda. Olían a leche de vaca. Al principio pensó que era porque, debido a su torpeza, se la echaban por encima, pero luego se dio cuenta de que no, de que olían a leche. Eran mayores y olían a leche; eran jóvenes y tenían el pelo blanco.

Cuando Orquídea Valiente les daba una voz para que se vistieran mejor, su tía defendía a aquellos animales dulces y salvajes.

—Les gusta parecer animales peludos, ¿verdad, chicos? —intervenía—. ¿A que os gusta parecer animales salvajes?

—¡No parezco un animal salvaje! —gritaban, como su madre.

—Entonces os gusta parecer indios, ¿a que sí? —insistía ella, y ellos negaban con la cabeza.

Orquídea Lunar les arreglaba el pelo, aquel pobre pelito blanco. Les estiraba las mangas y les pellizcaba los hombros y la barriga. Parecía querer averiguar qué había que hacer para provocar a aquellos salvajes.

—¡Deja de pincharnos! —rugían todos, excepto la niña de los pies y las manos frías.

«Mmm... —pensaba ella—, el niño dice que "deje de pincharle"».

Orquídea Valiente le encargaba tareas de limpieza, costura y cocina. Ella estaba encantada de trabajar, se venía arriba en aquel entorno salvaje. Pero su hermana la regañaba:

—¿No puedes trabajar más rápido?

Le molestaba el modo en que sostenía cada plato entre el pulgar y el índice, le echaba detergente por los dos lados y lo enjuagaba sin poner el tapón, malgastando agua.

Orquídea Lunar se limitaba a reírse y su hermana le decía:

—Anda, olvídate de los platos. Toma, hazle el dobladillo a este vestido.

Ella no tardaba en enredar el hilo y acababa riéndose otra vez.

Orquídea Valiente y su marido se levantaban todos los días a las seis de la mañana. Él se tomaba un café y se marchaba a abrir la lavandería. Ella preparaba el desayuno para aquellos, de entre los niños, que le harían a su padre el primer relevo. Los que iban a la escuela de verano, hacían los turnos de tarde o noche. Ponía el desayuno de su marido en una tartera que había comprado en Chinatown. Había varios táperes apilados; en cada uno iba un plato.

Algunas mañanas, ella misma llevaba la comida a la lavandería. Otras, la mandaba con los niños, pero trataba de evitarlo porque iban en bici y derramaban la sopa. Colgaban la tartera a un lado de la bici y la arrocera al otro. Eran tan vagos que nunca iban caminando. Con su hermana y su sobrina en casa, Orquídea Valiente podía permitirse ir más tarde a la lavandería.

—Caliéntalo todo antes de dárselo a tu padre —le gritaba a su hijo —, y, cuando termine de comer, prepárale un café. ¡Y lava los platos!

El hijo comía con su padre y luego se ponía a trabajar.

Un día llevó a su hermana y a su sobrina a la lavandería. Tenían que cruzar Chinatown y, en un momento dado, señaló la escuela china. Era verde, roja y dorada. Desde la calle se oía a los niños cantar: «Soy una persona del país del centro». Frente a una de las asociaciones benéficas (que colgaban el periódico del día en el escaparate), un hombre que sabía leer y escribir en inglés recitaba las noticias. La concurrencia miraba las imágenes y decía: «Aiaa...».

—Así que esto es Estados Unidos —dijo Orquídea Lunar—. Desde luego, es muy distinto a China. Pero me alegra ver que hablan como nosotros.

Su hermana se sorprendió otra vez de sus ocurrencias.

—No son americanos. Son chinos que viven aquí.

Para cuando llegaron a la lavandería, el agua hervía, chillando, y las máquinas ya estaban listas.

—No toques nada. No te apoyes en ninguna máquina —le advirtió —. Se te puede freír la piel.

Entre las prensas de planchado, Orquídea Lunar vio la máquina de las mangas, que tenía la forma de dos naves espaciales de plata. El marido de Orquídea Valiente colocaba sobre ella una camisa y la ajustaba con un golpe de karate en los hombros.

—No te vayas a chocar con ella... —dijo Orquídea Valiente, pensativa—. Es mejor que empieces con un trabajo fácil.

Pero ninguna tarea le parecía fácil a Orquídea Lunar, que llevaba medias, un vestido y una chaqueta de traje. Su hermana pensaba que darle a los botones de las planchas le resultaría demasiado difícil. ¿Y si se pillaba las manos o la cabeza en una? La miró: se había puesto a juguetear con los chorros que salían del techo. Se le ocurrió que tal vez fuera capaz de doblar toallas y pañuelos, pero no iban a estar listos hasta por la tarde.

Empezaba a hacer calor.

—¿Sabes planchar? —preguntó Orquídea Valiente.

A lo mejor podía hacer el acabado a mano a las prendas que salieran de las planchas automáticas. Eso solía hacerlo su marido con sus elegantes dedos. Eran perfectos para doblar camisas, para hacer que encajaran en las cajas que él mismo había elaborado a partir de pósteres de campañas electorales y combates de boxeo. Luego las ataba con una cinta azul.

—Me encantaría intentarlo —dijo Orquídea Lunar.

Su hermana le dio algunas camisas de su marido para que practicara. Le explicó que la ropa que pertenecía a una familia llevaba el ideograma «centro», un cuadrado atravesado por una línea vertical. Orquídea Lunar se pasó media hora con la primera camisa y no la dobló bien; los ojales no estaban alineados con los botones. Tenía la tabla de planchar junto a la mesilla de los tickets. Entró un cliente y ella, en vez de saludar, soltó una risita nerviosa y se marchó, dejando la plancha sobre una camisa que acabó poniéndose amarilla. Tuvieron que blanquearla con agua oxigenada. Después dijo que hacía mucho calor, que no podía respirar.

Orquídea Valiente estaba desesperada.

—Vete a dar una vuelta —le dijo a su hermana.

Hasta los niños trabajaban. Los dos niños y las dos niñas sabían coser. REMIENDOS Y BOTONES GRATIS, rezaba un letrero en el escaparate. Desde pequeños, eran capaces de encargarse de cualquiera de las máquinas, aunque tuvieran que subirse en cajas de fruta vacías para ello.

—Ay, no, no me atrevo a salir sola a la Gold Mountain —dijo Orquídea Lunar.

—Pues deshaz el camino hasta Chinatown —replicó su hermana.

—Vente conmigo, por favor —suplicó ella.

—Tengo trabajo —dijo Orquídea Valiente. Cogió una caja de fruta y la puso en la calle, boca abajo—. Siéntate aquí a tomar el fresco. Dame un ratito. —Enganchó el palo de la persiana al gozne—. Dale vueltas hasta que la sombra cubra la caja —le explicó a su hermana.

Aquello le llevó otra media hora. Tras cada giro, se tomaba un momentito de descanso y dejaba el palo colgado.

A las doce, cuando la temperatura en la lavandería llegó a los cuarenta y cuatro grados, Orquídea Valiente se asomó a la puerta y gritó:

—¡A comer!

Había calentado los restos del desayuno en un hornillo que tenían en la trastienda. Había también un cuartito para las noches en que terminaban tan cansados que no les quedaba energía para volver a casa. Se metían cinco o seis en la misma cama. Algunos dormían en las tablas de planchar; a los niños pequeños los ponían en los estantes. Esas noches, la lavandería se convertía en un nuevo hogar, uno acogedor, casi a salvo del sonido de los pasos nocturnos, del tráfico, de la ciudad. El hervidor descansaba; ningún fantasma podía saber que había chinos durmiendo en aquella lavandería. Cuando se ponían malos y no podían ir a la escuela, se quedaban en aquella habitación para que Orquídea Valiente se hiciera cargo de ellos. Los niños decían que la caldera, entre los saltos que daba, el vapor que emitía y las llamas que le salían de abajo, se parecía a sus sueños febriles.

Después de comer, Orquídea Valiente le preguntó a su marido si ese día podía encargarse él —con los niños, claro— de la lavandería. Quería llevar a Orquídea Lunar a que se divirtiera un rato. Le respondió que no había tanto trabajo.

Caminaron de vuelta a Chinatown.

—Vamos a por algo más de comer —dijo Orquídea Valiente.

Condujo a su hermana a un edificio gris con un escaparate enorme, ventiladores en el techo y un suelo de cemento fresquito. Había mesas redondas abarrotadas de mujeres que comían gelatina de algas negras y charlaban. Vertían sirope de maíz sobre aquella

masa oscura y temblorosa. Orquídea Valiente se sentó con su hermana a una de las mesas y la presentó con solemnidad:

—Es mi hermana, ha venido a la Gold Mountain a recuperar a su marido.

Muchas eran del mismo pueblo que ellas; otras, como si lo fueran, tras tanto tiempo viviendo solas en California.

—Magnífico —dijeron—, puedes chantajearle. Si no te acepta como esposa, puedes hacer que lo arresten.

—Disfrázate de mujer misteriosa y así descubrirás lo malo que es —propuso otra.

—Lo que tienes que hacer es darle una paliza —intervino una que estaba algo más alejada—. Eso es lo que necesita.

Bromeaban. Orquídea Lunar sonrió y trató de pensar en una broma. La puerta de la cocina se abrió y salió la dueña del lugar, vestida con un delantal de carnicero y arrastrando tubos de gelatina negra. Se encendió un cigarro y se puso a mirar cómo comían sus clientas. Hacía fresquito, todo era negro, amarillo claro y marrón y la gelatina también estaba fría. La puerta que daba a la calle estaba abierta y al otro lado solo se veía pasar a chinos. Las ventanas, por contra, tenían echadas las venecianas, como si allí la gente fuera a esconderse. Cuando les servían, las clientas se recostaban y se refrescaban con abanicos de seda, papel, sándalo y hojas de pandan. Eran como mujeres ricas de China, sin nada que hacer.

—Hora de la partida —dijo la dueña, y se puso a despejar las mesas.

Orquídea Lunar se dio cuenta de que todas aquellas mujeres estaban descansando entre una partida y la siguiente. De pronto proliferaron las manos llenas de anillos y los rectángulos de marfil en

medio de un clic-clac de piezas de mahjong grabadas con imágenes de cáñamo y pájaros.

—Es la hora de irse —anunció Orquídea Valiente, agarrando a su hermana—. Venir a Estados Unidos es una oportunidad para olvidar algunos de los malos hábitos chinos. No es raro que alguien se levante de una mesa de apuestas y descubra, en ese mismo momento, que ha perdido su vida.

Las comensales ya se habían despedido de las hermanas y estaban absorbidas por el juego.

Pasaron ante la verdura, el pescado y los puestos de carne. No había tantos como en Guangzhou, ni las carpas eran tan rojas ni las tortugas tan ancianas. Entraron en la tienda de semillas y tabacos. Orquídea Valiente le llenó a su hermana las manos de caramelos de zanahoria, melón y tiras de cecina. El local era largo; dos bancos lo recorrían; al fondo estaba el mostrador. En los bancos había varios hombres fumando. Las pipas de agua dejaban de burbujear cuando saludaban a las hermanas. Orquídea Lunar recordaba a muchos del pueblo. El dueño de la tienda, que tenía cara de camello, le dio la bienvenida. Cuando los hijos de Orquídea Valiente eran pequeños, pensaban que aquel era el anciano del norte, Papá Noel.

En el camino de vuelta a la lavandería, Orquídea Valiente le enseñó a su hermana dónde ir de compras y cómo evitar la parte mala del barrio.

—Los días que no te sientas segura, bordéala. Pero si te ves con fuerza, cruza sin problema.

En los días malos aparecían cuerpos en las aceras y los transeúntes se volvían visibles para los fantasmas pordioseros y atracadores.

Orquídea Valiente, su marido y sus hijos tenían más trabajo por las tardes, cuando apretaba el calor y las máquinas emitían golpes y silbidos. Llegaron a la tienda y Orquídea Lunar aprendió por fin a doblar las toallas; su hermana mayor la colocó junto a la mesa, donde daba el aire del ventilador, pero no pasó mucho tiempo hasta que tuvo que pedirle a uno de sus hijos que la acompañara a casa.

Desde entonces, Orquídea Lunar empezó a ir a la lavandería por las tardes, cuando sacaban las toallas de la secadora. Su cuñado tuvo que cortar un patrón de cartón para que pudiera doblar bien los pañuelos. También le dio uno para las toallas. Nunca volvió a trabajar tan rápido como el primer día.

El verano iba pasando entre conversaciones sobre ir a buscar al marido de Orquídea Lunar. A ella, el trabajo de doblar toallas la hacía sentirse realizada. Pasaba las tardes mirando a los niños, tratando de entenderlos. Narraba sus vidas.

—Otra vez estudiando. Leen muchísimo. ¿Es porque tienen que aprender mucho, porque quieren dejar de ser salvajes? —O bien—: Está dando golpecitos con el lápiz en el escritorio. Abre el libro por la página ciento sesenta y ocho. Empieza a mover los ojos sobre las letras. A un lado y al otro. De izquierda a derecha, de derecha a izquierda. —Se reía—. Qué maravilla, ojos que leen. Ahora escribe lo que piensa. Pero ¿qué piensa? —preguntaba, señalando.

Se dedicaba a seguir a sus sobrinos por todas partes. Aparecía, encorvada, sobre ellos. Un día siguió a una a la cocina.

—Está cogiendo una máquina del estante. Le engancha dos arañas de metal. La enchufa. Casca un huevo en el borde de la máquina y echa la clara y la yema en un bol. Le da a un botón y la araña lo bate. ¿Qué andas haciendo?

—Tía, por favor, saca el dedo de la masa —dijo la sobrina.

—Dice: «Tía, por favor, saca el dedo de la masa» —repetía, y se iba a seguir a otra—. Y esta, ¿qué hace? Vaya, está cosiendo un vestido. Se lo va a probar.

Una vez entró en uno de los dormitorios sin avisar, como siempre.

—Debe de estar mirando su ropa para decidir qué se pone.

Sacó un vestido.

—Este es bonito —recomendó—, mira qué colores.

—No, tía —dijo la sobrina—, ese es de fiesta. Ahora me estoy preparando para ir a la escuela.

—Oh —arrancó Orquídea Lunar—, se está preparando para ir a la escuela. Está eligiendo un vestido azul liso. Está cogiendo el peine, el cepillo y los zapatos y se va a encerrar en el baño. Aquí se visten en el baño. —Pegó la oreja a la puerta—: Se está lavando los dientes. Ahora sale del baño. Lleva el vestido azul y un jersey del mismo color. Se ha peinado y se ha lavado la cara. Mira en la nevera y mete cosas entre rebanadas de pan. Guarda una naranja y galletas en una bolsa. Hoy se lleva el libro azul. Y el verde. Y un bloc y bolis. ¿Te llevas el diccionario? —preguntó al fin.

—No —dijo la niña, poniendo los ojos en blanco, exasperada—. En la escuela ya tenemos —zanjó, y salió por la puerta.

—Tienen diccionarios en la escuela... —Orquídea Lunar se quedó pensando en voz alta—. Sabe decir «diccionario». —Se puso a mirar a su sobrina desde la ventana—. Está cerrando la puerta. Pasea como un *gentleman* inglés.

Una de sus sobrinas estaba casada con un hombre que no hablaba chino y le traducía lo que decía Orquídea Lunar.

—Dice que estoy cogiendo una máquina del estante. Que le engancho dos arañas de metal. Que las arañas giran y cruzan las patas y baten los huevos eléctricamente. Ahora dice que busco algo en la nevera y que, ¡ah!, lo encontré. Que saco la mantequilla, el «aceite de vaca». «Comen mucho aceite de vaca», dice.

—¡Va a conseguir que pierda la cabeza! —se decían los niños en inglés.

En la lavandería, se pegaba tanto a sus sobrinos que apenas quedaba espacio entre ella y las planchas.

—Ahora los índices de ambas manos aprietan los botones y plac, la prensa cae. Un dedo en uno de los botones la abre y shhh, sale el vapor. Y fshhh, sale el agua.

Describía tan bien el procedimiento que cualquiera habría dicho que era capaz de hacerlo ella misma.

En la lavandería era más fácil sacársela de encima que en casa. No soportaba el calor; después de un rato salía, como siempre, a sentarse en su caja, junto a la puerta. De pequeños, los niños también se sentaban ahí. Jugaban a las casitas, las tiendecitas y las bibliotecas; ponían las cajas de fruta a modo de mostradores. Los transeúntes y los clientes les daban dinero. Como ya eran mayores se quedaban en la lavandería o se iban a dar un paseo. Les daba vergüenza sentarse en la puerta y que los confundieran con mendigos.

—Baila para mí —decía algún fantasma antes de darles un centavo —, canta algo de China.

De pequeños, hacían lo que les pedían.

Orquídea Lunar se sentaba allí sola. Siempre que su hermana mayor se acordaba del viaje que tenían pendiente —es decir, todos

los días—, decía:

—¿Lista para ir a ver a tu marido y reclamar lo que es tuyo?

—Hoy no —respondía ella—, pero pronto.

Un día, hacia la mitad del verano, la hija de Orquídea Lunar dijo:

—Tengo que volver con mi familia. Les prometí a mi marido y a mis hijas que no estaría fuera más de un par de semanas. Debo volver.

Su familia vivía en Los Ángeles.

—¡Bien! —exclamó su tía—. Vámonos todos a Los Ángeles. Tú vuelves con tu marido y tu madre con el suyo. Así hacemos un solo viaje.

—Cuando vuestro padre vivía en China —continuó, dirigiéndose a los niños—, no comía repostería porque no quería que le entrara en la boca la roña de las uñas de las mujeres de la pastelería.

—Pero —interrumpió Orquídea Lunar— yo soy feliz aquí, contigo y con tus hijos. Quiero ver si esta niña mejora cosiendo. Quiero estar cuando tu hijo vuelva de Vietnam. Quiero ver si este saca buenas notas. Hay mucho que hacer.

—Salimos el viernes —respondió su hermana—. Iré contigo, para que llegues bien.

El viernes, Orquídea Valiente se arregló, cosa que solo hacía un par de veces al año. Su hermana también iba arreglada, como todos los días. Orquídea Valiente le dijo a su hijo que le tocaba conducir. Atrás iban las dos ancianas y la sobrina.

Salieron al amanecer. Condujeron entre vides que parecían enanos reclinados sobre los campos. Vieron emerger gnomos con uniformes dentados que flameaban al viento de la mañana. Marchaban en filas y columnas. La gente andaba medio dormida.

—Hace mucho tiempo —arrancó Orquídea Valiente—, cuando los emperadores tenían cuatro esposas, una por cada punto cardinal, y vivían en cuatro palacios, la Emperatriz del Oeste empezó a maquinar formas de alcanzar el poder. La del Este era buena y amable y estaba llena de luz. Hermana, tú eres la Emperatriz del Este; la del Oeste ha encerrado al Emperador de la Tierra en su palacio. Y tú, la bondadosa Emperatriz del Este, surges en el horizonte al amanecer para invadir sus tierras y liberar al Emperador. Debes romper el poderoso hechizo que lo ha alejado del Este.

Siguió dándole a su hermana consejos de última hora durante ochocientos kilómetros. Todas sus cosas estaban en el maletero.

—¿Entramos juntas —preguntó— o prefieres ir sola?

—Tienes que entrar conmigo —dijo Orquídea Lunar—, no voy a saber qué decir.

—Creo que sería más dramático que entraras sola —dijo su hermana—. La puerta se abre y ahí estás, viva y en su porche, con todas tus maletas. «¿Te acuerdas de mí?», le preguntas. Lo llamas por su nombre. Se desmayará del susto. Tal vez diga: «No, vete». Y entonces tú entras, resuelta. Lo apartas y entras. Y te sientas en la silla más importante y te quitas los zapatos porque ese es tu lugar.

—¿Tú crees que no seré bienvenida? —preguntó Orquídea Lunar, y su hermana pensó que le faltaba imaginación—. En este país, tener dos mujeres es ilegal —continuó—, lo he visto en el periódico.

—Pero —argumentó su hermana mayor— en Singapur seguramente también lo sea. Y tu hermano tiene dos y sus hijos otras dos cada uno. La ley da igual.

—Pero me da miedo... —dijo Orquídea Lunar—. Demos la vuelta. No quiero verlo. ¿Y si me echa? Me va a echar, sé que me va a

echar. Y tiene derecho a echarme, por andar molestando sin esperar a que me invite. No me dejes sola. Tú hablas mucho más alto que yo.

—Sí —aceptó su hermana—, entrar contigo sería emocionante. Puedo irrumpir en la casa y decir: «¿Dónde está tu mujer?». Y cuando me diga «Aquí», le respondo: «No, esa no es tu mujer. ¿Dónde está Orquídea Lunar? He venido a verla. Soy su hermana mayor y he venido a ver si la estás cuidando». Y me pongo a acusarlo de cosas terribles. Hago que lo arresten y apareces tú para ayudarlo. O a lo mejor vale con mirar a su mujer y decir «Orquídea Lunar, qué joven estás» y que él diga «No es Orquídea Lunar», y tú entras y dices «Ella no, pero yo sí». Y si no hay nadie en casa, nos colamos por una ventana. Los esperamos hasta que lleguen: tú como anfitriona y yo como invitada. Que te encuentren sirviéndome café y galletas. Y cuando entren, digo: «Mira, ha llegado tu marido. Dale las gracias por invitarme». Y tú respondes: «Vuelve cuando quieras». Es mejor hacerlo así: sin violencia, con rutina.

A ratos, Orquídea Lunar aceptaba el juego de su hermana.

—¿Y si llega y me encuentra doblando toallas? Pensará que soy listísima por doblar las toallas antes que su mujer.

Pero según se adentraban por el gran Valle Central —a medida que dejaban atrás verdes praderas y campos de algodón cubiertos de tallos secos y marrones, primero unos pocos y luego muchísimos — a Orquídea Lunar le iban entrando ganas de volver.

—No puedo hacer esto.

Le daba golpecitos en el hombro a su sobrino.

—Da la vuelta, por favor. Volvamos por donde hemos venido. Quiero irme a China. No debería estar aquí. Venga, volvamos.

¿Entiendes lo que te digo?

—No lo hagas —ordenó su hermana—, sigue recto. Ya no puede echarse atrás.

—¿Qué queréis hacer? —renegó el hijo, impaciente—: Aclaraos.

—Sigue —respondió su madre—. Ya hemos hecho buena parte del camino, sería un desperdicio. Además, tenemos que llevar a tu prima a su casa en Los Ángeles. Tenemos que ir de todas formas.

—¿Puedo pasar a saludar a mis nietos? —preguntó Orquídea Lunar, y su hija respondió que sí.

—En cuanto arregles las cosas con tu marido —intervino su hermana.

—¿Y si me pega? —dudó Orquídea Lunar.

—Pues le pego yo —dijo su hermana—. Te protegeré. Le pegaré. Lo reducimos entre las dos y lo obligamos a escuchar.

Orquídea Valiente soltó una risita, como con ganas de pelea, hasta que vio que su hermana estaba aterrorizada y añadió:

—No vamos a llegar a las manos. No empieces a imaginarte cosas. Caminaremos hasta la puerta. Si abre tu marido, le dices que has venido a vivir con él en el hermoso país. Si abre ella, dile: «Tú debes de ser la pequeña esposa. Yo soy la gran esposa». Puedes incluso ser generosa. «Quiero ver a nuestro marido, por favor». —Y continuó—: He traído la peluca. ¿Por qué no te vistes como una mujer bonita? He traído pintalabios y polvo facial. Así, en el momento más dramático, puedes quitarte la peluca y decir: «Soy Orquídea Valiente».

—Sería horrible. Voy a estar asustadísima. Ya estoy asustadísima —respondió la hermana.

—A mí me gustaría que me dejarais en casa antes —dijo su hija—. Le he prometido a mi familia que les iba a preparar la comida.

—Como quieras —dijo su tía, que cinco años antes ya había intentado que su sobrina se enfrentara a su padre.

Lo único que consiguió fue que le escribiera una carta diciéndole que estaba en Los Ángeles. Que podía o bien visitarla o ella visitarlo a él, si quería. Pero no quiso.

Cuando aparcaron frente a la casa de la hija de Orquídea Lunar, esta dijo:

—¿Puedo bajar a conocer a mis nietos?

—Ya te he dicho que no —repuso su hermana—. Si te dejo bajar te vas a quedar y vamos a tardar semanas en conseguir que vuelvas a reunir el valor necesario. Tus nietos serán la recompensa. Te encargas de lo de tu marido y luego te vas a jugar con tus nietos. Además, antes tienes otros hijos que conocer.

—Los nietos son mejores que los hijos —replicó Orquídea Lunar.

Dejaron el barrio de la sobrina y condujeron hasta la dirección que Orquídea Valiente tenía anotada. Resultó ser un rascacielos del centro.

—No aparques delante —le comentó a su hijo—. Busca un callejón. Tenemos que pillarlo por sorpresa. No podemos dejar que nos vea antes de tiempo. Debemos tomar nota de su primera reacción.

Su hermana estuvo de acuerdo.

—La verdad es que me gustaría ver la cara que pone.

El hijo de Orquídea Valiente recorrió las calles aledañas hasta encontrar un hueco que no fuera visible desde el edificio de oficinas.

—Debes recomponerte —dijo Orquídea Valiente—. Tienes que entrar con calma. El dramatismo de la situación es perfecto. En pleno día y en medio de la ciudad. Nos sentamos aquí un rato y miramos el edificio.

—¿Todo ese edificio es suyo? —preguntó su hermana.

—No lo sé. Puede ser —dijo Orquídea Valiente.

—Ay, no me puedo ni mover —se quejó su hermana—. Me tiemblan las rodillas. Debe de tener sirvientes y trabajadores, se me van a quedar mirando. No podré soportarlo.

Orquídea Valiente se sintió arrasada por el agotamiento. Tenía que hacer de madre de todo el mundo. El tráfico era muy intenso, Los Ángeles estaba ardiendo bajo el calor del mediodía y de pronto sintió que se mareaba. Ni un árbol, ni un pájaro. Solo la ciudad. Pensó que sería por el viaje en coche. No había comido y estar sentada tanto rato la había agotado, le vendría bien moverse un poco.

—Quédate aquí con tu tía mientras reviso el edificio —ordenó a su hijo—. Cuando vuelva, trazaremos un plan.

Rodeó la manzana y, efectivamente, notó que las fuerzas le iban volviendo a cada paso. A pesar de la polución de los tubos de escape, el aire la llenaba de salud al entrarle en los pulmones. En la planta baja del rascacielos, había varias tiendas. Miró la ropa y las joyas de los escaparates y compró algunas cosas para que Orquídea Lunar se las pusiera antes de recuperar el lugar que le correspondía.

Caminaba siguiendo su reflejo en los escaparates. Antes era joven y rápida; seguía siendo veloz. Y seguía sintiéndose joven. Son los espejos, no el dolor ni los achaques, lo que vuelven mayor a una persona. El reflejo de las canas y las arrugas. La gente joven también siente dolor.

Era un buen edificio. El vestíbulo era de vidrio y metales cromados. Había ceniceros de pie y sofás de plástico distribuidos en semicírculos. Esperó a que el ascensor se llenara antes de entrar. No quería meterse en una máquina tan nueva ella sola. Ya en el sexto piso, se puso a buscar en la agenda qué puerta era.

Todo relucía. Los baños estaban cerrados y había luces cuadradas en los techos. Pero no había ventanas. No le gustaban esos pasillos silenciosos que tenían alfombras, pero no ventanas. Parecían túneles. Su cuñado debía de tener muchísimo dinero. Bien. A los hombres ricos les corresponde una dosis de humillación. Encontró la puerta: era de cristal y tenía algo escrito en inglés. Al parecer, era su oficina. No había contado con la posibilidad de encontrarlo en el trabajo; era una suerte que hubiera decidido hacer ese viaje de reconocimiento. Si hubieran ido a su casa, no habrían dado con él, habrían tenido que enfrentarse a su mujer, que lo habría llamado, habría reventado la sorpresa y lo habría puesto de su parte. Orquídea Valiente sabía cómo maquinaban las pequeñas esposas: su padre había tenido dos.

Entró en la oficina, un lugar público en el que no hacía falta llamar. Se encontró en una sala llena de hombres y mujeres que la miraron desde sus revistas. De su actitud impaciente dedujo que era una sala de espera. Tras una mampara de cristal había una mujer joven vestida con un moderno uniforme de enfermera. No era de los blancos, sino uno de esos monos azul claro con rayas blancas. Estaba flanqueada por un teléfono elegante y una máquina de escribir eléctrica. El papel pintado del cubículo parecía de aluminio. Tenía colgado un cuadro con un marco negro, una pintura blanca con trazos rojos. La pared de la sala de espera era como de arpillera

y había plantas en jardineras de madera. Aquella sala de espera era cara, merecía la aprobación de Orquídea Valiente. Los pacientes parecían ir bien vestidos, no daban la impresión de ser pobres ni enfermos.

—Hola, ¿en qué la puedo ayudar? —dijo la recepcionista, abriendo la mampara.

Orquídea Valiente dudó un momento y la recepcionista dio por hecho que no hablaba inglés.

—Un momento —dijo, y se metió en un cuartito.

Apareció con otra mujer que llevaba un uniforme similar, solo que ese tenía las rayas rosas. Llevaba el pelo recogido en un moño del que salían rizos que claramente no eran auténticos. También llevaba gafas redondas y pestañas falsas para parecer más estadounidense.

—¿Tiene cita? —preguntó, en un chino bastante malo.

Hablaba peor que los hijos de Orquídea Valiente.

—Mi marido, el doctor, no suele aceptar pacientes sin cita previa —dijo—. Y estamos llenos hasta dentro de un mes, más o menos.

Orquídea Valiente miró aquellas uñas pintadas de rosa que gesticulaban en el aire y pensó que, de no haber sido porque su nivel de chino era bajo, no le habría revelado tanta información.

—Tengo la gripe —dijo.

—A lo mejor le podemos recomendar otro médico —respondió la mujer, es decir, su cuñada. El doctor es neurocirujano, no cura gripes.

De hecho, lo que dijo fue «El doctor cortacerebros». Era como un niño que se iba inventando las palabras a medida que hablaba. Llevaba los labios pintados de rosa y los párpados de azul. Como los fantasmas.

Orquídea Valiente, que también había sido cirujana, pensó que su cuñado debía de ser un hombre inteligente. Ella no podía trabajar como médica en Estados Unidos porque la formación era muy diferente y porque no había sido capaz de aprender inglés. Pero él había sido lo bastante listo como para aprender lo que saben los fantasmas. Así que iba a tener que ser muy inteligente, más que él. Tenía que recular y planificarlo bien.

—Bueno —dijo—, buscaré otro médico.

Y se fue.

Necesitaba un nuevo plan para reunir a su hermana y su cuñado. La enfermera era muy joven y la oficina estaba llena de lujos: madera, cuadros, teléfonos modernos. Orquídea Valiente tuvo claro que, si su cuñado no había mandado a buscar a su mujer, no había sido porque no pudiera reunir el dinero. La había abandonado por aquella chica moderna y sin corazón. Se preguntó si ella sabría que su marido estaba casado en China. A lo mejor tendría que preguntárselo.

Pero no, no debía estropear la sorpresa, no debía darle pistas. Tenía que salir de allí antes de que él apareciera en el pasillo, quizá para ir al baño. Según caminaba de vuelta al coche, fue registrando las esquinas, los pasadizos, los armarios de la limpieza, el resto de las oficinas... puntos desde los que organizar una emboscada. Su hermana podría agacharse tras una de las fuentes y esperar a que le entrara sed. Y entonces abordarlo.

—He conocido a su segunda mujer —dijo al llegar al coche.

—¿Cómo es? —preguntó Orquídea Lunar—. ¿Es guapa?

—Es muy guapa y muy joven. Apenas una chiquilla. Es enfermera. Él es médico, como yo. Qué hombre horrible, qué deslealtad. Vas a

tener que regañarle durante años. Pero antes debes sentarte recta. Toma los polvos, maquíllate, ponte tan guapa como puedas. Si no, no podrás competir con ella. Pero sí que tienes una ventaja. Fíjate en que trabaja para él. Es como una sirvienta, así que el puesto de esposa está disponible. Ella trabaja en la oficina, tú puedes trabajar en la casa. Es casi tan bueno como tener dos casas. Por otra parte, la verdadera compañera de un hombre es aquella que trabaja más duro. No puedes aprender a ser enfermera ahora, ¿a que no? No, claro que no. Es casi tan difícil como el trabajo en la lavandería. Qué tipo tan insignificante ha resultado ser: ha elegido una cara bonita en lugar de cumplir con sus obligaciones. —Abrió la puerta del coche —. ¿Estás lista?

—¿Para qué? —preguntó su hermana.

—Para subir, claro. Estamos en su oficina, tenemos que ir directamente. No hay árboles en los que te puedas esconder ni césped que amortigüe tus pasos. Entras. Les hablas a los pacientes y a las enfermeras. «Soy la esposa del doctor», dices. «Vengo a ver a mi marido». Caminas hasta la puerta de la consulta y entras. No llames a ninguna puerta. Si la pequeña esposa te habla, ignórala. No aprietes el paso ni lo ralentices. Cuando lo veas, di «¡Sorpresa!», y luego le preguntas quién es esa mujer que dice ser su esposa. Así le darás la oportunidad de negarlo en el acto.

—Tengo mucho miedo... —replicó su hermana—, no puedo moverme. No puedo montar una escena delante de tanta gente. No me van a salir las palabras.

Lo cierto es que, según hablaba, su voz se iba convirtiendo en un hilillo casi inaudible. Temblaba, pequeña, pegada a la puerta.

—Bueno —dijo Orquídea Valiente—, pensemos en otro plan.

Miraba a su hijo, que había apoyado la frente en el volante.

—Tú —dijo—, sube a la oficina de tu tío y dile que ha habido un accidente en la calle. Que una mujer se ha roto la pierna y está gritando de dolor. Tendrá que venir. Tráelo hasta el coche.

—Madre... —empezó el hijo.

—Mmm... —interrumpió ella—, quizá deberíamos dejar a tu tía tirada en mitad de la calle y que doble la pierna debajo del cuerpo.

Orquídea Lunar seguía temblando y negando con la cabeza.

—¿Y por qué no la empujas en el cruce y le echamos kétchup por encima? —propuso su hijo—. Puedo atropellarla un poco.

—No digas tonterías —le regañó su madre—, los americanos no os tomáis la vida en serio.

—Madre —dijo él, mirándola—, esto es absurdo. Todo esto es ridículo.

—Venga, haz lo que te he dicho —insistió ella.

—Creo que tus elucubraciones no van a servir para nada, madre —se quejó él.

—¿Y tú qué sabes de cómo se hacen las cosas en China? —dijo ella—. Ve y haz lo que te he dicho.

Orquídea Lunar intervino:

—No dejes que traiga a la enfermera.

—¿No quieres ver cómo es? —preguntó su hermana—. ¿No quieres saber por quién te ha cambiado?

—No, no —negó ella—, no es cosa mía. Ella es irrelevante.

—Háblale en inglés. —Orquídea Valiente se dirigió de nuevo a su hijo—. Así se sentirá obligado a acompañarte.

Empujó a su hijo para que saliera del coche.

—No quiero hacerlo —dijo.

—Si no lo haces, le arruinarás la vida a tu tía. Tú no entiendes cómo funcionan las cosas en China. Haz lo que te digo. Vamos.

El hijo salió dando un portazo. Orquídea Lunar gemía y se tocaba la tripa.

—Ponte recta —dijo su hermana—, está a punto de llegar.

Solo consiguió que gimiera más fuerte. Lloraba con los ojos cerrados.

—¿Quieres un marido o no? —le preguntó Orquídea Valiente—. Si no vas a por él ahora, nunca lo tendrás. Deja de llorar. ¿Quieres que te vea con la nariz y los ojos hinchados? Su supuesta mujer lleva pintalabios y las uñas arregladas, como una estrella de cine.

Orquídea Lunar consiguió ponerse recta, pero estaba rígida, como congelada.

—Lo que te pasa es que estás cansada del viaje. Vamos a enrojecerte un poco las mejillas —dijo Orquídea Valiente, y se puso a darle pellizcos.

La cogió del codo y le dio unas palmadas en la cara interna del brazo. Si hubiera tenido tiempo, habría seguido hasta que hubieran aparecido puntos negros y rojos, hasta sacarle el cansancio del cuerpo. Mientras la golpeaba, no perdía de vista el espejo retrovisor. De pronto, su hijo apareció corriendo con su tío tras él, que llevaba una bolsa negra en la mano.

—¡Vamos, vamos! —gritaba su hijo.

Abrió la puerta del coche.

—Aquí está —dijo—. Os veo más tarde.

Y se fue corriendo calle abajo.

Las dos ancianas miraron a aquel hombre investido de autoridad en su traje occidental. No tenía canas ni arrugas. Parecía

estadounidense, olía como un estadounidense. Las dos mujeres recordaron de pronto que, en China, era común que una familia casara a chicos jóvenes con chicas más mayores que ellos para que pudieran cuidarlos durante el resto de su vida. Era eso o en ese país fantasma los hombres sabían, de algún modo, cómo mantenerse jóvenes.

—¿Y el accidente? —preguntó el hombre—. ¿Qué es esto? No veo que nadie se haya roto la pierna.

Se quedaron en silencio. Orquídea Valiente se mordió la lengua: no quería interferir en ese encuentro tras una separación tan larga.

—¿Qué pasa? —exigió—, ¿qué pasa? —Las mujeres tenían una cara horrible—. ¿Qué problema hay, abuelitas?

—¿¡Abuelitas!? —gritó Orquídea Valiente—. Esta mujer es tu esposa. Yo soy tu cuñada.

Orquídea Lunar comenzó a gemir. Su marido la miró. La reconoció.

—¿Qué... —empezó—... qué haces aquí?

Orquídea Lunar se limitó a boquear sin decir nada.

—¿Por qué has venido? —siguió él, con los ojos muy abiertos.

Su mujer se tapó la cara con una mano y negó con la otra.

Orquídea Valiente no pudo más. Era evidente que aquel hombre no se alegraba de ver a su mujer.

—Yo la mandé a buscar —estalló—. Conseguí meterla en una lista de la Cruz Roja y le envié el billete de avión. Le escribí todos los días y la animé a venir. Le dije que aquí sería bienvenida, que su familia estaría encantada de verla, que su marido también. Hice lo que tú no has tenido tiempo para hacer en estos últimos treinta años.

El hombre miró a Orquídea Lunar a la manera de los salvajes, en busca de mentiras.

—¿Qué quieres? —preguntó.

Ella se encogía ante su mirada. Dejó de llorar.

—No tendrías que estar aquí —siguió él.

El asiento delantero hacía las veces de barrera entre el médico y aquellas dos mujeres a las que de pronto les habían echado un hechizo de envejecimiento.

—Has cometido un error. Este no es tu lugar. No eres lo bastante fuerte para este país. Tengo una nueva vida.

—¿Y yo? —susurró ella.

«Muy bien —pensó Orquídea Valiente—, bien dicho. Sin rodeos».

—Tengo una nueva vida —repitió el hombre.

—La otra no es más que tu segunda mujer —intervino su cuñada —. Esta es tu verdadera esposa.

—En este país —replicó él—, un hombre no puede tener más de una esposa.

—Entonces... —dijo Orquídea Valiente—, ¿vas a deshacerte de esa criatura que hay en tu oficina?

Su cuñado la miró. De nuevo, esos bastos ojos estadounidenses.

—Vete a vivir con tu hija. Te seguiré mandando dinero, como siempre. Podría acabar preso, si alguien se entera de esto. Ahora vivo la vida a la americana.

Hablaba como si hubiera nacido allí. Orquídea Valiente lo miró.

—¿Cómo puedes arruinarle así la vejez? —le espetó.

—Tiene comida —se defendió él—, tiene sirvientes. Su hija ha ido a la universidad. Se ha podido comprar todo lo que ha querido. He sido un buen marido.

—La has obligado a vivir como una viuda —respondió Orquídea Valiente.

—Eso no es verdad —negó él—. Es obvio que no la han lapidado en el pueblo. No va de luto. Su familia no la mandó a trabajar a ninguna parte. Mírala. Jamás encajaría en una familia americana. A la mía vienen invitados americanos, gente importante, a comer. —Se volvió hacia Orquídea Lunar—: No podrías hablar con ellos. Casi no puedes ni hablar conmigo.

Orquídea Lunar se moría de la vergüenza. Se tapó la cara y deseó ocultar también sus manos llenas de lunares. Su marido parecía otro fantasma más de los que caminaban por la calle. Y ella debía de parecerle a él un fantasma chino. Era cierto: habían ingresado al mundo fantasmal, se habían convertido en fantasmas.

—Entonces —preguntó Orquídea Valiente—, ¿la quieres mandar de vuelta a China?

—Yo no le desearía eso a nadie —dijo él—. Que se quede, pero no en mi casa. Que viva contigo o con su hija. Y no quiero volver a veros.

De repente, la enfermera llamó a la ventanilla del coche. Él les hizo un gesto a las dos mujeres, un gesto para que se callaran, un gesto tan rápido que apenas fue perceptible. Su esposa estadounidense no sabía que ya tenía una en China. Y no debía saberlo.

—¿Qué pasa? —preguntó la joven—. ¿Necesitas ayuda? Se nos están amontonando las citas.

—No, no —respondió él—, esta mujer se ha desmayado en la calle. Ahora subo.

Hablaban en inglés.

Las mujeres mayores no hablaron con la joven, que no tardó en irse.

—Yo también me voy —dijo el hombre.

—¿Por qué no le escribiste para decirle que ni ibas a volver ni la ibas a mandar a buscar? —preguntó Orquídea Valiente.

—No lo sé —respondió él—. Es como si fuera una persona distinta. Mi nueva vida es tan plena que me arrastró. Os convertisteis en personajes de un libro que había leído hacía mucho tiempo.

—Lo mínimo que puedes hacer —dijo Orquídea Valiente— es invitarnos a comer. ¿Nos vas a invitar? ¿No nos debes un almuerzo? ¿En un buen restaurante?

No lo dejaría escapar tan fácilmente.

Así que se fueron a comer. Cuando el hijo de Orquídea Valiente volvió a por el coche, tuvo que esperar a su madre y su tía.

Llevaron a Orquídea Lunar a casa de su hija. Se quedó a vivir en Los Ángeles, pero no volvió a ver a su marido.

—Bueno... —dijo aquel día su hermana, antes de despedirse—, estamos todos bajo el mismo cielo, caminamos sobre la misma tierra... vivimos a la vez, juntos, en el mismo momento.

Volvió con su hijo al norte. Hizo todo el viaje en el asiento de atrás.

Pasaron varios meses en los que no recibieron ninguna carta de Orquídea Lunar. Cuando vivía en China o en Hong Kong escribía una vez cada dos semanas. Al final, Orquídea Valiente la llamó para enterarse de qué le pasaba.

—No puedo hablar —le respondió su hermana—, nos están escuchando. Cuelga rápido, antes de que rastreen la llamada.

Dicho eso, Orquídea Lunar cortó la llamada. Aún no habían pasado los minutos que su hermana había pagado.

Aquella misma semana llegó una carta de su sobrina en la que le contaba que a Orquídea Lunar le había entrado el miedo en el cuerpo. Decía que había oído a fantasmas mexicanos maquinando sobre ella, sobre su vida. Recorría las paredes de la casa, espiaba por las ventanas. Le había pedido a su hija que le buscara un apartamento en la otra punta de Los Ángeles y vivía allí. Ella la visitaba todos los días, pero Orquídea Lunar siempre le decía que no lo hiciera:

—Te van a seguir los fantasmas mexicanos, van a descubrir adónde me he mudado. Nos vigilan.

Orquídea Valiente le dijo a su sobrina que mandara a su madre al norte, con ellos, que allí no había mexicanos.

—Ese miedo que tiene es una enfermedad —dijo—, y puedo curarla.

(«Hace mucho tiempo —les contó a sus hijos—, cuando los emperadores tenían cuatro esposas, la que salía derrotada en batalla era enviada al palacio del Norte. Sus pies hendían huellitas en la nieve»).

El día que fue a recoger a su hermana a la estación de Greyhound, Orquídea Valiente se sentó sola en un banco. Sus hijos no la habían acompañado porque el lugar solo estaba a cinco manzanas de su casa. Se quedó medio dormida bajo las luces fluorescentes, abrazando una bolsa de cartón de una tienda, hasta que llegó Orquídea Lunar. La vio en las escaleras, de pie, parpadeando, agarrada con fuerza a la barandilla de la gente mayor. Le entraron ganas de llorar ante la visión de aquellos pies ancianos que avanzaban, lentos, por el cemento frío de la estación. Su hermana tenía la piel colgando como una rana a la que hubieran

vaciado. Parecía haberse encogido dentro de su propia piel. La ropa le quedaba grande.

—Voy disfrazada —dijo.

Orquídea Valiente la abrazó para calentarla; después le dio la mano y la llevó a casa, como cuando eran pequeñas.

El apartamento estaba hasta abarrotado. Alguno de los niños estaba en el colegio, pero habían metido los árboles de jade en casa para que sobrevivieran al invierno. Los habían puesto junto a las paredes o encima de las mesas; sus troncos, gruesos como un tobillo, se mantenían erguidos y las hojas eran verdes, ya no tenían el rosa con el que el sol las pintaba en primavera.

—Tengo mucho miedo —dijo Orquídea Lunar.

—Nadie te persigue —la calmó su hermana—, ningún mexicano.

—He visto a varios en Greyhound —respondió.

—No —le explicó Orquídea Valiente—, esos eran filipinos.

Se puso a acariciarle los lóbulos de las orejas y a entonar el cántico para sacarle el miedo del cuerpo.

—No te persigue ningún mexicano.

—Lo sé —coincidió su hermana—, les di esquinazo al subirme al autobús.

—Sí —dijo Orquídea Valiente—, has escapado en el bus con la marca del perro.

Por la tarde Orquídea Lunar parecía estar más tranquila y su hermana trató de averiguar el motivo de su desasosiego.

—¿Qué te llevó a pensar que te seguían? —preguntó.

—Oí que hablaban de mí —respondió su hermana—, me acerqué a hurtadillas y los oí.

—Pero si tú no entiendes el mexicano —dijo Orquídea Valiente.

—Hablaban en inglés —replicó su hermana.

—Pero si tampoco entiendes el inglés —insistió Orquídea Valiente.

—Pero esa vez lo entendí —dijo su hermana—. Fue un milagro. Descifré lo que decían. Penetré en las palabras y entendí lo que pasaba en su interior.

Orquídea Valiente se pasó horas masajeándole los lóbulos a su hermana, canturreándole su nueva dirección, diciéndole cuánto la quería y cuánto la querían sus sobrinos y su cuñado.

—No dejaré que te pase nada malo —dijo—. No vas a viajar más. Estás en casa. Te quedarás en casa. No tengas miedo.

Se puso a llorar. Había hecho que su hermana cruzara el océano en avión y después la había arrastrado arriba y abajo por la costa del Pacífico y de ida y vuelta a Los Ángeles. Orquídea Lunar no estaba en su sitio, se había perdido a sí misma y su espíritu (su atención, la llamaba Orquídea Valiente) se había diseminado por todo el mundo. Le daba tironcitos del lóbulo y le sostenía la cabeza. Iba a devolverle lo que le había quitado. Por momentos, parecía que la atención volvía a la cara de su hermana. Le masajeó las manos delgadas, le sopló en los dedos, trató de alimentar las ascuas de su atención.

Empezó a quedarse en casa, en lugar de ir a la lavandería. Orquídea Valiente tiró a la basura los antipsicóticos y la vitamina B que el doctor de Los Ángeles le había recetado. Dejaba a su hermana sentada en la cocina, donde le diera el sol, mientras seleccionaba hierbas de los armarios, el sótano y el invernadero. Escogía las mejores y preparaba remedios y platos de su pueblo natal.

La primera noche se llevó sus cosas a la habitación de Orquídea Lunar para dormir con ella.

—No temas quedarte dormida —le dijo—, descansa. Estoy a tu lado. Haré que tu espíritu vuelva a su sitio. Lo llamaré por ti. Tú duerme.

Pasó la primera noche en vela.

Orquídea Lunar siguió describiendo en voz alta lo que hacían sus sobrinos, pero hablaba de forma monótona y no se detenía para preguntarles nada. No salía de casa, ni siquiera al jardín.

—¿Qué le pasa? ¿Está loca? —preguntaba su cuñado cuando Orquídea Lunar se iba a la cama.

Cuando la veía débil, la tomaba de la mano.

—No te vayas, hermanita. No te vayas lejos. Vuelve con nosotros.

Si se quedaba dormida en el sofá, Orquídea Valiente pasaba la noche sentada a su lado, dando cabezadas. Si se dormía ocupando toda la cama, buscaba un huequecito a los pies. Estaba resuelta a anclar a su hermana a aquella tierra.

Pero cada día la sentía más lejos. Un día, Orquídea Lunar dijo que los mexicanos la habían seguido hasta allí. Echó las cortinas y las persianas y cerró las puertas. Se puso a caminar de lado, pegada a las paredes, para mirar por la ventana. Orquídea Valiente le explicó a su marido que había que seguirle la corriente. Cerrar las ventanas era bueno, no dejaría que su espíritu se escapara.

Orquídea Lunar empezó a repetir el ritual de vez en cuando: recorría la casa y apagaba las luces, como en caso de ataque aéreo. La casa se volvió opresiva, sin aire ni luz. Era arriesgado: la oscuridad es un ancho camino que sirve para volver, pero también para irse. De vez en cuando, Orquídea Valiente encendía alguna luz

y decía el nombre de su hermana. Su marido instaló un aire acondicionado.

Los niños empezaron a encerrarse en sus cuartos, en el sótano y la alacena, donde podían encender la luz. Su tía llamaba a la puerta y preguntaba si todo iba bien.

—Sí, tía —respondían—, todo perfecto.

—Cuidado —advertía ella—, cuidado. Apagad las luces para que no os encuentren. Apagadlas antes de que vengan a por nosotros.

Los niños empezaron a ajustar mantas en los quicios de las puertas. Debajo, tapaban la rendija con ropa.

—Qué raros son los chinos —se decían.

Lo siguiente que hizo Orquídea Lunar fue retirar todas las fotos, salvo las de los abuelos. Desnudó estantes, cómodas y paredes. Juntó los álbumes familiares.

—Escóndelos —le dijo a su hermana—, escóndelos. No quiero que, cuando me encuentren, puedan rastrear al resto de la familia. Usan las fotos para eso.

Orquídea Valiente empezó a envolver las fotos y los álbumes en paños.

—Me las llevaré para que nadie pueda encontrarnos —decía.

Cuando su hermana no miraba, las guardaba en el sótano, en el fondo de una caja. Encima, amontonaba ropa y zapatos viejos.

—Si vienen a por mí —insistía su hermana—, los demás estaréis a salvo.

—Ya estamos a salvo —respondía Orquídea Valiente.

La siguiente rareza de Orquídea Lunar consistió en ponerse a llorar cada vez que alguien salía de casa. Los sujetaba, les tiraba de

la ropa, les suplicaba que no se fueran. Los niños y el cuñado tenían que salir a escondidas.

—No les dejes —le rogaba a su hermana—. No volverán.

—Volverán —la tranquilizaba Orquídea Valiente—, espera y verás. Te lo prometo. Tú quédate aquí y mira si vienen. Deja de buscar mexicanos. Este llegará a las 15:30, este otro a las 17:00. Acuérdate de quién se ha ido. Ya lo verás.

—No los volveremos a ver —insistía ella.

A las 15:30, Orquídea Valiente le recordaba a su hermana:

—¿Ves? Las 15:30. Y ahí viene.

(«Niños, después de clase, directos a casa. Ni se os ocurra parar. Ni a comprar algo dulce ni un cómic, nada. ¿Me entendéis?»).

Pero Orquídea Lunar no se acordaba de nada.

—¿Quién es este? —preguntaba—. ¿Te vas a quedar con nosotros? Esta noche no salgas. Ni mañana por la mañana.

Le susurró a Orquídea Valiente que no debían salir porque «ellos» los meterían a todos en aviones y se los llevarían a Washington D. C. para reducirlos a cenizas. Luego las lanzarían al viento para no dejar pruebas. Su hermana supo que Orquídea Lunar había perdido la multiplicidad, es decir, estaba loca.

—La diferencia entre la gente loca y la gente cuerda —explicó a sus hijos— es que la gente cuerda tiene una multiplicidad de historias que contar. Los locos tienen una sola historia que repiten una y otra vez.

Orquídea Lunar se pasaba las mañanas susurrando frente a la ventana.

—No salgáis. Los aviones. Las cenizas. Washington D. C. Las cenizas.

Cuando uno de los niños intentaba salir, decía:

—Es la última vez que lo vemos. Van a por él. Lo van a reducir a cenizas.

Llegó el día en que Orquídea Valiente se rindió. Estaba alojando en su casa a una hermana demente que, cada mañana, maldecía a sus hijos, también al que estaba en Vietnam. Necesitaban bendiciones y, en lugar de dárselas, les decía aquellas cosas horribles. Tal vez en aquel cuerpo ya no habitara Orquídea Lunar, quizá fuera un fantasma el que les decía esas cosas a sus niños. Orquídea Valiente terminó por llamar a su sobrina, que internó a su madre en un sanatorio público. Cuando se fue, abrió las ventanas y dejó que la luz y el aire entraran en la casa. Volvió a dormir con su marido. Los niños sacaron la ropa de cama de los quicios de las puertas y volvieron al salón.

Orquídea Valiente visitó dos veces a su hermana. La segunda la encontró aún más delgada que la primera, reducida a un esqueleto. Pero, para su sorpresa, estaba feliz: tenía una nueva historia. Daba saltitos como una niña pequeña.

—Ay, hermana —empezó—, ¡estoy tan feliz aquí! Nadie se va nunca, ¿no es genial? Y somos todo mujeres. Ven, quiero presentarte a mis hijas.

Le presentó a todas las mujeres que vivían en el sanatorio. Estaba muy orgullosa de las embarazadas. «Mis queridas hijas embarazadas», las llamaba. Les tocaba la cabeza, les arreglaba el cuello de la camisa, les estiraba las mantas.

—¿Cómo estás hoy, querida hija? —las saludaba—. Ya sabes —le dijo a Orquídea Valiente—, entre nosotras nos entendemos. Hablamos el mismo idioma. Me entienden y las entiendo.

Y parecía cierto: las mujeres le devolvían la sonrisa y la tocaban cuando pasaba. Tenía una nueva historia, una historia con la que se marchó para siempre una mañana en que no se despertó más.

Orquídea Valiente les dijo a sus niños que tenían que encargarse de que su padre no se casara con otra mujer; no creía que pudiera llevarlo mejor de lo que lo había llevado su hermana. Si les metían a otra mujer en la casa, debían compincharse y hacerle bromas pesadas, pegarle, hacerle la zancadilla cuando pasara cargando aceite hirviendo. Hasta que escapara.

—Tengo casi setenta años —dijo el padre—. No he buscado una segunda esposa y, desde luego, no pienso hacerlo ahora.

Las hijas de Orquídea Valiente tomaron la resolución de no dejar nunca que un hombre les fuera infiel. Todos decidieron hacer carreras en ciencias o matemáticas.

Canción para flauta de caña entre los bárbaros

En realidad, lo que me dijo mi hermano fue:

—He llevado a mamá y a la segunda tía a Los Ángeles a buscar al marido de la tía, que ahora tiene otra mujer.

—¿Qué hizo el marido? ¿Le pegó? ¿Qué dijo? ¿Qué dijo ella? —pregunté.

—Mamá me dijo que casi nada, que tuvo que hablar ella —respondió.

—¿Y qué dijo? —insistí.

—Dijo que lo mínimo que podía hacer era invitarlas a almorzar —me contó.

—¿Y se sentó al lado de la tía o de su otra mujer? ¿Qué comieron? —pregunté.

—Yo no fui. Y la otra mujer tampoco. En el coche les hizo un gesto para que no le dijeran nada —explicó.

—Yo me habría dado cuenta —dije—. Si hubiera sido su mujer, me habría dado cuenta. Y habría ido al almuerzo y habría prestado mucha atención.

—Bueno —dijo él—, ya sabes que no hablan cuando comen.

—Y mamá... ¿qué más dijo? —pregunté.

—No me acuerdo —replicó—. Tuve que inventarme que alguien se había roto la pierna para hacer que él bajara a la calle.

—Algo nos estamos perdiendo —dije—. ¿La tía no dijo una palabra más alta que otra? Algo tuvo que decir.

—No creo que dijera nada —respondió—, para mí que ni abrió la boca.

Bueno, en realidad no fue mi hermano el que me contó lo del viaje a Los Ángeles. Fue una de mis hermanas, que lo sabía por él. Su versión de la historia seguramente sea mejor que la mía, más directa, sin tantos rodeos. Para un oyente directo, una historia ocupa menos espacio en la memoria. Hace mucho, en China, los que se dedicaban a hacer nudos se encargaban de coser botones y flecos y de tejer las cuerdas de las campanas. Había un nudo tan complejo que, al hacerlo, el artesano se quedaba ciego, así que el emperador lo prohibió y prohibió a los nobles que lo encargaran. Si hubiera vivido en China, habría sido una hacedora de nudos clandestina.

A lo mejor por eso mi madre me cortó la lengua. Tiró de ella y me cortó el frenillo. O quizá lo hizo con unas tijeras de uñas. No recuerdo que lo hiciera, solo que me lo contaba. También recuerdo que sentí pena durante toda mi infancia por aquel bebé al que su madre esperaba con un cuchillo o unas tijeras para, cuando llorara, cuando abriera la boca como un pajarillo, darle el tajo. «Una lengua rápida es una condena», se dice en China.

A veces enrollaba la lengua frente al espejo y tiraba hacia arriba hasta que el frenillo se convertía en una línea blanca, tan fina como el filo de una navaja. Nunca encontré la cicatriz. Pensaba que a lo mejor había nacido con dos frenillos y que mi madre había cortado uno. Les pedía a los niños que abrieran la boca para comparar su frenillo con el mío y me encontraba con perfectas membranas rosas con bordes precisos y fáciles de sajar. En ocasiones me sentía orgullosa de que mi madre me hubiera infligido aquel acto de poder. Otras veces me daba pánico que la primera cosa que mi madre hubiera hecho al verme hubiera sido cortarme la lengua.

—Mamá, ¿por qué lo hiciste? —le pregunté un día.

—Ya te lo he contado —respondió.

—Cuéntamelo otra vez —insistí.

—Para que no se te enrede la lengua —explicó—, para que seas capaz de moverte en cualquier idioma. Para que puedas hablar lenguas que no se parecen nada entre sí. Para que seas capaz de pronunciar cualquier cosa. Tenías el frenillo demasiado tenso, por eso lo corté.

—Pero —me quejé— ¿no se supone que una lengua rápida es una condena?

—En este país de fantasmas, las cosas funcionan de otra forma —dijo.

—¿Me dolió? —quise saber—. ¿Lloré? ¿Sangré?

—No me acuerdo —dijo—, supongo que sí.

A mis hermanos no les cortó la lengua. Cuando les preguntaba a mis primos o a otros niños chinos, siempre respondían con un «¿Qué?».

—Y a mis hermanos —pregunté—, ¿por qué no les cortaste la lengua?

—Porque no les hacía falta —respondió.

—¿Por qué no? —insistí—, ¿las suyas eran más largas que la mía?

—Anda —zanjó—, déjate de charleta y a trabajar.

Si mi madre decía la verdad, tendría que haber cortado más aún, haber raspado los restos de piel del frenillo, porque me cuesta mucho hablar. O no haberme tocado, no haberse metido en mi forma de hablar. Cuando fui a la guardería y tuve que hablar inglés por primera vez, no pude decir palabra. Todavía siento cierta torpeza, cierta vergüenza, que me parte la voz en dos cuando quiero saludar a alguien por la calle, preguntar algo sencillo en un

mostrador o pedirle a un conductor de autobús que me indique dónde bajarme. Me quedo helada o emito una frase larga y compleja a toda velocidad. A veces obstruyo las colas. «¿Qué ha dicho?», pregunta el taxista, o «Habla más alto», y tengo que volver a empezar, cada vez con menos fuerza. Una llamada telefónica puede hacerme sangrar la garganta y drenarme el coraje para el día entero. Oigo cómo mi voz rota me sale zumbando de la garganta y ya sé que es otro día echado a perder. Aunque estoy mejorando. Hace poco le pedí al cartero un sello de edición limitada; llevaba esperando desde niña a que algún cartero me diera uno por iniciativa propia. Estoy mejorando, voy poquito a poco.

Hubo tres años, ya en la escuela, en que cubría todo lo que pintaba con pintura negra. Durante ese tiempo mi silencio fue denso, absoluto. Impuse capas de negro sobre casas, flores, soles. Cuando dibujaba en la pizarra, terminaba con una capa de tiza. Estaba totalmente entregada a la tarea de pintar un telón justo antes de que se cerrara o después de que se abriera. Los profesores llamaron a mis padres; así me enteré de que habían estado guardando todos mis dibujos y pinturas, todas idénticas, agrietadas, negras. Los profesores señalaron aquellas pruebas muy serios y hablaron también muy serios, pero mis padres no entendían el inglés. («Los padres y los profesores de los criminales eran ejecutados», dijo mi padre). Se llevaron las pinturas a casa. Las dispuse sobre una mesa, tan negras, tan llenas de potencial, y me imaginé que el telón se abría, que volaba, un telón y otro y otro, y que el sol que ocultaban volvía a resplandecer en aquellas óperas gloriosas.

Durante el primero de esos tres años no hablé con nadie en la escuela. No preguntaba si podía ir al baño. Suspendí la guardería. Mi

hermana hizo lo mismo, se pasó tres años sin hablar. No hablaba en el patio, ni durante el almuerzo. Había más niñas chinas que no hablaban, pero la mayoría acabaron la guardería antes que nosotras. Me gustaba el silencio. Al principio no entendía que tenía que hablar para no suspender en la guardería. En casa hablaba y en clase también, pero solo con un par de niños chinos. Hacía mímica e incluso alguna broma. Cuando el agua se derramaba de la taza, bebía del platito de juguete y todo el mundo se reía, así que seguí haciendo ese tipo de cosas. Por aquel entonces no sabía que los estadounidenses no beben de los platos.

Me gustaban los estudiantes negros, los fantasmas negros, más que los demás. Se reían mucho y hablaban conmigo como si fuera tan habladora como ellos. Una de las chicas negras llevaba el pelo en trenzas sobre las orejas al estilo de Shanghái, como yo; éramos gemelas shanghainesas, salvo porque ella estaba cubierta de negro, como mis dibujos. Dos niños negros se metieron a estudiar chino y los profesores les pusieron nombres chinos. Algunos me acompañaban de casa a la guardería y de la guardería a casa y me protegían de los niños japoneses, que me perseguían, me pegaban y me metían chicle en las orejas. Los niños japoneses eran ruidosos y violentos. Un día aparecieron en la guardería; se habían escapado del campo de concentración (una marca en el mapa como un tres en raya de alambre de espino).

Cuando entendí que tenía que hablar, las clases se convirtieron en un martirio. El silencio se volvió un martirio. No hablaba y me sentía mal por no hablar. En primero tuve que leer en voz alta, oír aquel sonido basto e interrumpido por chirridos que salían de mi garganta.

—Más alto —dijo la profesora, y espantó mi voz.

Las otras niñas chinas tampoco hablaban; así supe que el silencio tenía algo que ver con ser china.

Leer en voz alta era más fácil que hablar porque no tenía que pensar en qué decir. Aun así, hacía muchas pausas y los profesores pensaban que me había vuelto a quedar callada. No entendía la palabra «yo». El carácter chino para yo tiene siete trazos, matices. ¿Cómo era posible que el carácter estadounidense para yo, «*I*», tan pagado de sí mismo con ese gorrito chino, tuviera solo tres trazos? ¿Y que el de en medio estuviera tan tieso? Me planteé la posibilidad de que fuera una cuestión de humildad, de educación, que se dejaran trazos sin dibujar, igual que los chinos escriben su nombre pequeñito y torcido. Pero no, no era eso: «*I*» siempre va en mayúsculas mientras que «*you*» va en minúsculas. Pasé tanto tiempo mirando aquella columna central, esperando a que su núcleo se resolviera en trazos firmes y puntos, que olvidé cómo se pronunciaba.

Otro término que me costaba era «*here*», 'aquí'. No había una consonante fuerte a la que aferrarse. Era una palabra tan plana... En chino, «aquí» está compuesto por dos ideogramas montañosos. La profesora, que me decía todos los días cómo leer «*I*» y «*here*», se cansó y me mandó a una esquina, debajo de las escaleras. Al rincón de los niños ruidosos.

En segundo, cuando tocaba representar una obra de teatro, las niñas chinas nos quedábamos aparte. Teníamos una profesora hawaiana muy cariñosa que tendría que habernos comprendido; en vez de eso, nos dejaba en clase, no nos llevaba al auditorio. Nuestras voces, cuando existían, eran demasiado suaves. Además, nuestros padres nunca nos firmaban las autorizaciones. Nunca

firmaban nada que no fuera necesario. En esas ocasiones, abríamos la puerta de clase para echar un vistazo y la cerrábamos muy rápido. Una de nosotras, eso sí, ganaba siempre los concursos de deletrear. No era yo.

—Los chinos no podemos cantar «la tierra en que murieron nuestros padres» —recuerdo haberle dicho a la profesora hawaiana.

Yo me refería al tema de las maldiciones, pero ella se puso a hablar conmigo de política. No entiendo cómo me acuerdo de eso, si yo en esa época no hablaba. Mi madre dice que nosotros, como los fantasmas, carecemos de recuerdos.

Después de las clases en la escuela estadounidense cogíamos nuestras cajas de puros reconvertidas —en las que llevábamos libros, pinceles y un tintero— y nos íbamos a la china. Empezaba a las cinco y terminaba a las siete y media. Allí recitábamos juntas, nuestras voces subían y bajaban, a veces suaves y a veces potentes. Algunos chicos gritaban. Leíamos juntos, recitábamos juntos; nunca solos, nunca en una sola voz. Cuando teníamos un examen de memoria, el profesor o la profesora nos dejaba acercarnos a su escritorio y recitar la lección en privado, mientras el resto de la clase practicaba sus caracteres. La mayoría de los profesores eran hombres. Algunos chicos se portaban muy bien en la escuela estadounidense y en la china se dedicaban a hacer jugarretas a los profesores o a darles malas respuestas. Las niñas recuperaban la voz. Gritaban en el recreo, donde no había reglas. Se peleaban a puñetazos. Nadie tenía miedo de que los niños se hicieran daño o de que estropeasen las cosas del colegio. Las puertas de cristal que daban a los balcones verdes y rojos adornados con símbolos dorados de buena fortuna estaban siempre abiertas, así que podíamos trepar

por la escalera de incendios. En el auditorio, donde las imágenes de Sun Yat-sen y Chiang Kai-shek presidían la sala junto a las banderas china y estadounidense, jugábamos al pañuelo. Nos subíamos a las sillas ceremoniales de teca y hacíamos acrobacias saltando desde el escenario. Uno de los equipos se ponía detrás de la puerta de vidrio y el otro en la parte derecha del escenario vacío, que retumbaba bajo nuestros pies. Durante el recreo los profesores se encerraban en sus oficinas, atestadas de libros, manuales de copiar caracteres y botes de tinta traídos de China. Bebían té y se calentaban las manos en un hornillo. Nadie nos supervisaba. Durante el recreo, la escuela era nuestra. También podíamos entrar y salir —pasear por el centro, por Chinatown, por las tiendas, ir a casa...— siempre que estuviéramos de vuelta antes de que sonara la campana.

A las siete y media en punto, el profesor cogía la campana de bronce que tenía en el escritorio y la agitaba hacia el techo. Nosotros salíamos en tromba hacia las escaleras, gritando de alegría. No nos hacían formar fila.

No todos recuperaban la voz en la escuela china. Una vez, un profesor nuevo nos dijo que teníamos que levantarnos de uno en uno y recitar frente al resto de la clase. Mi hermana y yo habíamos memorizado la lección al dedillo. Nos la habíamos repetido en casa muchas veces, por turnos. El profesor le pidió a mi hermana que saliera primero; era la primera vez que una hermana menor salía antes que la mayor. Estaba aterrorizada. Me miró y, de inmediato, apartó los ojos. Yo agaché la cabeza. Tenía esperanzas en mi hermana porque, si ella podía, yo también. Abrió la boca y emitió un sonido que no era un susurro, pero tampoco una voz completa. Deseé que no llorara; notaba que el miedo le rompía la voz como un

pie rompe ramitas en el bosque. Era como si intentara cantar al tiempo que sollozaba y la estrangulaban. No paró, no detuvo la humillación. Siguió hasta la última palabra y, al terminar, volvió a su sitio. Cuando me tocó a mí, me pasó lo mismo: mi voz se convirtió en un animal mutilado que intentaba correr. Había astillas en mi voz, huesos raspándose entre sí. Al menos no hablé en susurros, como otra de las chicas.

Así aprendimos que tampoco era buena idea confiar tu voz a los chinos: la capturarían y la usarían para su propio beneficio, harían que hablaras por ellos.

—¿A cuánto me lo podría rebajar? —teníamos que preguntar.

Había que negociar con los fantasmas vendedores. Hacer que perdieran dinero.

Un día, mientras trabajábamos en la lavandería, apareció un chico que traía un envío de la farmacia Rexall, que estaba a la vuelta de la esquina. Llevaba una caja de pastillas azul clarito, pero nadie estaba malo. Leímos la etiqueta y vimos que era para otra familia china, la de Mary la Loca.

—No es nuestra —dijo mi padre, señalando el nombre.

El fantasma de los envíos se guardó la caja. Mi madre se pasó una hora refunfuñando entre dientes, hasta que estalló:

—¡Y ese fantasma! ¡Ese fantasma muerto! ¿Cómo se atreve a venir a la casa equivocada?

No era capaz de concentrarse en la plancha.

—¡Así que un error! ¡Ja!

Yo misma empecé a enfadarme. Mi madre soltaba humo, golpeaba la plancha contra la tabla.

—Venganza. Tenemos que vengarnos por lo que le ha hecho a nuestro futuro, a nuestra salud, a nuestras vidas. No voy a permitir que nadie venga a enfermar a mis niños y se salga con la suya.

Nosotros no nos mirábamos. Sabíamos que haría algo terrible, algo que haría que nos muriéramos de la vergüenza. Empezó a insinuar que, durante el siguiente eclipse, tendríamos que hacer ruido chocando las tapas de las ollas para asustar a la rana que se quiere comer la luna (en chino, eclipse se dice «rana que se traga la luna»). No lo habíamos hecho el eclipse anterior y, cuando la sombra empezó a remitir, mi madre dijo que la gente de la aldea, en China, debían de estar haciendo muchísimo ruido.

(«Mamá, en la otra punta del mundo no hay eclipse. Solo es una sombra que proyecta la Tierra cuando se interpone entre el Sol y la Luna». «¡Os creéis todo lo que os dicen vuestros fantasmas profesores! ¡Fijaos en el tamaño de las mandíbulas!»).

—¡Ajá! —gritó, señalándome—: Tú, la mayor. Ve a la farmacia.

—¿Qué quieres que compre, madre? —pregunté.

—Nada —respondió—. Ni siquiera lleves dinero. Ve y diles que cancelen la maldición.

—No quiero —me negué—, no sé cómo hacerlo. Las maldiciones no existen. Pensarán que estoy loca.

—Si no vas —dijo mi madre—, serás la responsable de la plaga que asolará a esta familia.

—Pero —me quejé— ¿qué quieres que haga cuando llegue? ¿Les digo que su chico de los recados se equivocó de dirección?

Me sentía atrapada, triste.

—Eso ya lo saben —dijo—. Lo que quiero es que se responsabilicen del crimen que han cometido.

Ya me encontraba mal. Me haría pasear por la farmacia con un incensario apestoso, pasarlo por el mostrador, ante el dependiente, entre los clientes. O tirarle al farmacéutico sangre de perro. No soportaba sus planes.

—Consigue caramelos para reparar el daño —dijo—. Dile: «Habéis manchado mi casa con una medicina vil y debéis eliminar la maldición con algo dulce». Él lo entenderá.

—Pero no lo hizo aposta... —insistí—. Y no, madre, no lo entenderán. Ellos no entienden estas cosas. No sabré decirlo bien. Me llamará mendiga.

—Tú traduce y ya —zanjó ella.

Me registró para asegurarse de que no llevara dinero. Sabía que tenía mis medios para salirme con la mía y que era lo bastante astuta como para comprar caramelos y decirle que me los habían regalado.

—Mimadredicequerregaramelos —dije.

Me presenté como una niña pequeña y mona. Una niña a la que nadie querría hacerle daño.

—¿Qué? —preguntó el dependiente, inmenso en su bata blanca de farmacéutico—. Habla más alto. Habla en inglés.

—Tatatataramelos —respondí.

Él se inclinó sobre el mostrador y frunció el ceño.

—Caramelos gratis —dije—, de muestra.

—Aquí no damos caramelos de muestra, niña —dijo.

—Mi madre dice que nos los tienes que dar —insistí—. Dice que en China funciona así.

Me miró sorprendido.

—¿Qué?

—Que así se hacen las cosas en China —expliqué.

—¿Qué cosas? —preguntó.

—Las cosas —respondí; tantas cosas que su peso me impedía explicarle nada al farmacéutico.

—¿Quieres dinero? —dijo.

—No, queremos caramelos —respondí.

Me dio un puñado de piruletas de un tarro. Y siguió dándonos caramelos todo el año y así año tras año. Cada vez que íbamos a la farmacia, nos daba algo. Y cuando nos atendían otros dependientes, también. Les había hablado de nosotras. En diciembre nos daban caramelos de Halloween; los caramelos de Navidad cerca de San Valentín; corazones de caramelo en Pascua y huevos de Pascua en Halloween.

—¿Veis? —decía nuestra madre—, sí que lo entienden. Vosotros, los niños, sois un poco cobardes.

Pero yo sabía que no entendían nada. Pensaban que éramos vagabundos y que vivíamos detrás de la lavandería. Les dábamos pena. Nunca me comía los caramelos. No iba a la farmacia ni pasaba cerca a no ser que mis padres me obligaran. Siempre nos echaban caramelos en la bolsa de las medicinas. Como los médicos chinos, salvo que estos añaden pasas. Mi madre pensaba que había enseñado modales a los fantasmas farmacéuticos (la palabra para modales es la misma que para tradición).

De tantos esfuerzos, se me acabó por torcer la boca. Se me curvó hacia abajo por el lado izquierdo. Qué raro que los migrantes rurales fueran escandalosos, que se gritaran a la cara.

—¿Por qué oigo hablar chino a manzanas de distancia? ¿Será porque es el idioma que entiendo? ¿O es que hablan muy alto? —

decía mi padre.

Aquellos hombres y mujeres ponían la radio a todo volumen para escuchar las óperas, no parecía que les dañaran los oídos. Hablaban por encima de los cantantes y los tambores, todos a la vez, con grandes gestos de los brazos y saliva volando de un lado a otro. Cuando los estadounidenses miraban a las mujeres, el asco era aparente. Ya no era por el volumen, era también porque el chino les sonaba mal, *ching chong chang*, una cosa horrible, no como los *sayonara* japoneses, con sus vocales y consonantes bien distribuidas, como las del italiano. Nosotros emitimos sonidos guturales, campesinos, y tenemos nombres como Chang Dong Song, imposibles de recordar. Y los chinos ni siquiera oyen el inglés, es demasiado suave, su música es inaudible. Una vez, en un concierto de piano, vi que los asistentes chinos se reían, se cambiaban de sitio y se ponían a charlar y dar voces, como si el músico no pudiera oírlos. Era un chino estadounidense, el hijo de alguien. Tocaba Chopin; faltaban las paradas repentinas, los platillos, los gongs. La música china para piano solo usa las cinco teclas negras. La voz de las mujeres chinas normales es potente, autoritaria. Las chinas estadounidenses susurramos para feminizarnos al estilo americano. Por lo visto, susurramos incluso más bajito que las estadounidenses. Una vez al año, los profesores recomiendan a nuestros padres que nos lleven al logopeda; cuando entramos en la consulta, nuestra voz se vuelve normal. Algunas nos rendimos, negamos con la cabeza y nos callamos, no decimos una palabra. Otras no podemos ni negar con la cabeza. A veces, negar con la cabeza implica más asertividad de la que soy capaz de expresar. La mayoría acabamos por encontrar una voz, aunque sea temblorosa. Hemos inventado una

personalidad oral, estadounidense, femenina. Salvo una de mis compañeras, que no era capaz de hablar ni siquiera en la escuela china.

Era un año mayor que yo y estuvo en mi clase doce años. Leía en voz alta, pero no hablaba. Su hermana mayor la acompañaba a todas partes; sus padres se habían encargado de que estuvieran en el mismo curso para que la protegiera. Empezaron la escuela cuando tenían seis y siete años, respectivamente. Yo, aunque había suspendido la guardería, tenía, en teoría, la misma edad que la mayoría de los estudiantes de nuestra clase. Supongo que mis padres mintieron sobre mi edad y empecé con ventaja. Mi hermana menor estaba en la clase justo inferior a la mía, así que nos separaba la distancia que correspondía a nuestra edad real. Los padres de la niña silenciosa, en cambio, las protegían a las dos. Cuando llovía, aunque solo cayeran unas gotas, se quedaban en casa. No tenían que trabajar, como nosotras. Pero en otros aspectos éramos iguales.

Por ejemplo, en los deportes. Como en el colegio solo te caía un *strike* si le dabas a la pelota, nos dejábamos el bate en el hombro hasta que nos mandaban a la primera base. A veces el *pitcher* ni se molestaba en lanzar. «Paseo automático», lo llamaban. En cuarto o quinto, sin embargo, empezamos a tratar de darle a la bola. «Fuera. Fácil», decían los niños. Yo le di un par de veces. Había algo en el béisbol que me gustaba: estaba muy claro lo que había que hacer al darle a la pelota, es decir, correr hacia la base. El baloncesto me resultaba más confuso: me llegaba la pelota y no sabía qué hacer con ella. «Aquí, aquí —gritaban los niños—, pásamela». En esos momentos me daba cuenta de que no había memorizado qué

fantasmas iban conmigo y cuáles con el otro equipo. Cuando nos decían aquello de «paseo automático», la chica callada se arrodillaba y dejaba el bate en el suelo con cuidado, se sacudía las manos y caminaba hasta primera base, donde se ponía a frotarse las manos con los dedos estirados. Siempre la pillaban antes de la segunda. Leía en alto, pero aparte de eso no hablaba. Al leer, emitía un susurro levísimo, como si no tuviera músculos en la garganta. Parecía estar respirando en la distancia. No mostraba ninguna clase de ira o tensión.

Durante el almuerzo, los estudiantes (también los chinos) hablaban de si estaba muda o no. Era obvio que no lo estaba, podía leer en voz alta. Yo me unía a esas conversaciones. Todo el mundo hablaba de lo muchísimo que habían intentado ser amables con ella. Le decías «Hola» y ella no respondía, ergo no tenían por qué volver a saludarla. No tenía amigos, se limitaba a seguir a su hermana a todas partes. Aun así, todo el mundo pensaba que yo era su amiga. Yo también seguía a su hermana, como era normal: era casi dos años mayor y leía mejor que nadie.

Odiaba a la pequeña, a la que no hablaba. La odiaba cuando la elegían la última en un equipo y a mí la última en el otro. La odiaba porque llevaba el pelo como una muñeca china. La odiaba en música por los soplidos que salían de su flauta de plástico.

Una tarde, en sexto (aquel año se me empezó a dar bien hablar y me volví arrogante —no sospechaba que pronto llegarían los bailes de instituto y los seminarios de la universidad para ponerme en mi sitio—), mi hermana, la chica callada, su hermana mayor y yo nos quedamos hasta tarde en el colegio, no recuerdo por qué. El cemento empezaba a enfriarse y los postes de los que colgaban las

pelotas de *tetherball* tachonaban el patio con sus sombras alargadas. No tendríamos que habernos quedado hasta tan tarde: había mucho trabajo en la lavandería y la escuela china empezaba a las cinco. La última vez que nos habíamos quedado tanto rato mi madre había llamado a la policía y les había dicho que nos habían secuestrado unos bandidos. Dieron nuestras descripciones por la radio. Más nos valía llegar a casa antes de que volviera a hacerlo. Lo que pasaba era que, a veces, si te quedabas en el patio hasta que los demás se hubieran ido a casa, podías jugar con todas las cosas del colegio antes de que los conserjes se las llevaran. Aquel día nos estuvimos persiguiendo por el patio y el sótano, donde estaban los baños y la sala de juegos. Cuando había simulacros de ataque aéreo (era la Guerra de Corea: cada día, la primera página del periódico traía un mapa de Corea con la parte de arriba roja, que subía y bajaba como una persiana), nos metíamos en el sótano. Pero aquel día no había nadie. La sala de juegos era de color verde militar y estaba vacía salvo por unas fuentecitas alineadas en la pared. Unas tuberías cruzaban el techo, pasaban por las fuentes y llegaban al baño. Cuando alguien tiraba de la cadena, se oía el agua y lo que no era agua. Los niños iban siguiendo la materia sólida y gritando el nombre de aquellos detritos que pasaban sobre los bebederos. Junto al baño de las niñas había una sala de juegos para nosotras; lo mismo junto al de los niños. Los cubículos no tenían puerta y los váteres no tenían tapa. Eso daba cuenta de la falta de vergüenza o de sentido de la privacidad de los fantasmas.

Aquel día ya habían apagado las luces de la sala de juegos. La luz del sol proyectaba sombras en forma de equis al atravesar los marcos de las ventanas. Yo me asomé y, al ver que no había nadie

en el patio, corrí hacia la escalera de incendios y subí, agarrándome a los escalones metálicos con los dedos de las manos y los pies.

Salté de la escalera y crucé el patio corriendo. Era un día precioso y perdí un poco la noción de mí misma. Sentía que podía desaparecer con el sol, girar de pronto y aparecer en otro mundo, como si corriera más rápido que nunca; tras la puesta de sol, podría volar. Cuanto más tarde fuera, menos nos costaría entrar en los lugares prohibidos —el patio grande de los chicos, su sala de juegos... incluso podríamos acceder a los baños de los chicos y mirar en los urinarios—. La única vez que había cruzado su patio en horario escolar fue un día en que un camión que llevaba algo gigante atado y cubierto por telas había aparcado frente a la escuela. Los niños empezaron a decir que era un gorila en una jaula. Había un cartel, pero no sabíamos si ponía «Camino del Gorila» o «Castigo del Gorila». Aquella cosa era del tamaño de una casa. Los profesores trataron, sin éxito, de evitar que corriéramos hacia la valla y nos colgáramos de ella. Aquel día, mientras cruzaba de nuevo el patio de los chicos hacia la reja de alambre, me acordé de los pelos que había visto saliendo de la tela que cubría aquella cosa gigante. Ya casi era verano, se sentía la misma libertad en el aire.

Volví al patio de las chicas y me encontré a la niña callada. Estaba sola. Pasé a su lado y me siguió hasta el baño. Yo me había clavado unos taconcitos en los zapatos, así que mis pasos iban haciendo clac-clac contra el cemento. Los suyos apenas se oían. En el baño no había nadie. Recorrí los veinticinco cubículos para asegurarme. Nuestras hermanas no estaban allí. No recuerdo si estábamos jugando al escondite. Ella era muy mala, siempre seguía a su hermana y se escondía con ella. Aquella tarde debieron de

separarse. A la luz del ocaso, era posible que un niño se escondiera y no apareciera más.

Me detuve de golpe frente a los lavabos. No reaccionó a tiempo y casi chocamos. Me acerqué. Se echó hacia atrás. En sus ojos había incomprensión y alarma.

—Vas a hablar —dije con voz tranquila, normal, con la voz que uso con mis conocidos, con personas débiles o más pequeñas que yo—. Te haré hablar, cagona.

Dejó de recular y se quedó quieta.

La miré fijamente, quería odiarla de cerca. Llevaba un flequillo negro, tenía las mejillas rosas y blancas y la piel suave como la de un bebé. Pensé en apoyarle el pulgar en la nariz y empujar, en que no habría hueso, en marcarla. Podría hacerle hoyuelos apretando con el dedo. Podría amasarla, hacer un pan con su cara. Estaba muy quieta, no quise seguir mirándola. Odiaba la fragilidad. La rodeé y la miré de arriba abajo como hacían las chicas negras y mexicanas cuando se peleaban. Era una actitud de fuerza. Odié su cuello frágil, odié que no pudiera sostenerle la cabeza, que la dejara caer hacia atrás. Le miré la nuca. Deseé ver mi propia nuca desde atrás y desde los lados y deseé que no fuera como la suya, que el mío fuera un cuello firme. Por si acaso, por si mi cuello también era como el tallo de una flor, llevaba el pelo largo. Me volví a poner frente a ella para seguir odiando su cara.

Alargué la mano y pellizqué la parte más mullida de sus mejillas. Lo que tenía entre el pulgar y el índice no era masa de pan, sino carne. Estaba cerquísima y seguía sin verle los poros.

—Habla —le ordené—, ¿vas a hablar?

Tenía la piel resbaladiza como un calamar al que le hubieran retirado el hueso. Yo quería piel fuerte, piel recia y oscura. Me había encallecido las manos, había arañado la tierra para ennegrecerme las uñas y después me las había cortado rectas para que mis dedos se vieran más gruesos. Apreté un poco.

—Habla.

Cuando la solté, en el rosa de su cara se vio por un momento la huella de mi pulgar. Me puse a su lado.

—¡Habla! —grité.

Me fijé en su pelo, en cómo caía recto, como siempre desde que la conocí, sin tirabuzones, trenzas o permanentes. Le pellizqué la otra mejilla.

—¿Y bien? ¿Vas a hablar? ¿Eh?

Intentó negar, pero la tenía cogida por la cabeza. No tenía músculos con los que zafarse, se le deformó la cara y la solté, aterrada: temía llevarme su piel entre los dedos.

—Conque no, ¿eh? —dije—. Entonces di «No».

Le di otro pellizco y lo retorcí.

—Di «No».

Negó, y su pelo siguió el movimiento de su cabeza, no se balanceó como el de las niñas bonitas. Era ideal, me jodía que lo fuera tanto. Odiaba la forma en que doblaba el papel encerado en el que le envolvían el almuerzo, que no arrugara las bolsas ni los apuntes. Odiaba su ropa, su cárdigan azul pastel, su blusa blanca, la forma en que se colocaba el cuello de la blusa por encima del cárdigan, su falda de algodón lisa, tejida a mano. Todas las demás llevábamos faldas anchas con pliegues. Odiaba los tonos pastel, yo siempre iba de negro. Apreté más, sobreponiéndome a la textura

gomosa de su cara. Le pellizqué una mejilla, después la otra, así hasta que empezó a llorar.

—Deja de llorar —dije, pero no me obedeció, a pesar de que solía seguirme a todas partes.

Le goteaban los ojos y la nariz. Se enjugó la cara con esos dedos de papel que tenía. La piel de sus manos y sus brazos estaba seca como el talco, como el papel de calco, como la piel de una cebolla. Odiaba sus dedos. Me imaginé partiéndoselos como si fueran picos de pan. Le tiré de las manos hacia abajo.

—Di «Hola» —dije—. Mira, repite: «Hola». Di tu nombre. Venga. Dilo. ¿Eres tonta? ¿Eres tan tonta que no te sabes ni tu nombre? ¿Eso es lo que te pasa? Cuando diga «¿Cómo te llamas?», suéltalo y ya, ¿vale? Venga: ¿cómo te llamas?

El año anterior toda la clase se había reído de un chico que no pudo rellenar un formulario porque no se sabía el nombre de su padre. El profesor soltó un suspiro de desesperación y dijo, no sin sarcasmo: «No eres muy observador, ¿no? ¿Cómo lo llama tu madre?». La clase entera se rio de lo lento que era, de que no se diera cuenta de esas cosas. «Lo llama padre», dijo el chico. Nosotras también nos reímos, aunque sabíamos que su madre no llamaba a su padre por su nombre y que un hijo no conoce el nombre de su padre. Nos reímos y nos alegramos de que nuestros padres nos hubieran dicho un puñado de nombres por si los profesores nos preguntaban.

—Si no eres idiota —le dije a la niña—, dime cómo te llamas.

Negó con la cabeza; algunos mechones negros se empaparon de lágrimas y se quedaron pegados a su carita. Alargué la mano (era más alta que yo) y tomé uno de los mechones.

—Bueno —dije—, pues vamos a hacer sonar el silbato del tren. ¡Chuu! —imité el sonido mientras le tiraba del pelo—, ¡chuu, chuuuu! —Tiré del otro lado—: ¡Chuuuu! —Di un tirón más largo—: ¡Chuuu-u-u-u-uuuuu! —Vi sus orejas blancas como oruguitas agazapadas bajo el pelo—. ¡Habla! —grité a las orugas.

La miré fijamente.

—Sé que puedes hablar —aseguré—, te he oído hacerlo.

Levantó las cejas; había algo de sorpresa en esos ojos y decidí seguir por ahí.

—Un día pasé junto a tu casa. Tú no me viste. Te oí gritar en inglés y chino. No solo hablar. Gritar. Te oí dar voces. «¿Dónde estás?», decías. Vuelve a decirlo. Igual que hiciste en casa.

Le agarré un mechón de pelo y tiré más fuerte, pero sin sacudirlo.

—Venga, di «¿Dónde estás?». Grita para que te oiga tu hermana. Llámala, haz que venga a ayudarte. Grita su nombre. Si viene, paro. Así que llámala. Venga.

Negó otra vez con la cabeza. La boca se le curvaba hacia abajo. Lloraba. Me fijé en sus dientecitos blancos, de leche. Yo quería tener dientes grandes, poderosos, amarillos.

—Tienes lengua —dije—, úsala.

Le tiré del pelo de las sienes como para exprimirle las lágrimas de los ojos.

—Di «¡Au!» —le exigí—, me vale con un «¡Au!». Di «¡Suéltame!», di «¡Déjame en paz!» y te dejo. De verdad. Si lo dices, paro. Esto acabará cuando tú quieras. Dime que pare y paro. Dilo. Si no, me estás pidiendo que siga, ¿no te parece? Estás pidiendo que vuelva a hacer sonar el silbato del tren, así que... tendré que hacerlo otra vez. Dilo, di «Para».

Pero no lo dijo. Tuve que seguir tirando y tirando.

Emitía sonidos: sollozaba, tosía... eran casi palabras. Seguía echando mocos. Trató de secárselos con las manos, pero había demasiados y usó la manga.

—Das asco —le dije—. Mírate, echando chorros de mocos y aun así callada. Eres insignificante.

Me puse detrás de ella y tiré del pelo que crecía en su nuquita de muñeca. Luego aflojé. Estuve un rato en silencio y al final volví a gritar:

—¡Habla!

Haría que hablara, aunque fuera a base de asustarla. Si hubiera tenido los pies vendados, con los dedos bajo las plantas, habría saltado y la habría pisado con fuerza —crac— con mis tacones de hierro. Lloraba mucho, sollozaba fuerte.

—Grita «¡Mamá!» —dije—, venga, grita «¡Mamá!». Dilo, di «Para».

Me fijé en su barbilla puntiaguda y apoyé el índice en ella.

—No me gustas. No me gustan los soplidos que salen de tu flauta. Ffuu, ffuu. No me gusta que no batees la bola. No me gusta que te elijan siempre la última. No me gusta que seas incapaz de darle un puñetazo a la pelota del *tetherball*. ¿Por qué no puedes darle un puñetazo? Venga, espabila, vamos. Dame un puñetazo.

Le empujé las manos, que se balancearon, muertas, a los lados del cuerpo. Sus dedos eran tan largos que pensé que a lo mejor tenía un nudillo de más.

—Cierra el puño —le ordené—, ciérralo. Encoge todos los dedos y pásales el pulgar por encima. Di algo, haz algo, tírame del pelo. Eres altísima y aun así dejas que te haga todo esto.

No hizo nada.

—¿Quieres un pañuelo? Ahora no te puedo conseguir uno bordado o con encaje, pero, si me lo pides, te conseguiré papel higiénico. Venga, pídemelo. Si me lo pides, te lo traigo.

Seguía llorando.

—¿Por qué no pides ayuda? —le sugerí—. Di «¡Ayuda!», vamos.

Lloraba y lloraba.

—Vale, vale, mira, no hables. Grita. Grita y dejo que te vayas. Te sentirás mejor. Venga. Grita. Así.

Grité, aunque no muy alto. Mi voz retumbó por el baño como si hubiera tirado una piedra. Los cubículos parecieron abrirse aún más y los váteres se volvieron más anchos y oscuros. Vi sombras que caían en ángulos inéditos. Era tardísimo, quizá algún conserje nos hubiera encerrado y tuviéramos que pasar la noche allí. La chica parpadeó y me miró, parpadeó y me miró. Empecé a marearme por no haber comido. Llevábamos muchísimo tiempo en aquel baño; mi madre llamaría a la policía si mi hermana y yo no volvíamos pronto.

—Di una sola palabra y te dejo tranquila —le aseguré—, vale con «un» o «el». Y te dejo en paz. Vamos. Por favor.

Ya no negaba con la cabeza, solo lloraba una cantidad increíble de agua. Pude ver los conductos por los que le salían las lágrimas. Litros de agua y ni una palabra. La agarré del hombro. Se le notaban los huesos. La luz que pasaba por el cristal helado y la malla de alambre proyectaba formas inquietantes en el baño. Lloraba como un animal, como una foca, y reverberaba en el sótano.

—¿Quieres pasar la noche aquí? —le pregunté—. Tu madre no sabe qué le ha pasado a su niña. No querrás que se enfade contigo, ¿no? Será mejor que hables.

La sacudí por los hombros, volví a tirarle del pelo, le espachurré la cara.

—¡Vamos! ¡Habla, habla, habla!

Parecía haber perdido la sensibilidad, ya no reaccionaba cuando le tiraba del pelo.

—Aquí solo estamos nosotras. No es una clase, no es el patio, no es el auditorio. Solo estoy yo. Puedes hablar frente a una persona. No me obligues a seguir tirándote del pelo.

Me empezó a parecer que su cabello era elástico. Seguía sin hablar.

—Voy a tirar más fuerte. No me obligues a hacerlo o te arrancaré el pelo y te quedarás calva. ¿Quieres quedarte calva? Supongo que no, ¿cierto?

Oí silbatos en la lejanía. Era el cambio de guardia de la fábrica de conservas, los trabajadores del turno de tarde se marchaban y nosotras seguíamos allí. Era un sonido triste, el del trabajo terminado. Cuando se disipó, quedó cierta soledad en el aire.

—¿Por qué no hablas?

Yo también me puse a llorar. ¿Y si no podía parar aquello y todos querían saber qué había pasado?

—Mira lo que has hecho —la regañé—. Pagarás por esto. Quiero saber por qué. Y me lo vas a decir. No te das cuenta de que intento ayudarte, ¿verdad? ¿Quieres ser así para siempre? ¿Una imbécil? ¿Sabes lo que significa «imbécil»? ¿No quieres ser animadora? ¿Llevar los pompones? ¿Cómo vas a ganarte la vida? Porque vas a tener que trabajar, no vas a ser ama de casa. Para eso, alguien tendría que casarse contigo. Y tú eres una planta, ¿lo sabes? Si no hablas, eres una planta. No tienes personalidad. Y tampoco vas a

tener pelo. Tienes que comunicarte para que los demás sepamos que tienes personalidad. Y cerebro. ¿O te crees que alguien te va a cuidar para siempre? ¿Te crees que tu hermana mayor va a estar contigo para siempre? ¿O es que piensas que vas a encontrar un marido? Nadie va a querer salir contigo, ni hablar de casarse. Ni siquiera se van a fijar en ti. ¿Y las entrevistas de trabajo? Vas a tener que hablar con tu jefe. ¿O no te lo han dicho? Eres imbécil, no sé por qué pierdo el tiempo contigo.

Hablaba y lloraba al mismo tiempo, resoplaba y bufaba. Mientras le decía todo aquello, me limpiaba la nariz en el brazo. No sabía dónde había dejado mi jersey (quizá no me lo puse aquel día porque mi madre me dijo que lo hiciera). Sentía que llevaba toda la vida en aquel sótano, haciéndole a otra persona lo peor que había hecho nunca.

—Lo hago por tu bien —dije—. Ni se te ocurra contarle a nadie que he sido mala contigo. Habla. Por favor. Habla.

Estaba mareada por todo el aire que había tragado al llorar y hablar a la vez. Nuestro llanto rebotaba por las baldosas; a veces al unísono, a veces alternándose.

—No entiendo por qué no dices una palabra —dije, llorando y apretando los dientes.

Me temblaban las rodillas; me agarraba a su pelo para no caerme. Otra de las veces en que me había quedado hasta tarde me había tocado pasar al lado de dos chicos negros que se estaban estampando mutuamente la cabeza contra el cemento. Cuando terminaron, volví para ver si lo habían rajado.

—Vamos a hacer una cosa: si hablas, te doy algo. Te doy mi estuche. Y te compro caramelos. ¿Qué te parece? Dime qué quieres.

Dilo y te lo consigo. Di solo «Sí» o «Vale» o «KitKat».

Pero la niña no quería nada.

Ya había dejado de pellizcarle la mejilla. No me gustaba el tacto de su piel. Me daba miedo que se le soltara, llevármela puesta. Me habría vuelto loca. «La despellejé», habría tenido que confesar.

De pronto oí pasos rápidos en el sótano y su hermana entró llamándola por su nombre.

—Ah, ¡aquí estás! —dije yo—. Te hemos estado esperando. Estaba intentando enseñarle a hablar, pero no ha habido manera.

—La hermana entró en uno de los cubículos, cogió puñados de papel higiénico y le secó las lágrimas a la niña silenciosa. Juntas, fuimos a por mi hermana, y juntas caminamos hasta casa.

—Tu familia debería obligarla a hablar —insistí durante el camino —. No la consintáis.

A veces el mundo es un lugar justo: pasé los siguientes dieciocho meses en cama con una misteriosa enfermedad. No había dolor, no había síntomas, aparte de que se me partió en dos la línea central de la mano izquierda. En vez de empezar la secundaria, viví como una de las mujeres victorianas sobre las que tanto había leído. Mis padres alquilaron una cama de hospital y la pusieron en el salón, donde me pasaba los días viendo telenovelas. Cuando hacía falta, me subían o me bajaban la cama. No me dejaban ver a nadie; ellos se bastaban para cuidarme. Nada de visitas, nada de familia lejana, nada de gente de la aldea. Me pusieron junto a la ventana que daba al oeste, así que seguí el paso de las estaciones mirando el melocotonero. Tenía una campanita por si necesitaba algo y un orinal. Fue el mejor año y medio de mi vida: no pasó nada.

Pero un día mi madre, mi señora madre, mi doctora madre, dijo:

—Ya estás lista para levantarte. Arriba, te vas al colegio.

Corté una rama del melocotonero y me hice un bastón para caminar un poco alrededor de la casa, para desentumecer las piernas. El cielo, los árboles, el sol: todo era inmenso fuera del marco de una ventana, sin verlo atenuado por una cortina. Me senté en el bordillo, fascinada ante la noche y las estrellas. En la escuela, sin embargo, tuve que aprender a hablar de nuevo. Me volví a encontrar con la chica a la que había atormentado aquella tarde. Estaba igual: la misma ropa, el mismo corte de pelo, los mismos gestos, la misma ausencia de maquillaje, la misma cara blanca y rosa. El resto de las niñas asiáticas ya habían empezado a hacerse el doble párpado con celo, ella no. Seguía siendo capaz de leer en voz alta, aunque, a medida que nos adentrábamos en los años del instituto, cada vez nos pedían menos que lo hiciéramos.

Me equivoqué cuando le dije que nadie se haría cargo de ella. Su hermana se metió a oficinista y no se casó. Ambas vivían con sus padres. No salían de casa más que para ir al cine. La niña callada tenía una red de apoyo. Su familia la protegía como lo habrían hecho en China: si hubieran podido permitírselo, no la habrían mandado al colegio, donde estaba rodeada de extraños, fantasmas, niños.

Teníamos muchos secretos. En sexto, un profesor al que le encantaba explicarnos cosas nos dejó leer nuestros expedientes. En el mío ponía que había suspendido el jardín de infancia y que en primero no tenía coeficiente intelectual, es decir, que era de cero. Recuerdo a la profesora de primero. Nos pidió que hiciéramos una equis en una niña, un niño o un perro. Yo me dediqué a cubrirlos con pintura negra. Aquel año descubrí el control ocular: podía reducir a la profesora hasta hacer que midiera un centímetro. Se

convertía en una cosa minúscula que boqueaba y gesticulaba en el horizonte. En sexto perdí el control del ojo por falta de práctica. El profesor era un hombre generoso.

—Fijaos en las distintas direcciones de vuestros padres y pensad en las veces que os habéis mudado —dijo.

Yo miré los nombres por los que aparecían designados mis padres y sus cumpleaños. Cuando vi el oficio de mi padre, dije:

—Eh, no era granjero, era...

Se había dedicado a apostar, así que mi garganta se obturó, impidiéndome decir nada. Me quedé en silencio ante el profesor más comprensivo que habíamos tenido. Había secretos que no se podían pronunciar ante los fantasmas, secretos de migrantes que podían hacer que nos enviaran de vuelta a China.

A veces odiaba que los fantasmas no nos dejaran hablar. Otras veces aborrecía el secretismo de los chinos.

—No digáis nada —nos advertían mis padres.

Lo cierto era que no habríamos podido decir nada, aunque hubiéramos querido: no sabíamos nada. ¿Era verdad que celebrábamos juicios secretos con nuestros propios jueces y nuestras propias penas? ¿Era verdad que en Chinatown había banderas que señalaban a los polizones que habían llegado a la bahía de San Francisco y que en ellas se indicaban sus nombres y los barcos que los habían traído?

—Madre —pregunté un día—, he oído a los niños hablar de esas banderas. ¿Existen? ¿De qué color son? ¿En qué edificios las cuelgan?

—No, no —negó—, eso no existe. Son rumores. Te crees todos los rumores.

—No voy a decir nada, madre —le aseguré—. Te lo prometo. ¿En qué edificios las ponen? ¿Quién lo hace? ¿Las asociaciones benéficas?

—Ni idea —decía ella.

—A lo mejor en San Francisco hacen eso; aquí no lo hacemos.

—¿Y qué hacemos nosotros? —pregunté.

Pero no nos contaban nada porque éramos niños nacidos entre fantasmas, instruidos por fantasmas. Éramos como fantasmas y ellos se encargaban de recordárnoslo. Los fantasmas son ruidosos y están llenos de aire. Hablan durante las comidas. Charlan sobre cualquier cosa.

—¿Nos mandamos señales con cometas? —insistí—. Sería buena idea, ¿no? Las podríamos hacer volar desde la terraza de la escuela.

«En vez de colgar dragones baratos en la cola —pensé—, sería mejor hacer volar cometas de las caras y que el cielo se viera espléndido con los colores de China. Podríamos distraer a los fantasmas mientras llegaba más gente. Pero sin irnos de la lengua».

—No contéis nada.

En algún momento empezó a circular el rumor de que los servicios de inmigración de Estados Unidos habían establecido oficinas en los Chinatown de San Francisco o Sacramento para que los polizones o cualquiera que no tuviera papeles pudiera ir hasta allí y regularizar su situación. Los inmigrantes debatían sobre si ir o no en conversaciones que eran algo como:

—A lo mejor es buena idea —diría alguien—. Así tendríamos por fin la nacionalidad.

—No seas idiota —le responderían—. Es una trampa: vas diciendo que quieres ponerlo todo en orden y te deportan.

—Qué va —añadiría el primero—. Han prometido que no van a deportar ni a meter en la cárcel a nadie. A cambio de sinceridad y de ir por voluntad propia, la recompensa es la nacionalidad.

—No, qué va —aseguraría el otro—. Fulano se fio y lo deportaron. Y a sus hijos.

—Pero ¿a dónde nos van a mandar? —preguntaría el primero—. ¿A Hong Kong? ¿A Taiwán? Si yo nunca he estado allí. ¿A China? ¿A dónde?

Desde la Revolución, ya no sabíamos cuál era nuestro lugar. La vieja China había desaparecido en nuestra ausencia.

—No digas nada —insistían mis padres—. No vayas a San Francisco hasta que no se hayan marchado.

Miente a los estadounidenses. Diles que naciste el año del terremoto de San Francisco. Diles que tu certificado de nacimiento ardió en el incendio. Y que tus padres también. No llames nunca a la policía, di que aquí no hay ni crimen ni pobreza. Da un nombre distinto cada vez que te detengan. No te preocupes, los fantasmas no nos reconocen. A los recién llegados, págales veinticinco centavos la hora y di que, entre nosotros, no hay paro. Y, por supuesto, di que somos anticomunistas. No importa, los fantasmas tienen mala memoria y una vista muy pobre. El pueblo *han* no se deja acorralar.

¿Cómo íbamos a hablar de las cosas malas si no podíamos comentar las buenas? Teníamos que deducir las fiestas —y qué festivo era— por la comida que nos encontrábamos en la mesa. No nos explicaban nada. Nos acordábamos, eso sí, de que un año atrás habíamos comido comida de monje, o de que había tocado carne y era, por lo tanto, una festividad de la carne. O de que habíamos comido pasteles de la luna o, según un juego de palabras, tallarines

largos para tener larga vida. De pronto, un día mi madre ponía en la mesa un pollo entero, la garganta degollada apuntando hacia el techo y, alrededor, palillos y copas vacías. Claramente, no eran para nosotros: el número no coincidía, y estaban tan cerca que no habríamos podido sentarnos. Eran huecos minúsculos, apenas cabía un ser invisible. Mi madre servía ginebra Seagram's en las copas, esperaba un rato y la devolvía a la botella. Nunca daba explicaciones. Me pregunto cómo se suponía que teníamos que preservar las tradiciones chinas. No nos pedía que prestáramos atención, recogía la mesa antes de que hubiéramos podido registrar nada. Si preguntábamos, se ponían evasivos, se enfadaban, nos mandaban callar. No nos avisaban de que no había que llevar un lacito blanco en el pelo, aprendíamos porque, cuando nos lo poníamos, nos pegaban y nos miraban mal el resto del día. También si agitábamos una escoba o usábamos los palillos como baquetas. Si nos lavábamos el pelo un día concreto, si le dábamos a alguien flojito con una regla, si pisábamos a uno de nuestros hermanos, incluso aunque no estuviéramos con la regla. Íbamos tratando de adivinar a qué se debían los golpes y evitando que volvieran a producirse. En mi opinión, era mejor no tratar de entender nada. «Los dioses a los que evites no te harán daño». No entiendo cómo los chinos han sido capaces de mantener la continuidad de una cultura durante cinco mil años. A lo mejor es que no lo han hecho, a lo mejor se la han ido inventando sobre la marcha. Desde luego, si todo dependiera de las cosas que nos cuentan, no tendríamos ni religión, ni bebés, ni la regla (ni hablar del sexo), ni muerte.

Pensaba que la diferencia entre hablar y no hablar era la misma que entre estar cuerdo o loco. Los locos eran aquellos que no podían

explicarse. Había muchas chicas y mujeres locas. A lo mejor los cuerdos se habían quedado en China para construir una nueva sociedad, una sociedad de la cordura. O a lo mejor el pueblecito del que éramos originarios se había aislado tanto que había acabado por volverse un lugar extraño. No había más chinos que hablaran como nosotros: ni los de Sacramento, ni los de San Francisco ni los de Hawái. Solo en las manzanas que rodeaban a la nuestra había un puñado de chicas y mujeres locas. Y todas eran del pueblo.

Nuestra vecina de al lado podía estar encantada de charlar sobre cualquier cosa —incluso de invitarnos a una «película en el cielo»— y de pronto quedarse callada. Cuando eso pasaba, notábamos un calor plateado que le subía por el cuerpo, un calor que se solidificaba ante nuestros ojos. No hacía ni decía nada, pero daba miedo. Una vez, en mitad de una de esas «películas en el cielo» (cine al aire libre) su marido tiró la radio del coche por la ventana y condujo a toda velocidad hasta la casa. Nuestra vecina fue todo el viaje petrificada; su marido tuvo que abrirle la puerta. Ella, al bajar, cerró de golpe. Entraron en su apartamento y empezamos a oír más portazos. No tenían hijos, así que no eran los niños. Al día siguiente desapareció. La gente dijo que se la habían llevado al psiquiátrico de Napa o al de Agnew. Siempre que una mujer desaparecía, se oían esas palabras entre susurros: Napa, Agnew. Nuestra vecina ya había estado encerrada antes, pero aquella vez su marido puso el piso en alquiler y también se fue. Era la segunda vez que se marchaba; la primera había sido para ir a China a comprar una esposa para casarse con ella. De él decían que se había ido al Medio Oeste; de ella, que estaba en el psiquiátrico. Pasaron un par de años, se fue a buscarla a Napa y la llevó de vuelta a casa. Le había traído un regalo

del Medio Oeste: un niño medio chino medio blanco. La gente decía que era su hijo ilegítimo, pero nuestra vecina estaba feliz de tener, a su edad, un hijo al que cuidar. Feliz, aunque yo alguna vez vi que el niño le pegaba para que le diera juguetes o caramelos. Al final, mi vecina murió feliz, sentada en los escalones de su casa, descansando después de preparar la cena.

Luego estaba la Mary la Loca, perteneciente a una familia de cristianos conversos. Sus padres llegaron a California dejándola a ella atrás, en China, cuando era apenas un bebé. Allí cambiaron el caballo y el carro donde llevaban las verduras por un camión; cuando reunieron el dinero necesario para traer a su hija, esta tenía veinte años y ya estaba loca. «Sabíamos que no sería una niña, pero pensábamos que aún sería lo bastante joven como para aprender inglés y ayudarnos a traducir», decían sus padres. El resto de sus hijos, que ya habían nacido en Estados Unidos, eran normales y podían traducirles a sus padres. Cuando me contaron la historia de Mary, me alegré de haber nacido nueve meses después de que mi madre emigrara. Mary era alta y tenía un antojo en la cara. Se supone que es un signo de buena suerte: un antojo en la cara tira de ti hacia delante; uno en la nuca, hacia atrás. En general, se la veía contenta, pero señalaba cosas que no existían. A mí no me gustaba mirarla, nunca sabía con qué me iba a encontrar, con qué rictus. O con qué sonido —a veces gruñía o se reía a carcajadas—. La cabeza le colgaba hacia delante como a un toro. Miraba a la gente a través del pelo. Para mí, su cara no era más que una mancha blanca; nunca la miraba a los ojos y, además, casi no salía de casa. No era raro verla con arroz en la cara o en el pelo. Su madre se lo cortaba con cuidado alrededor de las orejas y no le

tocaba los pelillos del cuello. A veces iba en pijama, llevaba un jersey marrón mal abotonado o un enorme delantal, no de trabajo, sino un babero. Solía ir en chanclas, enseñando los tobillos gruesos, los talones y los tendones. Ir a su casa me ponía en alerta; no era raro que apareciera detrás de una esquina, con las manos colgando a los lados del cuerpo. Emergía de los rincones oscuros; las casas en las que hay chicas locas suelen tener habitaciones cerradas y las cortinas echadas. Despedía un olor raro, un aroma que no habría sido desagradable si hubiese pertenecido a otra persona. Toda la casa olía igual, como a alcanfor. A lo mejor es que le habían atado alcanfor a la muñeca para regularle el pulso, para curarla. Nuestra madre nos lo hacía a menudo, nos ataba ciruelas pasas rellenas de alcanfor. A veces, en el colegio, se nos soltaban y el alcanfor caía al suelo y nos moríamos de vergüenza. Mary la Loca no mejoró, así que también la mandaron al manicomio y ya no la soltaron más. La familia decía que allí estaba a gusto.

A veces nuestra madre nos hacía ir a un pantano a recoger unas bayas naranjas que llevábamos luego a casa en bolsas y cestas para preparar una sopa con huevo. No era un pantano salvaje, pero había juncos, espadañas, colas de zorro e incluso eneldo y manzanilla amarilla, cuyas flores parecían abejas regordetas. Se decía que alguna gente había seguido los caminos de los vagabundos y había encontrado, entre las hierbas altas, cadáveres. De vagabundos, de suicidas chinos, de niños. Había también un viejo puente ferroviario de madera en el que se posaban los tordos sargento, de hombros naranjas, del mismo color que las bayas. Cuando pasaba uno de esos trenes con máquina de vapor negra, hinchada, casi explotando,

como la caldera de la lavandería, los tordos salían volando y parecía Halloween.

No éramos los únicos que íbamos al pantano a por bayas y plantas: también había una bruja. Uno de mis hermanos la bautizó Pi Ah Na, que no significa nada. De todas las locas, era la más conocida, la tonta del pueblo. Nuestra madre la mantenía a raya. Se ponía entre nosotros y ella y le decía «Déjanos tranquilos» o «Buenos días» y Pi Ah Na se marchaba. Cuando íbamos solos, sin embargo, nos seguía. «¡Pi Ah Na!», gritábamos mientras corríamos, aterrados, por los caminitos de los vagabundos, por la vía del tren y por la calle. Los niños decían que hacía cosas de bruja, que hervía cosas, despedazaba cosas, transformaba cosas. Que aquello era lo que nos haría si nos atrapaba.

—Te tocará el hombro y dejarás de ser tú. Te convertirás en un pedacito de vidrio en la acera, apenas si podrás brillar y hacerle guiños a la gente que pase.

Llegaba al pantano a lomos de una escoba que llevaba entre las piernas. Se maquillaba una mejilla de rojo y otra de blanco. Tenía el pelo negro a pesar de su edad, un pelo que era un conjunto de masas resecas que se elevaban y caían hacia los lados. También llevaba un sombrero de pico y varias capas, chales, jerséis abotonados a la garganta como si fueran capas, con las mangas volando tras ella como pieles de chorizos. No iba al pantano en busca de las plantas que le servían, como hacíamos nosotros, sino que se llevaba puñados de hierbajos, tubérculos y espadañas. A veces usaba la escoba como bastón en vez de cabalgar sobre ella. En otoño (era algo digno de ver en esa estación) corría «más rápido que las golondrinas» y, al desprenderse las semillas de las

espadañas, una nube blanca la seguía a todas partes, como si las hadas volaran sobre su cabeza. Era una estela de color y un aleteo de capas; era una bruja enfadada, no una feliz. Estaba llena de rabia. No era un hada, era un demonio. A pesar de tener la cara llena de arrugas, corría muy rápido, como un niño. Nos asaltaba entre los arbustos, entre los coches, entre los edificios. Nos prometimos que, cuando nos persiguiera, nunca correríamos hacia nuestra casa, sino en la dirección opuesta. No queríamos que supiera dónde vivíamos. Si no éramos capaces de despistarla, al menos moriríamos sin arrastrar a los demás. Una vez vio a mi hermana en el jardín, abrió la puerta de la verja y empezó a perseguirla por las escaleras. Mi hermana se puso a dar gritos y a golpear la puerta. Nuestra madre abrió de inmediato, volvió a cerrar y echó el pestillo. Parecía asustada. Tuvo que hacerle sus cánticos a mi hermana para que se le pasara el miedo. Por suerte, Pi Ah Na tenía mala memoria y no volvió a casa. Yo, a veces, cuando veía moverse los juncos al viento, temía que fuera ella. Un día nos dimos cuenta de que hacía tiempo que no la veíamos. Nos olvidamos de ella. Seguramente, también la mandaron al manicomio.

Yo me había hecho una pluma para escribir con la cola de un pavo; dejé de usarla cuando me di cuenta de que se parecía a una de las plantas de un solo ojo del pantano.

En aquella época, pensaba que en todas las casas había una mujer o una chica loca, que todo pueblo tenía su tonta. ¿Quién sería la de nuestra casa? Quizá yo. Mi hermana no empezó a hablar con gente que no fuera de la familia hasta un año después que yo, pero era muy prolija, mientras que yo era un desastre y llevaba siempre el pelo sucio y lleno de polvo. Rompía cosas con mis manos sucias. Y

estaba lo de la enfermedad misteriosa, claro. También hablaba con gente que vivía en mi cabeza, con aventureros, con los que me volvía una persona frívola y violenta, una huérfana. Era blanca, pelirroja y montaba un caballo blanco. Me di cuenta de que pasaba mucho tiempo viendo aquellas películas en mi cabeza y lo hablé con mi hermana. Quería saber si era normal oír voces en el ronroneo de los motores y ver pelis de vaqueros en las paredes.

—Esto... —dije, tratando de sonar despreocupada—. ¿Hablas con gente que solo existe en tu cabeza?

—¿Que si hago qué? —preguntó ella.

—Nada, déjalo —solté inmediatamente—. Déjalo, no he dicho nada.

Mi hermana, casi mi gemela, la persona que más se parecía a mí en el mundo, me había dicho: «¿Qué?».

Tenía pesadillas con que era un vampiro. Cada noche me crecían los colmillos; me salieron unas alas de ángel cada vez más negras y puntiagudas. Cazaba humanos en los bosques, los cubría con mi sombra. De los ojos me goteaban lágrimas y, de los colmillos, sangre; sangre de los que, en teoría, eran mis seres queridos.

No quería ser la loca de nuestra familia. A veces venían a casa mujeres grandes y ruidosas.

—Cuando vendas a esta, avísame, quiero que sea mi criada —decían, y se reían.

Siempre lo decían de mi hermana, nunca de mí, porque yo rompía platos y me llevaba la mano a la nariz mientras cocinaba o servía la comida. A pesar de que teníamos una lavandería, siempre iba arrugada. Y era cada vez más y más rara. Empecé a fingir cojera.

Además, claro, cabía la posibilidad de que mi misteriosa enfermedad volviera en algún momento.

En Estados Unidos me había vuelto invendible, pero a mis padres les valía con esperar a que volviéramos a China, el lugar donde todo era posible, para deshacerse de nosotras, incluso de mí; allí yo sería vendible, casable. Por eso, cuando los mayores lloraban al leer, en las cartas que nos llegaban, que sus vecinos se habían vuelto comunistas despiadados —«Danzan bailes raros, cantan canciones extrañas, en sílabas. Nos obligan a cantar y bailar»—, yo me alegraba en secreto. Mientras mis tías no dejaran de desaparecer, mientras mis tíos murieran entre torturas innombrables, mis padres se quedarían en California. Y podríamos empezar a gastarnos los ahorros para los pasajes: comprar un coche, sillas, un equipo de música. Nadie nos escribió para decirnos que al propio Mao lo habían prometido a una mujer mayor que él cuando era niño y que estaba sacando a mujeres de las cárceles, presas por rechazar a los empresarios que sus padres les habían designado como maridos. Nadie nos dijo que la Revolución (la de la Liberación) se oponía a que las niñas fueran objeto de esclavitud e infanticidio —cuando nacía un niño, muy al contrario, la costumbre era hacer una fiesta en el pueblo—. Las mujeres ya no tendrían que elegir entre el marido que les habían asignado y el suicidio. Que el comunismo sea la luz que ilumina la casa de una niña en su cumpleaños.

Mis padres compraron un sofá. Luego una alfombra, unas cortinas. Después sillas, con las que fueron sustituyendo las cajas de fruta en las que nos sentábamos, que recuperaron su antigua función. Yo asistía a todas esas compras. Bien. Al comienzo del segundo plan quinquenal de los comunistas, compraron un coche. Al mismo

tiempo, nuestros parientes y la gente del pueblo se iban preocupando cada vez más de la cantidad de niñas en nuestra familia. Teníamos tres primas segundas: ni un niño. Su bisabuelo era hermano de mi abuelo. Era el mayor de su casa; nuestro tío abuelo, el pirata de río, era el de la nuestra. Cuando mis hermanas y yo comíamos con nuestras primas, el viejo abría los ojos y nos recorría a las seis con la mirada. Se le tensaban los tendones del cuello.

—¡Gusanos! —gritaba—, ¡gusanos! ¿¡Y mis nietos!? ¡Quiero nietos! ¡Dadme nietos! ¡Gusanos! —Nos iba señalando una a una—: ¡Gusano! ¡Gusano! ¡Gusano! ¡Gusano! ¡Gusano! ¡Gusano! —Luego volvía a su plato. Comía a toda velocidad—. Comed, gusanos —decía —. Mira cómo mastican los gusanos.

La primera vez que lo vimos, las chicas nos contaron, en inglés, que el viejo siempre hacía lo mismo.

—Ya —dijimos—, el nuestro también nos odia. Vaya capullos.

El tercero de nuestros tíos abuelos por fin recibió un niño, su único bisnieto, y sus padres y él le compraron juguetes. Compraron, de hecho, de todo: pañales, pantalones de plástico nuevos... Nada de pañales hechos a mano, nada de bolsas para el pan. Organizaron fiestas durante un mes entero. Invitaron a todos los del pueblo. Con las niñas no lo habían hecho, claro, para que nadie se diera cuenta de que habían tenido una hija más. Pero a nuestro primo le compraron camiones de juguete tan grandes que él cabía dentro. Cuando creció, le compraron también una bicicleta; a las niñas les dejaron jugar con su antiguo triciclo y su camión. Mi madre les compró a sus hermanas una máquina de escribir.

—Pueden ser mecanógrafas —repetía su padre, pero no les compraba la máquina. Así que se la regaló mi madre.

—Menudo gilipollas —decía yo entre dientes, igual que mi padre decía «vómito de perro» cuando los clientes le daban por saco porque aseguraban que les había perdido un calcetín.

No sé si mi madre me cortó la lengua porque tenía miedo a que dijera esa clase de cosas. Hubo una época en que se empeñó en enderezarme, en arreglarme la voz. La mujer del hombre más rico de nuestro pueblo vino un día a la lavandería a ver cómo hablaba.

—Más vale que hagas algo con esta —le dijo a mi madre—. Tiene una voz fea, grazna como un pato estrujado.

Me miró con una dureza innecesaria, teniendo en cuenta que un chino no tiene por qué hablarle directamente a un niño.

—Tienes lo que solemos llamar «voz de pato estrujado», niña —dijo.

Aquella mujer era la que se encargaba de ponernos los nombres en inglés. Tenía el poder de nombrar, aunque los nombres chinos estaban reservados a mis padres. En mi caso, tenía razón: al apretar el pato que teníamos colgado, para que se secara, en la ventana de casa que daba al este, hacía el mismo sonido que yo. Aquella mujer tenía tal poder que todo migrante o descendiente de migrantes debía estar agradecido a su familia por traernos y encontrarnos trabajo. Y acababa de ponerle nombre a mi voz.

—No —grazné—, no es verdad.

—No respondas —me regañó mi madre.

Pensé que a lo mejor aquella mujer era tan poderosa que nos podía mandar de vuelta a China.

Me fui a la parte delantera de la lavandería y me puse, ignorando cualquier regla del decoro, a trabajar con tanto ahínco que ni me di cuenta de cuándo se fue.

—Que mejore esa voz —le había dicho a mi madre— o no la casarás nunca. Ni siquiera los medio fantasmas, los tontitos, la querrán.

Así descubrí cuál era el plan para quitársenos de en medio: casarnos allí, no esperar a volver a China. Las mentes campesinas de nuestros paisanos siempre acababan desembocando en el matrimonio. De noche, cuando volvíamos de la lavandería, nuestros paisanos tendrían que haber estado en sus casas, durmiendo, pero estaban todos en la calle iluminada, frente a los centros benéficos. Los niños nos poníamos de puntillas o nos subíamos unos a otros y veíamos cómo los focos iluminaban a unas personas altas entre brillos de lentejuelas. Eran cantantes.

—¡Una ópera de San Francisco!

—¡Una ópera de Hong Kong!

En general, no entendía lo que decían en las óperas, no sé si porque nuestro dialecto era muy particular, porque lo era el suyo o por otro motivo. Un día oí una frase, clara como el hielo, cantada por una voz de mujer, atravesando la noche. Estaba de pie en una silla y cantaba: «Pégame, entonces, pégame». El público lloraba de risa mientras sonaban los címbalos —la risa del dragón de cobre— y los tambores retumbaban como petardos.

—Acaba de entrar en una familia como nuera —nos explicó mi madre.

—Pégame, entonces, pégame —cantaba una y otra vez.

Debía de ser el estribillo: cada vez que lo repetía, el público estallaba en risas. Los hombres se reían, las mujeres también. Lo estaban pasando en grande.

—Antes, en China, se untaba a las nueras malas en miel y se las ataba, desnudas, junto a un hormiguero —nos contó mi padre—. Un hombre puede matar a su mujer, si lo desobedece. Eso decía Confucio.

Confucio, el hombre de la razón.

A mí me parecía que la cantante tenía la misma voz que yo cuando hablaba, pero todo el mundo decía «Oh, qué maravilla, qué maravilla» cuando cantaba agudo.

De vuelta a casa, nuestras paisanas, las ruidosas, iban negando con la cabeza y cantando una cancioncilla del pueblo que las hacía reír a carcajadas.

> Te casas con un gallo, sigues a un gallo.
> Te casas con un perro, sigues a un perro.
> Te casas con una mano, te casas con un mortero.
> Sé fiel, síguelo.

Descubrí que había hombres jóvenes que ponían anuncios en el *Gold Mountain News* para encontrar esposa porque mis padres empezaron a responderles. Comenzaron a aparecer trabajadores nuevos en la lavandería: estaban una semana y desaparecían. Comían con nosotros. Hablaban chino con mis padres; a nosotras, no nos dirigían la palabra. Teníamos que llamarlos «hermano mayor» aunque no eran familia. Eran tipos curiosos, RBB, Recién Bajados del Barco, como los niños chinoamericanos del cole llamaban a los nuevos migrantes. Llevaban pantalones grises de tiro alto y camisas blancas remangadas. No eran capaces de enfocar la mirada, movían los ojos de un lado a otro. Y dejaban la boca colgando en vez de apretar la mandíbula para parecer más masculinos. Se afeitaban las

patillas. Las chicas decían que jamás saldrían con un RBB. Mi madre una vez trajo a casa uno de los de la lavandería y se puso a enseñarle fotos nuestras.

—Esta —dijo al tiempo que cogía una foto de mi hermana.

—No, esa no —se negó mi madre, ofreciéndole la mía—. Esta. La mayor primero.

Yo era un obstáculo, estaba bien: así protegería a mi hermana a la vez que a mí. Mis padres y el RBB se sentaron a la mesa de la cocina. Rompí dos platos. Fui a por mi bastón y me paseé cojeando. Hice un gesto raro, se me enredó la mano en el pelo, le derramé sopa encima al pasarle el cuenco.

—Pero sabe coser —dijo mi madre— y barrer.

Así que me puse a barrer y levanté remolinos de polvo bajo la silla del RBB, lo que traía muy mala suerte por el tema de los espíritus que viven en las escobas. Me puse unos zapatos con la suela descosida y caminé haciendo ruido como un fantasma borracho. Resolví que en adelante llevaría esos zapatos a las fiestas en las que las madres se juntan a hablar de matrimonio. Ni el RBB ni mis padres me prestaron atención —medio fantasma, medio invisible—, pero cuando el chico se marchó, mi madre me gritó por la voz de pato, por la mala leche, por la vagancia, por la torpeza, por la estupidez que me había causado leer tanto. Dejaron de venir jóvenes a casa.

—¿Podrías dejar de pasarte la mano por la nariz? —me regañaba —. Todas las mujeres del pueblo hablan de tu nariz. No quieren comerse nuestros pasteles por si tú has hecho la masa.

Yo había llegado a un punto en el que ya no habría podido parar, aunque quisiera: hasta se me había doblado el puente de la nariz.

Mis padres, claro, no se rindieron.

—No puedes verlo —me decía mi madre—, pero hay un hilo rojo que va de tu tobillo al de la persona con la que te vas a casar. Ya ha nacido, está atado a la otra punta del hilo.

En el colegio chino había un chico retrasado que me seguía a todas partes. Seguramente pensaba que era como él. Su cara era enorme. Gruñía. Su risa brotaba de un lugar tan recóndito de su grueso cuerpo que su cara no entendía qué eran esos sonidos que le llegaban a la boca, si risas o llanto. Ladraba, infeliz. No iba a clase, se quedaba en el patio. Los niños sospechábamos que era un adulto. Llevaba pantalones caqui anchos, como los de un hombre. Traía bolsas llenas de juguetes y se los daba a ciertos elegidos. Nos conseguía lo que quisiéramos: los últimos juguetes, tantos como nuestra pobreza pudiera imaginar. También los que siempre habíamos querido y nunca tuvimos. Hacíamos listas, debatíamos, las cotejábamos. Los niños a los que no regalaba nada pasaban sus listas a los elegidos.

—¿De dónde sacas los juguetes? —le pregunté un día.

—Yo... tengo... tiendas —rugió, palabra por palabra, con su gruesa lengua.

Le dábamos las listas y al día siguiente nos juntábamos en el recreo y nos daba libros para colorear, pinturas, figuritas. Otras veces nos perseguía. Corría con sus brazos gordos extendidos a ambos lados del cuerpo, los dedos gordos abriéndose y cerrándose, las piernas rígidas como las del monstruo de Frankenstein o como una momia que arrastra los pies. Gruñía, reía, lloraba. Nosotros corríamos. Seguíamos la regla de siempre: nunca en dirección a casa.

No sé cómo descubrió dónde trabajábamos. Quizá nos siguió en uno de sus paseos sin rumbo. Empezó a entrar a la lavandería. En los negocios, era normal que se invitara a la gente a pasar a sentarse. Nosotros no teníamos una zona con sillas: hacía mucho calor allí y, además, estaba fuera de Chinatown. Sudaba, jadeaba, y los pocos pelos que tenía en la barba subían y bajaban con su papada. Arrastraba dos cajas de cartón, las apilaba y se sentaba encima. Saludaba a mis padres, balanceaba un poco la cabeza y se aupaba con cuidado a sus cajas. Mis padres lo permitían, no lo echaban ni decían nada sobre lo raro que era. Yo dejé de pedirle juguetes y de cojear. No quería que a mis padres se les ocurriera casarme con aquel zombi.

Estudiaba mucho, sacaba dieces, pero nadie parecía darse cuenta de que no tenía nada que ver con aquel monstruo, con aquel error de la naturaleza. En el colegio ya había citas, bailes, pero las buenas chicas chinas estábamos excluidas.

—No basta con que te desarrolles mentalmente, tienes que hacerlo también a nivel social —me decían los profesores estadounidenses, llevándome a un lado.

No le hablé a nadie del monstruo. De todas formas, no había nada de que hablar, no se hablaba, ni de los trabajadores que aparecían y desaparecían en la lavandería ni de él. A lo mejor estaba todo en mi cabeza, quizá nadie más tenía ideas extrañas sobre el matrimonio. Decidí que era mejor callarme. No dar ideas. No decir ni mu.

En la lavandería, planchaba: bóxeres de gente gigante, ropa interior larga, incluso en verano, camisetas, sudaderas. Las lavanderías son para hombres solteros. Empecé a sentir un malestar en la espalda porque sabía que el monstruo que regalaba juguetes

me iba detrás. Sentía que los gérmenes de su estupidez llegaban hasta mí y reducían mi coeficiente intelectual. Era una sanguijuela que se alimentaba de la inteligencia de la parte posterior de mi cerebro. Ajusté mis turnos para que mis hermanos estuvieran por las tardes, cuando solía aparecer, pero descubrió mi estratagema y empezó a aparecer más tarde, en el turno menos caluroso. Volví a las tardes y a algunas mañanas los fines de semana y en verano. Lo esquivaba. Le pedí a mi hermana que estuviera siempre conmigo; quería protegerla, aunque no se lo dije. No quería asustarla si no se había dado cuenta.

—Vamos a aprovechar la mañana para limpiar la casa —le decía.

Nuestra otra hermana era un bebé, no había nada que temer. Tampoco con los chicos. Pero aquel homúnculo vagaba a cualquier hora por nuestra calle. Pegaba su gorda cara sonriente al cristal de la lavandería y, cuando me veía trabajando, entraba. Por las noches, me parecía oír que arrastraba los pies alrededor de nuestra casa, que raspaba la gravilla. Me incorporaba en la cama y me concentraba en el sonido de nuestra perra, que vigilaba el jardín arrastrando la larga cadena tras de sí. Decidí que tenía que hacer algo con aquella cadena: no quería que le rozara el cuello, que le hiciera daño. ¿Por qué no ladraba? A lo mejor había alguien ganándosela con pedazos de carne cruda. No podía pedir ayuda.

Aquel armatoste se servía todos los días, invariablemente, un vaso de la máquina de agua fría e iba una sola vez al baño, tambaleándose entre las planchas de la parte de atrás de la lavandería, arrastrando sus enormes pies. Mis padres se preguntaban qué habría en las cajas. ¿Juguetes? ¿Dinero? Al oír la

cisterna, se callaban. Un día pasó mucho tiempo en el baño o se fue a dar un paseo sin las cajas, no lo supe.

—Vamos a abrirlas —dijo mi madre, y así lo hizo.

Yo también me asomé. Las cajas estaban llenas de porno: revistas, postales, fotos.

Era de esperar que mi madre lo echara después de aquello. En vez de eso, dijo:

—Madre de Dios: es tonto, pero no tanto como para no interesarse por las mujeres.

Las señoras del barrio decían que era tonto pero muy rico.

Tenía —no sé si porque de pequeña me hicieron aquel corte en la lengua— una lista mental de más de doscientas cosas que le quería decir a mi madre: para que supiera la verdad sobre mí, para que me desapareciera el dolor de garganta. La primera vez que hice recuento, eran solo treinta y seis. Quería contarle, por ejemplo, que había rezado por tener un caballo blanco —el color malo, el del luto — y que mis oraciones me habían hecho fijarme en el Dios de las monjas, en aquellos seres blancos y negros que nos daban estampas de santos en el parque. Que quería el caballo para que las películas de mi cabeza se convirtieran en realidad. Que había atacado a una niña hasta hacerla llorar. Que había robado en la caja registradora de la lavandería y había comprado caramelos para todo el mundo: no solo para mis hermanos, sino también para desconocidos, incluso para niños fantasma. Que fui yo quien arrancó las cebollas del huerto porque estaba enfadada. Que aquella vez que me tiré de cabeza desde el armario no me caí, que lo hice porque quería volar.

Quería hablarle de las peleas en el colegio chino. Y de las monjas que nos abordaban en el parque frente al colegio para decirnos que, si no nos bautizábamos, íbamos a ir a un infierno que era como uno de los nueve infiernos taoístas. Y del desconocido que llamaba a casa cuando los adultos estaban en la lavandería para decirnos guarradas. Y de las niñas mexicanas y filipinas del colegio que iban a «la confesión», de cómo envidiaba sus vestidos blancos y que tuvieran la posibilidad de contar, cada sábado, lo que pensaban, incluso sus pensamientos más pecaminosos.

Pensaba que, si era capaz de hacer a mi madre partícipe de la lista, ella —el mundo entero— empezaría a parecerse más a mí y no volvería a estar sola. Decidí que, cada día, me acercaría a ella cuando estuviera sola y le diría una de las cosas de la lista. Así terminaría en menos de un año. Si lo pasaba muy mal o ella se enfadaba muchísimo, haría como las chicas católicas: le contaría cinco cosas a la semana. Incluso así, en menos de un año habría terminado. Quizá incluso en diez meses. El mejor momento, cuando mi madre estaba más tranquila, era por las tardes, ya casi de noche, cuando se ponía a almidonar las camisas blancas. La lavandería ya estaba limpia, ya habían barrido y fregado los suelos de madera gris y ella empapaba, con calma, las camisas en un barreño de almidón. A esa hora, mi padre y mis hermanos se dedicaban a sus tareas: remendar, doblar, guardar. El aire ya estaba más fresquito y se veía el vapor que salía del barreño de almidón. Era el momento perfecto para hablar con ella.

Otra cosa que le quería preguntar —de nuevo— era por qué las mujeres de nuestra familia teníamos partida la uña del meñique del pie izquierdo. Cada vez que les preguntábamos, mis padres se

miraban avergonzados. Una vez me pareció oírles decir: «Queda algo de ella». Me imaginé que una antepasada se había golpeado el meñique y se había caído huyendo de un violador. Quería preguntarle a mi madre si había acertado.

Una tarde me puse de cuclillas entre la pared y la cesta de camisetas. Había decidido empezar por el primer elemento de la lista: una vez aplasté una araña contra una de las paredes blancas de la casa. Fue la primera vez que maté. Miré a mi madre y hablé con voz clara:

—Una vez maté una araña.

No pasó nada. No me pegó ni me tiró almidón. A mí también me sonó irrelevante. Era raro: pensar en matar me hacía notar algo tan fuerte en la mano y en el cuerpo que sentía que me moría. Decidí continuar, hacerle entender la importancia de lo que le había contado.

—Todos los días iba a mirar la manchita en la pared —dije—. Fue en la casa antigua, la que dejamos cuando cumplí cinco años. Iba todos los días a mirar, a estudiar la mancha.

No dijo nada, siguió estrujando las camisas, así que me marché aliviada. Me sentía bien. Ya solo quedaban doscientos seis elementos en la lista. Al día siguiente tuve mucho cuidado de no hacer nada que pudiera añadirse a la lista, de no volver a doscientos siete. La idea era ir contando cosas de menos importancia para prepararla para lo de la chica del baño y lo de que había disfrutado del tiempo que estuve en cama el año que estuve enferma. Si seguía siendo tan fácil, podría empezar a contarle dos al día, quizá una de las duras y una de las otras. Podía hacerlo. Lo haría en orden cronológico o de importancia, según lo que me apeteciera. La segunda noche le conté

que había pasado un tiempo lanzándole indirectas a una niña fantasma, hablándole de las ganas que tenía de tener una muñeca para mí sola, hasta que me regaló una cabeza y un cuerpo y pude pegarlos. Le expliqué que la niña no lo había hecho por generosidad, sino por mis indirectas.

La quinta noche —me había saltado dos a modo de premio por lo bien que lo estaba haciendo— decidí que ya era hora de contarle algo fuerte. Elegí lo del caballo blanco. Me puse a su lado, abrí la boca y lo que salió fue la voz de pato, que nunca usaba con mi familia.

—Mamá —empecé, con esa voz con la que nunca me había dirigido a ella—, ¿cómo se dice cuando alguien habla a las cabezas de los sabios? No, de los sabios no, de los budas... no de gente real, como los budas, sino gente que vive en el cielo y nunca vuelve a convertirse en persona... Bueno, cuando la gente le habla bajito al jefe de todos ellos, cuando le hablan bajito y le piden cosas, ¿cómo se llama? ¿Son como magos? ¿Cómo se llama cuando hablas con el jefe de los magos?

—Supongo que «hablar con el jefe de los magos» —dijo mi madre.

—Pues eso hice —confesé—, sí, eso. Eso es, hice eso, hablé con el jefe de los magos, le pedí un caballo blanco.

—Mmm... —empezó, como para decir algo más, pero se limitó a escurrir una camisa.

Había dicho lo que tenía que decir, pero era como si no me hubiera escuchado.

Quizá no me hubiera entendido. A lo mejor tenía que ser más explícita. Odiaba aquello de confesar, pero seguí:

—Me arrodillé ahí, junto a la cama del dormitorio de la lavandería y alargué los brazos al cielo, igual que había visto en un cómic —una noche oí un monstruo que atravesaba la cocina y le prometí al dios de las películas, el dios de los mexicanos y los filipinos, el dios de «Dios bendiga América» que, si me salvaba, no volvería a leer un solo cómic. No cumplí la promesa; eso también se lo tendría que contar a mi madre—. En esa posición absurda, pedí tener un caballo —terminé.

—Mmm... —musitó.

En las dos noches que me había permitido no confesar, había seguido yendo a sentarme junto a ella, pero sin abrir la boca.

—Madre —dije, en un graznido quebrado.

—No soporto lo que estás haciendo —dijo, mirándome a los ojos, dejando de estrujar—. Esta palabrería absurda todas las noches. Me gustaría que pararas. Vete a trabajar. Deja de venir a susurrarme cosas sin sentido. Es una locura. No quiero oír tus locuras.

Así que paré. En cierto sentido, me sentí aliviada. Cerré la boca, pero seguía notando que había algo vivo en mi garganta, mordiéndola y desgarrándola a bocados. Sabía que pronto la lista tendría trescientos elementos, que sería tan larga que no me daría tiempo a recitársela a mi madre antes de que muriera.

La había interrumpido en su único momento de paz, en el momento en que la caldera y las planchas descansaban y el aire fresco de la noche aireaba la lavandería. Solo se oían las polillas y los grillos, no había clientes. Quizá mi madre aprovechaba ese momento de almidonar las camisas para estar con la gente de su propia cabeza. Eso explicaría por qué la sentía distante, por qué no me prestaba atención.

—Déjame en paz —me dijo.

El armatoste, el hombre encorvado, empezó a aparecer con una caja más para apoyar los pies. Les daba palmaditas a las cajas y se quedaba ahí, como esperando algo, doblado sobre su montón de basura. A mí me dolía todo el rato la garganta, tenía las cuerdas vocales tan tensas que sentía que me iban a reventar. Una noche había tanto ajetreo en la lavandería que tuvimos que trabajar todos y acabamos cenando ahí, alrededor de la mesita redonda. Aquel día la garganta se me destrabó de golpe. Me puse de pie y me largué a hablar o balbucear. O las dos cosas. Miré a mis padres y grité:

—Quiero que le digáis a ese engendro, a ese gorila, que se vaya y no vuelva más. Sé lo que estáis maquinando: pensáis que él es rico y que nosotros somos pobres. Pensáis que somos raras y feúchas, que no somos inteligentes. Pensáis que nos podéis entregar a un monstruo. Más te vale que no, madre. No quiero verlo mañana, ni a él ni sus cajas llenas de porquerías. Si lo veo una sola vez más, me largo. De hecho, me voy a ir de todas formas. Me voy, ¿me oís? A lo mejor soy fea y torpe, pero os voy a decir una cosa que no soy: retrasada mental. Mi cerebro funciona a la perfección. ¿Sabéis lo que dicen los fantasmas profesores? Que soy lista, que puedo conseguir becas, ir a la universidad. Ya he echado los papeles. Soy lista. Puedo hacer lo que quiera. Saco dieces, dicen que puedo ser científica, matemática, si quiero. Que puedo ganarme la vida. Así no tendréis que buscar a un idiota que no se dé cuenta de que le estáis proponiendo un mal negocio. Soy tan lista que me piden que escriba diez páginas y escribo quince. Hago cosas de fantasma mejor que

los propios fantasmas. Hay gente que no piensa que no valgo nada. No me vais a vender como esclava ni como esposa. Aunque fuera idiota o dijera tonterías o tuviera una salud débil, no dejaría que hicierais de mí una esclava o una esposa. Me voy de aquí, no aguanto más. Es culpa vuestra que hable raro. Si suspendí la guardería fue porque no me enseñasteis inglés. Me impusisteis un coeficiente intelectual de cero. Pues lo he mejorado. Dicen que soy lista. En el colegio, las cosas siguen un orden. Nos dan historias y nos enseñan a convertirlas en ensayos. No necesito que nadie pronuncie el inglés por mí. Lo hago sola. Voy a conseguir una beca, me marcho. Y en la universidad elegiré a mis amigos. Y me dará igual si su tatarabuelo murió de tuberculosis. Y me dará igual si hace cuatro mil años fueron nuestros enemigos en China. Así que libraos de ese simio. Voy a ir a la universidad. Y voy a dejar la escuela china. Me voy a presentar a delegada en la escuela americana, o a algún otro cargo, y voy a apuntarme a un club. Voy a tener tantos cargos y clubes en el currículum que entraré en la universidad. Además, no soporto la escuela china: los niños son un desastre, se pasan la tarde peleándose. Y no quiero saber nada de vuestras historias. No tienen lógica. Hacen que se me mezcle todo en mi cabeza. Nos mentís contándonoslas. Al terminar, no nos decís si pasó de verdad. Y no sé cómo averiguarlo. Ni siquiera sé vuestros verdaderos nombres. No sé qué es real. ¡Ja! Me cortasteis la lengua, pero no habéis conseguido que me calle.

Así salieron las diez o doce cosas más fuertes de mi lista, reventando todas a la vez.

Por supuesto, mi madre, que es una gran habladora, no dejó de gritar ni un momento mientras yo decía aquello:

—Te corté la lengua para que hablaras más, no menos, idiota. Y sigues siendo tonta. Entiendes las cosas al revés. Nunca he dicho que te fuera a casar con nadie. ¿Cuándo he dicho eso? ¿Cuándo he sacado ese tema? Los chicos de los anuncios del periódico eran para tu hermana, no para ti. A ti, ¿quién te iba a querer? ¿Quién ha dicho que podamos venderte? No puedes vender a una persona. ¿O es que no entiendes las bromas? No distingues las bromas de la realidad. No eres tan lista, no te das cuenta de qué es verdad y qué no.

—¡No voy a casarme! ¡Nunca! —chillé.

—Pero ¿y quién se iba a querer casar contigo? —dijo—. Eres ruidosa. Hablas como un pato. Eres desobediente. Torpe. Y ya sabía lo de la universidad. ¿De verdad te crees que eres la primera en pensar en ese tema? Yo fui doctora. Fui a una escuela de Medicina. No veo por qué tendrías que ser matemática. No veo por qué no puedes ser médica, como yo.

—No soporto a la gente que tiene fiebre. O que delira. O que está saliendo de la anestesia —dije—. Pero tampoco he dicho que quiera ser matemática. Eso es lo que dicen los fantasmas. Yo quiero ser leñadora y periodista.

Ya que estaba, seguí con la lista:

—De día voy a talar árboles y por la noche escribiré sobre la madera.

—Y —replicó ella— ¿para qué te hace falta ir a la universidad, entonces? Todo el mundo manda a sus hijas a una escuela de mecanografía. «Si quieres ser una chica americana, aprende a escribir a máquina». Las primas y las chicas del pueblo van a esas escuelas.

Se me había desordenado la lista en la cabeza. La decía en voz alta y me daba cuenta de que algunas cosas tenían más de diez años, que habían perdido el sentido.

—Y deja a mi hermana en paz —grité—. Si vuelves a lo de los anuncios, me la llevo conmigo.

Seguía hablando y hablando, tenía voz como de ópera china. Incluso oía los tambores, los címbalos, los gongs y las trompetas.

—Pero si eres tú la que deja solas a sus hermanas pequeñas —dijo—, cuando te las llevas por ahí. Ya he tenido que llamar dos veces a la policía por tu culpa.

Gritaba cosas que yo tenía planeado decirle: que había llevado a mis hermanas a explorar casas de gente desconocida, casas de niños fantasma y encantadas y ennegrecidas por el fuego. Una vez nos metimos en casa de unos mexicanos y otra en la de unos pelirrojos. No nos metimos en casa de los gitanos, que yo solo había visto en mis ensoñaciones. Explorábamos también el pantano, donde encontrábamos los refugios de los vagabundos. Seguramente mi madre nos habría seguido alguna vez.

—Has salido muy rara —dijo—. Te puse la lengua a punto para que fueras más encantadora. Y ni siquiera saludas a nuestros paisanos.

—Ellos nunca me devuelven el saludo —repliqué.

—No tienen por qué responder a un niño —explicó mi madre—. Cuando seas mayor, te dirán hola.

—Cuando esté en la universidad —dije—, va a dar igual si soy o no encantadora. Y, además: da igual si alguien es feo mientras pueda hacer los deberes.

—Yo nunca he dicho que seas fea —respondió.

—Lo dices todo el tiempo —dije.

—Es lo que me toca decir —explicó—. Es lo que decimos los chinos. Nos gusta decir lo contrario de lo que hay.

Me pareció que le dolía decirme aquello. «Una cosa más para la lista», pensé, y sentí desconcierto y soledad ante la idea de que, mientras recitaba mi lista, creciera. De que no hubiera un oyente perfecto. De ser la única oyente.

—¡He Ji Gui! —gritó—. He Ji Gui, vete de aquí. Lárgate, He Ji Gui, lárgate. Sabía que acabarías siendo malo. He Ji Gui.

Mis hermanos ya se habían levantado de la mesa y mi padre no me había dirigido la palabra.

Hay que tener cuidado con lo que se dice. Acaba por pasar. Acaba por pasar. Tenía que irme de casa para ver el mundo de forma lógica, usarla como una nueva manera de ver. Aprendí a creer que los misterios tienen una explicación. Me gustan las cosas sencillas. Vomito cemento con el que cubro los bosques de autovías y caminos. Que me den plástico, tablas periódicas, cenas frente a la tele en las que no haya nada más complicado que unos guisantes con dados de zanahoria. Que la luz llegue a los rincones más oscuros. Nada de fantasmas.

He estado buscando esa palabra, «He Ji Gui», que es como nos llama la generación de nuestros padres. Fantasmas «He Ji».

—Bueno, He Ji Gui —dicen—. ¿Qué tontería has hecho esta vez?

—Mira, mira qué He Ji Gui —dicen, independientemente de lo que hagamos.

Era más complejo —es decir, peor— que cuando nos llamaban «perro», que podía decirse de forma cariñosa, sobre todo a los chicos. A las chicas nos llaman «cerda» o «cerda maloliente»,

siempre con voz de enfado. Mi tío abuelo, el pirata fluvial, llamaba He Ji Gui hasta a mi hermano, que era el que mejor le caía. Aquel gusano le gritaba «¡He Ji Gui!» hasta al varón. No le podía preguntar el significado a nadie que no fuera a regañarme o a reírse de mí, así que me puse a investigar en los libros. Hasta ahora he reunido las siguientes traducciones posibles de He y de Ji: 'ciempiés', 'larva', 'bastardo de carpa', 'insecto que trina', 'azofaifa', 'lavandera blanca', 'cedazo', 'féretro sacrificial', 'nenúfar', 'buena fritura', 'persona que no come', 'escoba y recogedor' (un sinónimo de esposa). A lo mejor he romanizado mal la palabra y es Hao Ji Gui, que podría significar 'fantasma con buenos cimientos'. Quizá querían decir que, al haber nacido en California, teníamos ciertas ventajas. A veces se metían con nosotros por lo fácil que lo teníamos. Otras veces se los veía contentos. A veces nos llamaban *jook-sing*, 'nudos de bambú'. Los nudos de bambú no dejan pasar el agua.

Me gusta enfrentarme a situaciones que me producen vergüenza o agitación, decir: «¿Y ya? ¿Eso es todo?». Encontrar una explicación sencilla hace que volver a casa después de gritarle a tus padres resulte más fácil. Aleja el miedo y habilita la posibilidad de ir a China algún día. Ahora sé que allí no venden niñas ni se matan entre ellos sin motivo.

Ahora los colores son más suaves. También son menos. Los olores son antisépticos. Cuando me asomo a la ventana de un sótano en la que los paisanos me han dicho que hay una niña bailando como un diablo en una botella, ya no veo un espíritu con una falda hecha de luz, sino una niña que baila en silencio porque cree que nadie la mira. Al día siguiente a que hablara con mi familia del retrasado, del jorobado, desapareció. No lo volví a ver, no sé qué fue de él. A lo

mejor fue una invención mía, a lo mejor no eran mis fantasías chinas sino las infantiles lo que lo hacían real, a lo mejor habría acabado desapareciendo, aunque yo no hiciera nada. El dolor de garganta sigue siendo recurrente, salvo cuando digo lo que pienso —aunque a veces eso me lleve a perder un trabajo— o estoy en una fiesta y suelto algo fuera de lugar. He dejado de marcar la casilla BILINGÜE en las ofertas de trabajo. Un entrevistador de China Airlines me habló en varios dialectos; no entendí ninguno. Tampoco logré que él entendiera el mío. Me gustaría ir algún día al pueblo «Nueva Sociedad», echar a andar y ver cuánto tiempo pasa hasta que la gente deje de hablar como yo. Sigo teniendo que separar mentalmente qué recuerdos son de mi infancia, cuáles de mi imaginación, de mi familia, del pueblo, de las mentiras o simplemente de la vida.

Quiero ir a China pronto y descubrir quién miente, si los comunistas —que dicen que nadie pasa hambre y que hay trabajo para todo el mundo— o nuestros parientes, que afirman que no tienen para comprar sal. Mi madre manda parte del dinero que gana cultivando tomates a Hong Kong. Desde allí, nuestros parientes se lo mandan a todas las tías y sobrinos; si la cosecha ha sido buena, incluso a los hijos de las segundas esposas de mi abuelo.

—Todas —dice mi madre, refiriéndose al resto de las mujeres que trabajan en el tomate— mandan dinero a casa. A pueblos de China, México, Filipinas. Ahora también de Vietnam, pueblos en los que se habla chino. Vienen a trabajar, aunque estén malas. «No puedo morirme —dicen—, cincuenta personas dependen de mí». O «mi marido depende de mí».

Algún día heredaré una agenda verde repleta de nombres. Les mandaré dinero a mis parientes y ellos me hablarán de su hambre. Últimamente, mi madre rompe las cartas del nieto más joven de la tercera mujer de su padre. Ha pedido cincuenta dólares para una bicicleta. Dice que una bici le cambiará la vida. Que con una bici podría darles de comer a su mujer y sus hijos.

—Tendríamos que pasar hambre nosotros —dice mi madre—. No entienden que nosotros también comemos.

Yo ya he empezado a ganar dinero, supongo que me va tocando. Me gustaría ir a China, visitar a esa gente, descubrir qué historias son reales y cuáles son mentira. ¿De verdad mi abuela vivió hasta los noventa y nueve, o nos lo dijeron para seguir sacándonos dinero? ¿Es verdad que los bebés llevan un botón al estilo Mao que es como una gota de sangre en los petos? Cuando les mandamos dinero, ¿de verdad lo reparten? ¿O pagan el dos por ciento de impuestos y se quedan el resto? Estaría bien que los comunistas pudieran cuidarse solos. Así podría tener una tele a color.

Voy a contar una historia que me explicó mi madre hace poco, cuando le hablé del modo en que narramos. El principio es suyo; el final es mío.

A mi abuela le gustaba ir al teatro en China —según mi madre, yo no lo habría entendido porque tengo el vocabulario de una niña de trece años—. Los actores llegaban al pueblo y montaban el escenario y mi abuela al instante compraba varios asientos en primera fila, los suficientes como para que cupiera la familia entera y

una cama. Iba a la función diurna y a la nocturna; no le importaba volver a ver las cosas.

El problema era que había ladrones que aprovechaban las funciones para robar cuando no había nadie en casa. Así que siempre había grupos de bandidos siguiendo a las compañías de teatro.

Una vez, la familia expresó sus quejas:

—Pero abuela, nos van a robar las mesas mientras no estemos.

Las sillas se las llevaban a las funciones.

—Quiero que vengáis todos —se enfadó mi abuela—. También las esclavas. No me apetece ver la obra sola. ¿Os parecería normal que me pusiera a reírme sola? ¿Queréis que tenga que aplaudir sola? Quiero que vengáis todos. Los bebés también.

—Pero nos van a saquear hasta la comida —le dijeron.

—Pues que la saqueen —respondió ella—. O cocinamos y nos llevamos la comida al teatro. Si tanto miedo tenéis a los ladrones, si no os vais a poder concentrar en la obra, dejamos las puertas abiertas. Y las ventanas. Que la casa se quede abierta. Así nos vamos al teatro sin preocupaciones.

De modo que dejaron la casa abierta y se fueron a ver la función. Como era de esperar, los ladrones hicieron de las suyas, pero aquella vez atacaron el teatro.

—¡Bandidos! —gritaba el público.

—¡Bandidos! —gritaban los actores.

Mi familia se dispersó en todas direcciones. Mi abuela y mi madre se cogieron del brazo y saltaron a una acequia y ahí se escondieron, de cuclillas. No siguieron corriendo porque a mi abuela le habían vendado los pies de pequeña y no podía. Desde su escondite, vieron

que uno de los bandidos le rodeaba el cuello con una soga a mi tía la menor, Orquídea Amorosa, y se disponía a llevársela a rastras. Pero la soltó de pronto.

—Una más guapa —dijo, y agarró a otra.

Amaneció y mi madre y mi abuela volvieron juntas a la casa, donde encontraron a toda la familia a salvo. Eso demostraba la teoría de mi abuela: mientras fueran al teatro, no les pasaría nada. Después de aquella vez, no se saltaron ni una función.

Me gusta pensar que, en alguna de esas obras, se cantaron las canciones de Cai Yan, una poetisa nacida en el año 175 d. C. Era hija de Cai Yong, un académico famoso por su gran biblioteca. A los veinte años, Cai Yan fue raptada por un cacique de los hunos del sur. La hizo cabalgar tras él mientras su tribu maldita pasaba de un oasis al siguiente. Tenía que rodearle la cintura con los brazos para no caerse del caballo. Se quedó embarazada y el cacique le regaló una yegua. Cai Yan hizo lo que siempre habían hecho la mayoría de los soldados cautivos hasta los tiempos de Mao: luchaba en los combates a distancia y, en el frenesí del cuerpo a cuerpo, sajaba a cualquiera que se pusiera en su camino. La tribu luchaba a caballo, cargaban sobre pueblos y campamentos. Se decía que las mujeres bárbaras podían dar a luz sin bajarse del caballo, pero Cai Yan lo hizo sobre la arena. En los doce años que pasó con la tribu, tuvo dos hijos que no aprendieron a hablar chino. Ella les hablaba cuando el padre estaba fuera de la tienda, pero los niños se limitaban a repetir aquellas palabras sin sentido y a reír.

Los bárbaros eran gente primitiva. Recogían juncos no comestibles cuando acampaban junto a los ríos y las secaban al sol. Las ataban a los postes de las banderas y a las crines y colas de los caballos.

Luego hacían cuñas y agujeros en los atados y les metían astas de saetas y plumas y así los convertían en flechas que emitían su silbido durante el combate. Se oía un largo siseo hasta que la saeta impactaba en su objetivo. Aunque fallaran, el sonido llenaba a sus enemigos de terror. Cai Yan creía que era la única música de la que eran capaces hasta que una noche oyó una melodía que temblaba y se elevaba como el viento del desierto. Se asomó desde la tienda y vio a cientos de bárbaros sentados en una arena que era oro a la luz de la luna. Tenían los codos levantados: estaban tocando la flauta. Parecían buscar desesperados una nota más alta. Finalmente, la alcanzaron y quedó suspendida como un témpano de hielo en el desierto. A Cai Yan, aquella música le produjo desasosiego. Contenía algo afilado y frío que le causaba dolor hasta el punto de que no podía concentrarse en sus pensamientos. Cada noche, sin importar cuántas dunas se alejara, la música llenaba el desierto. Se escondía en su tienda y no conseguía dormir. Una noche, los bárbaros oyeron a una mujer cantar desde el exterior de la tienda de Cai Yan, que estaba alejada de las demás. Era un canto que parecía para un bebé, uno alto y claro que iba en armonía con el sonido de las flautas. Cai Yan cantaba sobre China y su familia. Tarareaba en chino, pero los bárbaros supieron descifrar en sus palabras la tristeza y la rabia. Les parecía captar alguna frase en su lengua sobre su eterno deambular. Los hijos de Cai Yan no se rieron aquel día; de hecho, acabaron cantando junto a ella cuando empezó a acercarse al fuego en las noches de invierno.

Tras doce años con los hunos del sur, Cai Yan fue secuestrada y la casaron con Zong Si, cuyo padre quería descendientes *han*. Cai Yan se llevó consigo las canciones de las tierras salvajes. Conservamos

tres; una es «Dieciocho estrofas para la flauta de caña de los bárbaros». Los chinos la adaptaron a sus instrumentos. Fue una traducción satisfactoria.



Esta edición de *La guerrera* de Maxine Hong Kingston se publicó a principios de 2025, coincidiendo con el inicio del Año de la Serpiente de Madera,

según el horóscopo chino.

1. Gold Mountain («montaña del oro» en español) es como los migrantes chinos se referían a California. (*N. del t.*)

CONSULTE OTROS TÍTULOS DEL CATÁLOGO EN:
www.rbalibros.com